

TONI APARICIO

La mala semilla

¿Hasta dónde llegarías
para salvar tu alma?



Lectulandia

Toni Aparicio

La mala semilla

Para todas las mujeres que, como Anabel, se quedaron en el camino

Lunes, 17 de octubre

La escasa luz diurna se diluía lentamente. Un velo de oscuridad se extendía como un cáncer en un organismo sano, en menos de una hora no quedaría rastro de aquel día. Anabel dio la última calada a su cigarrillo e hizo amago de arrojarlo al suelo, pero se detuvo en el último instante. Lo apagó con cuidado y guardó la colilla en la cajetilla, junto a un par de cigarrillos intactos. A la Anabel de antes le hubiera traído sin cuidado arrojarla al suelo. No es que ahora fuera una ecologista convencida, lo hacía sencillamente porque era lo correcto. Ese pequeño acto sin aparente importancia denotaba que era otra persona. La Anabel de antes había hecho cosas mucho más reprobables. Cosas de las que se avergonzaba y se arrepentía a diario. Cosas que habían dañado a la gente que la quería, pero sobre todo a sí misma. Quería creer que en esos momentos era otra y que la Anabel de antes se había perdido en el tiempo.

Y todo lo había cambiado Adrián.

Miró más allá de un grupo de pinos de corteza granate y tejos de tronco ancho y estuvo a punto de gritar su nombre. El niño apareció cabizbajo con un palo en la mano a modo de espada, absorto en algún juego imaginario. Anabel sonrió orgullosa. Adrián era lo mejor que le había pasado en su desastrosa vida. Su hijo había cambiado su existencia. Había provocado que mirara el mundo de otra forma. Le había dado el impulso del que pensó que carecía. La había liberado de la esclavitud a la que había estado sometida antes de que naciera él, y como por ensalmo, todo había comenzado a moverse en otra dirección. Estaba dispuesta a seguir adelante y comenzar de nuevo. La decisión había sido madurada y tomada desde hacía ya un tiempo, pero las últimas semanas habían acelerado otro proceso paralelo al plan inicial. Lo había conocido a él y, como sucede a veces, esa persona que de repente aparece en tu vida se convierte en la que vuelve tu mundo del revés. No quería reconocerlo, pero así era. Por ese motivo no dejaba de cuestionarse continuamente lo que durante meses atrás había tenido tan claro. Adrián lo adoraba, hablaba de él a todas horas y se había convertido en la referencia paterna que le había faltado durante tanto tiempo.

Sacó su móvil y miró el último mensaje que le había enviado. Siempre era puntual y no esperaba que esta vez se retrasara. Ella trataba de mantenerse firme y seguir con su plan de marcharse al día siguiente por la mañana. Él había insistido en que quería volver a verla a ella y al niño una vez más. Quería despedirse de ellos, aunque sabía

que aprovecharía la ocasión para insistir en que deberían quedarse y darle una nueva oportunidad.

Miró hacia la cascada, cuyo contorno se fundía con la inmensa pared de roca que la envolvía y se elevaba varios metros por encima de su cabeza. Sintió la humedad del agua que corría bajo sus pies por el riachuelo, y que ascendía hasta la pasarela de madera donde estaba situada, frente al nacimiento del río Mundo. Comenzaba a hacer frío. Anabel se subió la cremallera de su plumífero hasta arriba y sintió un escalofrío. Observó el cielo que ya mostraba un degradado del azul al negro anunciando el fin del día. Cogió su móvil de nuevo y entonces vio el destello de los faros de un coche brillar más abajo. Adrián saltó de alegría y fue corriendo a su encuentro. Anabel también se alegró. Se subió el cuello de su plumífero, suspiró y rogó por que no volviera a insistir. Porque las dudas crecían en su interior como la mala hierba, y tuvo que reconocer que ya no estaba tan convencida de querer marcharse.

Martes, 18 de octubre

Juan Cebreros se despertó y extendió la palma de su mano sobre el vacío que había dejado Matilde. Habían pasado diez meses desde que la esclerosis lateral amiotrófica se había llevado a su esposa, pero antes ella había sido partícipe de la forma más cruel de su propio deterioro físico. En el sentido más estricto de la palabra, Matilde no sufrió un dolor insoportable, pero fue testigo de cómo la enfermedad tomaba el control de su cuerpo. Restándole vida y movimiento, viendo desde la más absoluta lucidez cómo se apagaba lentamente. Juan todavía no se había hecho a la idea de que Matilde ya no estuviera allí. Eran muchas veces las que sin darse cuenta pronunciaba su nombre y la casa le devolvía como respuesta un silencio estremecedor.

Se arrastró hasta la cocina, encendió el televisor y se preparó el desayuno mientras escuchaba las noticias. Reparó en que cada vez se levantaba más temprano, eran poco más de las seis y esa mañana no tenía que acudir al puesto hasta las ocho. Así un día tras otro; se pasaría las horas siguientes mirando la tele sin mirarla, pensando en la nada, sintiendo que algo de él también moría, y lo peor, que no le importaba. Calentó la taza de café con leche en el microondas y la tostada dio un brinco dentro del tostador. Juan se sentó y mordisqueó el trozo de pan. En la tele, el hombre del tiempo anunciaba demasiado calor para esa época del año; en Riópar, en temporadas anteriores ya habrían caído las primeras nevadas, dejando una estampa idílica pero poco práctica del pueblo y sus alrededores.

Unos nudillos golpearon la puerta de entrada de la casa, que Juan podía ver desde donde estaba porque tanto el recibidor como el salón y la cocina estaban unidos en una misma pieza. Vio una figura grande al otro lado del estrecho cristal esmerilado que se movió impaciente. Juan se limpió con un paño de cocina las manos manchadas del aceite de la tostada y fue a abrir.

—Buenos días, mi brigada —dijo un agente de la Guardia Civil en cuanto abrió.

Cebreros movió levemente la cabeza a modo de saludo.

—Buenos días, García.

—Han encontrado algo que debería ver, mi brigada.

García era un hombre corpulento y bastante alto. Era un buen agente que cumplía con su deber y al que no le gustaba llamar la atención. Se podría decir que era sensible aunque a primera vista no lo aparentase. A pesar de que todavía no había amanecido, Cebreros pudo apreciar por la escasa luz del recibidor que incidía en su rostro que el agente estaba pálido y algunas gotas de sudor perlaban su frente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó más curioso que preocupado.

El agente se separó con nerviosismo de la puerta de entrada y con una manaza enorme, donde su anillo de casado le estrangulaba el dedo anular, señaló un lugar indeterminado hacia el frente.

—Tranquilo, García, tranquilo —dijo Cebreros cogiéndole del brazo para que se calmara—. Voy a vestirme primero, que como ves voy en chándal. Pasa, anda, y tómate un café mientras esperas.

El agente García fue consciente en ese momento de su nerviosismo. Asintió varias veces sin decir nada y entró en la casa.

Un cuarto de hora más tarde, el agente García al volante del Nissan Patrol y el brigada Cebreros a su lado llegaron hasta el aparcamiento situado a la entrada del Parque Natural de Los Calares del Río Mundo y de la Sima. La imponente mole que resguardaba el nacimiento se erigía por encima de las copas de arces, pinos, encinas y tejos. García detuvo el todoterreno al lado de otro vehículo similar. Durante todo el trayecto hasta allí, García no abrió la boca. Cebreros lo miró de reojo en unas cuantas ocasiones, tentado al principio en preguntarle. Pero conocía bien la parquedad en palabras de ese hombre y la renuencia a expresarse debidamente cuando se cerraba en banda.

Al apearse, Cebreros vio un poco más alejado otro todoterreno, un Suzuki Vitara de color blanco. Bastante sucio de barro, llevaba estampado en la puerta el escudo de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha; Cebreros lo conocía perfectamente, ya que era el vehículo que utilizaban los agentes medioambientales en Riópar. El morro del todoterreno casi tocaba el tronco de una encina de copa baja. Cebreros vio que había una persona dentro, inmóvil y con la frente apoyada en el volante, pero no pudo distinguir quién era, debido a la sombra de las ramas alargadas que oscurecían el interior. También vio otro vehículo más estacionado en el extremo izquierdo, casi al principio del aparcamiento. Era un Fiat Punto de color azul apagado. Bastante viejo y con las llantas corroídas por el óxido. Los guardabarros habían perdido todo su lustre y la goma se veía desgastada, cuarteada y deslucida.

—Por aquí, mi brigada —balbuceó García, que fue lo primero que dijo después de irrumpir en casa de Cebreros esa mañana.

Siguió al agente por el camino que serpenteaba hasta el propio nacimiento del río. Cuando había andado unos cuantos metros, giró la cabeza y volvió a mirar hacia el Suzuki. El ocupante seguía con la cabeza apoyada en el volante.

Una niebla de aspecto sedoso había descendido hasta el suelo cubriéndolo todo. A pesar de que no había llovido en semanas, el ambiente era húmedo. Multitud de hojas cubrían el suelo formando un tapiz de colores propios del otoño que acababa de comenzar.

El omnipresente ruido de la cascada del nacimiento se mezcló con las voces de al menos tres agentes que Cebreros reconoció de inmediato. Las voces revelaban nerviosismo y todas las preguntas que habían acudido a su cabeza desde que García

tocara la puerta de su casa comenzaron a abrumarlo. La voz de Rejero, uno de los agentes, rompió sus pensamientos. Su cuerpo delgado y nervudo surgió de la niebla como un fantasma. Incapaz de mantenerse inmóvil más de un segundo, gesticuló y abrió mucho los ojos pero no dijo nada. Algo poco habitual en él, que siempre llenaba los silencios convirtiendo su compañía la mayoría de las veces en extenuante. Rejero se hizo a un lado y Cebreros avanzó y se dirigió hacia las escaleras de roca que ascendían hasta uno de los miradores y desde donde se podía obtener una perfecta visión del nacimiento.

—Por ahí no, mi brigada. Abajo, en el riachuelo.

Sin detenerse, siguió la senda que inexorablemente daba a otro mirador. En realidad, una pasarela de suelo de piedra y pasamanos de madera de unos siete metros de longitud colocada transversalmente encima del riachuelo. Antes de llegar vio sangre en el suelo y en el pasamanos. Tuvo que llegar hasta el centro para poder ver justo debajo un cuerpo de mujer tendido boca arriba y medio sumergido.

Apenas había llovido durante las últimas semanas, pero siempre brotaba agua del nacimiento. Allí abajo podría haber treinta, tal vez cuarenta centímetros de profundidad en algunas partes; en otras no más de un palmo. Era una mujer joven, pero Cebreros no pudo calcular su edad. El pelo enmarañado le tapaba gran parte del rostro, pálido, desencajado, sucio. Vestía lo que parecía un plumífero de color rojo o granate que estaba destrozado en su parte delantera. Todo parecía indicar que esa mujer había sido apuñalada hasta la muerte.

Un corte amplio en el cuello con restos de sangre coagulada reforzaba esa temprana hipótesis. Los brazos estaban ligeramente estirados, el derecho más que el izquierdo. Por la postura parecía que la habían arrojado desde donde Cebreros estaba y, en un acto reflejo, se retiró bruscamente y miró la sangre reseca. Tanteó la barandilla que estaba firmemente sujeta al suelo. Miró de nuevo hacia el cadáver tratando de imaginar qué había ocurrido.

—¿Habéis asegurado la zona? —preguntó a nadie en particular tras expulsar el aire de sus pulmones, que había retenido durante demasiado tiempo.

—Sí, mi brigada —contestó Rejero al instante, que esperaba al final de la pasarela expectante y sin apartar los ojos del cuerpo.

Cebreros sacó su teléfono móvil. Buscó el número del juez Lescuyer y marcó. No contestó. Inmediatamente después llamó al capitán Mora de la policía judicial de Albacete, y le contó lo que sus hombres habían hallado. El capitán le ordenó que siguiera con el procedimiento, que él y su equipo llegarían en un par de horas. Nada más terminar la conversación vio que tenía una llamada perdida del juez Lescuyer. Pulsó rellamada y repitió prácticamente la misma exposición. El juez le contestó que salía para allá, y que al encontrarse en Alcaraz tardaría algo menos de media hora en llegar. Cebreros se guardó el móvil y volvió a mirar el cadáver de aquella mujer desconocida.

—¿Alguien sabe quién es?

Todos negaron.

—¿Quién la ha encontrado?

Reyero se adelantó un par de pasos.

—Medina, el forestal.

—Ya no se llaman así, Reyero, ahora son agentes medioambientales. Nada menos que desde el año 2000 —dijo Cebreros en tono cansado mientras avanzaba por la pasarela. Reyero sonrió como el listillo de la clase que debió ser cuando iba al colegio, pensó el brigada.

Se acercó hasta la ventanilla del acompañante del Suzuki Vitara y vio a Medina, que continuaba en la misma postura: inmóvil y con la frente apoyada en el volante. Cebreros dio dos golpecitos en el cristal. Medina reaccionó, separó la cabeza del volante unos centímetros y lo miró con ojos adormecidos. Cebreros abrió la puerta.

—Buenos días, Joaquín.

—Buenos días, Juan —contestó Medina con desgana.

—¿Has tomado un café o algo?

Medina negó con más apatía si cabe y se rascó la densa barba de tres o cuatro días que lucía.

—Le voy a decir a uno de mis hombres que se acerque al bar de Pedro y te traiga un carajillo bien cargado; te gusta de whisky, ¿no?

—No quiero nada, Juan.

Cebreros hizo un gesto como dando a entender que su opinión no contaba y aprovechó para sentarse. Cerró la puerta. Dentro del vehículo olía a barro, a tabaco y a perro. En el maletero descubierto había un cachorro de podenco color canela que levantó las orejas al ver a Cebreros.

—No digas tonterías, hombre, pero ¿tú has visto el aspecto que tienes? Estás hecho una mierda, amigo.

Medina hizo un amago de sonrisa y dio unos golpecitos en el volante.

—Además, yo tampoco he tomado nada. García se ha presentado en la puerta de mi casa cuando iba a desayunar y ahora parece que tenga un agujero en el estómago. Que sean dos carajillos de whisky.

Medina forzó una nueva sonrisa y miró con sus casi inexistentes ojos a Cebreros, que, al contrario que el agente medioambiental, tenía los ojos grandes aunque lucía sendas bolsas oscuras bajo ellos.

—¿Te apetece contarme qué ha pasado?

Medina miraba al salpicadero del coche. Se removi6 en su asiento y buscó algo en los bolsillos de su chaquet6n, vestimenta oficial de los agentes medioambientales tambi6n de un verde muy similar al que llevaba Cebreros.

—¿Te importa que fume?

—Es tu coche.

Medina se dio cuenta entonces de que el paquete que buscaba estaba en el salpicadero. Abrió la cajetilla y se encendió un cigarrillo sin prisa. Cebreros, como hombre paciente que era, esperó en silencio. Medina expulsó una primera bocanada de humo al frente, luego abrió unos tres centímetros la ventanilla de su puerta. Dirigió la segunda bocanada al hueco.

—Ya sabes que madrugo mucho. Me gusta levantarme temprano y salir a dar una

vuelta. Echo un vistazo a los perros antes que nada. Hace un mes que me regalaron este cachorro de podenco. —Señaló con el pulgar hacia el animal—. Estos días atrás estaba algo pachucho con el moquillo, pero parecía que había espabilado un poco.

Cebreros asintió.

—Estas semanas atrás me despertaba, me lo subía al coche y me venía a dar una vuelta con él antes de empezar.

—Y ha sido cuando la has encontrado.

Asintió y se llevó el cigarrillo a los labios con cierto nerviosismo.

—Tal cual, ahí tirada.

—¿No has visto nada sospechoso?

Abrió sus pequeños ojos y miró fijamente a Cebreros; aun así y teniéndolos casi completamente abiertos, el iris llenaba casi toda su esclerótica.

—No he visto a nadie.

—¿A qué hora ha sido, más o menos?

El agente medioambiental se removió de nuevo en su asiento, parecía incómodo. Cebreros se fijó en ese detalle.

—Poco antes de amanecer, a eso de las cinco y media... Oye, ¿no ibas a pedir un carajillo?

Cebreros se movió como si de repente hubiera recibido una descarga. Abrió la ventanilla e hizo señas a García, que era el agente que se encontraba más cerca, le dio tres euros y le hizo el encargo. Cerró la ventanilla pese a que el aire del interior estaba viciado por el humo del cigarrillo de Medina y el olor a perro.

—Bien. Sigamos, Joaquín. Llegaste a eso de las cinco y media y qué pasó exactamente.

—Llegué y aparqué el coche, aquí mismo.

—Y viste el Fiat Punto, ¿no? —dijo Cebreros señalando al coche que estaba estacionado a la izquierda.

—Sí. Eso es, vi el coche, pero no me extrañé demasiado. Solté al podenco y me entretuve un rato echando un vistazo por ahí. El podenco no dejaba de ladrar y pensé que había visto alguna ardilla o algún pequeño roedor, pero enseguida me di cuenta de que los ladridos no eran normales. Estaba asustado, así que me acerqué hasta el nacimiento y vi al animal fuera de sí. Nada más llegar vi la sangre en el mirador y pensé que algún gracioso se había estado entreteniendo la pasada noche. Acuérdate de cuando encontramos a aquel zorro destripado en este mismo lugar...

Cebreros hizo una mueca al recordarlo. Ocurrió un año atrás, más o menos. No consiguieron dar con el autor.

—¿Recuerdas algo significativo cuando llegaste a la escena, algo que llamara tu atención? Es importante, ya sabes.

Medina asintió y se frotó la barba de cuatro días que crujió bajo sus dedos.

—No sé, Juan, lo siento... Fue tan...

Cebreros le golpeó suavemente el brazo, pues entendía por lo que estaba pasando.

—No pasa nada. ¿Sabes quién es? Porque he preguntado a mis hombres y no la han reconocido. No se le ve bien el rostro pero a mí tampoco me suena, ¿era

forastera?

—No. Bueno, sí, era forastera...

—Entonces la conocías.

No supo por qué, pero Cebreros tuvo un extraño presentimiento que se cebó con su estómago vacío.

—Vivía en una de las cabañas que hay en Fuente el Ojico, donde están las casas rurales. Apenas la conocía de verla por allí. Saludarla, poco más.

Cebreros tuvo la sensación de que Medina medía sus respuestas. Lo conocía en el plano profesional. No eran lo que se decía amigos íntimos, pero colaboraban habitualmente y existía entre ellos una relación cordial, sin ir más allá de la cortesía. Medina era un hombre que amaba la naturaleza y vivir en Riópar. Era sencillo, tranquilo y discreto, cuyo mundo eran aquellos bosques y las personas que, como él, no estaban interesadas lo más mínimo en crecer profesionalmente, vestir de marca o poseer coches de gama alta escandalosamente caros.

—¿Sabías cómo se llamaba?

—Anabel —contestó tras pensárselo un instante—. Se llamaba Anabel.

Sí, Medina era un hombre sencillo, muy capacitado y gran conocedor del medio donde se movía, reacio a mostrar sus sentimientos. Franco en sus afirmaciones, seguro en sus convicciones y probablemente incapaz de mentir sin que se le notara.

—¿Sabías algo más de ella que me quieras contar antes de que llegue la caballería?

Se agitó en su asiento. Parecía que el chaquetón le sobraba, intentó sonreír y le asomó en su lugar una mueca preocupada. Cebreros le devolvió la sonrisa para que se sintiera cómodo. De nuevo se detuvo a pensar en las respuestas que salieron de su boca como si fueran un recuerdo muy lejano.

—No mucho. Creo que era de Albacete y estaba viviendo en la cabaña de forma provisional.

Un torrente de interrogantes se agolparon en su cabeza. Esperó pacientemente a que Medina continuara. Sin embargo, y como imaginaba, no añadió nada más. Inmediatamente después el agente García se acercó arrastrando su inmenso corpachón. Cebreros constató que no había desaparecido de su rostro todavía la expresión turbada ni la palidez extrema de primera hora de la mañana. Traía consigo los carajillos de whisky en dos vasos pequeños de plástico y pensó que ese día, a pesar de que apenas bebía, le haría falta algo más fuerte.

Seis meses antes

El hombre tenía retenidas en la vivienda a su mujer, a la hermana de esta y a su hijo de tres años. No tenía antecedentes penales y, según el sorprendido vecindario, siempre se había mostrado como una persona simpática, afable, atenta con su familia. Había sido un vecino ejemplar y nunca habían oído discusiones entre la pareja. Esa mañana se enteraron de que se divorciaban. Muchos se sorprendieron porque «se les veía muy bien y parecían un matrimonio estable». El detonante que inició la inevitable ruptura fue el maltrato psicológico que nuestro hombre dispensó sutilmente a su familia durante varios años. Las escenas de terror que tenían que sufrir eran enmascaradas como meros altercados domésticos, habituales en millones de familias. Esa misma mañana, el abogado de la esposa envió un burofax a su trabajo, donde se le comunicaba la demanda de divorcio por parte de su mujer. Impasible, el hombre salió de su trabajo, compró una pistola a un delincuente y se dirigió a su casa con la intención de matarlos a todos.

Habían pasado varias horas. Era de noche y todo el mundo estaba agotado. El hombre se había atrincherado en el dormitorio principal. Apuntaba con la pistola a la cabeza de su hijo pequeño. Su mujer y su cuñada estaban atadas y amordazadas. La familia tenía otro niño más, de seis años, que al parecer estaba en casa de un amigo al que no consiguieron localizar y que era el único miembro familiar fuera de peligro. El hombre afirmó que primero mataría a su hijo pequeño, después a su cuñada, por entrometida, y finalmente a su esposa: quería que lo viera todo antes de morir.

El cuerpo de agentes de la UCO de la Guardia Civil que rodeaba la vivienda unifamiliar, situada en una zona residencial a las afueras del municipio madrileño de Parla, deseaba fervientemente que se saltara el orden de ejecución anunciado y que pasara directamente al de su suicidio. Entre ellos, la teniente Beatriz Manubens, que estaba al mando de aquella operación. El negociador de la UCO trataba de encontrar una vía para disuadir a aquel demente y salvarles la vida a todas esas personas inocentes, pero era consciente de que el tiempo se agotaba.

Durante la negociación apareció el director del colegio donde estudiaban los niños. Reconoció ante la teniente Manubens que los profesores le habían comentado que los niños habían bajado considerablemente su rendimiento escolar, se les veía aturridos, tristes y habían tenido altercados con otros compañeros. Pero nadie se tomó la molestia de analizar las causas y prever que aquella situación podría desembocar en una tragedia. Todos estaban demasiado ocupados con sus propios asuntos.

No era el momento de lamentarse. Manubens y su equipo estaban allí para evitar que la bomba estallara y, sobre todo, para impedir que aquellos inocentes murieran.

Manubens creyó que el tiempo del negociador había pasado y que tenía que entrar en acción si no quería presenciar una masacre. En las viviendas anexas había instalados varios francotiradores frustrados por no tener una visión del sospechoso. Se desprendió de su equipo, salvo de su semiautomática USP, que camufló detrás del chaleco verde con el distintivo en letras amarillas que la identificaba como una agente de la UCO, e impartió unas breves instrucciones a su grupo.

Cruzó el pasillo y llegó hasta el dormitorio principal. Manubens se detuvo bajo el umbral de la puerta. Inmediatamente el hombre se percató de su presencia y apretó el cañón de la pistola en la cabeza de su hijo pequeño. El niño estaba aterrorizado. La esposa de rodillas, con la cabeza apoyada en la pared, la mirada hundida en el suelo y las manos atadas con cinta aislante al radiador. La cuñada estaba tirada en el suelo, en posición fetal, inmóvil, con las manos y los tobillos fuertemente inmovilizados con cinta aislante. Manubens sabía que solo tendría una oportunidad.

Con las manos arriba, Manubens entró en el dormitorio. El hombre la miró sorprendido por su osadía. Manubens se detuvo a dos metros frente a él y dijo que se ofrecía ella en lugar del niño. El niño no tenía la culpa de nada. Ella por el niño. Sobrepuesto a la primera impresión, el hombre apretó la pistola en la cabeza del niño, que sollozó. Manubens insistió. El hombre movió entonces la pistola, apuntándola a ella. Ese fue el momento que esperaba: lanzó una patada contra la pistola del agresor, pero este antes disparó. Manubens sintió la bala pasar cerca de su cabeza. El niño gateó torpemente hacia su madre, apenas un metro. Manubens sacó entonces su USP y disparó al hombro del agresor, que gritó y soltó el arma. Ella se abalanzó y la cogió entre los gritos desahogados del secuestrador. Antes de comprobar cómo estaban el niño y las mujeres, vio por el rabillo del ojo a tres agentes de la sección de intervención de la UCO, junto a ellas y el niño, protegiéndolos. En menos de dos minutos el agresor estaba inmovilizado y las mujeres y el niño, atendidos por los sanitarios. Manubens respiró por fin, liberando toda aquella tensión de las últimas horas.

—¿Qué es eso? —preguntó un agente.

Manubens se dio la vuelta y miró hacia donde todo el mundo lo hacía. En el suelo, en el mismo lugar donde había estado sentado el secuestrador, vio un pequeño charco oscuro, granate y denso que supuraba entre la unión de la pared y el piso, reptando hacia ella agonizante. En la pared, a unos setenta centímetros del suelo, estaba el agujero del disparo que Manubens había efectuado para neutralizar al secuestrador. Volvió a mirar la mancha de sangre y se le detuvo el corazón.

Vio una puerta cerrada, que según su equipo era por la que se accedía al vestidor que el matrimonio tenía en su dormitorio. Cogió el pomo y un sudor frío recorrió todo su cuerpo: en ese preciso momento fue consciente de que ya nada volvería a ser como antes.

Al encender la luz vio semiculto al otro hijo de la familia que no habían podido encontrar y que, según todos, estaba en casa de un amigo. Tenía la cabeza ladeada y

el cuerpo apoyado en la pared de la otra parte del dormitorio. El mismo disparo que neutralizó a su padre atravesó su corazón. Se llamaba David y tenía seis años.

Abrió los ojos con un gemido desesperado. Las persianas estaban bajadas a cal y canto, las cortinas echadas, la habitación totalmente a oscuras. Beatriz Manubens miró al techo con la imagen de David bajo aquel charco de sangre que se llevaba su vida, todavía resonando en su cabeza.

El ruido de la calle se filtró por las ventanas y la luz por unas pequeñas rendijas, que moría al llegar a las cortinas. Miró el reloj, marcaba las 11.48 de la mañana. A las once tenía cita con su psiquiatra, cita a la que ya no acudiría. Sin moverse de la cama, se encendió un cigarrillo y expulsó el humo mientras escuchaba el rumor vital a través de las paredes. La imagen de David se esfumó poco a poco, pero no la sensación de indiferencia que sentía desde hacía ya seis meses. Tras una meteórica carrera en la Guardia Civil, Beatriz Manubens se había convertido a la edad de treinta y tres años, y por méritos propios, en una destacada teniente de la UCO. Labor que realizaba con pasión y donde era respetada por compañeros y superiores. Todo se esfumó el día en que David murió. Había sido una tragedia. En el cuerpo la apoyaron y todos estuvieron de acuerdo en afirmar que había sido un accidente; horrible, sí, pero accidente al fin y al cabo. Pero Beatriz no estaba tan convencida. El niño había muerto por un disparo de su arma. Esa era la realidad de la que no podía escapar.

Ahora miraba el techo de la casa de sus padres en Albacete. El piso de la calle Octavio Cuartero donde había crecido. La misma habitación donde comenzó a pensar que tal vez no estaría mal eso de convertirse en guardia civil. El mismo lugar que había elegido para ocultar su dolor al mundo. El cuerpo de psiquiatras de la Guardia Civil recomendó su baja temporal del servicio y Beatriz accedió dócilmente, con el cuerpo hasta arriba de antidepresivos y el ánimo inexistente.

Salió por fin del dormitorio y deambuló por la casa vacía. Sus padres, Paco y Mercedes, se habían marchado a abrir la tienda de zapatos que regentaban desde hacía más de treinta años en la calle Mayor y no regresarían hasta que cerrasen el establecimiento, a eso de las dos de la tarde.

No recordaba cuándo se había tomado la última dosis de Lorazepam: si antes de salir de casa la noche anterior a las doce o cuando regresó, que serían las cinco de la madrugada. Cogió dos comprimidos y se los tragó con un sorbo de agua del grifo del cuarto de baño. Miró la caja de comprimidos de Sertralina que debía tomarse en el desayuno y lo descartó pensando que se le había pasado la hora, como la visita al psiquiatra. Se vistió con la misma ropa que llevaba el día anterior y que olía a sudor, a pesar de que su madre le proveía a diario de muda limpia con olor a suavizante de flores silvestres. Salió a la calle pensando en que necesitaba urgentemente un trago.

Martes, 18 de octubre

La doctora Elena Espinosa, del Instituto Anatómico Forense de Albacete, observaba concentrada y con una expresión severa el cadáver de Anabel. De elevada estatura, delgada, con el cabello rubio platino muy corto y unos ojos azules casi transparentes, la doctora tenía todo el aspecto de una *top model* que se había escapado de un desfile y se había colado inesperadamente en la escena de un crimen.

—Según el estado de rigidez completa que presenta el cuerpo, podemos afirmar que murió hace más de doce horas. Apreciándose signos claros de deshidratación en los ojos y constatando la presencia de telilla albuminosa en el globo ocular —murmuró la doctora examinando los ojos de la joven. Luego observó cara y manos—. Es probable que haya estado en esta posición desde entonces debido al estado que presenta la piel: blanquecina, arrugada y ablandada. Macerada por el contacto continuo con el agua, pero por lo que veo solo en algunas partes. También se aprecian livideces en la cara. Ayúdeme —pidió la doctora a su asistente, que permanecía a su lado en silencio.

Espinosa y su ayudante bajaron la cremallera del plumífero y con sumo cuidado lo retiraron a ambos lados. Bajo el plumífero la chica llevaba un jersey fino azul que la sangre había convertido en un tono morado oscuro. Con un corte limpio de su escalpelo, la doctora rasgó el jersey y dejó a la vista el pecho de la víctima. El sujetador negro estaba casi intacto, salvo por un corte que había rasgado parte de una de las copas. Parecía incrustado en la piel, que en las zonas donde había estado en contacto con el agua se presentaba con un aspecto blando y gomoso. Tenía al menos siete u ocho puñaladas y tres más en el cuello. Una de ellas de grandes dimensiones, a la altura de la arteria carótida. Cebreros hizo un gesto de disgusto y por un instante apartó la mirada.

—El cadáver presenta heridas por arma blanca, cortopunzantes, con varias incisiones —contó en susurros—, diez, once. —Giró levemente el rostro de la víctima hacia la izquierda mostrando la gravedad de las heridas en el cuello—. No puedo determinar en este momento la longitud del arma empleada, pero por el aspecto del corte de entrada el asesino podría haber utilizado un cuchillo pequeño o una navaja.

La doctora se fijó en las heridas que el cadáver presentaba en la mano derecha: tenía un corte profundo que a punto había estado de seccionar los dedos medio y anular. Cogió la mano por la muñeca y la giró en un intento de tratar de visualizar lo

que había ocurrido.

—Quiso defenderse, pero todo ocurrió muy deprisa. Las cuchilladas fueron rápidas y precisas. Decididas. —Se inclinó y miró las heridas desde varias perspectivas—. Por la inclinación de las incisiones y sus colas quien asesinó a la chica era más alto que ella... y, mmm, diestro.

—Virgen santísima... —murmuró el juez Lescuyer, que junto a Cebreros y al capitán Mora, de la comandancia de Albacete, observaban expectantes a la doctora trabajar.

Espinosa examinó las manos y las uñas de la víctima y negó tras unos minutos de comprobación.

—No veo más señales de defensa o lucha, lo que podría indicar que el asesino trató, como he dicho, de sorprenderla... Vamos, écheme una mano.

Hizo un gesto al ayudante, con cuya colaboración consiguió girar el cadáver hasta que quedó postrado lateralmente. La doctora le indicó al asistente que retirara el jersey y, durante unos minutos, observó la espalda y los glúteos de la víctima.

—Tampoco veo livideces en las partes declives, por lo que me inclino a pensar que no ha habido transposición. Además se aprecian lesiones traumáticas con signos de vitalidad en cabeza, tronco y extremidades inferiores.

Espinosa miró hacia la pasarela, al lugar donde se apreciaban las manchas de sangre. Cebreros la observaba desde esa posición, un poco a su derecha.

—Todo parece indicar que cayó desde ahí. —Hizo un gesto con el mentón—. Cayó tratando de escapar de su asesino o tal vez fue empujada. La ausencia de lesiones traumáticas *post mortem* indicaría que todavía estaba viva cuando se precipitó o la empujaron.

—¿Eso podría ser entonces un indicio de que la víctima conocía a su asesino? —preguntó Cebreros, y todas las miradas se dirigieron a él.

—Es pronto para saberlo, brigada. Primero tendré que realizar la autopsia y ver qué me dice el cadáver sobre lo que ocurrió realmente —admitió la doctora.

—Mora, ¿qué opina usted? —preguntó el juez al capitán.

—Por las escasas evidencias que aparecen respecto a que no pudo defenderse, o que la sorpresa lo impidió, tal vez la víctima no pensara que su asesino constituyera una amenaza para ella, señoría. El coche encontrado en el aparcamiento, que al parecer era el que la víctima utilizaba para desplazarse por los alrededores, podría indicarnos que había quedado con alguien aquí, pero como sugiere la doctora Espinosa, será mejor tener el informe antes de aventurarse a emitir ninguna teoría. Hemos analizado el vehículo y de momento no hemos hallado nada, aunque sabemos que el coche era propiedad de un tal Armando Izquierdo.

—Aquí tenemos todo lo que la víctima llevaba encima —dijo la doctora señalando un paquete de cigarrillos mojado y arrugado, un encendedor y las llaves del Fiat Punto.

—¿Ninguna documentación? ¿Tampoco su móvil? —preguntó el capitán.

La doctora negó y se incorporó. El juez Lescuyer se adelantó solícito y le tendió la mano para ayudarla a salir del riachuelo. La doctora Espinosa sonrió, pero declinó el

ofrecimiento. Con dos elegantes saltos llegó a la orilla. El juez Lescuyer carraspeó sin poder evitar ruborizarse y, acariciándose la perilla, preguntó:

—¿Data de la muerte, doctora?

Espinosa se quitó los guantes de látex mientras avanzaba mirando al suelo y a su alrededor como si estuviera buscando algo.

—Estoy convencida de que murió entre las dieciocho y las veinte horas de ayer. De todas formas realizaré un examen más exhaustivo, además de algunas pruebas toxicológicas, cuando tenga el cuerpo en el Anatómico. Capitán, si quiere asistir a la autopsia, llámeme antes. Por mi parte ya he terminado. Señores. Señoría.

El juez Lescuyer elogió con una sonrisa el trabajo de la doctora, que aparentemente era ajena a sus efluvios amorosos. El juez ordenó el levantamiento del cadáver y una vez que la doctora se marchó, arrugó el entrecejo y se puso muy serio. Cebreros y el capitán Mora se acercaron a él.

—Juan, tengo entendido que el agente medioambiental que encontró el cuerpo conocía a la víctima.

—De vista según él, señoría. Vivía en una cabaña en Fuente el Ojico, propiedad también del tal Izquierdo.

—¿Habéis hablado con él? —preguntó el juez.

—Aún no, estamos tratando de localizarlo. Parece ser que vive en Madrid y se dedica a los negocios inmobiliarios, entre otras cosas. He preguntado y apenas viene por aquí —respondió Cebreros.

—Bien, vamos a ver esa cabaña.

El juez Lescuyer, acompañado del capitán Mora, el brigada Cebreros y dos agentes de la científica, llegaron por indicación de Medina a la cabaña donde supuestamente Anabel había vivido los últimos días de su vida. Una verja de tela metálica circundaba un complejo de varias cabañas rurales construidas con piedra, madera rojiza y tejado a dos aguas. Las casas eran sencillas e idénticas y se encontraban dispersas y comunicadas entre sí por caminitos de crujiente grava. Pinos de diversos tamaños rodeaban las cabañas.

Entraron en la casa. Era de reducidas dimensiones, con una planta baja, un altillo por el que se accedía a través de una estrecha escalera que estaba pegada a la pared y una cocina minúscula compuesta por una encimera con fregadero, frigorífico, horno microondas y una coqueta barra provista de dos taburetes. El comedor estaba presidido por una chimenea y una leñera bien surtida de troncos, un sencillo sofá de dos plazas y una mesa con cuatro sillas pegada a una ventana. Todo el conjunto tenía un aspecto deliberadamente rústico, y aunque la decoración era casi inexistente, todo estaba ordenado y olía a lejía y desinfectante, lo que despertó de inmediato las sospechas de los presentes.

—Echad un vistazo al dormitorio —ordenó el capitán a sus hombres, señalando la puerta de la única habitación de la que disponía la casa. Había otra puerta que correspondía al cuarto de baño y que estaba entreabierta.

El juez Lescuyer olisqueó el ambiente comentando lo evidente.

—Está todo demasiado limpio.

Nadie dijo nada, pero todos pensaron que era un hecho significativo.

—Mi capitán —dijo uno de los agentes de la científica desde el dormitorio.

El capitán fue hasta allá y se asomó al dormitorio, aunque no pudo entrar porque era minúsculo. Cebreros se acercó junto al juez y por encima del hombro del capitán vio sobre una cama de cuerpo y medio tres maletas; dos grandes y abultadas que daban la sensación de que iban a explotar de un momento a otro y una maleta mucho más pequeña, infantil, de color azul, que estaba decorada con una imagen de los personajes principales de la saga *Star Wars*.

Al lado de la cama había una mesita ridículamente pequeña y sobre ella dos folios. Uno de los de la científica los cogió.

—Son billetes de avión. Con destino a París.

—¿A París? —El capitán Mora estiró la mano y el otro se los entregó. Los ojeó brevemente.

—¿Quién es Adrián? —preguntó Mora con el ceño fruncido.

Cebreros giró levemente la cabeza, por el rabillo del ojo vio a Medina que no se había movido del centro del comedor, con ese gesto como de adormecido e indiferente que tenía cuando habló con él esa mañana y que todavía no había desaparecido de su rostro.

—Medina, ¿la chica tenía un hijo?

El agente medioambiental levantó de repente la cabeza con los ojos entornados, a duras penas parecía que lo comprendiera.

—¿Había un niño? —insistió Cebreros.

—Sí, tenía un niño. Un niño pequeño —murmuró muy despacio con la voz ronca—. Se llama Adrián.

A las doce y media del mediodía, Beatriz llegó al bar que solía frecuentar a diario desde que había regresado a Albacete. Cuando era una adolescente y antes de marcharse a la academia, solía reunirse con su panda allí; La Luna, el emblemático bar de copas situado en la calle Concepción, lugar especialmente concurrido los fines de semana por la animada juventud albaceteña que llenaba cada rincón de risas, diversión y alcohol a raudales.

Habían pasado casi diez años desde entonces. La Luna tenía otro propietario; mejor dicho, dos propietarios: Santi y Clara. Una pareja de exroqueros que en sus tiempos mozos habían tocado en grupos locales y recorrido Europa viendo a sus bandas favoritas. Ese espacio de esparcimiento social estaba además compartido con una pequeña librería que Pablo, un simpático y risueño exhippie que siempre llevaba tirantes, había situado en un altillo que en tiempos primigenios sirvió de almacén.

—Buenos días, Santi —dijo Beatriz, y se sentó en uno de los taburetes que había en la barra.

Santi llevaba su abundante cabellera veteada de canas recogida en una coleta y vestía una roñosa camiseta de AC/DC como recuerdo de los viejos tiempos. Tenía su rostro enterrado en una de las cámaras frigoríficas y levantó la cabeza al oír la voz de

Beatriz. Se sorprendió al verla, ya que no habían pasado más que unas pocas horas desde que se marchó de allí de madrugada.

—Buenos días, Bea. ¿Has descansado? —respondió, haciéndose oír por encima de «A message» de Coldplay y sin detenerse en su labor de colocar cervezas en el frigorífico.

—Lo suficiente.

Santi levantó de nuevo la cabeza y compuso un gesto de disculpa.

—Acabo de abrir y no tengo encendida la cafetera, pero la pongo en marcha ahora mismo.

Beatriz sacó su teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta de cuero y lo dejó encima de la barra; consultó la hora con escepticismo.

—Ya es tarde para eso. Venía pensando en un gin-tonic de esos que haces. O mejor un donosti, eso me vendría genial.

Santi cerró la cámara con un portazo, apuntó algo en una libreta y luego relleno un bol de frutos secos que puso delante de Beatriz. Aunque apenas tendría cincuenta y pocos años, el rostro del viejo roquero mostraba una vejez prematura. Los ojos inyectados en sangre, la piel arrugada y descolgada, la voz cazallera y, a pesar de su delgadez, una incipiente barriga que le daba un aspecto un tanto cómico. Sin duda las largas noches de rock aderezadas con alcohol y drogas habían pasado factura.

—Tú mandas.

«Crystal ball» de Keane sustituyó a Coldplay y Beatriz pensó, negando con una sonrisa, que Santi se había ablandado con los años. Cogió frutos secos del bol y comió mientras miraba a la calle. La gente deambulaba de aquí para allá. Se saludaban y se interesaban por sus respectivas vidas. Ella observaba ese devenir, esas vidas ajenas que parecían satisfechas. Santi y Clara se pasaban el día discutiendo delante de todo el mundo. Los clientes asiduos como ella conocían casi al dedillo las particularidades de aquella pareja. A veces, incluso trataban de hacer partícipes a los clientes de sus discusiones buscando complicidad. Aun así, Beatriz los veía felices y satisfechos. Como sus padres Paco y Mercedes, que siempre se quejaban de que ya no se vendía como antes, que todo había cambiado mucho y que estaban deseando jubilarse para irse a vivir durante todo el año al apartamento de Benidorm, que la familia adquirió en los buenos tiempos. Bueno, ese era el plan de Mercedes. Paco adoraba Albacete y no tenía ninguna intención de marcharse a ningún otro lugar.

Esa pequeña capital de provincia tal vez no disponía de los beneficios de una gran ciudad, sin embargo, sus habitantes se sentían complacidos y muy orgullosos de su particular estilo de vida. Y Paco era el prototipo de albaceteño que disfrutaba de su ajetreada vida social, reuniéndose con sus amigos para tomar café, jugar al dominó o al chinchón, salir a la puerta de la zapatería para hablar con amigos y conocidos que pasaban por la calle, dar la vuelta obligada por la Feria y asistir religiosamente a todos los partidos del Alba, el equipo de sus amores.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado en Riópar? —dijo Santi, que apareció con un copazo enorme rebosante de cubitos de hielo, tónica, ginebra y rodajas de limón.

Negó, mientras todos aquellos pensamientos todavía pululaban dentro de su

cabeza.

—Ha sido esta mañana, creo que han encontrado a una chica muerta en el nacimiento del río Mundo.

Beatriz cogió la copa y la arrimó para sí, como si se sintiera más segura teniéndola cerca.

—No he oído nada.

—Esta mañana me ha llamado mi hermana Paqui, que vive en Hellín, y me ha puesto al día. ¿Te lo he contado alguna vez? ¿Que mi hermana Paqui vive en Hellín, trabaja en el hospital y tiene dos nanos que son peores que un demonio emplumado?

—Creo que un día me contaste algo, sí.

—Le han dicho que la chica estaba cosida a puñaladas. Joder, qué animales...

El amargor de la bebida de Beatriz se mezcló con el suyo propio y con el de los antidepresivos. La combinación pronto se haría notar.

—Ya te digo, he mirado en internet esta mañana, pero no había nada todavía. Igual lo sacan en las noticias a mediodía.

—Seguro —dijo Beatriz como única respuesta.

El móvil de Santi vibró e inmediatamente lo cogió. Lo consultó durante un rato y lo volvió a dejar en su sitio. Apagó el equipo de música. La última nota se extinguió dejando un leve eco y el bar más vacío de lo que estaba. Santi cogió un mando a distancia, lo dirigió hacia un televisor que colgaba del techo, situado encima de la barra, y lo encendió. Tras varios intentos, Santi dio con el canal de Castilla-La Mancha TV. Un joven periodista con gafas *geek*, peinado a la moda, barba hipster y micrófono en mano, miraba directamente a la cámara. Detrás de él había bastante gente alrededor sin hacer nada en particular. El fondo se encontraba tapizado de pinos. El periodista compartía la pantalla con la presentadora de un informativo, que miraba a la cámara con los ojos muy abiertos y asentía de vez en cuando con gesto grave. Santi subió el volumen unos puntos. La voz del periodista atronó de repente, se esforzó en conseguir un volumen apropiado.

—«... como venimos informando desde primeras horas, esta mañana se ha hallado el cadáver de una mujer joven en el nacimiento del río Mundo, en Riópar. Según información de la Guardia Civil, algo antes de las siete de la mañana un agente medioambiental encontró el cuerpo de la joven en el riachuelo, bajo uno de los miradores del famoso nacimiento...».

—«Hay claros indicios de que haya sido un asesinato, ¿no es así, Manuel?» — indicó la presentadora, que a todas luces tenía más experiencia que el joven reportero y que aunque mostraba un gesto consternado buscaba conseguir el impacto de la noticia.

—«Sí, la Guardia Civil afirma en el breve comunicado que nos ha facilitado hace escasos minutos que la mujer ha sido presuntamente asesinada, sin aportar más datos».

—«Sin duda es una noticia terrible» —insistió la presentadora—. «¿Se conoce la identidad de la mujer asesinada? ¿Era una vecina de Riópar?».

El reportero apretó el auricular que llevaba en la oreja para escuchar mejor las

preguntas de su compañera, ladeando la cabeza.

—«Pues de momento no tenemos esa información, Ana». —Giró el torso e hizo un gesto rápido hacia atrás con la cabeza—. «Llevamos aquí desde primeras horas de la mañana, en el cruce de la entrada al aparcamiento del nacimiento; como podéis ver, el acceso está prohibido y acordonado por la Guardia Civil».

El cámara hizo un movimiento brusco y enfocó más allá de una sencilla barrera consistente en un tronco delgado. Tras la barrera se podía ver un camión del laboratorio criminalístico de la Guardia Civil, un coche patrulla y varios agentes vigilando que nadie pudiera acceder a la escena del crimen. Beatriz miró las imágenes sintiéndose ajena. Por un momento se hizo la pregunta de quién podría ser la víctima y si su familia ya estaría enterada de lo sucedido. Fijó la mirada en la copa de su gin-tonic, que tenía agarrada con ambas manos como si fuera el Santo Grial, mientras oía al periodista repetir la escasa información de la que disponía y a Santi murmurar hipótesis incoherentes acerca de aquel crimen. La mezcla de alcohol con los antidepresivos que había tomado al levantarse comenzaba a proporcionarle el efecto relajante que deseaba.

—«Manuel» —dijo la presentadora elevando la voz y manipulando unos papeles que alguien le había pasado—. «Manuel, nos acaban de facilitar una información de última hora acerca de la identidad de la mujer encontrada muerta esta mañana en el nacimiento del río Mundo».

El periodista apretó el dedo contra el auricular, parecía que no recibía correctamente la información o disimulaba su desconcierto.

—«Al parecer la mujer era vecina de Albacete y respondía al nombre de Ana Isabel Ramos Gómez. Repetimos: Ana Isabel Ramos Gómez. Es una noticia de última hora que adelantamos en primicia. Si bien...».

Al escuchar el nombre Beatriz sintió como si un pequeño resorte en su interior se activara. Una leve señal desde algún lugar profundo de su subconsciente.

—¿Quién ha dicho? —preguntó a Santi, que permanecía apoyado en una estantería con los brazos cruzados sin perderse detalle de lo que se decía en el televisor.

—Ana Isabel Ramos. Ana Isabel Ramos Gómez, ¿te suena ese nombre?

Beatriz negó lentamente y miró la copa de su gin-tonic como si de repente se preguntara qué estaba haciendo allí. Ana Isabel Ramos. Anabel. Conocía a alguien con ese nombre. Alguien de su vida anterior a convertirse en guardia civil. Alguien que entonces dejó un rastro importante. Intentó dibujar su rostro y reproducir su voz. Intentó convencerse de que no podía ser la misma Anabel.

Un gran número de medios de comunicación a nivel regional y nacional se habían desplazado a Riópar y estaban esperando a que el portavoz de la Guardia Civil se dirigiese a ellos, en la rueda de prensa que se había convocado para esa hora. La Guardia Civil había acordonado un amplio perímetro de terreno alrededor del nacimiento del río Mundo que comprendía varios kilómetros a la redonda, con un gran despliegue de efectivos venidos desde Albacete. Desde el principio aquel crimen

adquirió un cariz de grandes proporciones que no dejaba de crecer.

Cuando Beatriz llegó a Riópar aproximadamente a las tres de la tarde, pudo constatar que el pequeño pueblo parecía tomado por compañeros del cuerpo, periodistas y curiosos. Poco se había ampliado la noticia desde que Beatriz la escuchara por primera vez. La mayoría de los periodistas repetían casi exactamente las mismas palabras hasta la saciedad en un bucle sin fin, que sumado al hermetismo de la Guardia Civil alimentó toda clase de especulaciones.

Beatriz dejó su coche a la entrada del pueblo, al lado de la carretera que conducía hasta el nacimiento. Varios agentes se habían apostado allí, cortando la circulación y asegurándose de que ni periodistas ni curiosos pudieran llegar más lejos. Por algunos periodistas, Beatriz supo que la rueda de prensa comenzaría en breves minutos en la plaza de Luis Escudero. Siguiendo el paso de la muchedumbre, Beatriz llegó a la plaza, que estaba abarrotada de público. Bajo las escalinatas que conducían al puesto, se había colocado un atril y un sinfín de periodistas esperaban, cámaras y micros en mano, a que el portavoz hiciera acto de presencia.

El brigada Cebreros apareció acompañado de una sargento, los dos vestidos con el uniforme oficial. La sargento era una mujer joven, delgada y alta, cuyo uniforme le venía un par de tallas grande. Llevaba una larga coleta rubia que se meneaba a los lados y su aspecto de cierta fragilidad contrastaba con un semblante serio y decidido. La sargento se acercó al micrófono y lo encendió. Un par de altavoces situados a ambos lados emitieron una señal aguda de saturación. Cebreros agitó la mano varias veces para que el murmullo de los presentes cesara.

—Buenas tardes a todos —dijo la sargento. Su voz retumbó en la plaza—. Soy la sargento Gallardo, de la comandancia de Albacete. Como ya sabrán la mayoría de los presentes, se ha convocado esta rueda de prensa para informar del presunto crimen, cometido en el día de ayer y del que las fuerzas del orden destinadas en Riópar tuvieron conocimiento a primeras horas de esta mañana. Ha sido hallado el cuerpo sin vida de una mujer joven, de raza blanca y nacionalidad española, que según fuentes oficiales respondía al nombre de Ana Isabel Ramos Gómez y que era vecina de Albacete.

»En estos momentos, el equipo que dirige la investigación tiene la certeza de que la víctima hallada ha sido asesinada, aunque por motivos de seguridad no podemos revelar aspectos concretos del crimen, que podrían afectar negativamente al curso de la investigación policial. El equipo encargado de la investigación tratará de encontrar lo antes posible al culpable de dicho crimen y para ello se solicita la colaboración ciudadana, que con su ayuda podría agilizar enormemente la resolución de este trágico suceso.

La sargento hizo una pausa. Nadie se movió de donde estaba. Beatriz echó un vistazo a su alrededor y pudo ver que incluso había personas subidas a los árboles, barandillas y balcones para no perderse lo que estaba sucediendo.

—Sin embargo —continuó la sargento con un tono más bajo e indeciso—, hemos de añadir a esta trágica noticia otra más que, debido a su carácter de urgencia, se convierte en prioritaria, ya que el equipo que está investigando el crimen ha conocido

la existencia de un niño pequeño que al parecer era hijo de la mujer encontrada muerta. El niño ha desaparecido.

Un murmullo generalizado de sorpresa conmocionó a los presentes e interrumpió la rueda de prensa. La sargento Gallardo carraspeó y elevó un poco la voz.

—Precisamente por este hecho paralelo al crimen perpetrado y que el equipo de investigación ha calificado como de alto riesgo, se cree de vital importancia iniciar las labores de cerco y batida para encontrar al niño desaparecido cuanto antes. Así pues, reiteramos nuestra petición de ayuda a todos los medios de comunicación y a la ciudadanía, en colaboración con los cuerpos de seguridad del Estado y de nuestra comunidad, por si alguien puede aportar algún dato sobre el niño desaparecido.

El murmullo creció en intensidad. La sargento Gallardo se vio en la obligación de pedir silencio.

—El niño responde al nombre de Adrián y tiene seis años. Al parecer, en el momento de la desaparición Adrián vestía una chaqueta tipo plumífero acolchada de color naranja y negro, pantalón vaquero de color azul y zapatillas. Es probable que llevara también una sudadera de color azul con capucha y con un dibujo en el pecho de Bob Esponja.

La consternación se había generalizado y ni siquiera las continuas advertencias de Gallardo y Cebreros sirvieron de nada. Gallardo tuvo que subir la voz para hacerse escuchar. Un periodista vestido con una parka verde militar y con rastas realizó la primera pregunta:

—¿Eso quiere decir que no se han encontrado señales o indicios que hagan pensar que el niño haya sufrido la suerte de su madre?

La sargento pensó un instante antes de contestar.

—No podría responderle a esa cuestión de manera categórica... Aunque existen ciertos aspectos de la investigación que no se pueden revelar todavía, sí que estamos en disposición de informar que, de momento, no se ha hallado ninguna prueba con respecto al niño desaparecido que indique violencia o agresión física.

Una joven periodista, menuda y que parecía afectada, alzó la voz entre el gentío que se agolpaba e intentó hacerse escuchar.

—¿El niño podría estar vivo entonces?

La sargento hizo un gesto elocuente que todos los presentes entendieron.

—Eso es precisamente lo que todos esperamos —dijo con la voz quebrada al final de la frase.

Cebreros le palmeó con cariño el antebrazo. La sargento se recompuso como pudo, mientras una multitud de voces perdían la compostura y gritaban sus preguntas acercando sus micrófonos y teléfonos móviles.

—Rogamos a aquellas personas que se encuentren en disposición de poder aportar cualquier información que cooperen. En cuanto nos sea posible, proporcionaremos alguna fotografía de Adrián. En breve se emitirá otro comunicado para aquellas personas que quieran formar parte como voluntarios en la búsqueda del pequeño. De momento, eso es todo. Gracias por su asistencia y buenas tardes.

La sargento Gallardo y el brigada Cebreros dieron por concluida la rueda de prensa

y subieron por la escalinata, desapareciendo tras la puerta del puesto. La mayoría de los congregados sentían una consternación generalizada. La noticia del asesinato de Anabel Ramos había supuesto una trágica noticia, pero la desaparición del pequeño Adrián había abierto una brecha en el corazón de todos, que murmuraban compungidos.

Los cámaras comenzaron a plegar sus trípodes y a guardar sus equipos mientras comentaban con sus compañeros la noticia. Beatriz se había quedado plantada, sin moverse, mientras los periodistas se apresuraban a disolverse y preparar sus respectivas crónicas. El rostro de la Anabel divertida, alocada e impulsiva se convirtió en una máscara de muerte y dolor. Finalmente su carrera con el afán de vivir al límite había terminado de manera trágica. Las lágrimas brotaron incontroladas, arrasando su rostro.

—¿Beatriz?

Una voz surgió detrás de ella, creyendo que venía desde su pasado.

—¿Beatriz?

Parpadeó y se limpió las lágrimas con los dedos, mientras ahogaba un gemido, y al girarse vio a dos hombres a unos metros de ella. Tardó varios segundos en reconocerlos. Habían pasado casi diez años, ¡diez largos años!, sin apenas saber de ellos. ¿Por qué había dejado que sucediera tal cosa? Los dos se acercaron a ella, perfilando una mueca incrédula de sorpresa y alegría contenida. Alberto y Javier, eran ellos. Sus amigos de la adolescencia, que junto a Anabel formaron una pandilla de amigos que, como muchas otras, se distanció y terminó por diluirse en el tiempo. Beatriz estudió el rostro de los dos hombres y avanzó arrastrando los pies, desolada y contenta al mismo tiempo. Rota por la tristeza. Los tres se abrazaron con fuerza y sin tapujos. Beatriz rompió a llorar de nuevo y sintió el abrazo fuerte de aquellos dos amigos de la adolescencia que se habían convertido en hombres.

Muchos periodistas ya se habían marchado de Riópar. Otros habían decidido quedarse porque pensaban que merecía la pena esperar un poco más a ver qué pasaba. Por las calles del pueblo deambulaban vecinos de poblaciones cercanas y curiosos que habían acudido para conocer de primera mano la trágica noticia. La Guardia Civil, en colaboración con otras fuerzas de la comunidad, preparaba el operativo de búsqueda para encontrar a Adrián lo antes posible. En apenas una hora los rostros de Anabel y Adrián habían inundado todos los canales de televisión, medios digitales y redes sociales. Era una fotografía de Anabel y Adrián sonriendo, casi desenfocada y que alguien había tratado de retocar para conseguir una mayor nitidez. En cuestión de horas, Adrián se había convertido en la persona de la que más se hablaba en esos momentos en España. Multitud de personas dejaban sus comentarios en las redes sociales, rogando por que lo encontraran sano y salvo.

Beatriz, Alberto y Javier se habían parapetado en un bar a las afueras del pueblo, mientras nubes de tormenta oscurecían el cielo. Dentro, un fuego generoso ardía en la chimenea que el dueño del establecimiento se encargaba de mantener, mientras era

alentado por un par de clientes que se encontraban acodados en la barra acompañados por sendas copas de brandy. La imagen de Adrián y la noticia de su desaparición salía a esa hora en cualquier canal de televisión. El asesinato de Anabel aparecía siempre en segundo plano. Alberto y Javier miraban el televisor, aunque los comentarios fueran siempre los mismos. Beatriz observaba ensimismada el fuego.

—¿Os acordáis de la última vez que estuvimos juntos? —preguntó Beatriz sin apartar los ojos de las llamas.

—En casa de Santos —dijo Javier.

—En la parcela de Santos —rectificó Alberto.

—Sí, en la parcela de Santos. Es verdad. Era verano y nos queríamos bañar en aquella piscina enorme que tenían sus padres, ¿os acordáis? Pero no tenía las llaves porque le habían castigado.

—Sí, saltamos la valla de la finca haciendo un ruido terrible, no sé ni cómo no nos denunció algún vecino —dijo Alberto recordando aquel momento.

Javier soltó una risa ronca y dio una palmada en la barra. Beatriz también se acordaba de aquel momento, sonrió al hacerlo. Pensó que tal vez era la primera vez que sonreía de verdad después de lo que había pasado. No creía que se lo mereciera.

—Joder, sí. Y Santos se emborrachó... Nunca lo había visto borracho. Nadie lo había visto nunca. Era tan... correcto. Esa noche lo pasamos genial.

Alberto sonrió y miró a Beatriz. Le brillaban los ojos. No era el mismo. Recordaba al Alberto de la adolescencia, un chico que se había hecho demasiado grande de repente y que se ocultaba tras una melena desgreñada, que siempre le tapaba los ojos al estilo del cantante de los Ramones. Apenas hablaba y cuando sonreía lo hacía con timidez. Diez años daban para mucho. Aquel hombre que tenía frente a ella ya no era el adolescente taciturno y flacucho al que le asustaban las chicas guapas. Afortunadamente ya no lucía aquella melena grasienta. Llevaba el pelo corto, mucho más favorecedor, y una barba de pocos días que le sentaba realmente bien. Estaba delgado y en forma, y se movía de otra manera, más seguro de sí mismo. Sin embargo, lo que más le había llamado la atención de él habían sido sus ojos: verdes y brillantes como los de un gato en mitad de la noche. Había algo tierno, salvaje y desconocido en ellos que le hacían irresistible. Apartó su mirada de él mientras se daba cuenta de que se le había secado la boca.

—¿Qué habrá sido de Santos? Hace siglos que no sé de él. ¿Vive en Albacete? —preguntó Javier.

—Vive en Dublín, trabaja para una empresa de software. Vi a su hermana hace un año más o menos en la Feria, me dijo que se había casado con una chica asiática y que tenían dos o tres niños. Creo que tiene un cargo de ejecutivo o algo así en la empresa para la que trabaja.

—Era un cerebritito y siempre dije que llegaría lejos —comentó Javier.

Javier seguía siendo el mismo, no había lugar a dudas. Había sido muy guapo, y todavía lo era, aunque no estaba en tan buena forma como Alberto. La misma actitud despreocupada y juguetona, que era parte de su encanto. Con algunas canas a ambos lados de su peinado a la moda, y con esa sonrisa de canalla encantador que había

enamorado a la mitad de las chicas de Albacete. La propia Beatriz también sucumbió a sus encantos. Eran unos chiquillos y su breve romance duró apenas unas semanas, tiempo suficiente para comprobar que era bastante experimentado en las artes amatorias pero, de igual modo, infantil e irreflexivo.

—Sí —dijo Beatriz—. Y estaba enamorado de Anabel.

Alberto estuvo de acuerdo y Javier dio un sorbo a su café.

—Todos estábamos enamorados de Anabel, a pesar de cómo era, y no me malinterpretéis —dijo Javier—. Quería a esa chica alocada que vivía la vida al límite. La quería de verdad —murmuró mirando al suelo. Levantó la cara y miró a sus amigos—. Era cuestión de tiempo que algo así sucediera.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste, Javier? —preguntó Beatriz.

Javier se acarició el rostro recién afeitado, que mostraba una barba bastante cerrada y algunos sarpullidos en el cuello por el exceso de afeitados. Se quedó un momento pensando.

—No lo recuerdo con exactitud... ¿Cuatro?, ¿cinco años? Tal vez seis. La vi en Valencia, pero fue algo fortuito. Casi no la reconocí; nos quedamos como dos idiotas, ahí plantados en plena Gran Vía. Y, ¿sabes?, era otra persona completamente diferente.

Beatriz asintió, pero no dijo nada.

—Pues yo no volví a verla desde la época de Santos y toda esa gente —dijo Alberto.

—Eso es mucho tiempo —susurró Javier en tono reflexivo—. Ha pasado toda una puta vida.

Beatriz y Alberto se miraron e intercambiaron una mueca. Javier salió de su ensimismamiento y los observó.

—Miraos —dijo señalándolos—. Parecéis dos tortolitos.

Volvieron a mirarse. Beatriz se fijó en aquellos ojos verdes y misteriosos. Javier se giró en el taburete y, palmeando la barra, llamó la atención de la camarera, una chica de veintipocos años que se ruborizó cuando flirteó con ella. Se empeñó en que tenían que brindar por Anabel, aunque tanto Beatriz como Alberto no estuvieran de acuerdo. Javier insistió e hizo servir un chupito de «aguardiente local» para brindar por su amiga. Javier levantó el vasito tras convencer a la chica para que dejara la botella.

—Por Anabel. Nuestra querida Anabel. Siempre estarás en nuestros corazones. Te echaremos de menos.

Los tres amigos chocaron en silencio sus respectivos vasitos de chupito y bebieron. Inmediatamente después Javier cogió la botella y rellenó los vasos. Al levantarlo de nuevo, Beatriz se fijó en el brillo triste de su mirada. Con un gesto rabioso se bebió el contenido del vasito de un trago. Trató de componer una sonrisa y miró suplicante a Beatriz.

—Lo vais a coger, ¿no? Tenéis que coger a ese hijo de puta y meterlo en la cárcel para el resto de su vida. Tienes que prometerme que se pudrirá en la cárcel y que se hará justicia.

Beatriz había visto esa reacción cientos de veces en otras tantas personas que

habían sufrido el dolor de la pérdida de algún ser querido involucrado en un crimen.

—El cuerpo tiene muy buenos profesionales que harán todo lo posible por esclarecer el crimen.

La decepción se dibujó en el rostro de Javier.

—¿No vas a trabajar en el caso? Creía...

Era obvio que no conocían su situación actual. Tal vez dieron por sentado que se encontraba en Riópar por motivos profesionales.

—En realidad no trabajo actualmente... —murmuró Beatriz después de varios segundos en silencio. Bajó la cabeza y se miró las manos: le temblaban y las apretaba una contra la otra con fuerza. La imagen de David bajo el charco de sangre apareció delante de sus ojos. Se le escapaba la vida. Intentó taponar la herida...

Alberto le cogió las manos con suavidad y Beatriz reaccionó bruscamente.

—Beatriz... —susurró Alberto estremeciéndose—. Estás temblando.

Beatriz se incorporó. Alberto la miraba preocupado; Javier, extrañado y con un deje de rabia y frustración en sus ojos siempre divertidos.

El cielo estaba cubierto de nubes de color violáceo, turquesa y gris plomo cerniéndose sobre ellos cuando decidieron que era el momento de regresar. Un relámpago extendió sus tentáculos por encima de las copas de los árboles que el viento agitaba produciendo un ruido sibilante y un trueno bramó poderoso. Los tres se abrazaron en silencio, ignorando la tormenta que se aproximaba, con las cabezas pegadas entre sí y los ojos cerrados. Un gesto que realizaron muchas veces, invención de Anabel, y que alentaba a hacerlo cuando intuía que existían problemas entre ellos. Era su forma de expresar lo que significaban para ella, decía. Beatriz abrazó a Alberto y a Javier y buscó entre ellos el contacto de Anabel, siempre risueña, siempre divertida, siempre Anabel. De nuevo lloraron. Javier hizo un chiste oportuno y volvieron a reír, aunque era una risa teñida de tristeza. Se intercambiaron sus respectivos números de teléfono. Javier estrujó a Beatriz y le propinó sonoros besos, haciéndole prometer que tenían que verse en los próximos días para que les contara los progresos que se habían hecho en la investigación. Alberto, más comedido, abrazó a Beatriz con ternura. Beatriz cerró los ojos y sintió un alivio enorme entre aquellos brazos que, de alguna manera, se le antojaban como un refugio permanente. Alberto le susurró al oído que la llamaría pronto y le apretó la mano con delicadeza.

Vio por el espejo retrovisor cómo los coches de Alberto y Javier se alejaban. Beatriz permaneció inmóvil dentro del suyo, con la mano sobre la llave de contacto sintiendo un sinfín de emociones contradictorias. La realidad cayó encima como una losa. No podía creer que Anabel hubiera sido asesinada, y que su hijo, un niño de apenas seis años, hubiera desaparecido. ¿Estaría vivo? ¿Qué había ocurrido en la vida de Anabel aquellos últimos años? Después de tanto tiempo, Anabel se había convertido en un misterio para ella. El momento en el que fueron inseparables se mostraba como un lejano y difuso recuerdo.

Aferraba con fuerza la llave de contacto cuando alguien se acercó hasta la

ventanilla del acompañante y golpeó con los nudillos. Beatriz se sobresaltó. El brigada Cebreros se agachó para que viera su rostro. Sonrió y le saludó al estilo militar. Beatriz se apresuró a bajar la ventanilla.

—Buenas tardes, mi teniente —dijo Cebreros entornando los ojos debido al viento que ululaba y levantaba el polvo del suelo.

—Por favor, entre en el coche.

Cebreros abrió la puerta y se acomodó en el asiento. Beatriz subió la ventanilla. Entre las rachas de viento comenzaron a caer gotas de lluvia sobre el parabrisas.

—Perdone que la entretenga. No quiero que tenga que volver a Albacete en plena tormenta... y casi anocheciendo.

—No se preocupe...

—Juan Cebreros, mi teniente —se apresuró a presentarse.

—Encantada, Juan, y por favor, ahórrese el formalismo y llámeme Beatriz.

—Como quiera —contestó Cebreros un tanto incómodo—. La he visto en la rueda de prensa y simplemente quería saludarla. Lo cierto es que no sabía si era usted o no... —Se detuvo un instante sin saber cómo continuar.

—He venido a título personal. Conocía a la víctima. En realidad éramos amigos.

—Vaya, lo siento, no tenía ni idea.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Demasiado, tal vez. Esta mañana estaba viendo la tele y he visto la noticia del asesinato. Por cierto, ¿quién encontró el cadáver?

—Medina, un agente medioambiental de la Junta de Comunidades, aquí en Riópar. En realidad es el coordinador. Según su testimonio, salió a pasear con uno de sus perros y la encontró bajo una pasarela que sirve de mirador del nacimiento, en el riachuelo.

—¿Usted conocía a la víctima? —preguntó Beatriz.

—No. —Cebreros negó con la cabeza—. Y mira que esto es pequeño... La verdad es que no hago mucha vida social, aunque como es natural conozco a todos los vecinos. Pero a esta chica no la había visto nunca, que yo recuerde. Sin embargo, Medina afirma que la conocía de vista. Según él, llevaba unos meses viviendo en una cabaña rural.

—¿Qué me puede contar del tal Medina?

—Es un tipo un tanto reservado y solitario. No se mete en líos ni se le conocen vicios.

—El perfil clásico del hombre de un pueblo pequeño.

Cebreros sonrió.

—Tranquilo, amante de la naturaleza y los animales. La vida en un pueblo de estos no tiene nada que ver con la de una ciudad.

Beatriz estaba de acuerdo con Cebreros. Afuera las gotas de lluvia se multiplicaban. El atardecer tocaba a su fin.

—¿Han encontrado algo relevante?

—En la escena del crimen nada que llamase nuestra atención. Bueno, tal vez los de la científica hayan encontrado algo, pero lo desconozco. Aunque cuando fuimos a la

cabaña sí vimos algo interesante: un par de billetes de avión con destino a París.

—Para Anabel y el niño, supongo.

—Eso es, y tenía pensado marcharse hoy mismo.

Beatriz reflexionó en torno a esa información. Miró más allá de los árboles que delimitaban Riópar por el suroeste y en dirección hacia donde se encontraba el nacimiento del río Mundo.

—¿Ha comenzado ya el operativo de búsqueda de Adrián?

Cebreros observó el tono entre apremiante y apesadumbrado de la teniente y por un instante sintió una leve punzada de aflicción.

—En cuanto hemos tenido constancia. —Miró de soslayo hacia fuera—. Aunque comenzaremos en serio mañana por la mañana.

Beatriz imaginó al pequeño Adrián solo, ahí afuera. Tratando de guarecerse de la lluvia. Tiritando de frío. Hambriento y asustado... Era mejor que pensar que estaba muerto y su pequeño y tierno cuerpo enterrado torpemente en algún lugar desolado y oscuro del bosque.

—Claro —murmuró Beatriz.

Cerró los ojos y se masajeó el puente de la nariz. Cebreros supo que era el momento de marcharse.

—Mi teniente...

—Beatriz, por favor.

Cebreros se movió incómodo en su asiento. Aunque podría ser su hija, Beatriz Manubens era teniente de la UCO y por tanto su superior. Era conocida en el cuerpo por sus logros y también por el trágico accidente que había desestabilizado su fulgurante carrera. Cebreros la había admirado secretamente aun sin conocerla. Ahora la tenía a su lado y pudo constatar con sus propios ojos lo injusto de su situación. Él y Matilde no habían podido tener hijos aunque lo desearon durante mucho tiempo. La ausencia del hijo anhelado fue muy duro para ellos. Pero aprendieron a convivir y a sobrellevarlo mutuamente. Nunca se perdonó no haber hecho algo más, sobre todo por Matilde. Era una carga que tendría que soportar mientras viviera.

—Bueno, no la entretengo más. —Cebreros abrió la puerta con prisa y salió del coche. Se puso la gorra y la lluvia mojó su uniforme.

Beatriz lo miró extrañada.

—¿No quiere que lo lleve a algún lado? Se va a poner perdido.

—No se preocupe por mí, voy al puesto que está ahí mismo. —Asintió azorado—. Márchese ya, mi..., Beatriz...

Beatriz sonrió.

—¿Le importa si le doy mi número de móvil? Es por si surge algo nuevo en la investigación. Llámeme también si encuentran alguna pista sobre Adrián. Lo que sea. No se preocupe por la hora.

—Lo haré —afirmó Cebreros, rotundo.

Se intercambiaron sus respectivos números de teléfono y se despidieron en el momento en el que se puso a llover en serio. Cebreros corrió dando pequeños saltitos por la plaza hasta el puesto y Beatriz se apresuró a coger la carretera para Albacete,

pensando en todo lo que había ocurrido ese día, pensando en la malograda Anabel, pero sobre todo pensando en qué habría sido del pequeño Adrián.

Emilia apagó el televisor que siempre estaba encendido con un gesto rabioso y se llevó las manos temblorosas a la cara para intentar acallar aquel llanto que la dominaba. Ya no soportaba más ver la noticia del asesinato de Anabel y la desaparición de su hijo Adrián. La fotografía de ambos sonriendo a la cámara se repetía sin cesar en todos los canales generalistas y regionales como noticia destacada. Había tenido tal impacto que eclipsó otras noticias importantes de política, economía y deportes a nivel incluso internacional. En Albacete, el nombre de Adrián se escuchaba a todas horas y en cualquier parte. Era el tema principal de conversación en comercios, cafeterías y espacios públicos. Todo el mundo tenía una opinión al respecto de la suerte que había corrido Adrián y de quién había asesinado a Anabel y por qué.

Necesitaba un cigarrillo y también beber algo urgentemente. Intentó levantarse del sofá, pero las piernas no le respondieron. Estaban entumecidas de pasar tanto tiempo allí tumbada viendo programas basura de estúpidos niños, cuyo único afán en la vida consistía en vivir sin trabajar. Programas destinados principalmente a un público tan estúpido y con esas mismas y pueriles pretensiones.

Consiguió llegar arrastrándose a la cocina pensando que era el último lugar donde había visto el paquete de cigarrillos. El olor era nauseabundo. Los cacharros sucios se apilaban en el fregadero y una mosca gorda zumbaba de aquí para allá como si la cocina fuera su territorio. El paquete estaba allí, encima de una mesa de formica, entre cajas de pizza desechadas y envoltorios de porquerías alimentarias, pero vacío. Con rabia estrujó el paquete gruñendo y lo arrojó al suelo. Vio un par de botellas, una de whisky y otra de ginebra, y se abalanzó hacia ellas. La de whisky estaba vacía, la de ginebra, casi. Apuró ese casi con un sorbo ruidoso y desesperado y se dejó caer en el suelo pegajoso mientras la mosca zumbaba por encima de su cabeza con más brío.

Se preguntó por qué a ella; ¿qué había hecho para merecer esa vida? Ella había sido la reina del baile. La joven más deseada del instituto. La chica con la que todos querían pasar el resto de sus vidas. Recordaba aquel tiempo en el que se pasaba horas mirándose al espejo, contemplando toda esa belleza que la naturaleza le había concedido. Planeando una vida de ensueño; casada con un guapo piloto o con un banquero. Viviendo en una casa muy grande con jardín, piscina y sirvienta. Hacía mucho tiempo que no se miraba al espejo, la última vez que lo hizo estaba borracha y no se reconoció. Vio a un ser grotesco y extraño que la examinaba con rabia, amargura y desesperación.

Ella tenía la culpa de todo. Era su última oportunidad y lo había tirado todo a la basura. Estaba acabada.

Se limpió las lágrimas y gruñendo se incorporó. Literalmente salió arrastrándose de la cocina, gimiendo y protestando, jurando y maldiciendo. Llenando su boca de insultos y refinadas palabrotas. Tenía los nervios destrozados y no pasaría de ese día

si no tomaba un trago en ese mismo instante. Por algún sitio guardaba una petaca. Debía encontrarla. Tenía que estar por algún lado...

Entró en el comedor y registró los cajones del único mueble que había. El interior estaba tan vacío como su alma. Fue al dormitorio. La habitación estaba a oscuras y tropezó con la mesita, golpeándose en la rodilla. Maldijo una obscenidad. Una voz masculina y gutural al otro lado bramó una risotada y golpeó la pared con fuerza. Los golpes sonaron como mazos en aquel tabique de papel. Emilia devolvió unos golpes nimios e insulsos, escupiendo blasfemias lastimosas.

Tanteó las paredes en busca del interruptor. Levantar la persiana se le antojó descabellado. La luz de una bombilla brilló, emitiendo una luz dura, proyectando sombras afiladas y deformadas. Emilia abrió los cajones de una cómoda. Aparte de su escasa ropa interior, había papeles y más estúpidos papeles que el Ayuntamiento de Albacete, propietario de ese piso tutelado, le enviaba de cuando en cuando, obligándola a conservarlos y que eran necesarios para que pudiera seguir cobrando lo que ellos llamaban subsidio y que no era más que una mísera paga, que apenas le daba para vivir. Casi nadie la visitaba, salvo algún voluntario de los Servicios Sociales que, según ellos, acudían para ver cómo se encontraba. Pero sabía perfectamente que lo que esperaban era hallarla muerta, para así ahorrarse esa paga de miseria y darle ese cuchitril a otro desgraciado.

Allí estaba.

La reconoció porque llevaba impreso el logotipo de una conocida marca de whisky. La miró con avidez, pero con miedo también. No tenía ni idea del tiempo que llevaría ahí y si, como temía, pudiera estar vacía. La cogió despacio y la sopesó con la mano que no dejaba de temblar. Agitó la petaca aguantando la respiración. Le quitó el tapón y sin más dilación se la llevó a la boca. Emitió un gruñido de placer al constatar que todavía quedaba al menos para un par de tragos, que consumió en unos pocos segundos. Sin embargo, continuó sorbiendo de la boquilla al menos durante dos o tres minutos más.

Las imágenes del David sobre el charco de sangre se mezclaron con las del Adrián sonriente de aquella foto borrosa y con grano que, junto a Anabel, eran la cara de esa tragedia mostrada al mundo. Anabel también sonreía, pero ya no con aquella sonrisa despreocupada propia de la adolescencia. Era una sonrisa forzada que trataba de rescatar del pasado los momentos más felices. Todavía conservaba aquella belleza salvaje e indómita que volvió locos a muchos hombres, pero con el aire de tristeza propio de quienes han sufrido más reveses de lo esperado. Beatriz cerraba los ojos y allí estaban. Los abría y desaparecían, pero la sensación de angustia la ahogaba. Eran cerca de las dos de la madrugada y desde que se fue a la cama no consiguió conciliar el sueño. Daba vueltas en la cama, presa de la ansiedad. Gimiendo, sollozando, susurrando incoherencias.

Salió de la cama y se vistió a toda prisa, incapaz de permanecer más tiempo allí. No hizo ruido, pero alguien más en la casa estaba pendiente de sus movimientos. Casi

se da de bruces con su padre, que estaba plantado en medio del pasillo. Con su escaso cabello alborotado sobre la calva y con las manos dentro de una desgastada bata de cuadros, que se negaba a sustituir por una «más moderna» que Mercedes le regaló el día de su santo porque, en su opinión, «le hacía parecer un imbécil». Beatriz ahogó una exclamación, llevándose la mano a la boca.

—¡Papá! ¿Qué haces despierto? Vete a la cama.

—Bea, ¿adónde vas, cariño? Son las dos de la madrugada...

Beatriz terminó de ponerse la chaqueta y a continuación se anudó una bufanda al cuello, sin mirar a los ojos de su padre.

—Anda, vente a la cocina que te voy a preparar un vaso de leche caliente con un poco de miel. Ya verás como eso te sienta bien... —murmuró Paco cogiendo a su hija del brazo sin convicción. Buscando sus ojos que se negaban a mirarlo.

—Papá, vete a la cama, por favor.

Lo miró brevemente a los ojos y ambos compartieron el brillo inminente del llanto. Beatriz había heredado una parte importante de la fisonomía de su padre, en especial los ojos. Grandes, expresivos, oscuros y sensuales.

—Vas a despertar a mamá... —le regañó con la voz ahogada. Se apresuró a limpiarse una lágrima furtiva con el dorso de la mano.

Paco cogió a su hija por los hombros. Las manos le temblaban, los ojos le brillaban.

—¿Es por Anabel y su hijo? Es una noticia terrible, lo sé. Yo tampoco me lo creo todavía —musitó mientras las lágrimas le caían despacio y surcaban su rostro, sin apenas arrugas—. Parece que la estoy viendo ahora. Una chiquilla espabilada y resuelta, que pasaba por la zapatería a recogerte y contaba todas esas historias fantásticas, ¿te acuerdas?

La voz se ahogó y Beatriz abrazó a su padre. Notó su cuerpo flacucho temblando, aferrándose a ella. Acarició su cabeza, sus escasos cabellos que le cubrían sin éxito una calva brillante, que a Beatriz siempre le había encantado. Él cogió su rostro y lo besó con mucha ternura. Sintió el bigote pinchándole en la mejilla y recordó cuántas veces, siendo una niña, le había advertido que no volvería a dejarle que le diera un beso si antes no se afeitaba el bigote.

—Tengo que solucionar mis propios problemas y puede que me equivoque, pero tengo que hacerlo a mi manera.

Se separaron y Paco forzó una mueca de impotencia. Sujetó las manos de su hija, se separó unos centímetros y la miró a los ojos.

—Tengo miedo, hija.

Beatriz tragó saliva. Acarició el rostro de su padre y lo besó con fuerza.

—Te quiero, papá.

Beatriz se escabulló hacia la salida. Paco oyó la puerta cerrarse con un suave siseo y sintió cómo la angustia se retorcía en su estómago.

Sobre las dos y cuarto de la madrugada, Javier entró por la puerta de urgencias del

Hospital General de Almansa. No había nadie en recepción y el largo pasillo que comunicaba los dos extremos estaba desierto y silencioso. Atajó por otro pasillo, también desierto, y llegó hasta la segunda planta del complejo hospitalario sin cruzarse con nadie. La puerta de la habitación 235 estaba cerrada. Con mucho cuidado la abrió y vio a su suegro Diego Puertas postrado en la cama con aquel mismo gesto de sorpresa que tenía cuando lo vio por la mañana. Seguramente su expresión se debía al accidente que se había producido dos días antes con su coche regresando de Jaén por la carretera N-322. Conducía a toda velocidad y había empotrado su Mercedes CL Coupé contra el tronco de una enorme encina centenaria.

Traumatismo craneoencefálico y fractura cervical de gravedad, que en caso de salir indemne, hecho poco probable, confinaría a Puertas a una situación permanente de paraplejia. Estaba vivo de milagro, en coma pero vivo. De la boca le salía un tubo de plástico transparente que estaba conectado a la máquina de ventilación asistida que le ayudaba a seguir tomando pequeñas dosis de vida.

Laura se removió en la butaca que había frente a la cama al notar la presencia de su marido. Aunque hacía un calor infernal allí dentro, estaba tapada con una manta que él le había traído de casa antes de marcharse a Riópar. Laura no dijo nada, como era habitual en ella últimamente. Lo miró en silencio y sin aparente intención, pero sin apartar los ojos de él. Imaginando que trataba de penetrar en su mente, como en aquella película de los años sesenta donde esos odiosos niños rubios leían la mente de las personas. Cuando lo miraba así, Javier había llegado a pensar que su mujer era capaz de saber lo que estaba pasando por su cabeza y, por tanto, de conocer todos sus secretos; hecho que le aterraba sobremanera.

—¿Por qué has tardado tanto? —dijo al fin ella.

Javier miró a su suegro, evitando los ojos escrutadores de Laura.

—Javi se despertó cuando me oyó entrar en el dormitorio. Ha preguntado por ti. Quería venirse conmigo. Me ha costado convencerlo de que tenía que volver a dormirse.

Laura compuso un gesto de disgusto.

—Seguro que has entrado en su habitación a propósito.

Javier miró la noche a través del ventanal. Tenía una amplia visión de la autovía de Alicante. Siguió con la mirada las luces de algunos vehículos que circulaban por ella y escuchó el leve rumor de sus motores por encima del desesperante siseo que producía la máquina a la que estaba conectado Puertas.

—¿Alguna novedad? —dijo señalando a su suegro.

—Está en coma, Javier —contestó Laura tras suspirar. Luego se incorporó y se masajeó el cuello—. Cada ocho horas viene la enfermera a administrarle el antiácido. La próxima dosis es a las cuatro y suele ser puntual, pero por si acaso, estate atento.

Laura se recogió el cabello en una coleta mientras hablaba. Cogió su móvil, lo miró brevemente y lo metió en el bolso. Luego se levantó y se calzó unos zapatos negros de piel y tacón alto, que había dejado al lado del sillón. Javier observó su esbelta figura dentro de aquel elegante vestido negro, corto, de manga francesa, que le encantaba y con el que estaba tan guapa. Todavía sentía una intensa fascinación por

la belleza de su esposa, que con treinta y seis años estaba más atractiva que nunca. Hacía mucho tiempo que no le decía lo guapa que estaba. El mismo que hacía que no le decía que la quería.

—No te preocupes, me lo apuntaré en el móvil.

Laura se puso un abrigo cruzado, también negro, y miró a su padre fijamente. Le tembló la barbilla y una lágrima se deslizó por su mejilla. Acarició la mano de su padre con ternura. Javier se acercó conteniendo la respiración y apoyó ligeramente sus manos en los hombros de su esposa.

—Vete a dormir. Mañana tienes que madrugar. Descansa. Vamos.

Entre el hedor acre a medicamentos, Javier percibió el olor corporal de su mujer: no sabía cómo lo hacía, pero siempre olía bien. Se sintió hechizado de nuevo por aquellos ojos verdes que lo miraban con intensidad. Tratando de leer su mente. Saber qué pensaba. Sintió su cuerpo pegado al suyo, su cálido aliento que tanto echaba de menos. Sus ojos tenían un brillo extraño, felino, feroz, lujurioso, indiferente... No podría ni en toda su vida descifrarlos. Él solo era un hombre, y por supuesto no tenía esa capacidad.

—Mañana hablamos —susurró a un centímetro escaso de sus labios. Javier intentó besarla, pero ella se retiró en el último instante. Se giró y se marchó sin mirar atrás.

Sus pensamientos se mezclaban con la música de fondo. Beatriz trataba de mantenerse consciente a pesar de que los ojos se le cerraban y tenía la sensación de estar flotando, debido fundamentalmente a la mezcla de antidepresivos y alcohol. La copa de su último gin-tonic estaba vacía. No tenía ni idea de dónde se había metido Santi. Una pareja al otro extremo de la barra no dejaba de hacerse arrumacos. Él sonreía todo el tiempo y le hablaba al oído. Ella reía con pequeñas risitas contenidas, le acariciaba la cara y se besaban durante largos minutos. No había nadie más en La Luna. Ella, esa pareja de tortolitos y Santi.

En algún momento la pareja se marchó y la música se extinguió. Beatriz intentó mantenerse erguida en el taburete. Cogió un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Buscó con la mirada a Santi. Quería que saliera de donde estaba. No quería estar sola.

—Bea, son las cuatro de la madrugada —dijo Santi, que de repente estaba allí, frente a ella. Sin su coleta, con su larga melena suelta al estilo de los roqueros de los ochenta—. ¿Nos vamos a dormir?

—Negativo —balbuceó y negó con la cabeza.

Santi estaba cansado. Sus viejos ojos de roquero languidecían bajo el único punto de luz que quedaba encendido en el local.

—Te llevo a tu casa —dijo Santi decidido, mirando un manojito de llaves que se había sacado del bolsillo de una chupa de cuero, que como poco tendría treinta años.

Beatriz se bajó del taburete. Santi se ofreció a ayudarla, pero ella declinó el ofrecimiento con un manotazo. Se dirigió a la puerta. Santi cogió el paquete de tabaco y el móvil que Beatriz se había dejado en la barra y una vez fuera, antes de bajar la persiana, se lo guardó en el bolsillo de la cazadora de piel de Beatriz. Ella se

subió la cremallera y una leve ráfaga de viento agitó su densa y oscura cabellera.

—Tengo la furgoneta aparcada aquí al lado. En serio, te llevo en un momento. No me cuesta nada.

—Hasta mañana, Santi. Gracias por tu compañía.

Beatriz se alejó tambaleándose en dirección a la calle Marqués de Molins. Al llegar a la esquina, se detuvo a los pies del imponente edificio Cabot, abrazándose a sí misma. Sintiendo el viento helado en su rostro, que pensó le vendría bien. Las lámparas de sodio de las farolas amarilleaban la que siempre había sido su calle favorita de Albacete. Recordó cientos de momentos de su vida allí, en ese mismo lugar. Muchos de ellos compartidos con sus amigos. Hablando de amistad, de amor y de la vida que planeaban vivir en el futuro, que por supuesto no se parecería en nada a lo que les aguardaba. En algún lugar desconocido estaban ellos, pero no Anabel. Ya no.

Sus piernas temblaron. Se apoyó en la pared y no pudo evitar vomitar, sintiendo el sabor acre y amargo de la bilis mezclado con el del alcohol. Tambaleándose y con los ojos llorosos, se limpió la boca con la manga de su chaqueta y se dejó caer hasta quedarse sentada en el suelo, con las piernas recogidas, pegadas al cuerpo. Hundió su rostro entre sus rodillas y, en la negrura de su aflicción, escuchó un grito desesperado de auxilio.

Miércoles, 19 de octubre

Más de doscientas personas estaban involucradas en la búsqueda de Adrián y repartidas entre las casi veinte mil hectáreas del Parque Natural de Los Calares del Río Mundo y de la Sima. Una parte importante eran voluntarios; del propio Riópar, de las poblaciones limítrofes, de Albacete e incluso de otras provincias como Valencia y Jaén. El resto pertenecía a los cuerpos de la Guardia Civil: los del SEPRONA recorrían con sus motocicletas caminos y pistas forestales, los grupos especialistas de montaña y espeleología estaban poniendo especial interés en explorar la Cueva de los Chorros y los calares, y los GEAS buscaban a lo largo de la cuenca del río alguna pista sobre el paradero del niño desaparecido. Varios helicópteros coordinaban desde el cielo la búsqueda, mientras que los voluntarios batían el bosque a modo de rastrillo.

Cebreros, mientras tanto, había conseguido hablar con Izquierdo, el dueño de la casa rural donde Anabel estuvo viviendo los últimos meses en Riópar. Izquierdo pudo demostrar que cuando se produjo el crimen, él se encontraba en viaje de negocios en Marruecos. Decenas de testigos presenciales pudieron corroborarlo, así como varias llamadas realizadas desde su móvil que lo situaban entre Marrakech, El Jadida y Casablanca, en una estancia que se prolongó varios días. Cebreros quiso saber qué tipo de relación los unía.

—Anabel era una buena chica, pero sin suerte —afirmó Izquierdo con pesar a través del teléfono—. Yo tenía un restaurante en Dénia, a medias con un brasileño que resultó que le gustaba meter la mano en la caja más de la cuenta. Anabel buscaba un trabajo y nosotros necesitábamos gente para la temporada de verano. Estuvo trabajando cuatro meses, de junio a septiembre.

—Eso ocurrió el verano anterior, quiero decir el año pasado, ¿no?

—Correcto. En septiembre nos despedimos y ya no supe más de ella hasta que me llamó en agosto de este año. Me dijo que tenía intención de marcharse fuera de España. Ella sabía que yo suelo viajar por negocios al extranjero y quería saber si podía ayudarla a encontrar algún trabajo en hostelería. Le dije que tenía algunos contactos de restaurantes y hoteles con los que trabajaba en Francia, concretamente en París. Anabel me pidió que lo intentara. Estaba decidida y yo hice lo posible por ayudarla.

Cebreros comenzó a sospechar y pensó adónde le llevaría aquel insólito desinterés.

—¿Usted conocía al hijo de Anabel?

Izquierdo sonrió con tristeza al otro lado de la línea.

—Claro que lo conocía. Anabel solía llevarlo al restaurante cuando no podía dejarlo a cargo de nadie. El niño se portaba bien, bueno, era un niño, ¿me comprende?, y no paraba, pero se comportaba.

—¿Sabía quién era el padre de Adrián?

—No. Anabel apenas contaba nada de su vida privada y yo iba y venía, no estaba todo el tiempo en el restaurante. Tenía que atender otros negocios que tengo.

—Sin embargo, llegaron a ser buenos amigos...

—Digamos que apreciaba a Anabel. Como le he dicho, Anabel era buena chica, pero no tenía suerte. Trabajaba mucho y no se quejaba. Supongo que siento cariño por la gente como ella.

Cebreros levantó una ceja, incrédulo. No se creía ni por asomo que en estos tiempos alguien ayudara a otra persona porque sí. Máxime si la otra persona era una chica bonita, vulnerable, sin recursos y que ahora estaba muerta.

—Explíqueme cómo fue lo de que Anabel recalara aquí en Riópar.

Izquierdo resopló al auricular y se mantuvo pensativo durante un instante.

—Como le dije, Anabel me llamó en agosto. Había regresado a Albacete, que era donde vivía su madre, aunque según Anabel su madre no la recibió precisamente bien, y después de eso no tenía un lugar donde quedarse. —Izquierdo se detuvo en su relato y volvió a resoplar ruidosamente. Daba la impresión de que el recuerdo le atenazaba la garganta o tal vez todo fuera puro teatro—. Le dije que tenía una cabaña rural en Riópar. La compré hace años como inversión y quería venderla, porque yo no voy por allí y apenas saco para cubrir gastos. Le ofrecí la cabaña. No sé, se me ocurrió de repente y ella aceptó encantada. Le dije que no le cobraría ningún alquiler y que podía quedarse a partir de septiembre, que era cuando estaría desocupada, mientras le buscaba alguna oferta de trabajo. Anabel se ofreció a mantenerla limpia y en buen estado durante su estancia.

—Y entonces encontró un trabajo para ella, en París.

—Sí. Hace como dos semanas, para trabajar en un hotel. Estaba muy contenta y no paraba de decir que siempre estaría en deuda conmigo.

—Parece ser que iba a comenzar a trabajar en breve. Encontramos unos billetes de avión con destino a París con fecha de salida, precisamente para el día que la encontramos muerta.

—Sí —balbuceó Izquierdo tras unos segundos en silencio.

—Entonces usted no llegó a verla en persona mientras estuvo aquí.

—No. Todas las conversaciones que mantuvimos fueron telefónicas. Seguro que pueden comprobar las llamadas.

Cebreros asintió.

—Lo haremos, aunque hay algo en lo que no dejo de pensar —rumió Cebreros—. Beatriz tenía dos billetes de avión, de esos que uno se puede imprimir desde su propia impresora. Toda esta gestión se puede realizar desde un móvil, dicen. Yo nunca lo he hecho. Quiero decir, comprar los billetes para un vuelo desde el móvil.

—Se puede hacer, yo lo hago constantemente.

—A eso voy. Ella pudo realizar la compra desde su móvil, que por otro lado no hemos encontrado. Pero no sabemos cómo pudo imprimir los billetes, ya que no había impresora ni ordenador en la cabaña rural. He preguntado si tal vez alguien le imprimió los billetes, pero no hemos encontrado a nadie. Alguien tuvo que hacerlo si ella, como presumimos, no tenía impresora.

—Tiene razón —dijo al fin Izquierdo.

—Sí —asintió Cebreros mientras meditaba—. Señor Izquierdo, tengo que preguntarle algo importante.

Izquierdo no respondió nada, esperó en silencio.

—¿Tenía usted algún tipo de relación sexual o sentimental con Anabel?

Tras un instante, Izquierdo se rio despacio y por lo bajo. Cebreros esperó pacientemente.

—¿Qué es tan divertido, señor Izquierdo?

—Bueno, no se ofenda. Sabía que me lo preguntaría. Pero no, no tenía ninguna relación con Anabel, solo nos unía una amistad.

Fue Cebreros quien resopló al auricular esta vez, y entonces reparó en la respuesta implícita de Izquierdo. Sonrió y meneó la cabeza.

—Perdone que se lo pregunte: ¿es usted homosexual, señor Izquierdo?

—Lo soy. Puede investigar al respecto tanto en mi círculo profesional como personal —afirmó con orgullo—. Entiendo su desconfianza, pero permítame que le diga que todavía existen personas que hacen cosas desinteresadas por los demás.

Cada vez menos, pensó Cebreros con pesar. Cada vez menos.

Después de hablar con Izquierdo, Cebreros instó a sus hombres a que siguieran preguntando a los vecinos de Riópar y poblaciones aledañas por si alguien más hubiera tenido algún tipo de contacto con Anabel y Adrián. Eran unos pocos los que la recordaban de haberla visto pasear por los alrededores, salir a comprar pan, leche, fruta y cosas básicas en el pequeño supermercado local. Todos coincidían en que parecía una chica cordial, aunque apenas entablaba conversación más allá de las formas de rigor. Siempre la vieron acompañada del niño. Nunca de nadie más.

Sin embargo, algunos vecinos estaban preocupados porque hace unas semanas vieron merodeando a un hombre que les resultó sospechoso, máxime a tenor de los últimos acontecimientos. Se trataba de alguien que en aquel lugar no pasaría desapercibido. Riópar era un lugar muy visitado durante todo el año debido al famoso nacimiento, pero sobre todo al fenómeno que lo había convertido en una celebridad natural: el reventón. Un fenómeno que se repetía entre dos y tres veces al año y que consistía en una vistosa explosión de caudal en forma de gigantesco chorro, debido a la presión acumulada en los calares de la cuenca alta.

El sospechoso que había llamado la atención de algunos vecinos no era el habitual visitante de Riópar, y todos coincidían en que aquel hombre no estaba allí para disfrutar de la naturaleza. La descripción física del individuo inquietó a Cebreros sobremanera: cabeza rapada, barba cerrada, fuerte y de aspecto agresivo, con un

vistoso tatuaje en forma de cuervo en el cuello. Vestía cazadora negra de cuero y pantalones también negros. Desde luego, alguien así llamaba la atención en Riópar.

Con esa información, que Cebreros consideraba importante, se puso en contacto primero con el juez Lescuyer para transmitirle sus pesquisas y a continuación con el capitán Mora, que alabó su dedicación, instándole a que continuara con el trabajo. Mora aprovechó para informarle de que una sección de la UCO de Madrid se haría cargo de la investigación del caso de Anabel y Adrián. Cebreros escuchaba al capitán Mora, sentado a la mesa de su despacho y dibujando figuras geométricas en un bloc de notas, cuando vio que alguien acababa de llegar al puesto y preguntaba por él. Tras la puerta de cristal biselado vio una figura alargada y voces de varios hombres. La figura abandonó la distorsión del cristal de la puerta: un hombre de unos treinta y cinco años. Alto y de figura estilizada. Corte de pelo caro, barba cuidada y con un elegante chaquetón verde. Entró en el despacho; lo siguieron cuatro hombres que permanecieron en todo momento detrás de él. Se quitó las gafas de sol que ocultaban sus ojos. Cebreros colgó el teléfono en ese momento.

—Buenos días, brigada. Soy el capitán Carmona de la UCO de Madrid. —
Extendió su mano.

Cebreros se levantó y se dieron un breve apretón de manos.

—A sus órdenes, mi capitán. Estaba hablando precisamente con el capitán Mora.

—Bien. Supongo que ya le habrá contado que hemos venido a hacernos cargo de la investigación. ¿Me puede poner al día?

Cebreros trató de que tanto el capitán como sus hombres se sintieran cómodos, aunque su despacho era pequeño. Había dos mesas, una la que ocupaba Cebreros y otra más que solían usar sus agentes para redactar los informes. Cebreros cogió todas las sillas disponibles y las colocó frente a su mesa. Los hombres de Carmona se sentaron del mismo modo que cuando irrumpieron en el despacho: Carmona en el centro y los cuatro hombres, que no abrieron en ningún momento la boca, alrededor del capitán.

Durante un cuarto de hora, Cebreros relató todo lo que había ocurrido desde el momento en que encontraron a Anabel muerta en el riachuelo. A esas alturas, la noticia de la desaparición de Adrián había alcanzado un nivel de difusión a gran escala y cualquiera tenía una idea general de lo ocurrido. Carmona lo interrumpía a veces para hacerle alguna pregunta, pero no tomaba notas. Tampoco ninguno de sus hombres. Por un momento, Cebreros se sintió como si más que informar del caso, estuviera realizando un examen oral. Cebreros también le explicó la conversación que había tenido esa mañana con el propietario de la cabaña rural y, por último, el descubrimiento de un sospechoso que por su aspecto había llamado la atención de algunos vecinos.

—Ese tipo podría ser un punto de partida. Villena, quiero un retrato robot del sospechoso, y luego chequea la base de datos de Albacete a ver si encontramos algo, pero no quiero difusión exterior. Vamos a ver qué encontramos primero, y si no hay suerte, probaremos con la base de datos de la policía de Albacete, pero de momento ni una palabra.

—Sí, mi capitán.

—Cebreros —dijo el capitán Carmona, adelantándose y apoyando la mano en la mesa—. Está haciendo un buen trabajo y quiero que siga así. —Cebreros se enorgulleció por las palabras de Carmona—. Usted será mis ojos aquí. Quiero que me llame directamente a mí si encuentra algo. Lo que sea, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, mi capitán.

Carmona golpeó la mesa con los nudillos y con ese acto dio por concluida la reunión. Se levantó y sus hombres y el brigada Cebreros lo imitaron. Carmona le extendió de nuevo la mano. Cebreros la cogió y el capitán apretó con vigor.

—Tenemos que encontrar a ese niño, ¿me ha oído? Eso es lo más importante en estos momentos. Mejor vivo que muerto. Olvídese de todo lo demás y céntrese en esto. Haga lo que considere oportuno y recuerde que aquí es usted quien manda.

—Así lo haré, mi capitán.

Carmona le palmeó el hombro con la misma energía. Se colocó las gafas de sol y se marcharon. Cebreros resopló cuando vio a través de la ventana cómo la comitiva se alejaba, pensando por dónde empezar.

Manuela no pudo evitar derramar unas lágrimas cuando la periodista de Castilla-La Mancha TV Noticias habló sobre la, hasta ahora, búsqueda infructuosa del pequeño Adrián. Con consternación anunció que se estaba realizando por parte de todos un esfuerzo considerable, pero que de momento no estaba dando resultados. No se había hallado ni una sola pista que pudiera sugerir que el niño seguía con vida o que, como muchos temían, estuviera muerto. Manuela había puesto una vela roja con la estampa de la Virgen de los Llanos sobre el poyo de la ventana del cuarto de pilas, y cuando se acercaba por allí, siempre se tomaba unos minutos para rezar y rogar por que pronto todo aquello terminara felizmente.

La señora Celia, la anciana que Manuela cuidaba, emitió un gemido desde el sillón orejero en el que estaba instalada mañana, tarde y noche. Manuela se apresuró a limpiarse las lágrimas y a bajar el volumen del televisor con el mando a distancia.

—La he molestado, doña Celia.

La anciana agitó la mano con desgana, restándole importancia.

—Pobre criatura —susurró con voz atiplada—. Y lo que estará pasando, Jesús.

—¿Usted cree que está vivo? —Manuela se levantó, rodeó la mesa camilla donde ambas estaban sentadas y se acercó a la anciana. Con mimo, la tapó con las faldas de la mesa como a doña Celia le gustaba, a pesar de que en aquella casa había calefacción central y en días como aquel, que no hacía demasiado frío, se alcanzaban los veintiséis o veintisiete grados de temperatura.

Le acomodó el cojín sobre el que apoyaba la cabeza, la peinó con ternura y le dio un beso en la frente, que la señora Celia agradeció con una sonrisa bobalicona.

—¿Sabes cuántos años tengo? —preguntó la anciana.

—¿Usted? —Manuela se agachó lo justo para que los ojos de ambas quedaran a la misma altura y frunció el ceño, elevando las cejas como si estuviera calculando—. Yo

le echo unos cuarenta. No. Cuarenta y uno. No más.

La señora Celia rio haciendo un ruido sordo y ahogado. Sin duda Manuela era como un regalo caído del cielo y prefería estar con ella antes que con cualquiera de sus hijos, no digamos de sus nueras.

—Bah, ya sabes que tengo más años que Matusalén. Pero ¿sabes qué te dice esta vieja chocha? Que ese niño está vivo. No sé dónde, pero vivo.

—Ojalá Dios la oiga. Y la Virgen de los Llanos —dijo, y le apretó suavemente las manos a doña Celia.

—Pero que aparezca es otro cantar —agregó doña Celia negando con su dedo índice tembloroso y deforme como una rama seca—. Y te digo más: alguien lo tiene retenido. No sé cómo, pero es un palpito que tengo, hija.

Manuela le acarició la cara y sonrió con tristeza.

—Vamos a llamar a la Guardia Civil ahora mismo para decirle que vengan acá inmediatamente y que hablen con la señora Celia, que al parecer maneja información bien privilegiada.

La señora Celia se echó a reír y la reprendió con un golpe en el brazo. Manuela sonrió mostrando su dentadura perfecta y blanca, enmarcada dentro de sus perfectos labios propios de aquella hermosa mujer negra.

—Eres un ángel.

Manuela miró el reloj de pulsera y abrió mucho los ojos.

—Pues este ángel dice que es hora de tomarse la medicación. —La señora Celia negó, tapándose los ojos con las manos como una niña desobediente—. Aunque podemos ponerla sin que se dé cuenta en la merienda, y así no nos dará la bronca el señor doctor.

—¿El señor doctor o el palizas de mi hijo? —continuó doña Celia con la broma.

La puerta de entrada del piso se abrió y automáticamente Manuela se irguió. Luego se llevó el dedo índice a los labios.

—Hola, mamá. Hola, Manuela. ¿Qué tal?

Un hombre de unos cincuenta y tantos años mal llevados, alto, con gafas de concha, escaso cabello, nariz bulbosa y prominente estómago entró en el saloncito. Se acercó a la anciana y la besó en la frente. Manuela se incorporó carraspeando.

—Íbamos a merendar, ¿nos acompañas, Luis? —preguntó la anciana.

—No puedo —rumió él con tono hastiado—. Tengo que volver al bufete. He salido a ver a un cliente que tiene la tienda en la calle Ancha. Lo conoces, Azorín, el de la óptica.

Luis se paseó mirando a su alrededor, haciendo tintinear las llaves y arrugando la nariz. Manuela se mantuvo allí de pie, inmóvil, pero notó que la miraba disimuladamente. Siempre lo hacía. Y cuando ella estaba en la cocina haciendo algo y él estaba por allí, podía sentir sus ojos recorrer su cuerpo, sobre todo en ocasiones como esa tarde, que llevaba una sencilla camiseta blanca de algodón y unas mallas negras. A veces la miraba fijamente, pero no decía nada. Otras veces entraba y salía de las habitaciones de la casa de su madre y Manuela se preguntaba qué estaría haciendo.

Pero cuando más incómoda se sentía era cuando doña Celia se había quedado dormida y él llegaba al piso. Lo notaba nervioso y apresurado. Le preguntaba por su madre, y Manuela casi siempre respondía lo mismo. Luego se aflojaba el nudo de la corbata y sin mirarla a los ojos se interesaba por ella: si estaba contenta con ese trabajo, si tenía pensado qué iba a hacer en el futuro. También le preguntaba por sus hijos, a los que no veía desde hacía cinco años, y que estaban allá en la República Dominicana viviendo con su abuela. Manuela le estaba muy agradecida por aquel trabajo, y cuando sonreía, Luis la miraba a los ojos y luego recorría con ellos su cuerpo. Se ruborizaba y, carraspeando, anunciaba a toda prisa que se marchaba al bufete. Y ella se miraba al espejo: ¡solo eran una camiseta y unas simples mallas! No podía evitar ser tan exuberante.

—¿Estás bien, Manuela? —preguntó Luis con voz entrecortada, señalando el rastro húmedo de las recientes lágrimas sobre sus mejillas.

—Sí, sí. Estoy bien, gracias. —Se apresuró a limpiarse lo que quedaba de ellas. Señaló el televisor. En ese momento aparecían imágenes de agentes de la Guardia Civil y los voluntarios peinando la zona de búsqueda—. Es por ese niño. Y por su madre, pobrecita.

—Claro —dijo Luis como si cayera en ese momento en la cuenta—. ¿La conocías? A la chica que han asesinado.

—No, no. No la conocía. Es más por el niño..., que me recuerda mucho a mis hijos. Él se quedó pensativo, pero no añadió nada más.

—Bueno, ¿se merienda en esta casa hoy o no? —se quejó doña Celia, cuya interrupción sirvió para que Luis diera por concluida la visita y regresara al bufete.

Manuela fue a la cocina a preparar la merienda y, una vez que Luis se marchó, salió al cuarto de pilas y de nuevo rezó por que pronto todo aquello se solucionara felizmente.

Jueves, 20 de octubre

María Isabel Bosch, la capitán del cuerpo psiquiátrico de la Guardia Civil de Albacete, no dejó pasar la oportunidad de que la teniente Beatriz Manubens se saliera con la suya y consiguiera saltarse la sesión que tenía concertada desde hacía dos días hasta la siguiente, que era dentro de quince días. La doctora insistió en que la esperaba a la misma hora en su despacho. No le permitiría que la dejara plantada de nuevo, y le advirtió que le abriría un expediente si no cooperaba. A regañadientes, Beatriz accedió y a las once en punto ya se encontraba esperando a la doctora en su despacho. Bosch apareció por una puerta, vistiendo su bata blanca sobre el uniforme de oficial, con el cabello negro y largo recogido en un moño. Con la frente despejada y los ojos grandes. Ancha nariz y mandíbula. Labios carnosos y piel tersa y muy bien hidratada, con un color cercano al aceitunado.

Se despidió de alguien al otro lado de la puerta y se sentó en su sillón. Beatriz estaba frente a ella, sentada con una pierna sobre la otra y los brazos cruzados.

—¿Te has enterado de las últimas noticias? —dijo Bosch mientras organizaba su escritorio.

—He oído algo.

Bosch continuaba moviendo carpetas de un lugar a otro de la mesa. Miró brevemente a Beatriz.

—Llegó ayer con su equipo y tomó posesión de casi toda la tercera planta. De momento son solo una docena, más o menos, pero parece que fueran cien... Creo que ya os conocéis.

—Desafortunadamente, así es.

Bosch hizo un leve gesto de desconcierto y se detuvo en su labor organizativa. Puso las manos juntas sobre su regazo con los codos apoyados en los reposabrazos, moviendo el asiento despacio en semicírculos.

—Esta chica, Anabel, y tú erais amigas, ¿no?

—Sí. Lo éramos, aunque llevaba mucho tiempo sin saber de ella. No tenía ni idea de lo que había hecho durante casi diez años, ni que tuviera un hijo.

—¿Cómo te sentiste cuando te enteraste de su muerte?

Beatriz se encogió de hombros, tenía la mirada fija en una de sus zapatillas deportivas que movía sin parar.

—¿Triste? ¿Aturdida? ¿Confusa?

—Triste. No, aturdida —rectificó Beatriz—. Ya casi no pensaba en ella, bueno

alguna vez... Seguro que te habrá pasado también a ti, a todos supongo; algo que haces en tu vida cotidiana, y automáticamente te recuerda a una persona en concreto.

—¿Erais muy amigas? Quiero decir, entonces.

—Hubo un tiempo que sí, aunque éramos diferentes. Anabel era la típica chica que camina al borde del precipicio, sin miedo a nuevas experiencias. Dispuesta a todo.

—Eso te dejaba a ti como a una mojigata —dijo Bosch medio en broma.

—¡No! Para nada. Yo también sabía divertirme —puntualizó Beatriz aceptando la provocación—. De hecho, mi primera experiencia sexual con una mujer fue con ella.

Bosch abrió los ojos realmente sorprendida. Beatriz negó tapándose los ojos.

—Creo que no tendría que haber dicho eso...

—No, es interesante. ¿Estabas enamorada de ella?

—¿Qué? ¡No! ¡No! Fue... un juego, ya sabes, éramos unas chiquillas, estábamos probando cosas y simplemente surgió... Me tenía que haber mordido la lengua. Mi padre tiene razón: soy una bocazas.

Bosch rio, satisfecha de que Beatriz se sintiera relajada en la sesión.

—De acuerdo, y perdona por la intromisión. No tenía ninguna intención de inmiscuirme en tu vida sexual. Lo siento de veras. Dejemos por el momento a Anabel. Hablemos del niño. Adrián, ¿no?

La aparente relajación desapareció de repente. Beatriz pareció hundirse en la silla y su rostro se ensombreció.

—Como te he dicho, no conocía al niño. No tenía idea de que tenía un hijo.

—¿Y qué piensas de él? Quiero decir, ¿crees que está vivo o que ha muerto?

Beatriz se cruzó de brazos y bajó la mirada; comenzó a mover el pie derecho con rapidez.

—Qué importa lo que yo piense —masculló.

—Manubens, por favor...

Miró a la doctora a los ojos y echó el cuerpo hacia delante, desafiante.

—Claro que quiero que esté vivo. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—No te he preguntado eso.

—¿Ah, no? ¿Ibas a preguntar si también me siento culpable por la situación de este otro niño?

—Ya sabes por qué te lo pregunto —intentó razonar la doctora con tono mesurado—. Quiero averiguar si, de algún modo, estás asociando una situación con la otra...

—No lo hago. Sé distinguir perfectamente una situación de la otra, mi capitán —respondió Beatriz con sarcasmo.

Bosch suspiró profundamente con gesto escéptico y se repantigó en su sillón, que meció su cuerpo con un leve ruido neumático.

—¿Estás siguiendo el tratamiento adecuadamente?

—Lo intento.

—He oído que sales por las noches.

—¿Tampoco puedo salir?

—No debes beber.

—No lo estoy haciendo...

—El alcohol empeora las cosas y no es tu mejor aliado. Ya lo sabes, Manubens. Tienes que encontrar estímulo en otras actividades, como por ejemplo el deporte. Antes salías a correr habitualmente y entrenabas en el gimnasio, recuerdo que lo mencionaste en una ocasión. Sería muy positivo que volvieras a retomar ese hábito y seguir el tratamiento al pie de la letra. No podrás contar con mi confianza si me mientes. Estoy aquí para ayudarte, pero no podré hacerlo si tú no te ayudas a ti misma.

Beatriz gruñó ruidosamente, la furia que sentía agitaba su cuerpo.

—Estoy siguiendo el tratamiento, y lo hago lo mejor que puedo. ¡Perdona por no ser perfecta!

Bosch asintió despacio con gesto escéptico y consultó unas notas que tenía en un cuaderno abierto.

—Han pasado ya seis meses, y me duele decirlo, pero no he visto que se haya producido ningún progreso significativo. Sinceramente, creía que ibas a ayudarte más de lo que lo estás haciendo. En realidad no quieres dejar atrás el pasado. Te empeñas en reproducirlo una y otra vez, y hasta que no sueltes ese lastre no podrás seguir avanzando.

Beatriz dejó de mover el pie y bajó la cabeza, hundiendo la mirada en el suelo del despacho de la doctora. Tras varios segundos de tenso silencio, Beatriz rumió con voz ronca:

«Tú no mataste a ese niño».

Bosch cerró los ojos y se masajeó el puente de la nariz.

—Fue un accidente, Manubens. Un accidente terrible, lo sé, pero no puedes seguir culpándote el resto de tu vida. Ya hemos hablado de esto muchas veces y de la necesidad de pasar a otro nivel...

Beatriz levantó la cabeza lentamente y miró a Bosch a los ojos. Tenía los suyos enrojecidos.

—Por mi culpa David no tendrá más cumpleaños. No reirá. No jugará. No amará. No importa si fue un accidente o no. Lo cierto es que fue un disparo de mi pistola lo que lo privó de todo eso. Y fui yo quien disparó. ¡Fui yo quien apretó el puto gatillo! No fuiste tú. ¡No tienes ni idea de cómo me siento!

Beatriz se levantó como si la silla estuviera ardiendo. Las lágrimas se acumulaban en sus ojos a punto de derramarse, así como la rabia y la desesperación en su rostro. Apartó la silla de una patada y salió del despacho de Bosch, haciendo caso omiso de sus advertencias.

Con la descripción del sospechoso que Cebreros consiguió recabar preguntando a los vecinos de Riópar, el equipo del capitán Carmona realizó un detallado retrato robot al final de la mañana. Tanto el propio capitán Mora como algunos de sus hombres estaban convencidos de conocer ese rostro. Carmona sonrió al ver la ficha que la Guardia Civil de Albacete disponía en su base de datos del individuo en cuestión. Pedro Landete Risueño, más conocido como Sanromán, era un delincuente habitual

que poseía un amplio expediente plagado con todo tipo de delitos, aunque los habituales se concentraban en tráfico de drogas, hurto con violencia y agresiones varias. Era violento, aunque hasta la fecha no había sido investigado por ningún homicidio. Sí por retención ilegal, y ese detalle llamó la atención de Carmona, sobre todo porque el retenido había sido un menor. Ocurrió hace unos dos años: Sanromán retuvo contra su voluntad a un niño de diez años durante un día, debido a una tumultuosa pelea entre bandas rivales ocurrida en el barrio de La Estrella, popularmente conocido como «El Cerrico», donde hubo varios heridos. Finalmente el menor fue liberado por las fuerzas de la Policía Nacional con algunas magulladuras. La madre no presentó denuncia.

Según fuentes externas, Sanromán estaba en esos momentos en libertad vigilada y residiendo en la única vivienda que se le conocía en la citada barriada. Era fundamental que la información que se manejaba no trascendiera fuera de esos muros para que de ningún modo se pusiera al sospechoso sobre aviso. Durante varias horas se preparó el dispositivo para sorprender y detener a Sanromán. Algunos confidentes que trabajaban para Mora le confesaron que habían visto la pasada noche a Sanromán en las inmediaciones de su vivienda, donde sabían que se dedicaba al tráfico de drogas a pequeña escala. El operativo, formado por más de treinta agentes de la Unidad Orgánica de Policía Judicial de Albacete y de la UCO de Madrid, fue meticulosamente preparado.

La última información sostenía que Sanromán pasaba gran parte de su tiempo en un local semiabandonado, reunido con vecinos de la barriada. La Guardia Civil sospechaba desde hacía tiempo que allí se celebraban peleas ilegales de perros, y un grupo de agentes lo estaba investigando. Un confidente informó de que a primera hora de esa tarde se iba a celebrar una pelea de perros y Sanromán solía ser uno de los asiduos. El capitán Mora dirigió la operación con la ayuda de Carmona. Una furgoneta blanca de características similares a cualquiera de las que estaban estacionadas en los alrededores se adentró por las calles de «El Cerrico». El vehículo era conducido por el sargento López, al que apodaban «el Quinqui», y al que solían emplear en ese tipo de operaciones precisamente por su aspecto. En la parte trasera de la furgoneta había ocho agentes, tres de la UCO y cinco de la Unidad Especial de Intervención. Dos agentes de campo observaban desde dos puntos los movimientos de la gente que iba llegando, entre ellos Sanromán, que parecía relajado y confiado. La furgoneta se acercó y se detuvo al lado del local de reunión. El resto de agentes, situados en diferentes lugares del perímetro de actuación, esperaban preparados para intervenir en el caso de que Sanromán consiguiera romper el cerco.

Comenzó la pelea de perros. Rostros de hombres crueles alentaban con violencia a los animales para que se destrozaran mutuamente. Mora dio la orden. Los ocho agentes de la furgoneta se precipitaron al interior de la nave. Sanromán se encontraba sentado en un viejo cajón de frutas, mientras bebía una cerveza y disfrutaba de aquella diversión de salvajes y tarados. Trató de escapar pero los agentes de intervención lo derribaron. Opuso resistencia, insultó y amenazó a los agentes, que se lo llevaron esposado junto a los responsables de aquella barbarie, y, al menos en esa

ocasión, aquellos pobres animales se libraron de una muerte cruel y sanguinaria.

Beatriz observó la cuarta llamada entrante que Alberto le hacía en ese día. Dejó que se extinguiera y con una punzada de culpabilidad se guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta. No había devuelto ninguna de sus llamadas y se justificaba a sí misma alegando que no era el momento. Recordó la accidentada entrevista con la doctora Bosch de esa mañana acerca de su falta de confianza.

«No estoy preparada» era la frase que últimamente más se repetía. No estoy preparada para hablar de eso, no estoy preparada para hacer lo otro, no estoy preparada para compartir con los demás lo que siento, no estoy preparada para dejar que me ayuden, no estoy preparada para volver a vivir mi vida... No, no, no. La amargura de sus pensamientos la sumía en un estado catatónico de angustia y desidia, y pensaba que no se merecía salir de ahí. Ella había sido una mujer fuerte, determinada, emocional. Sabía lo que quería y qué dirección deseaba tomar en su vida. Pero esas mismas emociones que le habían servido para salir de situaciones complicadas se habían vuelto contra ella.

«Por lo menos siento frío», se dijo observando el vaho que expulsaba de su boca. Era noche cerrada y apenas había gente paseando por el parque de Abelardo Sánchez. Las hojas de los plátanos de sombra que flanqueaban el paseo cubrían el suelo en casi toda su extensión. Las ramas secas y puntiagudas apuntaban a un cielo plomizo sin estrellas. Se subió de nuevo la cremallera de su fina cazadora de cuero. Todavía era pronto para que hiciera tanto frío, aunque sabía que eso no importaba demasiado en Albacete, cuyos habitantes estaban acostumbrados a los drásticos cambios de temperatura.

Un hombre alto, embutido en una parka oscura, se acercó a ella. No reconoció en él a Alberto hasta que lo tuvo prácticamente encima. Tapaba su cabeza con un gorro de lana negro; con las manos en los bolsillos, se encogió de hombros y sonrió a Beatriz, que quiso esgrimir una excusa y que solo consiguió sonreír avergonzada.

—No tengo perdón. Lo siento.

—No —dijo Alberto negando con la cabeza—. No lo tienes.

El rumor de los vehículos del paseo de Simón Abril y de la avenida de España llenó el silencio. Alberto sonrió de nuevo y meneó la cabeza: no parecía enfadado. Se acercó a Beatriz y, aunque apenas hubiera luz, vio el brillo de sus ojos verdes.

—Solo quería saber qué tal iba todo.

—Todo va bien, no podría ir mejor —murmuró con ironía.

Alberto se aproximó más a Beatriz y la cogió por los hombros. Beatriz sintió sus manos grandes y recordó la sensación de cuando la abrazó el día que se vieron en Riópar. Una parte de ella quería refugiarse en sus brazos, para así poder cerrar los ojos y olvidarse de todos sus problemas. Otra parte quería salir corriendo sin mirar atrás.

—Hace mucho tiempo que no miraba estos ojos, los ojos de aquella chica que se marchó de Albacete persiguiendo sus sueños.

Beatriz se apartó de Alberto y no dijo nada. Observó por entre los troncos y parterres a la gente pasear más allá del parque por las calles adyacentes. Sacó un cigarrillo y lo encendió bajo la atenta mirada de él.

—Quería hacerte una pregunta.

Beatriz expulsó el humo de su cigarrillo con cierta indiferencia.

—Adelante.

—¿Por qué has vuelto?

Beatriz se llevó el cigarrillo a los labios y aspiró con fuerza.

—¿Qué es esto, un interrogatorio?

—Perdona, no pretendía ser tan brusco. No tengo ningún derecho a inmiscuirme en tu vida después de tanto tiempo. Ha sido una torpeza por mi parte, lo siento, solo sentía curiosidad. Sabía que habías vuelto hace un tiempo y...

—No importa, y la verdad es que me he alegrado mucho de que nos hayamos visto después de todo este tiempo; tú, Javier..., aunque haya sido en estas circunstancias.

—Yo tampoco me hago a la idea.

—En el fondo sabía que algo así ocurriría. Anabel siempre... —No pudo acabar la frase. Dio una profunda calada al cigarrillo y lo tiró al suelo. Se cruzó de brazos y miró a Alberto—. Y tú, ¿todo bien por aquí? Trabajas en un periódico, ¿no?

—Es más bien un diario digital sin demasiadas pretensiones. El trabajo no está mal, aunque el sueldo es una mierda, y mi jefe, un imbécil integral.

—No existe el trabajo perfecto —dijo Beatriz sonriendo.

—No. ¿Estás saliendo con alguien?

Beatriz se sorprendió por el repentino cambio de la conversación, y agitó la cabeza desconcertada.

—No. Quiero decir, ahora mismo no. Estaba saliendo con un compañero, pero no funcionó. Supongo que no soy afortunada en amores.

—Creo que me estoy pasando con el interrogatorio.

Beatriz forzó una sonrisa condescendiente, no dejaba de moverse. Miraba a su alrededor, se metía las manos en los bolsillos, se las sacaba. Alberto observaba todos sus movimientos.

—No pasa nada. —Carraspeó—. Bueno, Alberto, me tengo que marchar...

—Nunca he conseguido expresarme correctamente contigo. Me pasaba entonces y me vuelve a pasar ahora —dijo, y se le escapó una risa nerviosa—. Pensé que lo había superado. Soy un incompetente.

—No digas tonterías, eres un tío genial. Siempre lo has sido.

—Sí, claro.

«No estoy preparada». La frase rebotó en su cabeza de nuevo. Quería salir de esa situación.

—Tengo que marcharme, Alberto. Hablamos.

Comenzó a caminar con prisa y pasó a su lado, y él se ladeó ligeramente para dejarla vía libre.

—Creo que te perdí una vez.

Beatriz avanzó unos cuantos metros y se detuvo. No se volvió. Durante varios

segundos Alberto no dijo nada.

—¿Te acuerdas de la última noche? La noche que hicimos aquella fiesta de despedida para ti. En la parcela de Santos. El día sobre el que hablamos en Riópar. Era agosto y hacía mucho calor. Recuerdo que todos bebimos demasiado. Cantamos y bailamos, contamos chistes sin parar. Nos reímos como nunca. Algunos durmieron la mona en algún lugar de la casa. Los más afortunados encontraron algún rincón oscuro para estar a solas con alguien. Había luna llena y era una noche preciosa, y nos quedamos a solas. Tú tenías calor y querías bañarte en la piscina. Yo no tenía muchas ganas, la verdad, pero me pediste que te acompañara y lo habría hecho igualmente si en su lugar me hubieras pedido que fuera contigo al infierno. Luego, cuando salimos, te tumbaste en aquel suelo de hormigón. Me puse a tu lado. Cerraste los ojos y hablaste de lo nerviosa e ilusionada que estabas por marcharte a la academia. Yo te escuchaba, y miraba las gotas de agua resbalar por tu cuerpo. Tu pecho subía y bajaba y te apartabas el agua de la cara. Estabas preciosa. Entonces abriste los ojos y me sorprendiste mirándote fijamente, fueron apenas unos segundos. Me atrajiste hacia ti y me besaste. Pero no fue un beso precipitado o fugaz: fue largo, cálido y apasionado.

Beatriz no se había movido y permanecía de espaldas a Alberto.

—Al principio regresabas de cuando en cuando; luego fuiste viniendo menos, y yo tampoco contribuí demasiado a que siguiéramos en contacto, algo de lo que me arrepiento, pero siempre he querido preguntártelo, porque entonces no me atreví; era muy tímido y me impresionabas demasiado. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me besaste?

Beatriz se mantuvo en silencio, evocando aquel momento que siempre la había acompañado y jamás había olvidado. Sin darse cuenta estiró la mano, tratando de rescatarlo. Cerró los ojos.

—Será mejor para ti que no busques a esa chica, porque ya no existe.

Se metió las manos en los bolsillos y se alejó caminando con paso decidido y rápido, dejando a Alberto con una sensación de pérdida y tristeza. La imagen del pasado se desvaneció hacia el abismo negro, que cada vez formaba más parte de ella.

Viernes, 21 de octubre

Las gotas de lluvia mojaron la tapa del pequeño ataúd cuando los operarios lo sacaron del coche fúnebre. Con toda la rapidez posible, entraron en el cementerio con él. Una mujer esperaba bajo la lluvia con la mirada perdida. Beatriz estaba al otro lado de la calle, cubriéndose con un paraguas y con su impecable uniforme de gala que le parecía del todo inapropiado. Los operarios desaparecieron tras la puerta del cementerio seguidos de una cohorte de familiares resguardados bajo paraguas negros, pero la mujer permaneció allí, con los ojos fijos en el suelo. Beatriz no podía moverse, una mano invisible le oprimía el corazón y la garganta. La mujer la miró fijamente, pero Beatriz no pudo soportarlo y bajó la mirada; sintió sus ojos clavarse como cuchillos. Cuando volvió a mirar, la mujer había desaparecido.

Beatriz cruzó la calle y entró en el cementerio. Caminó por el paseo principal intentando no mirar aquellas lápidas, cruces y figuras que languidecían bajo aquel lluvioso día de muertos. Las flores se marchitaban y algún que otro familiar se apresuraba a cambiarlas sin importarle calarse hasta los huesos. Apretó el paso, y cuando giró hacia la siguiente calle por donde se había marchado el cortejo fúnebre, apareció la mujer, con el cabello rubio mojado por completo y el abrigo negro, empapado. Beatriz se detuvo a punto de chocar contra ella de frente. En sus ojos azules y enrojecidos el odio refulgía como un ente con vida propia. La mujer le propinó una bofetada con tal fuerza que Beatriz soltó el paraguas y trastabilló a punto de caerse. Balbuceó un gemido. La mujer apretó los dientes y murmuró: «Espero que te pudras en el infierno, puta. Me lo has arrebatado todo».

El móvil vibró y Beatriz dio un respingo en la cama. Gemía y podía sentir cómo el corazón brincaba en su pecho. El móvil se agitaba debido a la vibración hasta que dejó de hacerlo. No sabía por qué no lo había apagado. Ahora ya daba igual. Por curiosidad lo cogió para ver quién había llamado, aunque no tuviera pensado marcar el número. Era Cebreros.

Se incorporó con un gemido quejumbroso. Bebió un trago de agua de la botella que tenía en su mesita y, tras comprobar que podía mantener una conversación más o menos normal, pulsó el botón de rellamada.

—Mi teniente —contestó Cebreros casi al instante.

—Hola, Juan, he visto su llamada. Perdona.

—¿Es buen momento para hablar?

—Por supuesto.

—Estoy en Albacete, acabo de salir de una reunión con el capitán Mora y el capitán Carmona de la UCO de Madrid.

Al oír el nombre de Carmona, Beatriz se sintió desfallecer y se quedó unos segundos sin palabras, tanto que Cebreros pensó que se había cortado la línea.

—¿Está ahí, mi teniente?

—Sí, sí.

—La he llamado para ver si tenía un momento para discutir algo. Ha habido novedades importantes sobre el caso de Anabel, y recuerdo que me dijo que la informase.

—Gracias por el detalle, Juan. —Carraspeó y se incorporó todavía aturdida e improvisando una respuesta—. Eeeeh... Podríamos quedar a tomar un café y así me lo explica mejor, ¿qué le parece?

Veinte minutos después Beatriz entró en la cafetería Nuevo Milán situada en el paseo de la Libertad, a la vuelta del Palacio de Justicia de Albacete. Cebreros la esperaba sentado en la barra, erguido y vistiendo de paisano, con un solitario café y un vaso de agua del grifo como compañeros. Al igual que el camarero y otro parroquiano, estaban mirando en el televisor la noticia de la detención de Sanromán, como sospechoso principal del asesinato de Anabel y la desaparición de Adrián. El camarero expresó sin dejar de mirar el aparato que la mejor forma de conseguir una confesión de ese individuo sería utilizando alguna sofisticada tortura medieval. Cebreros se levantó de su taburete al verla acercarse.

—Buenos días, Juan, o mejor buenas tardes.

Cebreros miró su reloj de pulsera, eran cerca de las dos de la tarde.

—¿Tiene hambre? Toñín prepara unos bocadillos de lomo, beicon y mayonesa que deberían estar prohibidos en esta parte de La Mancha.

—Como usted desee, mi teniente. Algo de hambre sí que vamos teniendo.

Beatriz sonrió y se acercó a la barra, hicieron el encargo y se sentaron a una mesa que el propio Toñín recomendó como la mejor que tenía para que nadie los molestara.

—Supongo que ya sabe lo de la detención del sospechoso —comenzó diciendo Cebreros una vez que se acomodaron.

—Algo he oído. También he oído que gran parte del mérito lo ha tenido usted, Juan.

Cebreros se ruborizó y negó restándole importancia con una sonrisa tímida.

—Intento hacer mi trabajo lo mejor posible, mi teniente.

—No me dé respuestas de manual y, por favor, llámeme Beatriz. —Apoyó los codos encima de la mesa y echó su cuerpo hacia delante—. Y no sea humilde. Ha hecho un buen trabajo de investigación y reconocimiento, y no lo digo yo sola. — Cebreros se irguió en su asiento, sin poder evitar cierta satisfacción. Beatriz le tocó el brazo para enfatizar sus palabras y de algún modo se sintió incómodo, aunque no lo demostró.

—La verdad es que el trabajo importante se ha hecho aquí en Albacete. Supongo que conocerá al capitán Carmona.

Beatriz se dejó caer en su asiento y miró para otro lado. Cebreros pensó que había

dicho algo inapropiado, sin comprender qué.

—Carmona sabe hacer su trabajo y hará una buena labor de investigación policial.

«Ahora la que responde de manual es ella», pensó Cebreros, constatando en ese instante que Carmona era tal vez el motivo que había provocado ese repentino cambio de humor. Afortunadamente, en ese momento el camarero puso sobre la mesa dos bocadillos inmensos que desprendían un aroma embriagador. Beatriz cogió su bocadillo y, más que morderlo, le dio dentelladas. Cebreros estaba sobrecogido, así que no quiso quedarse atrás.

—Sanromán es el sobrenombre del sospechoso que han detenido. Un delincuente local y, por lo que se conoce, habitual. No tiene crímenes de sangre conocidos, pero es muy violento. He oído que para retenerlo hicieron falta cinco agentes.

—Ya, pero ¿han encontrado algún vínculo con Anabel? —farfulló Beatriz sin dejar de comer, con la boca llena, cogiendo servilletas de papel y bebiendo de su cerveza. En apenas unos minutos, casi se había comido su bocadillo e incluso ya se había bebido dos cañas. Cebreros apenas había mordisqueado el suyo y su agua sin gas estaba casi intacta.

—Sanromán conocía a la víctima, aunque en este punto, al menos yo, no sé qué tipo de relación había entre ellos dos. Un amigo que tengo en comandancia me contó que en el primer interrogatorio negó que hubiera estado en Riópar. Pero algunos vecinos afirman que lo vieron hace unas semanas merodeando por el pueblo, y el dueño de la gasolinera que está a la entrada del pueblo cree que lo vio dentro de un coche como esperando a alguien, pero tuvo que marcharse y no pudo saber a quién esperaba.

—¿Cuándo fue eso?

—El día que asesinaron a Anabel.

Beatriz asintió lentamente, asimilando la importancia de ese hecho.

—Además están los mensajes y las llamadas que encontraron en su móvil. Había unos cuantos mensajes amenazadores al número de Anabel, así como llamadas que lo situaban en Riópar el día que supuestamente fue visto por los alrededores. Y sobre todo una en concreto que efectuó el día del asesinato al teléfono de Anabel por la mañana. La triangulación realizada al número de su móvil lo sitúa sin ningún tipo de duda en Riópar.

—Parece ser que todo está bastante claro... Para usted, ¿cuál sería el móvil que tendría Sanromán para cometer el crimen? —preguntó Beatriz mientras se limpiaba las manos con servilletas de papel y a continuación pedía una tercera caña.

—Según los mensajes, una deuda: una supuesta antigua deuda que Sanromán le exigía que pagara, aunque Anabel insistía en que no le debía nada y que la dejara en paz. Sanromán, al no recibir contestación por parte de Anabel, la amenazaba con matarla si no le pagaba.

—Intuyo que el móvil de Anabel no se ha encontrado... —Se quedó mirando el bocadillo de Cebreros, que sujetaba entre las manos como si no supiera qué hacer con él—. ¿No tiene hambre? Pues será mejor que se lo acabe si no quiere que Toñín se moleste.

Cebreros asintió con timidez y mordió su bocadillo. Beatriz apuró la tercera caña y pidió un café solo con dos azucarillos.

—No —prosiguió Cebreros tras tragar un bocado—. El móvil de Anabel no ha sido encontrado. Rastreamos cada centímetro de la escena del crimen, incluido el coche que tenía para desplazarse. También lo hicimos en la cabaña, sin resultados. Conseguimos el número porque hallamos una factura en la cabaña. Realizamos llamadas para intentar localizarlo, pero está muerto.

—Supongo que Carmona habrá tratado de localizarlo rastreando la tarjeta SIM.

—Así es, pero ya sabe que es imposible dar con un móvil si está apagado. Tal vez alguien no quiere que demos con él. También lo estamos intentando con las llamadas que realizó desde su móvil. La compañía operadora ha compartido los datos de las últimas llamadas entrantes y salientes, pero salvo las realizadas por Sanromán, el resto no parecen sospechosas. Otra cuestión son los mensajes a través de WhatsApp, ya sabe.

Beatriz estaba de acuerdo.

—Sí, es todo un fastidio no poder conocer esas conversaciones, a no ser que tengas acceso directo al dispositivo.

Cebreros se encogió de hombros.

—Me imagino que con el tiempo cambiará la legislación.

—Sí, pero de momento un grupo terrorista podría preparar un atentado tranquilamente sin que la policía pudiera hacer nada en absoluto.

Beatriz agitó el café con la cucharilla brevemente y se lo bebió de un trago. Miró a Cebreros con interés. Parecía que se sentía más a gusto y comía con mayor voracidad.

—Volviendo al tema del sospechoso. Existe un detenido con una base más que consistente para su acusación, sin embargo, antes ha dicho «alguien». ¿No cree que ese alguien sea Sanromán?

Cebreros pensó en la respuesta durante unos segundos.

—Creo que Sanromán es un tipo lo suficientemente violento como para asesinar a alguien porque sí. Es la clase de individuo que puede matar por una hipotética deuda.

Beatriz estaba de acuerdo con Cebreros, asentía con la cabeza mientras jugueteaba con su encendedor, agiténdolo entre los dedos y dando golpecitos en la mesa con él.

—Aunque no conozco de nada al sospechoso y no puedo emitir un juicio de valor —dijo Beatriz—, imagino que es el típico matón, dispuesto a matar a alguien simplemente para demostrar su poder o como una acción ejemplarizante. Conozco a unos cuantos así.

Cebreros se acabó por fin el bocadillo. Tenía el estómago a punto de reventar y le costaba respirar mientras la teniente Manubens parecía dispuesta a pedir tarta de chocolate doble o algo por el estilo.

—Sin embargo hay algo en lo que no puedo dejar de pensar...

Beatriz esperó con interés. Cebreros apartó el plato que tenía delante de él y apoyó las manos sobre la mesa.

—Anabel quedó supuestamente con alguien en un lugar solitario a última hora de la tarde. Todo indica que el niño estaba cerca, junto a ella. —Se detuvo y pensó en

sus siguientes palabras—. Según la opinión de la forense, Anabel fue sorprendida y el único signo de lucha se encuentra en su mano derecha, donde recibió una brutal cuchillada que casi le corta varios dedos.

—Conocía a su asesino. Confiaba en él. O en ella. No lo veía como una amenaza, y ese corte en la mano refleja que trató de defenderse cuando se vio sorprendida.

—Eso pienso yo, y no creo que Anabel fuera al encuentro de alguien como Sanromán, un tipo que te envía mensajes en los que te amenaza de muerte, a un lugar apartado y a esas horas, y menos con su hijo pequeño cerca.

—Eso tiene sentido —convino Beatriz.

Cebreros también le explicó la conversación que tuvo con Izquierdo, el dueño de la cabaña, y la intención de Anabel de comenzar una nueva vida trabajando en un hotel de París.

—Hay algo más.

Beatriz hizo un gesto para que continuara.

—Anabel tenía preparados los billetes de avión, de estos que ahora la gente se imprime en casa... El caso es que Anabel no tenía impresora, ni ordenador. He seguido el rastro de los billetes hasta la compañía y según ellos la compra la hizo la propia Anabel desde su teléfono móvil, pero ¿cómo los imprimió?

—¿No tenía amigos en Riópar, o alguna copistería donde pudiera imprimirlos?

—No. No hay copisterías en Riópar, y he preguntado a todo aquel a quien podría haber acudido, pero no he encontrado nada.

Ella reposó la espalda lentamente en su asiento y se cruzó de brazos, tratando de asimilar aquel torrente de indagaciones, pero sobre todo pensando que Cebreros era un hallazgo.

Después, Beatriz insistió en pagar la cuenta y Cebreros discutió, más allá de la insistencia de rigor, en que era su responsabilidad y que por tanto debía recaer en él, sin éxito.

—No hemos hablado de lo que piensa de la desaparición de Adrián —dijo Beatriz ya fuera del establecimiento.

Cebreros meneó la cabeza pesaroso a la vez que se abrochaba los botones de su chaquetón. Beatriz observó que iba pulcramente vestido y conjuntado, sin estridencias y sujetando una especie de cartera de mano, lo que le daba un aspecto de hombre meticulado. El cabello algo canoso, peinado con raya, bien afeitado y con un olor a *after shave* tan discreto como debía serlo él.

—Quiero creer que está vivo.

Beatriz no dijo nada y sopesó las palabras de Cebreros, que más allá de un simple deseo se le antojó como una remota posibilidad. Se despidieron con un apretón de manos, al que Beatriz añadió un beso en la mejilla. Cebreros se sonrojó. No podía apartar de su pensamiento que aquella joven simpática, enérgica y que podría ser su hija era una de las oficiales de la UCO más brillantes a pesar de su situación actual, y por la que sentía una gran admiración y respeto. Beatriz se alejó en dirección a la plaza del Altozano, encendiéndose un cigarrillo, saltándose el semáforo en rojo y con aquella densa mata de cabello negro agitándose contra el viento. Durante un instante

Cebreros observó a la gente deambular por el paseo de la Libertad, luego cruzó la calle y se unió a ellos. Aspiró el olor frío de aquella tarde de octubre y decidió que daría un tranquilo paseo por la ciudad, saboreando lo que desde hacía mucho tiempo no sentía: saberse útil.

Domingo, 23 de octubre

Las hojas cubrían cada centímetro cuadrado de terreno y la humedad se metía en los huesos. Aun así, a Cebreros siempre le había gustado frecuentar aquel paraje. Sentado en un banco de madera cubierto de humedad, observaba el reflejo de los árboles en el agua del pantano, que de una nitidez asombrosa dejaba ver el fondo cenagoso. Por encima de las copas doradas de los abedules, las copas de los pinos más altos se diluían con la niebla vespertina. Se suponía que era un lugar muy frecuentado por turistas, pero siempre que había acudido lo encontraba desierto y libre de cualquier ruido de procedencia humana.

A veces con amargura, Cebreros se preguntaba por qué rehuía el contacto con las personas. No se sentía cómodo en compañía de algunos agentes con los que trabajaba a diario. No se trataba de ellos, pensaba. Era él el que siempre se sentía desubicado, como si su sitio no estuviera en ningún lugar. Muchas veces se había preguntado si tal vez no debería haber dedicado su vida a otro cometido. Ya era tarde para cambiar, aunque debía reconocer que esa pregunta que lo había atormentado tanto tiempo parecía adquirir ahora cierto sentido.

La última conversación mantenida con la teniente Manubens le había provocado un sinfín de emociones que alteraban su sueño. Extrañamente se sentía pletórico pero al mismo tiempo angustiado, hasta el punto de no encontrar un instante de alivio. Por un lado las palabras halagadoras de la teniente estaban produciendo un efecto muy positivo sobre su ego, pero por otro, la incertidumbre sobre el paradero de Adrián era como una tortura sin fin. Ahora entendía a esos investigadores que se obsesionaban con un caso cuando no podían resolverlo. Él jamás había tenido oportunidad a lo largo de su carrera de enfrentarse a un caso como aquel y comprendía en piel propia el deseo obsesivo por encontrar respuestas. No es que dudara de la capacidad del capitán Carmona, sin embargo, había algo en él que le provocaba cierto recelo. La teniente Manubens era otra cuestión. Era cierto que tenía un carácter bastante rebelde e inconformista, muy poco acorde con la filosofía del cuerpo, pero había algo en ella que la convertía en una persona a la que no dudaría en seguir hasta el final.

Mientras se frotaba la frente oyó el crepitar de la radio de frecuencia del coche, que había estacionado unos metros más allá. Miró hacia el vehículo, sintiendo de repente que una sensación desagradable le oprimía el pecho. Escuchó la voz distorsionada de nuevo, pero no entendió ni una sola palabra. Lo único claro era que no se trataba de una comunicación rutinaria. Se levantó y caminó a grandes zancadas hasta el coche.

La ventanilla estaba bajada a medias, precisamente para escuchar las comunicaciones.

—Aquí Cebreros, cambio.

—Mi brigada, hemos encontrado algo que podría ser importante, cambio.

Cebreros suspiró irritado.

—Reyero, ¿podría ser más preciso?, cambio.

—Se trata de Marcos, el hijo mayor de Argandoña, el de la granja avícola. Formaba parte junto a su padre del grupo de batida. Poco antes de terminar hoy, ha encontrado una prenda semienterrada en una ladera bastante abrupta en el extremo más oriental del parque...

Casi no le salían las palabras. El corazón le iba a toda velocidad.

—¿Una prenda?

—Concretamente una sudadera, mi brigada. Es azul y con el dibujo estampado de Bob Esponja. Todos creen que es la que llevaba el niño cuando desapareció.

—¿No habéis encontrado nada más? ¿Ningún rastro del niño?

—Negativo, mi brigada. Acabamos de llegar con ella al puesto, cambio.

Cebreros quiso dejar el intercomunicador en su lugar, sentarse y arrancar el coche; todo ello al mismo tiempo. No consiguió ninguna de las tres acciones y, como resultado, soltó un taco que hacía tiempo que no pronunciaba.

Lunes, 24 de octubre

La noticia de la sudadera encontrada en una zona boscosa en los alrededores del nacimiento del río Mundo saltó a todos los medios de comunicación a nivel nacional. Todo indicaba que la sudadera pertenecía a Adrián. Medina, el agente medioambiental, aseguró desde un primer momento que esa era la vestimenta que llevaba el niño el día de su desaparición. De esa misma opinión eran algunos vecinos, como Cosme, el dueño del supermercado que había visto también a Anabel y Adrián esa mañana. El macabro hallazgo alimentó la idea de que Adrián estaba muerto y su cuerpo enterrado en algún lugar recóndito del parque natural. Todas las miradas se dirigieron inmediatamente hacia Sanromán como el culpable de aquel atroz crimen, que desde la prisión de Albacete clamaba su inocencia. Por supuesto, nadie lo creía.

El ánimo inicial que Cebreros sintió cuando se entrevistó con Mora y Carmona, y posteriormente con Manubens, se derrumbó como un castillo de arena al ver con sus propios ojos aquella prenda. Hecho que coincidió con la apertura al público del lugar donde se había cometido el crimen y la consiguiente e incesante avalancha de curiosos, que se desplazaron desde diferentes rincones de la geografía para ver el escenario mortal. Los accesos al nacimiento se colapsaron de vehículos, formando varios carriles y un absurdo efecto embudo. El aparcamiento estaba completamente desbordado y los más irrespetuosos dejaban el vehículo donde les venía en gana, sin importarles el perjuicio que ocasionaban. Los hombres de Cebreros no daban abasto y tuvieron que pedir ayuda a algunos agentes de Protección Civil y voluntarios para controlar a la desproporcionada muchedumbre ávida del morboso espectáculo. En pocas horas el lugar del crimen se convirtió en un santuario donde los visitantes dejaban velas con mensajes de condolencias; tantos que se imposibilitó el paso al mirador donde habían asesinado a Anabel, por lo que Cebreros decidió cerrarlo de nuevo al público bajo las protestas airadas de los presentes. Muchas personas rezaban improvisando un pequeño altar, rogando por la salvación del alma de Anabel y por que encontraran pronto el cuerpo del pequeño Adrián para que pudiera recibir cristiana sepultura, y así sus restos descansaran junto a los de su difunta madre. Otros tantos, y estos eran los que más repulsión provocaban en Cebreros, eran aquellos que incluso provistos de esos palitos para realizar *selfies* immortalizaban aquel momento con el famoso nacimiento de fondo, posando sonrientes y mostrando toda su dentadura, para inmediatamente después publicar la foto en las redes sociales con comentarios como: «¡Estoy en la escena de un crimen de verdad! ¡Cómo mola!», o

«Se supone que fue aquí, entonces ¿dónde coño está la sangre?». El descubrimiento de la sudadera provocó además una estampida incontrolable de voluntarios entusiastas que, como si de un juego del tesoro se tratara, pretendían encontrar antes que nadie el cadáver de Adrián, de nuevo compartiendo esos pensamientos en sus redes sociales y consiguiendo por ello, en algunos casos, cuantiosos *me gusta* de aprobación.

Al mediodía estaba previsto que el cuerpo de Anabel recibiera sepultura. Acertadamente, y por motivos de seguridad, el capitán Mora sugirió que esa noticia no debía trascender a la opinión pública para evitar que el entierro se poblase de curiosos. Por ese motivo eran solo unas pocas personas las que habían acudido. Un número superior a la media correspondía en mayor o menor grado a la administración local o del Estado. Beatriz había acudido junto a Alberto al sepelio. Javier no había dado señales de vida y era algo que había molestado a Beatriz bastante. Alberto lo había llamado en cuanto supo la hora del entierro, pero no devolvió las llamadas, ni tampoco respondió a los mensajes que le envió después. Esa mañana volvió a insistir, sin éxito. Tampoco Emilia, la madre de Anabel, que Beatriz se había enterado a través de Alberto que seguía viviendo en Albacete. Si como imaginaba seguía siendo la misma persona de antes, el hecho nimio de la muerte de su hija no la sacaría del agujero en el que se encontrase.

Como representación de las fuerzas del orden, estaban el capitán Mora y, a su lado, el capitán Carmona, que observó a Beatriz con su característica mirada neutra e intensa. Beatriz ni siquiera lo miró cuando se cruzaron. Al lado del capitán Mora, estaba la doctora Espinosa y a su lado, el juez Lescuyer. Poco después de que el sacerdote comenzara con el oficio bajo un día frío y desapacible, apareció Cebreros apurado por llegar tarde. Tras recomponerse saludó a Beatriz con un tímido movimiento de cabeza. Ese hecho no pasó desapercibido para Carmona, que intercambió miradas entre Beatriz y Cebreros.

Era triste que en un entierro hubiera más personas por motivos profesionales que personales, pensó Beatriz. Anabel había cometido muchos errores en su vida, pero no como para que en su último adiós estuviera rodeada de extraños.

Cuando el sacerdote terminó, el ataúd con los restos de Anabel fue introducido en un nicho impersonal que el ayuntamiento había costado. Los operarios se apresuraron a cerrarlo con mortero y a colocar a continuación una lápida provisional y sin nombre, que probablemente pasaría a engrosar las de aquellas tumbas que apenas recibían visitas y de las que nadie se acordaba ya. Beatriz imaginó por un instante que un Adrián adolescente volvía de cuando en cuando a visitar la tumba de su madre, y que recordaría con cariño los escasos años que compartió con ella. La imagen se desvaneció cuando los operarios terminaron a toda prisa y todo el mundo se apresuró a marcharse de aquel lugar sin decir una sola palabra.

El entrecot de buey gallego a la parrilla que preparaban en el restaurante Decuchara del hotel Blu de Almansa era el favorito de Javier, y siempre aprovechaba cualquier oportunidad para escaparse solo o en compañía de alguien de confianza y saborearlo sin prisa.

Eran pasadas las diez de la noche y apenas tenía compañía: una pareja de noruegos jubilados, dos hombres de negocios de mediana edad y dos camareros, chico y chica. Mejor. Le gustaba disfrutar de la comida en aquel ambiente tan sofisticado como acogedor sin que nadie le importunara. Javier era un hombre muy sociable. No podía salir a la calle sin tropezarse con varias decenas de personas que lo conociesen. Antes de llegar a su destino, fuera cual fuese, siempre tenía una sonrisa y simpatía a raudales para repartir según en qué situación. Pero todo eso llegaba a cansar y se había sorprendido al descubrir que en ocasiones prefería la soledad. Quién se lo iba a decir a él, que era el típico hombre incapaz de ir solo a cualquier parte, que siempre estaba rodeado de amigos, tan ruidosos como viriles, y que se apartaba como la peste de aquellos que no eran como él.

Sin embargo, esa noche quería compartirla con Laura, su esposa, aunque hubiera accedido a regañadientes. Ella había pedido bacalao confitado con tomate a la albahaca, pero apenas lo había probado. Durante toda la cena se había dedicado a mirar el pescado, examinándolo con la punta del tenedor con gesto ausente y sin apenas abrir la boca.

—¿No tienes hambre? —preguntó Javier tras beber un sorbo del premiadísimo vino local Alaya.

Laura miró brevemente a Javier con una mezcla de indiferencia e irritación. Odiaba cuando lo miraba así.

—Ya veo que tú sí.

Javier se llevó un bocado de su manjar a la boca, intentando disfrutar del sabor de la carne, pero no pudo evitar sentir una sensación amarga en la boca del estómago que echó a perder ese momento. No quería disgustarse.

—Solo pretendía que pudiéramos disfrutar de un rato para nosotros. ¿Es mucho pedir?

Laura dejó el tenedor en el plato, que sonó amplificado en aquel ambiente tan silencioso.

—No sé si te has dado cuenta de que mi padre se está muriendo y a ti se te ha ocurrido la genial idea de salir a cenar, como si tal cosa.

Javier suspiró mientras trataba de masticar un trozo de carne que al parecer no quería ser deglutido.

—¿Cambiaría en algo el estado de tu padre si en lugar de salir a cenar estuviéramos todo el rato allí con él? Llevas varios días sin apenas salir del hospital. Solo quería que te relajaras un poco. No está solo, está bien atendido y el hospital está ahí mismo. Solo un par de horas para nosotros.

Laura sonrió con gesto irónico y apoyó los codos sobre el mantel y la barbilla sobre las manos.

—Nosotros, dices.

—Sí.

—Quería preguntarte algo.

Javier carraspeó, se limpió con la servilleta y puso las dos manos sobre la mesa.

—Esta mañana ha sido el entierro de tu amiga Anabel.

Javier tragó saliva y asintió ligeramente. Necesitaba beber de su copa de vino pero se contuvo. Intentó mantener la compostura, aunque sabía que sería inútil.

—Y precisamente esta mañana me he pasado por la fábrica para hablar con Juan José sobre los pedidos pendientes de servir a El Corte Inglés, y al no verte por allí he pensado que te habías marchado a Albacete al entierro. No lo hubiera sabido de no haberlo mencionado tú mismo la pasada noche. Pero resulta que al preguntar en la oficina me entero de que te habías marchado de viaje a Alicante.

—Tenía una visita pendiente con un par de clientes...

—Vamos a ver, Javier, pero ¿tú me tomas a mí por tonta?

—Pero es verdad, yo...

Laura golpeó con el puño sobre el mantel produciendo un sonido sordo y señaló a Javier con el dedo índice. La pareja de noruegos jubilados no pudo evitar mirarlos fascinados. Los hombres de negocios también habían dejado de parlotear y miraban expectantes la discusión. Por la forma de observarlos, como era natural, la daban a ella como ganadora.

—Mira, no voy a tolerar que sigas engañándome como hasta ahora. No así. Con mi padre en coma y nosotros aquí, celebrándolo como si fuera San Valentín. Y encima tienes la desfachatez de mentirme de esa forma tan infantil... Antes por lo menos eras más imaginativo. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Te estás haciendo viejo y se te agotan los recursos?

Javier profirió un fuerte suspiro y se agitó en su asiento, indignado.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo siento, pero no es lo que te imaginas... —se apresuró a añadir, bajando la voz y mirando de reojo a los escasos comensales.

—Eres de lo que no hay —dijo Laura negando con gesto suspicaz—. Mi padre está a punto de morir, llevo varias noches sin dormir y a base de tranquilizantes, con todos los problemas del mundo en la fábrica y encima te pones en plan indignado.

—No lo entenderías...

—Bueno, soy tu mujer. ¿No has alardeado en público siempre de que no tenías secretos para mí y por ese motivo éramos tan felices?

Javier dedicó una mirada de fingida indignación a Laura, que sonrió pensando en lo patético de aquella situación.

—No podía ir al entierro de Anabel —dijo Javier tras varios segundos en silencio—. Anabel fue... —se interrumpió con la voz entrecortada. Esta vez su reacción parecía genuina.

—¿Sí? ¿Qué fue?

Javier quiso controlar un inesperado ataque de pánico que le nublaban el raciocinio. Sintió un nudo en la garganta y sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Tenía miedo. Miedo de ver...

—Querrás decir que tenías miedo de «no» volver a verla, ¿es eso lo que querías

decir, cariño?

—No, no... —murmuró con voz trémula, incapaz de controlar el temblor que sacudía todo su cuerpo.

Laura se levantó despacio exhibiendo un gesto de hastío.

—Estoy harta de ti y de tus mentiras —murmuró tras un largo suspiro—. No dejas de mentir desde que te levantas hasta que te acuestas. Mentiras, mentiras y más mentiras —bufó irritada al mismo tiempo que cogía su abrigo y el bolso que había dejado en la silla de al lado—. Más te vale que al menos hagas algo útil y mañana por la mañana, en lugar de desaparecer como haces siempre e ir a donde coño quiera que vayas, te dejes caer por la fábrica y, para variar, trabajes. Se avecinan tiempos duros y te aseguro que no voy a seguir siendo tan indulgente como hasta ahora. Me marcho al lado de mi padre. Disfruta de la cena.

Laura se alejó hacia la salida haciendo resonar sus tacones con aquel porte tan elegante y glamuroso que poseía. Javier se quedó mirando la silla vacía que había dejado su esposa. El temblor y el nudo en el estómago habían desaparecido y ya no sentía nada, y eso era precisamente lo que más le aterraba.

Martes, 25 de octubre

La sudadera encontrada suponía la pista más importante hasta la fecha acerca del paradero de Adrián. Sin embargo, las pruebas de ADN no habían sido concluyentes y los de la científica no podían afirmar con toda seguridad que esa prenda hubiera pertenecido a Adrián. El capitán Carmona se devanaba los sesos en busca de respuestas y Sanromán siempre aparecía en el punto de mira. Carmona lo sometió a intensos interrogatorios, obteniendo en todos ellos las mismas respuestas: él no había asesinado a Anabel y no tenía ni idea de dónde estaba su hijo, y repetía hasta la saciedad que las pruebas que esgrimía contra él la acusación eran circunstanciales. Además, y para acabar de complicar las cosas aún más, una inesperada nevada cayó sobre Riópar, lo que provocó que la búsqueda sobre el terreno tuviera que suspenderse hasta nuevo aviso.

El juez Lescuyer se reunió con Carmona en el despacho improvisado que la comandancia de Albacete había puesto a su disposición.

—¿Sigues pensando que Sanromán es nuestro hombre? —quiso saber el juez Lescuyer mientras hojeaba el informe sobre la muerte de Anabel que había redactado la doctora Espinosa.

—Sí, aunque existen algunas lagunas en la investigación, sigo pensando que es culpable, señorita.

—¿Por ejemplo?

—Las pruebas de ADN; el laboratorio está analizando la prenda encontrada en busca de posibles coincidencias. De momento se han hallado restos indeterminados que no aportan ninguna fiabilidad... y que por tanto podría utilizar su defensa para exonerarlo.

El juez Lescuyer levantó los ojos del informe forense y miró a Carmona.

—¿Tiene dudas respecto a la autenticidad de la prueba hallada?

—Es el protocolo, señorita. Al margen de lo que pueda pensar la opinión pública, si no podemos establecer que la prenda pertenecía a Adrián, no será admitida como prueba en un juicio.

—Eso ya lo sé, Carmona. Me interesa su opinión.

Carmona sonrió y se retrepó en la silla.

—En mi opinión, no podemos basar el proceso en la prenda porque si no encontramos nada concluyente, puede que se vuelva contra nosotros. Por lo tanto yo actuaría con cautela, aunque nuestra mayor baza hasta el momento es la llamada que

realizó al móvil de Anabel esa misma mañana desde Riópar. Por no hablar de los mensajes amenazantes que le envió reiteradamente.

Lescuyer asintió con gesto grave, volviendo a mirar el informe forense.

—Espinosa se reafirma en su primera teoría: según ella, Anabel fue sorprendida por su atacante y el corte profundo en la palma de la mano derecha podría indicar que Anabel trató de defenderse cuando el asesino la atacó, no antes. Lo que podría sugerir que Anabel conocía a su asesino.

—Sanromán y Anabel se conocían.

—Ya, pero me resulta un tanto extraño que Anabel quedase a solas con alguien que la estaba amenazando de muerte en un lugar solitario y apartado.

—Hemos investigado sobre esa relación: Anabel trabajó hace unos años para Sanromán como camello, antes de que naciera Adrián. Al parecer estaba metida en el mundo de la droga y la prostitución. Gente que los conocía de esa época afirman que tuvieron un breve romance. Después de eso, Anabel se marchó de Albacete y estuvo trabajando en algunos burdeles y casas de citas, pero lo dejó cuando se enteró de que estaba embarazada.

Lescuyer asintió interesado.

—¿Está insinuando que tal vez Sanromán sea el padre del niño?

Carmona sonrió, se irguió en la silla y se acarició la barba.

—Es una posibilidad bastante plausible, señorita, aunque las pruebas de ADN mitocondrial no han dado el resultado esperado. Conseguimos algunos cabellos del niño en un peine que encontramos en la cabaña, pero al carecer de las muestras de folículo piloso, ha sido imposible determinar si comparten el mismo gen.

—Si pudiéramos establecer esa relación tendríamos algo más que una prueba pertinente —murmuró el juez frotándose los ojos.

Dejó el informe sobre la mesa del despacho improvisado de Carmona y se cruzó de brazos sobre su prominente barriga, que estiraba hasta el límite su camisa a rayas. Carmona se balanceaba en el sillón de su despacho más confiado.

—Todas las pruebas apuntan a Sanromán, señorita; las llamadas y los mensajes amenazantes, los testigos que lo sitúan en Riópar el día de autos y la forma en la que Anabel murió asesinada. Quizá Anabel quisiera congraciarse con el padre de su hijo, o tal vez fuera una mujer excesivamente confiada, y de ahí el modo en el que fue asesinada. —Señaló con un movimiento del mentón el informe forense—. Por alguien que conocía y del que no esperaba que algo así pudiera ocurrir. He oído decir que Sanromán era un hombre persuasivo con las mujeres, y por sus antecedentes, imagino que esa chica estaba más que acostumbrada al trato con tipos como Sanromán y no le daban miedo.

Lescuyer hizo caso omiso del último comentario de Carmona.

—Sin embargo, en los mensajes no se menciona al niño para nada.

—No —tuvo que reconocer Carmona—, y en la inscripción del registro civil de Valencia, que es donde se encuentra, el niño lleva los dos apellidos de la madre.

Con los brazos cruzados, Lescuyer fruncía el ceño y miraba al suelo, se mecía adelante y atrás pensativo.

—Quizá la clave del origen de todo esto podría estar en esos años en los que se marchó de Albacete, cuando nació el pequeño.

—Lo estamos investigando, señorita..., aunque si quiere saber mi opinión —Lescuyer miró a Carmona con atención—, creo que deberíamos emplear más recursos en encontrar al niño. Sanromán es un hijo de puta de cuidado, estoy convencido de su culpabilidad y apuesto a que en estos momentos se está lamentando de no haber borrado esos mensajes que le envió a Anabel. Si seguimos presionándolo como hasta ahora, seguro que cometerá un error. Mi instinto me dice que se está guardando la baza del niño, por si la necesitara.

Al mencionar el asunto de la desaparición, Lescuyer hizo un gesto irritado de impotencia.

—Pobre niño, me temo lo peor...

—Hoy se han suspendido las actividades por la nieve caída durante la jornada de ayer. No obstante, los equipos de los GEAS y el SEPRONA siguen trabajando sobre el terreno. Debemos seguir insistiendo.

El juez se levantó con gesto quejumbroso y le ofreció la mano con desgana. Carmona se la estrechó con vigor.

—Me gustaría pensar lo contrario, pero intuyo que lo único que vamos a encontrar del niño va a ser esa sudadera. Siga apretando a Sanromán; es lo único que tenemos.

—Eso pensaba hacer, señorita.

Lescuyer asintió distraído y en cuanto salió del despacho, Carmona suspiró agobiado. Aquel caso se le iba de las manos y no sabía cómo actuar.

A la hora del café, Beatriz traspasó las puertas automáticas del Hospital Universitario Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, sede actual del Instituto Anatómico Forense de la ciudad. En recepción le indicaron cómo llegar hasta el despacho de la doctora Espinosa, situado en el ala este del complejo hospitalario. Por lo pronto estaba al final de una serie de largos pasillos, que cada vez se mostraban más desiertos y silenciosos donde la luz escaseaba. Vio la placa al lado de la puerta que lo identificaba. Tocó con los nudillos y abrió la puerta, pero estaba vacío. Beatriz había imaginado un despacho que se correspondiera al menos con la categoría y el cargo de la doctora: la habitación era pequeña, cuadrada, y tenía una ventana rectangular que apenas dejaba entrar algo de luz. Había un par de estanterías repletas de libros y manuales profesionales, y sobre la mesa escritorio, varias carpetas con el logo de INSALUD en la portada. La única señal personal del despacho eran un par de portarretratos de fotos familiares.

Cuando decidió que esperaría fuera a la doctora, apareció por la puerta. Llevaba una bata blanca y una carpeta entre las manos y se sorprendió al ver a Beatriz allí dentro, que sonrió y extendió su mano hacia ella.

—Doctora Espinosa, perdón por la intromisión. Soy la teniente Manubens de la UCO de Madrid.

—Teniente. —Le estrechó la mano y a continuación se dirigió a su mesa—. Imagino que ha venido por el caso de Anabel Ramos. Por favor, siéntese.

Beatriz se sentó en una de las dos sillas que había para los visitantes. La otra estaba llena de revistas, libros de consulta y manuales forenses.

—Más o menos. —No quería mentir y tampoco decir la verdad. Improvisaría—. Conocía a la víctima, bueno, en realidad éramos amigas.

—Vaya, ha tenido que ser un golpe muy duro.

—Sí, aunque debo matizar que hacía muchos años que no nos veíamos.

Espinosa asintió pensativa. Tenía las manos en el regazo y sus largas piernas, cruzadas y embutidas en unos vaqueros ajustados.

—Ahora la recuerdo, ¿estuvo en el entierro?

—Así es. También la recuerdo a usted, llevaba un abrigo negro que le sentaba realmente bien.

Espinosa sonrió adulada y echó una rápida mirada a uno de los portarretratos, en el que aparecía con sus dos hijos y un hombre barbudo y atractivo.

—Regalo de mi marido, previa indicación oportuna. Ya sabe cómo son los hombres para estas cosas. —Sonrió.

Beatriz le devolvió la sonrisa, pensando en un hombre en concreto que a punto estuvo de hacerle vomitar.

—Si es posible, querría discutir algunos aspectos de la investigación forense con usted.

La doctora cogió una abultada carpeta que se puso delante, la abrió y entonces se detuvo.

—Ayer mismo le pasé el informe al capitán Carmona. Ahí está todo. No me importa contestar a sus preguntas, aunque no me ha dejado del todo claro si usted forma parte de la investigación o no.

—Mi implicación se podría decir que es más personal que profesional. Quiero ayudar en todo lo que pueda, aunque debo ser sincera con usted: en estos momentos no formo parte del equipo del capitán Carmona.

Espinosa frunció el ceño y cerró la carpeta.

—Eso es un tanto irregular.

—Solo quería hacerle unas cuantas preguntas referentes a lo que halló en la escena del crimen. Entenderé si no quiere contestarlas.

La doctora exhaló un fuerte suspiro y agitó la cabeza levemente, pensando en las posibles implicaciones de esa situación. Se cruzó de brazos entonces, hecho que no animó precisamente a Beatriz.

—¿Qué quiere saber?

Beatriz asintió y soltó el aire de sus pulmones.

—Sé por el brigada Cebreros, del puesto de Riópar, que existían indicios de que Anabel fue asesinada en el mismo lugar donde fue encontrada y que, a excepción del corte en la palma de la mano derecha, no se han hallado más signos de lucha o forcejeo en el resto de su cuerpo.

—Así es.

—¿Esa ausencia de signos podría indicar que Anabel conocía a su asesino?

—Podría.

—Tengo entendido que el asesino apuñaló a Anabel hasta matarla y que todas las puñaladas se encuentran en el pecho y el cuello de la víctima, aparte de la citada en la mano, imagino que al tratar de coger el cuchillo de su agresor.

Espinosa sonrió. Sus dientes eran tan perfectos como el resto de su aspecto.

—Vaya, teniente, está muy bien informada para no estar en el equipo que investiga el homicidio.

—Gracias. —Beatriz sonrió—. Como le he dicho, solo pretendo colaborar.

—Claro.

—Creo que Anabel debía conocer bien a su asesino o asesina, para dejar que se acercara a ella en un lugar solitario, en una pasarela donde, en el caso de querer huir, no había escapatoria. Que en principio no tenía motivos para pensar que estaba en peligro, hecho que aprovechó su agresor para acabar con ella de una manera rápida y eficaz.

Espinosa asintió despacio, mirando fijamente a Beatriz a los ojos.

—Doctora, he venido porque me interesa conocer su opinión.

No dejó de mirarla. Entre sus dedos largos jugueteaba con un bolígrafo. Luego señaló con un gesto vago el informe.

—Teniente, no forma parte de mi competencia hacer especulaciones. Como ya sabe, me limito a decir lo que veo a partir de las pruebas realizadas. Mi opinión personal no cuenta. El único intento de defenderse por parte de Anabel que he encontrado es el corte que tiene en su mano derecha, presumiblemente al tratar de agarrar el cuchillo de su asesino. No he hallado restos de tejidos epiteliales bajo las uñas, ni nada que indique que Anabel forcejeara con su asesino.

—No veo muy convincente que alguien que te envía mensajes amenazándote de muerte sea digno de confianza.

Espinosa sonrió y se movió de un lado a otro en su silla giratoria.

—Desde luego, yo no me encontraría con alguien como Sanromán en un lugar solitario. Sin embargo, y según mi experiencia profesional, he visto casos de mujeres asesinadas por hombres que las maltrataban, que las habían amenazado de muerte varias veces y, aun así, volvían con ellos. Sabe tan bien como yo que existen mujeres que son capaces de irse del brazo del mismísimo diablo, por motivos que solo ellas conocen. Tal vez la respuesta que está buscando, teniente, no la encuentre en un informe forense, sino en el pasado de Anabel.

Un trueno bramó en la distancia. Los nubarrones gigantescos y en cierta manera fascinantes envolvían la ciudad muy despacio, preparándose para la tormenta inminente. Beatriz aparcó su Nissan Qashqai negro en las inmediaciones de La Torrecica, el centro penitenciario de Albacete. Se quedó mirando la verja de la entrada. En el torreón de vigilancia un agente de la Guardia Civil la examinaba sin apartar los ojos de ella y algunos funcionarios se dirigieron a sus vehículos que estaban estacionados en el aparcamiento interior, con la intención de marcharse a casa. La sudadera hallada en las inmediaciones de Riópar giraba en su cabeza sin

parar. Era sin duda la pista más importante encontrada hasta el momento, pero ¿qué significado real tenía? Cebreros no la había llamado y eso indicaba que o bien estaba tan aturdido por el descubrimiento como ella, o tal vez que la información que manejaba era insuficiente o incompleta. Por primera vez desde hacía tiempo, Beatriz no salió de casa la noche anterior, circunstancia que celebraron en silencio sus padres Paco y Mercedes.

Sin embargo, su naturaleza inquieta le impedía permanecer al margen. En ese momento se disponía a transgredir las normas, lo cual tendría consecuencias en modo de sanción. Aún estaba a tiempo de darse la vuelta y regresar a su casa, o mejor a La Luna. Tres o cuatro gin-tonics de los que preparaba Santi le irían de perlas... Sin pensar, se encaminó hacia la garita del guardia y le mostró al agente el distintivo que la identificaba como teniente de la UCO. El agente, al ver el rango, se le borró la sonrisa del rostro y carraspeó nervioso.

—Buenas tardes, mi teniente.

—Buenas tardes, vengo a ver a un interno que está en prisión preventiva. Es sobre una investigación en la que estoy trabajando.

El agente pulsó un botón y Beatriz accedió al interior del recinto penitenciario con la sensación de que alguien la vigilaba desde la torreta. Por si acaso, amagó la cabeza y se dirigió hacia la entrada. Aunque la visita había sido un acto impulsivo, las tres de la tarde era la mejor hora, ya que los funcionarios se marchaban, y menos personal representaba, al menos hipotéticamente, menos problemas. Sin pérdida de tiempo, volvió a enseñar su distintivo al funcionario de recepción y, como imaginaba, al verlo no hizo preguntas ni sospechó nada extraño. Tras pasar por varios pasillos, una funcionaria la acompañó hasta la sala de comunicaciones. A esas horas estaba vacía. La funcionaria le dijo que esperase a que avisaran al interno.

Tras diez eternos minutos, Sanromán, acompañado de dos funcionarios, entró en la sala. Sanromán era un hombre alto y fuerte. Musculoso, con brazos como piernas. Lucía la cabeza rapada al cero. Un cuervo negro con el pico abierto y con gesto amenazante en forma de tatuaje adornaba gran parte de su cuello. Su mirada era intensa y burlona, habitual en matones como él, y vestía una sudadera de color azul celeste y un pantalón de chándal negro. Se sentó en uno de los compartimentos con indiferencia. Beatriz se situó frente a él al otro lado. A través del cristal de seguridad examinó a Beatriz con una sonrisa lasciva. Puso los codos sobre la superficie de melamina e hizo un gesto provocador con el mentón. Sin dejar de mirarlo a los ojos, Beatriz cogió el teléfono para comunicarse con él.

—¡Vaya pibones que gasta ahora la Guardia Civil!

—Yo también me alegro de conocerle —contestó Beatriz sin dejarse intimidar por Sanromán.

—Ahora lo entiendo —dijo frunciendo el ceño pero sin dejar de sonreír. Su timbre de voz era grave y forzosamente gutural, muy habitual también entre los macarras que se jactaban de serlo—. Tú tienes que ser la chica de los recados del capitán guapito, alias «No me mires que me rompo».

Pensó inmediatamente en Carmona.

—Yo llevo otra línea de investigación, aunque trabajamos juntos.

—Otra línea... —masculló irritado—. Me iba a echar la siesta, listilla. ¿Qué cojones quieres?

—Será mejor que baje el tono...

—¿O qué? —dijo a la vez que apoyaba de golpe las dos manazas sobre la superficie.

Los dos funcionarios se aprestaron a amonestar al interno, pero Beatriz les dijo que no se preocupasen y que la dejaran a solas con Sanromán.

—Bueno, ya estamos a solas, *corasón*..., aunque no voy a seguir con esta mierda.

Beatriz esperó a que terminara, mirándolo impertérrita.

—¿Con qué mierda? Le he dicho que llevo otra línea de investigación, en la que estoy barajando otras opciones.

Sanromán se rio. Su risa era ronca y parecía que saliera del fondo de un pozo.

—Otra línea, ¿sabes? Estoy hasta las narices de todos vosotros. Yo no he matado a nadie, pero cuando salga me encargaré de los que me han metido aquí: voy a ir uno por uno.

Lo observó pacientemente sin abrir la boca, con el auricular pegado a la oreja escuchándole escupir las palabras.

—¿Quiere que le cuente mi punto de vista, sí o no?

—Si me va a beneficiar en algo, sí. Si no, ya puedes levantar ese bonito culo e irte por donde has venido.

Beatriz asintió.

—Pero para eso necesitaría su colaboración. Si lo hace, yo podría ayudarle a usted.

Lo dijo con todo el pesar de su corazón, ya que no deseaba favorecer en modo alguno a un indeseable como Sanromán, que se rio al escuchar la propuesta.

—No recuerdo a ningún picoletto que me haya echado una mano nunca.

—Aunque no lo crea, soy de la opinión de que no tuvo nada que ver con el asesinato de Anabel.

Sanromán miró a Beatriz con los ojos entornados, como si tratara de encontrar algo en su rostro que le diera una pista del juego que se llevaba entre manos.

—Si crees que voy a picar, estás muy equivocada.

—Respóndame solo a algunas preguntas. Quiero coger al hijo de puta que mató a Anabel, por eso estoy aquí.

Sanromán se repantigó en la silla, separó las piernas y sin el más mínimo pudor se rascó la entrepierna, mirando fijamente a Beatriz a los ojos, que en ningún momento respondió a la provocación.

—Así que se trata de algo personal.

Beatriz tragó saliva antes de hablar.

—Anabel era amiga mía.

Sanromán abrió los ojos y la boca exageradamente en un gesto infantil.

—Ya sabía yo que algo había.

Beatriz echó un rápido vistazo a una ventana grande y rectangular con un cristal ahumado unidireccional, que estaba situada al final de la sala y que los funcionarios

utilizaban para vigilar lo que ocurría dentro. Aunque no estaba permitido grabar las conversaciones que se producían allí, algunos profesionales podían leer los labios, con lo que no se vulneraba oficialmente la privacidad de lo que allí se trataba y, en algunos casos, esa práctica extraoficial había servido para ayudar a la policía o la Guardia Civil en una investigación.

Por si acaso, Beatriz se había colocado el auricular de modo que tapara su boca. Al parecer Sanromán también se había aprendido la lección.

—Necesito que me cuente cuál era la verdadera naturaleza de la relación que tenía con Anabel.

—¿No me has dicho que no me creías culpable?

—Y no le he mentado, solo quiero saber qué vida llevaba Anabel, con quién se relacionaba, qué hacía. Especialmente durante la época en la que nació Adrián. Es posible que quien la asesinó sea alguien que tuviera algo que ver con el niño. Tal vez el padre, que podría tener al niño o conocer su paradero. Evidentemente, lo que le pido es que me cuente lo que no le ha contado al capitán Carmona.

—Carmona es el guapito de cara, ¿no?

Beatriz asintió.

Sanromán apretó los labios y echó la cabeza hacia atrás, pensativo. Resopló y miró fijamente a Beatriz, meditando si debía acceder o no.

—Cuando la conocí, ella trabajaba en un club de lujo de la carretera de Alicante. Era la chica diez de entonces y los tíos se la rifaban. Yo mismo me quedé colgado por ella. Nos enrollamos y le dije que se viniera a vivir conmigo, pero no quería atarse ni depender de ningún tío. Normal, estaba ganando pasta gansa. Pero después de unos años, y como era de esperar, cambió la historia: ya no trabajaba en garitos de lujo, pero seguía viviendo a todo tren. Le propuse que trabajara para mí vendiendo coca y cristal, que por aquel entonces estaba de moda.

—Eso fue hace cuánto: ¿siete, ocho años?

—Sí, más o menos.

—¿Qué pasó después de eso?

—Se marchó de Albacete llevándose mogollón de material y me dejó tirado. La estuve buscando, pero nada. Hasta que me dijeron que se había ido a Valencia. Estuve a punto de ir tras ella para darle un escarmiento, pero no podía dejar el negocio desatendido, así que lo dejé estar pensando que ajustaría cuentas con ella tarde o temprano.

—¿Cuando se marchó estaba embarazada?

Sanromán soltó una risita dándose por aludido.

—No, tía, yo siempre lo hago con condón, no quiero pillar nada chungo, ¿comprendes?

—Pero podría estarlo, o haber estado con otro hombre. Teniendo en cuenta que trabajaba como prostituta no sería de extrañar. ¿Notó algo raro en su comportamiento? ¿Dijo o hizo algo que llamara su atención?

Sanromán se encogió de hombros.

—Eso fue hace muchos años, no me acuerdo.

—Y qué pasó después, ¿volvió a verla?

Negó con la cabeza sin pensarlo.

—Nada. Hasta que me enteré que había tenido al nano, aunque tampoco presté mucha atención.

—¿Nadie le dijo si estaba con alguien? ¿Nadie le habló de quién podría ser el padre del niño?

—Ni idea.

Beatriz se quedó en silencio y pensó durante un momento.

—Volvamos al momento actual. ¿Cómo se enteró de que Anabel había vuelto a Albacete y cómo consiguió su número de teléfono?

Sanromán miró a Beatriz con los ojos entornados.

—Cuando tu amiguito me interrogó, preguntó lo mismo que tú.

Hizo una larga pausa e intención de levantarse.

—Me parece que no voy a contarte nada más.

Beatriz asintió.

—Entonces no hemos avanzado nada: yo me quedo igual que estaba y usted ahí dentro. Todo el mundo está deseando condenarle y tal vez sea lo mejor, aunque el verdadero asesino se encuentre por ahí, disfrutando de su libertad. No espere mi ayuda cuando encuentren el cadáver de Adrián, porque seré la primera en buscar pruebas para condenarle, aunque tenga que inventármelas.

Los ojos de Sanromán casi se le salían de las órbitas. Una vena gorda en el cuello deformaba el tatuaje del cuervo.

—Te mataré si me la juegas.

—Dígame lo que quiero saber.

—Un colega me contó que había vuelto a Albacete —dijo por fin—. Estaba jodido de pasta por un negocio que no había salido bien. La busqué pero me enteré de que ya no estaba en la ciudad, así que fui a hablar con su vieja, que vive en uno de esos pisos de «Las Quinientas» que tiene el ayuntamiento. —Volvió a reír con aquella risa cavernosa—. Estaba como una puta cuba a las diez de la mañana y me dijo que Anabel estaba viviendo en Riópar. También me dio su número de móvil a cambio de dos euros que llevaba sueltos.

—¿Todo esto también se lo contó a Carmona?

Negó lentamente con la cabeza.

—Ese hijo de puta va a por mí, seguro que cualquier cosa que diga lo usaría en mi contra.

Beatriz hizo caso omiso del comentario de Sanromán.

—Fue entonces cuando le envió los mensajes, ¿no fue así?

—Primero la llamé. Se sorprendió al escuchar mi voz, pero la conversación no duró ni un minuto. Me dijo que no quería saber nada de mí y me colgó. Estaba muy cabreado con ella, así que le envié los putos mensajes —masculló, pensando que probablemente no estaría allí si los hubiera borrado—. Como ya sabéis, respondió al primero diciéndome que no me debía nada y que la dejara en paz, pero yo insistí y como no respondió, decidí ir a verla.

—Esa fue la primera vez que estuvo en Riópar, unas semanas antes del crimen, ¿no?

—Sí —masculló.

—Pero no llegó a verla.

—No.

—Cuénteme cómo fue la segunda vez.

A esas alturas, Sanromán respondía a cada pregunta que le formulaba Beatriz más pensativo, moviéndose en el asiento, tocándose la cabeza, la barba, entrelazando las manos y mirando de reojo a la ventana de cristal ahumado, que era como un vigilante silencioso.

—Fui hasta Riópar y al llegar la llamé. Pensaba que no me iba a coger el teléfono, pero contestó. Le dije que la esperaba en una gasolinera que hay en la entrada del pueblo y que no me iba a marchar hasta que no me liquidara lo que me debía. Me dijo que esperara allí. Llegó en coche y me sorprendí al verla.

—¿Por qué?

—Ya no era la misma tía colgada de entonces. Estaba diferente.

—Ese encuentro del que habla se produjo el mismo día que Anabel fue asesinada. Irritado, movió la cabeza.

—Pero yo no la maté.

—Más le vale. ¿De que hablaron?

—De casi nada, me dejó claro que no tenía deudas conmigo. Que se marchó con lo puesto y que jamás me robó. Afirmó que era otra persona completamente distinta y que ya no quería saber nada de aquel mundo. —Se detuvo e hizo un nimio gesto de pesadumbre que se esfumó con rapidez. Titubeó en las siguientes palabras—. Me ofreció lo poco que llevaba, unos diez o veinte euros, y me pidió que la dejara en paz.

Tras varios segundos en silencio, Beatriz preguntó:

—¿Llegó a ver a Adrián?

Sanromán permanecía con el codo del brazo que sujetaba el auricular apoyado en la superficie y con la otra mano toqueteando y mirando distraídamente la junta del cristal con la madera.

—Llegó sola. Seguro que pensaba que su hijo no debía conocer a alguien como yo. Y eso fue todo. Se subió en su coche, dijo que tenía que marcharse porque esperaba a alguien. Y ya no la volví a ver.

—Imagino que no le dijo a quién esperaba.

Sanromán negó y ya no añadió nada más.

Cuando Beatriz dejó el centro penitenciario, una tromba de agua la aguardaba afuera. Corrió hasta su coche y, una vez dentro, se quedó mirando ensimismada la lluvia golpear el parabrisas durante varios minutos y pensando sobre todo en las últimas palabras de Sanromán. Tenía muy claro que era un indeseable y no le apetecía que alguien como él volviera a la circulación, pero su sexto sentido de investigadora le decía que había dicho la verdad, y por tanto el verdadero asesino de Anabel seguía en libertad, y ni rastro del paradero de Adrián.

Javier observaba a Puertas desde el sillón instalado para familiares en la habitación del hospital de Almansa mientras la máquina de ventilación asistida emitía sonidos apagados y continuos día y noche. El pecho del viejo apenas se agitaba y no movía desde el accidente ninguno de sus músculos. Bajo la luz tenue y ligeramente verdosa de la habitación, Javier se imaginaba a sí mismo dirigiéndose hacia la máquina y apagándola con un fuerte tirón del cable, para inmediatamente después observar cómo la vida de aquel hijo de puta se apagaba de una vez por todas.

No podía negar que Puertas no era santo de su devoción, ni él de Puertas. Se odiaban mutuamente desde el principio. Ese arrogante y orgulloso moribundo lo había tratado siempre con desdén. Con aquellas miradas altivas del hombre que se creía superior a todos simplemente porque había tenido éxito en los negocios y se había enriquecido con su empresa de calzado. Javier pensaba que él nunca lograría lo que había logrado su suegro, pero eso no lo convertía en un perdedor ni en un fracasado, y menos en un ser inferior. Pero no para Puertas, que así consideraba a aquellos que no conseguían un éxito desproporcionado, dividiendo el mundo entre los hombres como él y los que se arrastraban por la vida sin conseguir nada. Sin embargo ahora estaba allí, moribundo, acabado, inspirando algunas gotas más de vida dentro del círculo de la muerte. Y sonrió.

El día había sido duro. Laura estaba agotada por tener que enfrentarse a los problemas derivados de la ausencia de Puertas en la empresa, y por el desgaste que producía la propia situación de su padre en coma. Javier insistió en que esa noche velaría él a Puertas. Una Laura apática y sobrepasada accedió con una mirada insegura y sin sentimiento. Tenía que recuperar a su esposa. No sabía si aquella situación lo empeoraría todo o podría aprovecharla en beneficio propio, pero tenía que intentarlo. Temía mirar atrás y suplicaba que todos los errores que había cometido en el pasado desaparecieran y no tuvieran consecuencias.

Intentando superar aquella sensación de angustia que quería apoderarse de él, se incorporó en el sillón frotándose la frente. Miró su reloj de pulsera: eran cerca de las dos de la madrugada. No podría soportar toda la noche allí sentado. Salió de la habitación y deambuló por el pasillo. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas y no había rastro de sanitarios o personal de urgencias; parecía un hospital fantasma.

Pero no, vio a una mujer vestida con uniforme blanco tras un pequeño mostrador, en un espacio abierto destinado a gestiones internas. Javier se acercó hasta el mostrador con aire despreocupado. La mujer levantó la mirada al oír ruido de pasos. Tenía los ojos azules, el cabello castaño claro recogido en una coleta y una nariz prominente y ganchuda.

—Qué tranquilo está esto de madrugada —dijo Javier.

La mujer sonrió levemente sin dejar de escribir en el ordenador. A pesar de la nariz, era atractiva. Tendría unos cuarenta años.

—¿Necesita algo? —preguntó ella.

Javier se fijó en el distintivo y vio que era una doctora de guardia. Resopló, la angustia que había sentido hacía apenas unos minutos dentro de la habitación

desapareció. Ahora era todo simpatía.

—Nada, gracias. Bueno, sí. Quería tomar un café, estoy velando a un familiar y la noche se me echa encima.

La doctora hizo una mueca y volvió a mirar a Javier, de nuevo fugazmente; luego sonrió.

Javier también sonrió. Se fijó en que la doctora no llevaba nada debajo del uniforme, salvo un sujetador blanco que insinuaba unos pechos de tamaño medio. Llevaba un bonito colgante dorado con un corazón, y en las manos, cuidadas, nervudas y con las uñas muy cortas, no había ninguna alianza.

—La máquina de café está al final de este pasillo —señaló la doctora con un gesto rápido.

—Gracias. Voy a tomar un café a ver si me espabilo un poco, ¿quieres uno?

La doctora negó sin demasiado convencimiento.

—No tomo café de noche, me desvelo... Qué tontería he dicho. —Se rio.

Javier se acercó un poco más y apoyó un brazo en la superficie del mostrador.

—Puedo traerte uno descafeinado. Una infusión o un refresco. Aprovecha ahora que estoy aquí —dijo, y sonrió mostrando la dentadura que tantos éxitos le había reportado en el plano amoroso.

La doctora lo miró de nuevo y sonrió más abiertamente. Javier hubiera dado diez años de su vida por volver a ver a su esposa sonreírle así. Sintió un nudo en la garganta al pensar en ella.

—No es necesario, pero gracias.

Sin dejar de sonreír, Javier se alejó en dirección a la máquina de café imaginando que, a la vuelta, la doctora lo hacía pasar a uno de aquellos cubículos vacíos donde él le arrancaría ese uniforme tan sexy. Si después de eso Puertas tenía la deferencia de marcharse al otro barrio, se podría decir que no había sido una noche perdida.

La máquina de café no funcionaba. Masculló una palabrota y sin perder tiempo fue hasta el ascensor y pulsó para ir a la planta baja. Recordaba que allí había no una sino tres, y funcionando a pleno rendimiento. Tuvo que andar hasta el otro extremo del hospital, lo que le llevó más tiempo del esperado. Para cuando volviera con los cafés, la doctora ya se habría olvidado de él. Extrajo un café para él y una infusión para la doctora y se dirigió de nuevo hacia el ascensor. Como solía ocurrir, el agua de la infusión estaba hirviendo y el calor le abrasaba la mano.

Llegó por fin a la tercera planta y nada más salir al pasillo notó que algo no iba bien. A lo lejos vio a un sanitario salir corriendo de la habitación de Puertas haciendo chirriar sus zuecos de caucho en el suelo de linóleo. La luz de la habitación se proyectaba sobre el suelo del corredor y en su interior una amalgama de voces apremiantes y entrecortadas se mezclaban entre sí. Javier dejó los vasitos encima de una silla y corrió hacia la habitación. Al menos cinco sanitarios rodeaban la cama de Puertas, zarandeándolo. Todas las luces del techo estaban encendidas y, por encima de las voces urgentes de los médicos, Javier escuchó el sonido del pitido continuo, que todo el mundo asociaba a la interrupción de los signos vitales de un enfermo en coma. Se acercó despacio y la doctora del mostrador de repente se giró y lo miró con

preocupación, para inmediatamente después ordenarle que saliera de la habitación.

No dejó de llover durante toda la tarde y toda la noche. Tras dejar el centro penitenciario, Beatriz regresó a casa e intentó descansar un poco, pensando que la lluvia y su efecto relajante la ayudarían. Sin embargo, las imágenes de David sobre el charco de sangre y ahora también de Adrián sonriente con Anabel tal y como estaba en la foto de los medios la perseguían cuando cerraba los ojos y la empujaban sin remedio a hallar un alivio.

Dejó su vehículo estacionado en la calle San Agustín y se arrastró bajo la lluvia, tratando inútilmente de cubrirse bajo los escasos aleros y cornisas. Una sensación desesperada de urgencia la empujaba en busca del efecto relajante del alcohol mezclado con los antidepresivos en un lugar donde nadie la molestara. Sintió su teléfono móvil vibrar dentro de su bolsillo e imaginó que sería su padre. Nadie más la llamaría a las dos y media de la madrugada.

A la altura de la entrada principal del Gran Hotel se detuvo, pero inmediatamente después reanudó el camino por una desierta Marqués de Molins acosada por la insistente tromba de agua. Alcanzó el cruce con la calle Concepción apremiando el paso para llegar a La Luna, imaginando a Santi abriendo sus brazos y recibéndola con un gin-tonic burbujeante. Sin embargo, el establecimiento estaba cerrado a cal y canto. Se quedó mirando la persiana azul cobalto cerrada y a juego con la pared. Miró a su alrededor y constató que el resto de establecimientos también estaban cerrados. Era incomprensible que un martes de madrugada no hubiera un bar de copas abierto en Albacete. Sin duda aquel aguacero había disuadido tanto a dueños como al juerguista más redomado de la ciudad. Sin darse por vencida examinó la persiana en toda su extensión, como tratando de encontrar alguna respuesta, y luego la golpeó con los puños. Volvió a golpearla llena de rabia sin darse cuenta de que una figura a su espalda se movía hacia ella.

—Necesitas ayuda.

No fue una pregunta, sino una afirmación.

Beatriz se giró con un gruñido hacia la voz. Alberto, calado hasta los huesos, la miró con honda consternación.

—¿Por qué coño me sigues? ¿Eh?

La rabia de sus palabras se apagó al final, dejando un quejido afligido. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y trató de eliminarlas como si fueran algo infeccioso.

Alberto dio dos zancadas y sin previo aviso la abrazó con fuerza. Beatriz trató de zafarse de aquellos largos brazos que temblaban.

—¡No! —gimió con un profundo lamento, luchando por escapar.

Alberto la cogió entonces de la cara y la obligó a mirarle a los ojos. Sus ojos verdes brillaban gracias a la tenue luz amarillenta que proyectaba una lámpara de sodio adosada a la pared. Las gotas de lluvia resbalaban por su frente. La atrajo hacia su boca, que sedienta buscó los labios de la mujer a la que amaba y que se resistía

agitando todo su ser. Su boca encontró la de ella en un envite frenético, torpe y desesperado. Beatriz apretó los labios y agitó la cabeza y todo su cuerpo, luchando contra su propio deseo.

Con los ojos cerrados, abrazó el cuerpo de Alberto y abrió la boca torpemente, buscando los labios de él. Alberto la besó con la desesperación de un amante que cree que ese será el único beso que obtendrá de su amada. Se besaron con furia entre gemidos de dolor y placer. Beatriz apartó bruscamente la boca de la de Alberto, que la miró como si de repente ella fuera otra persona.

—Llévame contigo, llévame contigo ahora.

Volvieron a besarse durante varios minutos, hasta que un trueno bramó poderoso. Levantaron la cabeza y miraron al cielo como si en ese momento fueran conscientes de la que estaba cayendo. De la mano, corrieron en dirección a Marqués de Molins, y una vez que desaparecieron de su vista, la figura que había estado observándolos desde la esquina se giró y desapareció bajo la noche lluviosa.

Miércoles, 26 de octubre

Al abrir los ojos no sintió pesadez, ni angustia, ni ansiedad. La luz de la mañana entraba por una ventana desconocida. Los rayos de sol incidían en el suelo desgastado de parquet antiguo y un radiador a juego emitía un calor agradable. Oyó a Alberto silbar en alguna parte y hacer ruidos domésticos inidentificables. Y entonces su cabeza se llenó de todos los momentos que había vivido la pasada noche cuando los dos llegaron a casa de él de madrugada, aturcidos y al borde de una pulmonía, e hicieron el amor durante varias horas. Sonrió al pensar en la forma en que Alberto la había amado esa noche: con pasión, entrega, paciencia, sensibilidad, y con un pene de buen tamaño casi tan duro como las patas de aquella cama. Hacía ya demasiados meses que no tenía sexo, y la vuelta a la actividad no podía haber sido más espectacular. Aunque las comparaciones casi siempre resultaban odiosas, Alberto se había revelado como todo un campeón, comparado con su última pareja, que mejor sería no hablar de él.

Alberto asomó la cabeza dentro del dormitorio. Tenía el cabello despeinado y llevaba una sudadera gris de capucha y pantalones a juego. Sonrió y aquellos ojos verdes la miraron como a la expectativa.

—Buenos días.

Tapada hasta la barbilla y con los ojos entreabiertos, Beatriz le devolvió la sonrisa.

—¿Por qué haces tanto ruido?

—Estaba preparando el desayuno, ¿no tienes hambre?

Beatriz cerró los ojos y gimió.

—Tengo frío.

Alberto se acercó sonriendo, pero con cierta inseguridad. Beatriz sacó el brazo y lo estiró hasta que cogió una de las perneras de su pantalón.

—Vamos, métete dentro. No está bien hacerle suplicar a una mujer.

La inseguridad desapareció del rostro de Alberto y tuvo una inmediata y enorme erección. Se despojó de la ropa en dos segundos y se metió en la cama.

—Pensé que estabas cansada —susurró Alberto al oído de Beatriz, que hizo un ruidito como de ronroneo.

—Para esto nunca estoy cansada...

Un gemido prolongado interrumpió el final de la frase y, entre oleadas de un placer que ya creía olvidado, pensó en por qué había sido tan tonta y no había llamado antes a Alberto.

Tres horas más tarde, Beatriz salió de la cama a regañadientes y se fue directamente a la ducha, mientras Alberto tiraba a la basura un elaborado desayuno compuesto de café con leche, zumo de naranja y tostadas con mantequilla y mermelada de naranja amarga. Beatriz dejó que el agua resbalara por su cuerpo durante bastantes minutos, llenándose la boca de agua y escupiéndola e intentando que unos pensamientos funestos no echaran a perder lo que prometía ser un momento agradable, algo que no se permitía desde hacía mucho tiempo.

Al salir de la ducha, Alberto le dejó un albornoz que le venía enorme. Salió al pasillo y miró a ambos lados, todavía sin ubicarse. Alberto estaba en el salón, asomado a un balcón semicircular compuesto de cinco ventanas pegadas entre sí que daban a la esquina de la calle Arquitecto Vandelvira con Marqués de Villores. Alberto vivía solo en aquel piso que su abuela le había cedido y que, para sorpresa de Beatriz, estaba decorado con mucho mejor gusto que el que ella se había comprado unos años antes en el barrio de Ciudad Lineal, en Madrid. Se acercó por detrás con la intención de abrazarlo, pero en el último instante desistió. Alberto se giró.

—He pedido comida china: un clásico de las novelas negras americanas.

—Pues otro clásico de novela negra americana: tengo tanta hambre que me comería un búfalo.

Los dos rieron. Alberto la cogió entre sus brazos y la apretó contra su pecho. Beatriz cerró los ojos y se meció entre sus brazos.

—*You ok?*

Beatriz hizo un mohín.

—*I'm fine, sweetie.*

Ella se separó y miró a Alberto intensamente a los ojos. Le acarició el rostro.

—Eres un encanto, Alberto, ¿lo sabías?

—Eso ya me lo habías dicho antes.

Se desprendió de sus brazos y buscó con la mirada su paquete de tabaco. Lo localizó encima de una sencilla composición en madera clara, con todo el aspecto de ser de Ikea, como muchos muebles y complementos de aquel piso.

—¿No trabajas hoy? —preguntó después de coger un cigarrillo—. ¡Oh!, perdón —dijo tras darse cuenta de la descortesía que suponía fumar en casa de un no fumador sin preguntar antes.

—No seas tonta, enciende ese cigarrillo.

Beatriz se negó y volvió a introducir decidida el cigarrillo dentro de la cajetilla.

—Puedo pasar sin fumar. No quiero apestar tu bonito piso con mi asqueroso humo de tabaco. Además, debería dejar de fumar y hacer deporte, al menos eso es lo que me ha recomendado mi psiquiatra.

—Sin llegar a tanto, podríamos salir a dar un paseo cuando terminemos de comer.

—Como dos tortolitos —dijo ella con sarcasmo.

—Lo has dicho tú, no yo —replicó Alberto sonriendo.

En ese momento sonó su móvil, que casualmente se encontraba a un metro escaso de él, sobre el sofá. Lo cogió y miró el nombre que aparecía en la pantalla.

—Es Javier —dijo con extrañeza. Acto seguido descolgó y se lo llevó al oído.

El timbre del portero automático zumbó con estridencia inmediatamente después, como una suerte de conjura. Beatriz salió del salón y fue hasta la puerta de la entrada, irritada de repente por la llamada de Javier: no había olvidado su falta de consideración al no haber asistido al entierro de Anabel y, lo que más le molestaba, sin haber dado ningún tipo de explicación.

Era un joven del restaurante chino con el pedido. Beatriz cogió de su pantalón la cartera y pagó la cuenta. Dejó la comida en la cocina y entró de nuevo en el salón. Alberto había finalizado la llamada. Desconcertado, miró a Beatriz.

—El suegro de Javier ha fallecido esta madrugada y el entierro será a las seis y media de esta tarde en Almansa.

Tras asimilar la noticia, Beatriz murmuró:

—Supongo que deberíamos ir.

Manuela cerró con doble vuelta y cierta dificultad la puerta de la mercería que doña Celia regentó durante más de cuarenta años en el pasaje de Lodaes, y que pertenecía a la época en que los pequeños negocios prosperaban y duraban toda la vida. Doña Celia se había negado en numerosas ocasiones a alquilar ese pequeño pero envidiable local comercial, que por su situación atraía constantemente a inversores ávidos de poner una nueva franquicia. Los hijos de doña Celia trataban en vano de convencerla, pero ella siempre se negaba en redondo y aseguraba que mientras ella viviera el local permanecería cerrado. Bajo ninguna circunstancia deseaba que cayera en manos indebidas, y que pudieran convertirlo en una de esas tiendas sin puertas donde dependientas delgadas como palos se paseaban con cara de pocos amigos.

La antigua mercería de la señora Celia era un anacronismo, que resistía el paso del tiempo rodeada de tiendas modernas y cafés con encanto. Desde sus cristales sucios se podía ver lo que quedaba del negocio; un mostrador robusto en forma de L, de los que ya no se hacían; estanterías hasta el techo que almacenaron los cientos de cajetines con el género que doña Celia dispensó a sus clientas, ahora vacíos; un par de sillones Luis XV casi intactos y el suelo original de baldosas con dibujos geométricos. Todo ello cubierto de polvo y años de historia local.

Tiró con fuerza y extrajo por fin la llave, y a su espalda escuchó un gemido ronco. Manuela se giró y vio la alta figura de Luis, el hijo de la señora Celia, que le mostró las palmas de las manos al ver que ella se había sobresaltado.

—Tranquila, Manuela, soy yo.

Manuela resopló y se llevó la mano al pecho.

—Señor Luis, tremendo susto me dio...

—No era mi intención...

Manuela sonrió y se abanicó la cara con la mano. Llevaba un sencillo jersey de punto azul claro con cuello redondo, sin nada debajo. Su pecho subía y bajaba y Luis no pudo evitar mirarlo.

—Y no me llames señor, que me haces mayor.

Ella volvió a sonreír mostrando aquella preciosa dentadura blanca, aunque siempre

se sentía incómoda cuando estaba a solas con el hijo de doña Celia.

—Por cierto, ¿qué haces en la mercería?

Luis hizo un guiño, se subió las gafas en el puente de la nariz y, con los ojos entornados, miró por el cristal sucio al interior de la vieja mercería.

—Yo, verá... —tartamudeó—. Su señora madre me pidió que bajara a buscarle algo...

—¿Algo? Esta mujer...

—Pero no encontré nada, está todo muy...

—Sucio, esa es la palabra —resolvió Luis asintiendo cansado, resumiendo con ese gesto lo que pensaba de la obstinada opinión de su madre.

—Sí, bueno, y como todo es tan antiguo, no quería tocar nada de valor, ya me entiende.

Luis se echó a reír cuando oyó la palabra «valor»; después negó con la cabeza.

—No te preocupes, no es un museo. Lo único que puede que te encuentres, si no tienes cuidado, es alguna rata.

—¿Ratas? —Abrió mucho los ojos y se agitó. Luis la miró de abajo arriba con la boca abierta, y por su mirada Manuela interpretó que deseaba abrazarla y asegurarle que con él estaría completamente a salvo y no tendría nada que temer—. Odio las ratas. Las odio, ¿de veras hay ratas?

—Mujer, no te lo tomes al pie de la letra... Por cierto, ¿qué es eso tan importante que mi madre te ha mandado buscar ahí dentro?

—Un álbum de fotos.

—¿Un qué? —Negó de nuevo y chasqueó la lengua.

A continuación se quitó las gafas. Sin ellas se le veían los ojos pequeños y tristes, y con un aire como de desvalido. Se sacó del bolsillo de su chaquetón un pañuelo de algodón blanco, echó vaho sobre las lentes y las limpió a conciencia.

—Haz el favor, Manuela, y sube a casa de mi madre, no vaya a ser que necesite algo. Anda, sube.

Manuela asintió y, sin mediar palabra, rodeó a Luis para entrar en el portal que estaba pegado a la antigua mercería. Abrió la puerta.

—Manuela.

Se giró y miró con cierta cautela al hijo de la señora Celia.

—Yo...

—No se preocupe, no volveré a dejar a su madre sola. Siento haberlo hecho.

—No, no es eso. Ya sé que mi madre te adora.

Manuela sonrió. Imaginaba lo que a Luis le rondaba por la cabeza. No se podía hacer una idea de hasta qué punto conocía a los hombres y sus deseos.

—Gracias. Yo también la tengo en muchísima estima, ya lo sabe, señor Luis.

—Es que yo...

Luis se apretaba las manos con fuerza, dejando traslucir su nerviosismo. Manuela le sonreía lo justo. Entonces se miró el reloj de pulsera.

—Bueno, mejor lo hablamos en otro momento —carraspeó—. Solo quería decirte... que todos te apreciamos mucho y que si necesitas cualquier cosa, solo tienes

que pedírmelo. —Tragó saliva con dificultad—. Yo quisiera...

—Muchas gracias.

Luis agitó la cabeza y se marchó, cruzando el pasaje a paso rápido. Manuela entró en el portal y, una vez dentro, se apoyó de espaldas a la puerta y resopló, pensando que todo aquello no podía durar eternamente y que en algún momento tenía que tomar una decisión.

El entierro de Diego Puertas fue arropado por una multitud que llenó la iglesia de la Asunción de Almansa. Empresario muy conocido, atrajo hasta su funeral tanto a amigos como a enemigos, en una ciudad propensa a los eventos multitudinarios. Beatriz y Alberto prefirieron no entrar en el recinto religioso y decidieron esperar en la plaza de Santa María a que terminara la misa. Desde fuera se podían escuchar los salmos del sacerdote y las consiguientes réplicas de los asistentes a una sola voz.

Finalmente el ataúd, portado por varios hombres, Javier entre ellos, fue introducido en el coche fúnebre rodeado de un silencio casi reverencial, que a Beatriz se le antojó reprimido. Había muchos rostros que observaban con atención todo el proceso litúrgico que, por su importancia, contaba con la presencia del alcalde, concejales, representantes políticos y demás fuerzas vivas de la ciudad.

Javier exhibía una expresión de desamparo y perplejidad. Laura, acompañada por algunas mujeres de mediana edad que iban maquilladas como para ir a una boda y que Beatriz imaginó serían familiares directos, miraba con desconsuelo y los ojos enrojecidos cómo los operarios de la funeraria realizaban su trabajo en silencio. Luego, como un desfile de mudos, siguieron la senda trazada por el vehículo mortuario. Los curiosos, que suponían la mayoría, se disgregaron lentamente por las calles aledañas. Beatriz y Alberto, que esperaban al margen del protocolo, vieron a Javier seguir a la comitiva con los hombros hundidos, y al pasar al lado de ellos se abrazó repentinamente a Alberto, que le palmeó los hombros en un gesto de camaradería masculina.

—Gracias por venir.

—¿Estás bien? —preguntó Alberto cogiendo a Javier por los hombros.

Javier balbuceó algo ininteligible. Laura pasó al lado de ellos y Beatriz se acercó hasta ella. Le tendió la mano.

—Siento lo de tu padre. Soy Beatriz, amiga de Javier.

Laura le cogió la mano y la sostuvo durante un momento, apretando con las dos manos. Quiso componer una sonrisa de agradecimiento que acentuó su tristeza cuando unas lágrimas resbalaron por su mejilla.

—Javier me ha hablado mucho de ti. —Hizo una pausa—. Es una lástima que nos conozcamos en estas circunstancias.

—Lo más importante ahora sois vosotros.

Laura asintió y Javier apoyó una mano en su hombro.

—Tenemos que irnos. Os agradecemos de corazón vuestra asistencia. Hablaremos en otro momento, ¿de acuerdo?

Beatriz y Alberto asintieron. Laura esbozó una débil sonrisa y se marcharon, siguiendo al resto de familiares cuando las campanas de la iglesia resonaron en la plaza ya vacía.

De vuelta a Albacete, bajo una noche especialmente oscura, sin estrellas y con algunas nubes, Beatriz, con los brazos cruzados sobre su regazo, miraba ensimismada la carretera.

—Te has quedado con las ganas de preguntarle a Javier por qué no fue al entierro de Anabel.

Beatriz no dijo nada, su mirada se concentraba en el haz de luz de los faros que devoraba metros y metros de asfalto.

—Me enteraré, no te preocupes.

Alberto cambió el dial de la radio con el mando del volante hasta que encontró una emisora que emitía música decente. Estaba sonando «Sometimes you can't make it on your own».

—¿Sabrías localizar a Emilia, la madre de Anabel, sin hacer mucho ruido?

Alberto hizo un gesto de extrañeza por la inesperada pregunta de Beatriz.

—Sanromán me dijo que fue ella quien le dio la información de que Anabel estaba en Riópar. Mencionó que vivía en un piso tutelado del ayuntamiento en «Las Quinientas». Me gustaría hablar con ella.

Alberto no dijo nada. Beatriz lo miró.

—¿Estás ahí?

—Estoy pensando.

—¿Y?

Alberto se irguió en el asiento, apretó las manos en torno al volante y observó con más intensidad la carretera.

—Pero ¿tú no estabas de baja?

—Pareces mi psiquiatra.

—Lo digo en serio.

Beatriz cerró los ojos y se tapó la nariz con las manos.

—Sanromán: ¿has ido a la cárcel para hablar con el sospechoso de un asesinato?

—Soy teniente de la UCO, ese es mi trabajo.

—Estás de baja.

—¿Vas a ayudarme sí o no?

Alberto gruñó y se agitó en el asiento sin apartar ni por un instante la mirada de la carretera. La voz desgana de Thom Yorke y las melodías pausadas de Radiohead tomaron el relevo de U2 con «Let down».

—La cuestión es si esa es la ayuda que necesitas en estos momentos. No creo que inmiscuirte en una investigación policial, aunque seas teniente, sea la mejor terapia.

Le dolieron las palabras de Alberto porque sabía que tenía razón. Una voz interior le advirtió que debía mantenerse al margen, que debía dejar que Carmona investigara ese crimen. Pero no podía obviar a su corazón, que la instaba a buscar respuestas de una manera desesperada, aun sabiendo que sufriría las consecuencias. Y para bien o para mal, ella siempre había hecho caso de su corazón.

Viernes, 28 de octubre

Tras pasar la noche del miércoles de nuevo juntos, Beatriz volvió a comprobar satisfactoriamente la capacidad y resistencia sexual de su inesperado compañero, además de la cantidad de ternura y comprensión que derrochó antes, durante y después del largo encuentro sexual. El jueves fue un día diferente. Beatriz, agobiada de repente por la capacidad sin límite de Alberto para complacerla en todos los sentidos, decidió excusarse e ir en busca de la que hasta ahora había sido su compañera más fiel: la soledad.

«No estoy preparada», volvió a repetirse de nuevo. «No estoy preparada, no estoy preparada, no, no lo estoy...». La desesperación volvió a apoderarse de ella y se preguntaba qué hacía sola, metida en su habitación y compadeciéndose en lugar de estar en compañía de un hombre atento que la amaba, la mimaba y se preocupaba en serio por ella. Entre lágrimas acudieron a su mente un sinfín de excusas de dudoso peso, que la ahogaban cuando cerraba los ojos y se desesperaba al ser incapaz de encontrar respuestas. No se sentía merecedora de que alguien la amase de verdad, no después de lo que había ocurrido, y no antes de que pudiera solucionar sus propios problemas.

El viernes volvió a brillar el sol.

Beatriz acompañó a sus padres en el desayuno. Paco estaba tan sorprendido que miraba a su hija como si no la conociera. Mercedes no quiso preguntar y con una sonrisa de oreja a oreja se limitó a disponer el desayuno para tres, en la cocina que tantos momentos agradables habían compartido. Como en tantas ocasiones, Mercedes recordó lo que podría haber sido si su pequeña hija Raquel hubiera superado aquella maldita neumonía que se la llevó cuando apenas tenía un año de vida. Como siempre, Paco le palmeó la mano y bajó la mirada, incapaz de decir nada. Beatriz hizo el esfuerzo de recordar algún momento vivido con la que brevemente fue su hermana pequeña, sin conseguirlo.

Antes de las diez de la mañana Beatriz salió a la calle con sus padres. A esas horas la albaceteña calle Octavio Cuartero bullía de gente y actividad urbana. Se despidieron con un beso en la mejilla y Beatriz encaminó sus pasos hasta la sede de la sociedad de gestión urbanística donde trabajaba una amiga de Alberto, el lugar idóneo para encontrar a Emilia, la madre de Anabel, sin tener que recurrir a la base de datos de la Guardia Civil. Una vez en las citadas dependencias, Beatriz pudo obtener sin problemas la dirección actual de Emilia. Como había asegurado el propio

Sanromán, estaba ocupando una vivienda propiedad del ayuntamiento ofrecida a personas sin recursos y en riesgo de exclusión social, en el barrio Hermanos Falcó. Si era la misma Emilia de siempre, de lo cual Beatriz estaba convencida, no se alegraría de volver a verla.

Beatriz miró uno de los edificios interiores de tres plantas donde supuestamente vivía Emilia. Cerca de la puerta de entrada a la finca había cinco jóvenes con edad para trabajar, pero sin ningún deseo de hacerlo, que la examinaron con una sonrisa procaz y la instaron repetidamente a que se acercara. Beatriz ni siquiera los miró. Entró en el edificio y subió a la segunda planta. La suciedad, la hediondez, los gritos y las amenazas de hombres vagos y mujeres amargadas eran la banda sonora continua e inalterable de aquellos lugares que desgraciadamente Beatriz conocía demasiado bien. El olor a podredumbre y miseria impregnaba el pasamanos pegajoso, los escalones sucios y las paredes pintarrajeadas y desconchadas.

Tocó en una puerta endeble y sin nombre repintada de marrón. Uno de los jóvenes que había tratado de intimidarla en la calle se asomó por el hueco de la escalera y vociferó palabras soeces que retumbaron en la escalera. Beatriz insistió impaciente hasta que la puerta se abrió unos centímetros.

—¿Qué? —preguntó una voz gangosa.

—Emilia.

—¿Qué?

—Emilia, soy Beatriz, la amiga de Anabel. ¿Se acuerda de mí?

—No. Márchate, márchate...

Beatriz empujó la puerta con suavidad pero con firmeza. Emilia cedió casi al instante con un gemido. Se coló en el interior de la vivienda a tiempo de ver al gallito del grupo de zopencos subir los escalones de dos en dos, con aquella sonrisa de imbécil y llamando su atención. Beatriz cerró la puerta tras de sí y oyó un porrazo al otro lado y su vozarrón a continuación. Ya ajustaría cuentas con él.

—¿Qué quieres? Déjame.

Emilia permaneció un momento en la diminuta entrada, y enseguida desapareció por una habitación. Beatriz la siguió. La mujer se sentó en un sofá, frente a un televisor con el volumen excesivamente alto y miró varias veces a Beatriz, agitándose incómoda.

—Baje el volumen.

—Estoy en mi casa y hago lo que me sale del coño.

Beatriz salió de la habitación. El hedor a comida podrida no era insoportable, pero casi. La cocina era ridículamente pequeña y oscura. No se atrevió a entrar. En apenas dos pasos estaba lo que parecía el dormitorio. La iluminación era también escasa, como en el resto de la vivienda.

—Que no mires mis cosas. ¿Qué quieres?

La mujer que tenía frente a ella ya no era aquella mujer madura y atractiva a la que le gustaba vestirse provocativamente y le encantaba coquetear. Beatriz recordaba su bonito cuerpo, sus ojos azules, brillantes, chispeantes, y una sonrisa insinuante que enloqueció a muchos hombres, que por aquel entonces la perseguían sin descanso

para obtener sus favores. Esos años y aquellos hombres se habían esfumado y no volverían jamás. Los diez años que distaban de aquella imagen habían convertido a Emilia en un desecho de persona: con sobrepeso, el rostro hinchado y abotargado por el alcohol, una alimentación deficiente, las cuerdas vocales destrozadas por el tabaco y unos ojos huidizos, hundidos y sin brillo, que miraban a Beatriz con rencor, resentimiento y temor.

—Solo quiero hablar de Anabel.

Emilia gruñó y con un brazo tembloroso e hinchado señaló la puerta de la calle.

—¡Vete de mi puta casa!

Beatriz se metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros y extrajo varios billetes de su cartera. Le mostró uno de veinte euros. Emilia lo miró hechizada y luego dirigió sus ojos ávidos hacia el resto de billetes.

—Solo será un momento. Responda a mis preguntas y me marcharé.

Se guardó el resto del dinero, excepto los veinte euros. Emilia agarró el billete de un tirón y se lo guardó en el bolsillo de un roñoso chándal de táctel rosa y blanco que le hacía mucho más gorda de lo que estaba. Sin decir nada más, se giró y entró de nuevo en el comedor. Se sentó frente al televisor como si nada. El volumen seguía siendo elevado. Beatriz apagó el televisor y Emilia se removió en el sofá como un animal herido.

—Necesito que me preste atención.

—Ya me han preguntado un millón de veces; la Guardia Civil, el otro, el de más allá...

—Me gustaría saber dónde estuvo Anabel cuando se marchó de Albacete, antes de que Adrián naciera.

—No lo sé.

—Fueron unos cuantos años los que estuvo fuera, no me creo que no supiera dónde estaba su hija.

—Pues créetelo —respondió con los brazos cruzados en una actitud infantil que contrastaba con aquel semblante desfigurado por los excesos.

—Pero sabía que ella había regresado a Albacete y que estaba viviendo en Riópar con el niño.

Emilia la miró fijamente, sorprendida.

—Y tenía su número de móvil, que no le importó dárselo a un desgraciado como Sanromán, además de contarle dónde estaba. ¿La llamó Anabel?

—No —musitó Emilia con la cabeza agachada, con los ojos fijos en el suelo—. Vino a verme con el crío.

—Su nieto —puntualizó Beatriz.

Los ojos de Emilia brillaron de rencor.

—Mi nieto, sí. Para eso vino, para ver qué me podía sacar.

—No me lo creo. —Beatriz negó con la cabeza—. ¿De qué hablaron?

—Ya te lo he dicho.

Beatriz dio un puñetazo en el mugriento sofá donde Emilia pasaba casi todo el día tumbada a la espera de que se le pasara la borrachera para comenzar de nuevo a

beber. El tapizado estaba resobado y apestaba a sudor. Se sobresaltó atemorizada.

—O me cuenta de qué hablaron o le juro que voy ahora mismo al ayuntamiento y hago que le quiten este piso, ¿me ha entendido?

Balbuceó algo y después parpadeó varias veces, con la misma postura, tratando de mostrarse indignada.

—Quería que conociera al crío.

—Adrián.

—A Adrián. Quería que lo conociera. No lo conocía.

—Siga.

—Había estado viviendo en Valencia, según me dijo.

—¿Le dijo con quién había estado viviendo durante todo ese tiempo?

—Con una amiga.

—No con un hombre, con el padre de su hijo: le dijo con una amiga. ¿Recuerda su nombre?

—No, eso no.

—¿Qué más le contó?

Emilia se encogió de hombros, poco a poco se relajaba y progresivamente volvía a la misma actitud desabrida e indiferente.

—Pues eso, que quería que conociera al niño. Lo conocí y se marchó.

Beatriz negó con la cabeza, irritada.

—Pero tuvo tiempo de explicarle que se iba a vivir a una cabaña en Riópar, de darle su teléfono y de contarle que tenía pensado marcharse fuera de España a comenzar una nueva vida.

—Más o menos. Oye, ¿llevas un cigarro?

Beatriz relajó la postura, se acarició su larga cabellera con otro profundo suspiro y sacó un cigarrillo que ofreció a Emilia. Se lo encendió.

—Quiero escuchar por su propia boca cómo sucedió. Desde el principio.

Emilia se llevó una mano temblorosa a la frente y la acarició. Se apartó el cabello sucio, desgredado y grasiento que le caía por la cara. Chupó del cigarrillo. Casi se lo había acabado en apenas dos minutos. Antes de expulsar el humo que todavía contenía en sus pulmones, dio otra calada compulsiva y apagó lo poco que quedaba en un improvisado cenicero, un envase de aluminio cuadrado de comida rápida y que estaba atestado de colillas. Con un falso gesto desinteresado pidió otro cigarrillo, que Beatriz le dio casi al instante. Le dejó dos cigarrillos más sobre la mesa.

—Estoy esperando.

Parecía que Emilia se había relajado, incluso se permitió repantigarse en el sofá. Beatriz no apartaba los ojos de ella.

—Me había enterado de que había tenido un niño. Hace años de eso. Yo no tenía su teléfono y ella llamaba poco, por no decir nada. Y un día se presentó aquí, sin avisar.

—¿Cuándo fue exactamente?

—¿El día? ¡Coño, ni que fuera un calendario!

—Conteste a la pregunta.

Emilia se removió en el sofá con un gesto exagerado e infantil de indignación.

—Fue a finales de agosto y hacía mucho calor. Porque en este piso de mierda te cueces de calor en verano y te mueres de frío en invierno.

—Agosto, siga.

—Vino con el niño para que lo conociera, pero a mí no me engañaba. Decía que había cambiado y que quería comenzar una nueva vida...

Se rio y negó como dando a entender que algo así era inimaginable. Tosió durante varios segundos e inmediatamente chupó el cigarrillo como si se le fuera la vida en ello.

—¿Por qué no se quedó?

Emilia volvió a reír. Su risa era ronca, cruel, infantil.

—¿Dónde? ¿Aquí? No tengo ni para mí, imagínate para alimentar a dos bocas más. Esa quería que la mantuviera.

A Beatriz le hubiera gustado levantarse y agarrarla por el pescuezo. No había mostrado el menor signo de tristeza, misericordia o cualquier sentimiento que una madre pudiera sentir mínimamente, al ser sacudida con la mayor pérdida que un ser humano puede sufrir. En lugar de eso exhibía un egoísmo y una mezquindad que rayaba en lo profano.

—Quería que conociera a Adrián porque tenía intención de marcharse fuera de España, pero tenía que esperar todavía un tiempo, así que un amigo le cedió una cabaña en Riópar mientras esperaba, ¿fue así?

Asintió con la cabeza distraídamente.

—¿Llegó a visitarla en la cabaña de Riópar?

—¿Cómo? No tengo coche.

—¿Cuántas veces volvió a verla después?

—Ya no la volví a ver más —rumió al tiempo que apagaba el cigarrillo y miraba de reojo los otros que Beatriz le había dejado sobre la mesa.

—¿No habló más con Anabel?

—Que no.

—Entonces ¿por qué la llamó a su móvil días después, cuando ella estaba en Riópar?

Beatriz no tenía ni idea de si había llamado o no con Anabel. Simplemente especuló con esa probabilidad como algo plausible. Pero al ver cómo el cuerpo de Emilia se tensaba y vacilaba, pensó que había dado en la diana.

—Bueno, hablé con ella unas cuantas veces... para ver cómo estaba y todo eso...

—También el día que la asesinaron...

Emilia la miró fijamente.

—Ya le conté al capitán ese que estuve todo el puto día aquí dentro. No salí ni a la puerta de la calle.

—¿De qué hablaron?

Bajó la mirada, frunció el ceño y rumió palabras sin sentido.

—Como se iba de viaje...

—No la oigo.

—¿Para despedirme! —gritó de repente—. De ella y del niño —dijo sin

convicción.

Beatriz carraspeó. Decidió soltar un poco de carrete. Se relajó en la postura, se cruzó de piernas.

—Está bien, vamos a hablar del padre de Adrián.

—¡Joder! ¿Cuándo te vas a ir? Estoy cansada. —Golpeó el asiento del sofá con los puños. En la pared de enfrente un niño pequeño berreaba y su madre gritaba desesperada.

—Pronto. ¿Sabe quién es el padre de Adrián?

—No —dijo con impaciencia—. ¡Que no lo sé, coño!

—Anabel no le contó nada, ni un nombre, ni nada por el estilo.

—No. Seguro que la preñó algún desgraciado. A mí no me contaba nada.

Beatriz se echó hacia delante y se quedó a escasos centímetros del rostro ajado de Emilia, que la miró nerviosa.

—Nunca le dio una oportunidad. Nunca la amó. No le importó lo más mínimo. Ni ella, ni su nieto que estará por ahí, Dios sabe dónde, y ni siquiera me ha preguntado por él.

Emilia se cruzó de brazos. Era inútil.

Beatriz se incorporó lentamente y Emilia estiró la mano derecha para coger el mando a distancia del televisor, que encendió con nerviosismo. El comedor se llenó del ruido estridente de los anuncios. Emilia se limitó a mirar la pantalla como si estuviera hechizada por algún tipo de sortilegio tecnológico.

Al salir a la calle, los cinco aspirantes a macarras la estaban esperando en la entrada del portal. El gallito estaba de brazos cruzados y con las piernas abiertas, en una actitud como de exigir una explicación.

—Cuando te llame, obedeces, so puta.

Beatriz se plantó frente al gallito, que estaba flanqueado convenientemente por aquellos matones de cuarta división, algo fondones y sin tono muscular, algo sorprendente para su tierna y desaprovechada juventud. Beatriz sonrió como si entendiera el chiste y el gallito echó una mirada rápida a sus lugartenientes para comprobar que estaban bien cerca. Se preparó para golpear con el dorso de la mano a Beatriz. Antes de ni siquiera alcanzarla, Beatriz sujetó el brazo del gallito y lo inmovilizó. Al mismo tiempo le dio una patada en la entrepierna y con un rápido movimiento le colocó el brazo en la espalda. El gallito emitió un chillido agudo exento de virilidad y cayó al suelo gritando de dolor. Sus lugartenientes, desconcertados, retrocedieron. Uno intentó coger a Beatriz por el cabello y esta le propinó un puñetazo en el mentón con tal acierto que cayó al suelo noqueado. Los tres restantes salieron corriendo en diferentes direcciones. Beatriz se masajeó los nudillos e hizo un gesto de dolor, se sacudió la mano y se subió la cremallera de su chaqueta al tiempo que miraba al cielo, pensando que tal vez aún lloviera esa tarde.

Sábado, 29 de octubre

Las recientes nevadas habían dejado un paisaje de postal de Riópar y sus alrededores. En apenas dos días la cota de nieve había descendido hasta los quinientos metros, lo que en una zona como Riópar era sinónimo de bajas temperaturas y nieve asegurada. Las vistas que se podían obtener desde el castillo, con el pueblo a sus pies, no podían ser más idílicas; los tejados cubiertos de nieve y el inmenso valle coloreado de puntos blancos habían atraído a un buen puñado de visitantes a la zona. Cebreros escudriñaba ese magnífico paisaje con las manos en los bolsillos de su parka oficial, pensando dónde estaría Adrián. Era imposible sobrevivir a las temperaturas de los dos últimos días a la intemperie, y aunque se había interrumpido la búsqueda por parte de los voluntarios, los cuerpos especiales de la Guardia Civil no habían dejado de trabajar. El zumbido de los helicópteros sobrevolando la zona y el ruido de los motores de las motocicletas de los agentes del SEPRONA se podían oír prácticamente desde cualquier punto de aquella localidad serrana. Aun así y con todo el empeño que se estaba poniendo, Cebreros no podía dejar de pensar en que con cada día que pasaba, menos posibilidades había de encontrar a Adrián con vida. Con aquella sensación amarga que le corroía el estómago, Cebreros vio acercarse a una figura conocida pertrechada con un plumífero azul cobalto y con la densa cabellera bajo un gorro de lana rojo.

—Seguro que este es su lugar favorito para meditar —dijo Beatriz al llegar hasta donde se encontraba Cebreros, gimiendo por el esfuerzo, con la punta de la nariz brillante, los ojos entornados y una sonrisa deslumbrante—. Recuérdeme que tengo que dejar de fumar.

Cebreros le devolvió la sonrisa.

—No sabía que ya estaba despejada la carretera, mi teniente.

—Hasta Alcaraz está practicable, aunque me he encontrado algo de hielo al pasar Salobre.

Beatriz se colocó al lado de Cebreros, con los ojos entornados por el intenso reflejo del sol de la mañana sobre la nieve. Admiró el paisaje.

—Supongo que no hay novedades.

—Desde que encontramos la sudadera, nada. Y por lo que he oído, las pruebas de ADN no han arrojado ningún dato concluyente hasta la fecha, lo que al parecer está condicionando la investigación, porque no podrán utilizarse en un juicio.

Con las manos en los bolsillos de su plumífero y los hombros encogidos por el frío,

Beatriz miraba hacia el mismo punto que el brigada, que se giró hacia ella como si de repente fuera consciente de haber dicho algo que no debería.

—Mi teniente, he oído que el capitán Carmona está muy enfadado con usted.

—No sería la primera vez.

—No me gustaría que se metiera en un lío por mi culpa.

—No se preocupe por mí, Juan. —Miró a Cebreros a los ojos—. Ahora bien, lo que de ningún modo voy a permitir es perjudicarlo yo a usted. Comprendo que se encuentra en una difícil situación y quizá no sea buena idea que nos sigamos reuniendo y que usted me pase información.

—Con todos mis respetos, ¿me ha oído quejarme, mi teniente?

Beatriz sonrió. En cierta manera se estaba aprovechando de Cebreros para sus fines, y él se estaba exponiendo a recibir una sanción disciplinaria. Ella conocía demasiado bien, para su desgracia, al capitán Carmona: sabía de lo que era capaz, y no deseaba involucrar innecesariamente a Cebreros y arrastrarlo en su caída.

—No lo ha hecho, pero insisto en que tal vez ha llegado el momento de terminar con esto. En serio. —Se detuvo y meditó sus siguientes palabras—. Es algo que tengo que hacer y no me dan miedo las represalias..., al menos no ahora. Tal vez ha sido un error por mi parte llamarle, pero necesitaba ver algunas cosas sobre el terreno.

—Si usted no está preocupada y yo tampoco, entonces...

Todos tenemos motivos para hacer lo que hacemos, y el de Cebreros no estaba del todo claro para Beatriz, aunque estaba decidida a saberlo y no se marcharía de allí sin descubrirlo.

—Juan, aquí hace un frío de cojones. —Se abrazó a sí misma y movió los pies dando pequeños saltitos—. ¿Por qué no me invita a un carajillo o a una copa de orujo abrasagargantas y seguimos hablando en un lugar caliente? Me estoy congelando.

Cebreros dio un respingo y se puso en marcha inmediatamente, cogiendo el camino de bajada.

—Pero esta vez invito yo. En el bar de mi amigo Emilio preparan el mejor atascaburras de toda la provincia de Albacete.

—Sea.

Bajo vigas de madera y rodeados de las habituales paredes de piedra y cemento, Beatriz y Cebreros se sentaron a una mesa pegada a la ventana de un bullicioso mesón con aspiraciones a restaurante rural. A esas horas de la mañana se encontraba lleno de parroquianos, que en torno a las mesas y acodados en la barra almorzaban al tiempo que desgranaban sus inquietudes sin complejo y a voz en cuello. El escándalo era tal que Cebreros se sintió inmediatamente incómodo.

—Podemos ir a otro lugar más tranquilo, mi teniente. Aquí no vamos a poder ni hablar.

—No se preocupe, Juan. Este sitio es perfecto —dijo Beatriz mientras se quitaba el plumífero—. Hemos venido a probar el atascaburras y no pienso marcharme sin hacerlo.

Ambos pidieron el contundente almuerzo manchego. Para beber Cebreros pidió su habitual botella de agua mineral. Beatriz pidió cerveza pero inmediatamente rectificó

y dijo que bebería lo mismo que Cebreros, que en todo momento se mostraba preocupado e instaba a los comensales de las mesas más cercanas a que bajaran el volumen.

—Antes de nada, quería comentarle que el capitán Carmona se ha enterado de que ha visitado en La Torrecica a Sanromán. He oído decir que quiere abrirle un expediente disciplinario.

—No es la primera vez, y ya le digo que a Carmona se le escapa la fuerza por la boca. De todas formas, eso ahora es lo que menos me preocupa. No puedo quedarme de brazos cruzados sin saber qué está pasando en esta investigación. Es cierto que no debería entrometerme, pero Anabel era amiga mía y en cierta manera se lo debo, máxime si todavía no se sabe nada del paradero de Adrián. Por eso he venido hoy. Hay algo que no encaja en la conversación que mantuve con Sanromán y después con Emilia, la madre de Anabel, y quería saber su opinión para contrastar pareceres.

—En lo que pueda ayudarle, mi teniente.

—En primer lugar tenemos a Sanromán. Hay dudas razonables y pruebas circunstanciales que lo señalan como el principal sospechoso, y puede que me equivoque, pero tengo el presentimiento de que él no lo hizo. Cuando hablé con él adopté otro enfoque y le dije a las claras que no creía que fuera el asesino, y que estaba trabajando para encontrar al verdadero culpable.

—Es un enfoque bastante inteligente.

—Eso aún no lo sabemos, pero creo que al menos conseguí cogerlo desprevenido, y que si ya se tenía la lección aprendida, tuviera que improvisar a toda prisa.

—Podría haber contado cualquier cosa para salvar el cuello...

—Pero no para ganar tiempo, porque ahora lo tiene en su contra. Además, hay que ser un verdadero genio para configurar una historia verosímil y sin fisuras cuando no te lo esperas, y esa era la intención. —Pensó durante unos segundos—. ¿Qué haría alguien que está siendo investigado por un crimen si es culpable?

—Mentir, despistar, desviar la atención todo lo posible. Negar lo evidente.

—¿Y si es inocente?

Cebreros se agitó en su asiento, resopló y se acarició la barbilla en silencio antes de contestar.

—Estaría en principio más predispuesto a decir la verdad.

—*Fundamentos y teoría aplicada en Criminología y Ciencias Forenses*, ya veo que lo ha leído.

Una joven camarera excesivamente delgada y con el cabello grasiento y los ojos hundidos dejó el almuerzo sobre la mesa, evidentemente de diseño rústico. Se tomaron un descanso y comieron despacio y en silencio, disfrutando de aquel sencillo pero delicioso guiso servido en una tradicional cazuela de barro y compuesto de puré de patata, huevo cocido, bacalao, aceite de oliva y nueces para adornar. Sin duda el agua mineral no era la bebida más apropiada para acompañarlo, pensó Beatriz. Observó las cervezas y los vasos de vino de las mesas contiguas con cierta codicia, pero luego negó para sus adentros y bebió de su agua mineral con resignación.

—Me ha dicho que también habló con la madre de Anabel. ¿Ha conseguido algo

relevante?

—Podría ser —balbuceó tratando de digerir el último bocado y apartando la cazuela a un lado—. Aunque con estos testigos tan poco colaborativos y nada convincentes es difícil saberlo. Solo puedes conseguir algo si les tiendes alguna trampa, y eso fue precisamente lo que hice.

Cebreros asintió intrigado, a espera de que Beatriz continuara.

—Imagine a la peor madre del mundo, ¿se hace una idea? Pues esa es Emilia. Por lo que ya sabemos, Anabel regresó a Albacete con la intención de que su madre conociera a su nieto Adrián, porque ya tenía decidido marcharse fuera de España, ¿correcto?

Cebreros asintió de nuevo.

—Emilia conoció a Adrián, pero no se quedaron en su casa. Así que Anabel llamó a Izquierdo, que le cedió la cabaña aquí en Riópar hasta que se marcharan.

—Pero eso está en el informe. El capitán Carmona la interrogó, no vieron nada que les llamara la atención. Además tenía una coartada para el día del asesinato.

—Pero no conocían la verdadera naturaleza de Emilia y que la relación con su hija era nula.

—Entiendo.

—Sin embargo, lo que más me intriga es que Emilia la llamara varias veces en los últimos días, incluso el día del crimen.

Cebreros se encogió de hombros.

—Era su madre, al fin y al cabo...

—Juan, le recuerdo que Emilia es la peor madre del mundo.

—Ah, vale.

Beatriz puso los codos sobre la mesa y acercó su rostro al de Cebreros, tenía los ojos brillantes y hablaba gesticulando con las manos.

—Si Emilia llamó a su hija no fue porque se hubiera arrepentido de su comportamiento y quisiera congraciarse con ella, o, dado que se marchaba de viaje, para despedirse, como haría cualquier madre normal. No. Emilia no es así. La conozco desde que Anabel y yo éramos unas chiquillas. Es egoísta y mala persona, se lo puedo asegurar. Y el tiempo no ha hecho sino empeorar su carácter y perspectivas.

—La llamó porque quería algo de ella.

Beatriz sonrió y asintió despacio, irguiéndose.

—Eso mismo creo yo.

—Es una teoría interesante que tal vez debería poner en conocimiento del capitán Carmona, mi teniente, y perdone la intromisión.

Ya no recordaba el efecto que producía en la teniente Manubens la mención del capitán Carmona, que bajó la mirada y de repente se le ensombreció el rostro.

—Lo siento, no quería...

—No pasa nada, Juan. —Le palmeó el brazo e hizo una mueca—. Tiene razón: debería ponerlo en su conocimiento. ¿Nos vamos?

Se levantaron; en esos momentos el alboroto era mayor que cuando llegaron. Cebreros pagó y Beatriz lo esperó fuera. Cuando el brigada salió, la vio con las

manos en los bolsillos de su plumífero y cabizbaja. Se arrepintió de haber hecho aquel último comentario.

—Se me olvidaba, Juan —dijo Beatriz acercándose a Cebreros—. Me gustaría hablar con el forestal que encontró el cuerpo de Anabel.

—Joaquín Medina, el coordinador.

—¿Está en Riópar? ¿Dónde puedo encontrarlo?

Cebreros echó a andar.

—Aquí mismo, su oficina está al lado del puesto. La acompaño, mi teniente.

En menos de tres minutos estaban en la puerta de la oficina de los agentes medioambientales de Riópar, un edificio cuadrado de dos plantas que, al parecer, compartía sede con otras dependencias de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Sin embargo, y como Beatriz imaginó, Medina no se encontraba en su despacho. Seguro que pasaba casi todo el tiempo fuera y solo permanecía allí cuando fuera estrictamente necesario. Intentaron localizarlo en su móvil, sin éxito. Beatriz no quiso entretener más a Cebreros.

—Pruebe si quiere en su casa, vive a las afueras de Riópar, en dirección Siles. No tiene pérdida, es la primera vivienda que encontrará al pasar el restaurante Los Pinos, a mano izquierda.

Sin tiempo que perder, Beatriz le tendió la mano, que Cebreros estrechó con timidez.

—No sé cómo agradecerle todo, Juan.

—Al contrario, mi teniente, el honrado soy yo. Debo confesarle que es la primera vez que estoy envuelto en algo parecido... Y debo reconocer que me siento...

—¿Entusiasmado?

Cebreros asintió sonriendo.

—Pues le puedo asegurar que ese entusiasmo está más que fundado. Es usted un investigador brillante, y no lo digo por halagar.

—Mi teniente...

Cebreros se había sonrojado.

—Beatriz, para usted.

Se giró, bajó las escaleras y cruzó la plaza. Cebreros casi no pudo traspasar la puerta del puesto de la Guardia Civil, por lo hinchado de orgullo que se sentía.

La casa del coordinador medioambiental estaba situada justo donde había dicho Cebreros. Era una construcción rural de tamaño medio y de dos alturas, que seguía estrictamente las pautas en cuanto a diseño y construcción locales: tejado a dos aguas y fachada revestida con piedra y argamasa a lo largo y ancho de toda su extensión, con un pequeño porche cubierto y postigos en las ventanas. Un gran abeto a un lado de la casa proyectaba una larga sombra. Bajo el abeto, había una mesa y sillas de plástico verde, que nadie se había ocupado de limpiar. Una manguera estaba desenrollada como una larguísima serpiente que cruzaba la propiedad transversalmente. Beatriz aparcó su coche fuera del caminillo de entrada, teniendo

cuidado de no pisar la manguera. Un enorme mastín de precioso pelaje dorado ladró al ver a la extraña entrar en su propiedad. En alguna parte, probablemente detrás de la casa, varios perros más lo imitaron. El mastín se movió en círculos, nervioso, y ladró de nuevo sin demasiado convencimiento; no así los perros invisibles, que redoblaron sus ladridos. Antes de que pudiera reaccionar, la puerta de la entrada tapada con una cortina confeccionada con tiras de plástico de diversos colores se abrió. Una niña de unos seis años que iba vestida con un pijama rosa y llevaba una muñeca Nancy se asomó y miró a Beatriz con curiosidad.

—Hola —saludó Beatriz con una sonrisa.

—Hola —respondió la niña, rascándose la nariz—. ¿Eres la nueva novia de papá?

—¿Qué? Bueno, en realidad no conozco a tu papá, pero me encantaría. ¿No está en casa?

La niña negó como si le hubiera decepcionado aquella respuesta.

—Puedo llamar a mi papá por radio y decirle que una chica guapísima ha venido a verlo.

—Muchas gracias —dijo Beatriz con una sonrisa—. Oye, tú tampoco estás nada mal. Seguro que vuelves locos a todos los niños de tu cole.

Asintió con un gesto coqueto.

—Tengo novio.

—¿Solo uno? Imaginaba que al menos tres o cuatro chicos habrían perdido la cabeza por un bellezón como tú.

La niña se encogió de hombros y rio complacida. Con un gesto la invitó a entrar.

—¿No quieres pasar? Hace mucho frío y dentro se está calentito. ¡Calla, *Rüdiger!* —le ordenó al mastín, que dejó de ladrar y dio vueltas en círculo con tono lastimero.

Una vez dentro, Beatriz constató que la decoración no difería demasiado del estilo rural autoimpuesto: paredes amarillentas, baldosas de gres marrón, traviesas de madera en el techo, mobiliario rústico de color oscuro, chimenea presidiendo la pieza, aunque apagada, y buena provisión de troncos para alimentarla. La temperatura en el interior era muy agradable, como había asegurado la niña. El calor lo irradiaba una estufa de hierro colado de leña, situada casi en el centro de la pieza.

—¿No vas al colegio?

—Tengo fiebre. Mira, toca.

Le cogió la mano y se la llevó a su frente. Beatriz hizo un gesto como que estaba ardiendo y retiró la mano. La niña soltó una carcajada ronca.

—Siéntate.

Obedeció. La niña se sentó a su lado y la miró embelesada.

—¿Qué guapa eres! ¿Eres modelo?

—Casi, casi.

—Yo quiero ser cantante, y modelo, y actriz, como Jessie.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Alba. ¿Te gusta? A todo el mundo le encanta.

—Es justo el nombre que te va. Yo me llamo Beatriz.

Alba acarició el cabello de Beatriz reverencialmente.

—¿Me vas a dejar que te cepille el pelo? Es precioso. Me encanta.

—¿No ibas a llamar a tu papá por radio? Imagino que estará al llegar; si no, no te habría dejado sola.

Alba se encogió de hombros.

—Alba, me gustaría preguntarte algo.

—¿Es difícil?

—No, es muy fácil.

—Vale.

—¿Conocías a Adrián, el niño que ha desaparecido?

Al oír el nombre del niño se le ensombreció el rostro, pero no dejó de acariciar el cabello de Beatriz.

—Era mi amigo. Los niños de mi cole dicen que está muerto, pero yo les digo que no. Los odio.

—¿Adrián no iba al colegio contigo?

Alba negó.

—No, su mamá le enseña en casa. ¡Fíjate qué suerte tiene!

—Muchísima.

Alba se agitó nerviosa de un lado a otro, arrugando la frente. Miró a Beatriz con una sonrisa cómplice.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

Beatriz abrió mucho los ojos y acercó aún más su cara a la niña, que ya estaba a escasos centímetros de la suya.

—¿Un secreto? Por supuesto. ¡Me encantan los secretos!

Alba ahuecó la mano, la acercó torpemente a la oreja de Beatriz y luego giró la cabeza.

—Pero ¡qué tonta soy! ¡Si no hay nadie que nos escuche! —Rio y se tapó la cara con las manos—. Bueno, el secreto es... que Adrián es mi novio.

—Lo sabía.

—Anda ya, ni que fueras policía.

—Entonces si erais novios, tendríais un lugar secreto para vosotros dos. Todos los novios lo tienen.

Alba escuchaba atentamente a Beatriz mientras se dedicaba a cepillar con mucha paciencia el cabello de su muñeca.

—¿Tú tienes novio?

—Bueno, estaba pensando en conocer a tu padre...

Alba sonrió de oreja a oreja, solo le faltaba saltar de entusiasmo.

—Entonces ¿qué me dices de ese lugar secreto?

—Ah —dijo Alba. Había olvidado la pregunta de Beatriz—. Sí. Le gustaba ir de aventuras por el monte. Entraba en la Cueva de los Chorros..., pero no se lo digas a nadie.

—¡No! Claro que no. Somos amigas, ¿recuerdas?

—Tampoco a mi papá, se enfadaría mucho conmigo. No le gusta que diga mentiras.

—Porque no está bien.

Negó e hizo la señal de la cruz, besando por último una medalla redonda de oro que llevaba al cuello.

—¿Y qué dice papá de todo lo que le ha pasado a Adrián?

Se encogió de hombros de nuevo.

—Nada. Está muy triste.

—Porque no lo encuentran.

Alba asintió.

—Y por Anabel. La quería mucho.

Sintió el impulso de levantarse al oír aquello, sin embargo sonrió con tristeza a Alba. Le acarició aquel rostro redondo y risueño de grandes ojos oscuros.

—¿Era su novia?

La niña se lo pensó un instante.

—No. Ella tenía un novio ya. El papá de Adrián.

Beatriz no podía creer lo que estaba escuchando. Aunque, por otra parte, Alba era una niña de unos seis años que, por lo que imaginaba, deseaba que alguien le hiciera caso.

—¿Viste a su papá alguna vez con ella?

Alba asintió con desgana y con cierta impaciencia.

—¿Quieres un café? María hace el café muy rico, con galletitas de coco o normales.

La niña se acercó hasta una caja de plástico rosa donde al parecer guardaba algunos de sus juguetes. Cogió una taza, una cucharilla y un plato de plástico y los dejó en el sofá al lado de Beatriz.

El ruido de un vehículo que se aproximaba y frenaba después se escuchó fuera. El motor se paró. Beatriz reconoció la voz de un hombre hablar con el mastín en tono autoritario y algo cansado. Abrió la puerta de casa. Medina se quedó petrificado al ver a Beatriz sentada en el sofá al lado de su hija. No disimuló un gesto de desconcierto e irritación.

—Hola, señor Medina. —Beatriz se incorporó y se apresuró a presentarse. Le extendió la mano—. Me llamo Beatriz Manubens y soy teniente de la UCO.

Medina miró la mano con desconfianza y luego a Alba, que corrió al encuentro de su padre.

—¡Papá! Has tardado mucho.

Medina se agachó, sonrió a su hija. La acogió entre sus brazos y la besó.

—¿Qué es lo que siempre te digo cuando tengo que salir un momento?

Alba miró fugazmente a Beatriz, avergonzada.

—La culpa es mía. No la castigue por mi error. La verdad es que ha sido una torpeza. Siento lo ocurrido.

Medina acarició el rostro de su preocupada hija y le sonrió. Luego miró a Beatriz sin sonreír.

—La culpa no es suya. Me preocupa que deje entrar a alguien en casa. Nunca lo había hecho antes.

«¿A quién se le ocurre dejar a una niña de seis años sola?», pensó Beatriz, irritada. Por supuesto no tenía la menor intención de expresarlo en voz alta.

—¿Y a qué se debe su visita, teniente? Por cierto, enséñeme su distintivo.

Beatriz se apresuró a buscar su cartera. Sintió un sudor frío al pensar que últimamente no solía llevar su distintivo como oficial encima. Afortunadamente estaba ahí. Se lo mostró a Medina, que lo examinó con atención.

—He venido desde Albacete para hablar con el brigada Cebreros y ver qué tal iba todo.

Medina se desprendió de la parka oficial de agente medioambiental y la dejó sobre el respaldo de una de las sillas del comedor.

—Desgraciadamente todo sigue igual; es decir, sin noticias —dijo Medina con los brazos cruzados y las piernas abiertas.

—Anabel era amiga mía, ¿sabe? —dijo Beatriz de improviso, en espera de alguna reacción. Medina asintió quedamente sin decir nada—. Una no quiere involucrarse emocionalmente, pero imagino que es inevitable.

—Supongo —respondió Medina con un hilo de voz—. Aunque yo tampoco podría ayudarla más de lo que he hecho; ya les conté todo lo que sabía a Juan, al capitán y al juez. Y respecto a Adrián...

Exhaló un suspiro afligido y se tocó la cara con las dos manos en un gesto de cansancio.

—Hacemos todo lo que podemos.

Beatriz asintió.

—Estoy segura de ello. ¿Le importa si le hago unas preguntas?

La miró con cautela y luego se acarició la barba de unos cuantos días.

—¿Tiene que ser ahora? ¿Con mi hija delante?

—Es solo mera formalidad. No se preocupe, no hablaré de temas escabrosos. Seré muy breve.

—Está bien, ¿qué quiere saber?

No le ofreció que se sentara, los dos permanecían de pie, frente a frente. Beatriz imaginó que deliberadamente, para que no se prolongara esa situación que no parecía de su agrado.

—Estamos convencidos de que Sanromán es el asesino de Anabel, sin embargo, los de la científica han hecho pruebas con algunos objetos personales que encontramos de Adrián en la cabaña, para comparar su ADN con el de Sanromán y ver si existe alguna coincidencia.

—¿Porque creen que Sanromán es el padre de Adrián?

—Esa es la cuestión, sí; pero las pruebas han dado negativo, sin coincidencia. Así que Sanromán no es el padre de Adrián.

Medina se cruzó de brazos, asintiendo muy despacio y con el ceño fruncido. Beatriz observó su lenguaje corporal por si le revelaba algo.

—Ya, ¿y eso qué tiene que ver conmigo?

—Bueno, en realidad nada. Simplemente se lo pregunto porque sería muy positivo para la investigación descubrir al verdadero padre de Adrián.

Medina resopló y luego hizo un gesto de no entender.

—Usted vive aquí y es una de las pocas personas que conocía a Anabel y Adrián.

—Muy poco —aclaró.

—Es cierto, pero es lo que tenemos. La cuestión es si vio a algún hombre en compañía de Anabel o del niño en alguna ocasión...

—Ya conté mi versión, varias veces además. Y no, no vi nunca a ningún hombre. Le repito lo mismo que dije: apenas conocía a Anabel.

Mentía.

—Por supuesto —dijo Beatriz tras unos tensos segundos en silencio—. Era solo eso, señor Medina.

Le extendió la mano. Esta vez Medina la cogió. Beatriz se despidió de Alba, que estaba absorta preparando un pícnic con todas sus muñecas en medio del salón comedor.

—¿Cuándo vas a volver? Tienes que volver pronto. Voy a celebrar un festival y voy a desfilar y a cantar.

—Pues avísame, porque no me lo perdería por nada del mundo.

Alba abrazó efusivamente a Beatriz y en ese instante una imagen de David se coló en su mente. Por un momento se sintió desfallecer. Se incorporó como si de repente no supiera dónde estaba.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Medina con más cautela que preocupación.

—Sí, sí... Ha sido un ligero mareo. Estoy bien. Gracias.

Se subió a su coche y salió de la propiedad de Medina intentando aparentar normalidad. El coordinador medioambiental miró a través de la ventana cómo se alejaba. Alba había dejado de jugar con sus muñecas y ahora estaba dibujando, sentada en una silla de su tamaño, mientras canturreaba el tema principal de la serie infantil Caillou. Medina se acercó hasta su hija y se agachó frente a ella.

—Cariño.

—¿Mmm?

—Cuéntame de qué habéis estado hablando tú y esa chica tan guapa.

Alba levantó los ojos despacio y miró a los de su padre, de los cuales eran una copia exacta.

—Y ya sabes que no me gusta que me mientas.

Tras la muerte de Puertas, Laura se sumió en una profunda depresión. De repente todo a su alrededor comenzó a desmoronarse y Javier no sabía qué hacer para evitarlo. Ahora era perfectamente consciente de que Puertas no solo había dirigido con su forma caciquil la empresa sino también su propio estilo de vida, que se esfumaba por momentos. Era consciente de que la ausencia de aquel hijo de puta al que tanto había odiado, y del que había deseado tantas veces su muerte, era precisamente lo que sujetaba su mundo. Laura y Puertas tenían el mismo carácter y las peleas entre ellos habían sido continuas por el modo en el que debían hacerse las cosas, sin embargo, ella sentía veneración por su padre y hubiera hecho cualquier

cosa por él. Sin tiempo de asimilarlo, tuvo que coger las riendas de la empresa, donde se pasaba todo el día, regresando cada vez más tarde a casa. Apenas veía a los niños, tenía los ojos enrojecidos por el agotamiento físico y la presión a la que estaba sometida. En el poco tiempo que pasaba en casa no salía de su mutismo, salvo para dar instrucciones a María, la joven colombiana que cuidaba de Javier y Raquel, los dos hijos de la pareja. Si antes de todo aquello se habían distanciado, ahora resultaba una tarea imposible poder entablar una mínima conversación. Y tenía miedo. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, tenía miedo de perder su modo de vida. El pánico se apoderaba de él solo de pensarlo.

Después de aparcar su Audi Q7 en el garaje de su bonita casa en una zona privilegiada de Almansa, Javier salió del vehículo con un nudo en el estómago. No soportaba la idea de compartir el mismo espacio con su esposa, pero tampoco soportaba la idea de no estar con ella. Estaba angustiado y sentía pavor por aquella nueva situación que intuía no acabaría bien. Él no era un hombre luchador como Puertas y ese tipo de situaciones le sobrepasaban.

Subió los escalones del garaje y entró por la cocina, que se encontraba en penumbra. Del pasillo le llegó la suave luz de las lámparas del salón y el omnipresente sonido de algún canal infantil de televisión. María estaba sentada con los niños en el sofá, viendo una serie en una gigantesca pantalla plana. Antes de que los niños y María repararan en su presencia, Javier miró a su alrededor en busca de alguna señal que le indicara que Laura se encontraba en casa, aunque lo más probable era que estuviera en la fábrica y no llegase antes de las diez y media u once de la noche. Miró su reloj de pulsera, marcaba las nueve y cuarto.

—Buenas noches, no le oí llegar —dijo María con un leve temor en la voz que alarmó a Javier.

Los niños se volvieron, parecían cansados e inquietos.

—Papá... —dijeron al unísono a la vez que estiraban los brazos en busca del afecto de su padre.

—¿Han cenado ya, María? Hola, mi tesoro, ¿qué tal ha ido el día? Hola, mi rey.

Los niños se acurrucaron entre los brazos de su padre entre gemidos lastimeros.

—Ya cenaron e hicieron los deberes. Les dejé ver un poco la televisión antes de ir a dormir.

—¿Ha llamado Laura?

María señaló con la mirada las escaleras que conducían al piso de arriba, todavía algo inquieta.

—¿Está en casa?

—En el despacho de la buhardilla. Regresó hará una hora y no ha salido desde entonces.

Las palabras de María sonaron como una súplica. Javier estaba acostumbrado a María, que era una joven algo asustadiza e impresionable, aunque no pudo evitar sentir ese mismo desasosiego.

—Mami está siempre llorando —gimió Raquel, que dejó escapar unas lágrimas brillantes—. No quiero que llore más, no quiero...

Aquella reacción de la niña torpedeó el ánimo de Javier: casi le hace desfallecer.

—Yo tampoco, cariño. Voy a ver a mamá —dijo Javier forzando una sonrisa a los niños, que no querían que su padre se marchara—. Bajo enseguida.

Una vez en el piso de arriba, Javier resopló angustiado. Tenía un miedo atroz a enfrentarse a Laura. Tocó ligeramente con los nudillos en la puerta y entró. El despacho era una habitación cuadrada y acogedora con el techo inclinado en una parte debido al tejado, que apenas se usaba para tal fin, pero que habían dejado así después de tener a los niños. Laura estaba sentada en el sillón. Tenía los codos apoyados sobre la mesa y las manos tapándose los ojos, evitando así el cabello que le caía como una cascada lisa y rubia. Constató que llevaba puesto todavía aquel abrigo de ante rojo que tan bien le sentaba: ese pequeño detalle le provocó un inminente ataque de pánico.

—Laura —musitó en un hilo de voz—. ¿Te encuentras bien?

Laura no se movió. Sus hombros temblaron ligeramente y comenzó a gemir quedamente. Javier cerró la puerta. No entendía nada, pero intuía que aquello representaba de algún modo el principio del fin.

—Laura, ¿qué ocurre?

Negó entre gemidos apagados. Javier podía sentir las pulsaciones aceleradas de su corazón. Laura levantó la cabeza despacio, su cabello lacio y rubio quedó atrapado entre sus manos. Tenía los ojos entornados y enrojecidos de llorar hasta la extenuación.

—Estamos acabados, no me lo puedo creer...

—De qué hablas...

Laura rodeaba con su mano un papel hasta el punto de estrujarlo. Javier se quedó mirando el documento.

—Este es el informe resumido que me ha entregado la Guardia Civil esta mañana. Durante más de un año han estado investigando los movimientos de mi padre, y han llegado a la conclusión de que ha estado realizando una estafa continuada por valor de casi seis millones de euros.

—¿Qué?

—Supuestamente, durante más de un año acumuló todo ese capital para una nueva inversión que proyectaba realizar; se trataba de la incorporación en el mercado de una nueva marca de telefonía móvil de última generación. Durante el último año estuvo captando inversionistas para financiar el proyecto, inversionistas que son en su gran mayoría entidades bancarias. Sin embargo el proyecto, que llevaba en el más absoluto de los secretos, era en realidad una operación ilícita con el único fin de hacerse con el dinero y, probablemente, desaparecer.

Javier esbozó una mueca incrédula.

—Pero tu padre odiaba la tecnología...

—¿Te lo puedes creer...? —asintió Laura, y se tapó los ojos con la mano.

Javier se tambaleó al sentir un ligero mareo.

—He tratado de hablar con Federico Pastor, el abogado de mi padre, para que me contara qué coño estaba pasando, y después de intentarlo todo el día, el desgraciado

me dice que no sabe nada y que está tan sorprendido como nosotros. El teniente de la policía judicial que lleva la investigación afirma que mi padre no pudo hacerlo solo y que Pastor u otro abogado estaba al tanto, porque alguien tuvo que realizar el papeleo. De momento lo están investigando, ya que al parecer la sociedad estaba radicada en Panamá.

—Pastor tiene que saber dónde está el dinero, que lo investiguen a él —murmuró Javier sintiendo un sudor frío que le nublaba la razón.

Laura permanecía ensimismada, estrujando el documento de la Guardia Civil, balanceándose adelante y atrás como si estuviera en una mecedora.

—Y los acreedores exigen la restitución inmediata de su dinero: me han amenazado con presentar una demanda para recuperar el dinero antes de una semana.

—¿Y qué vamos a hacer? Podríamos vender la fábrica.

Laura lo miró con estupor, negando con la cabeza.

—Javier, no tienes ni idea de lo que dices, la fábrica está hipotecada por un crédito que casi no nos deja ni respirar. Precisamente anteayer me pedía el asesor una solución porque las deudas se acumulan y nos encontramos en una situación insostenible, ¿lo entiendes? ¡Estamos con el agua al cuello!

Laura se levantó y, desmadejada, se agitó despacio: parecía que no sabía qué hacer o adónde ir. Javier la observó.

—Todo saldrá bien, ya verás como todo sale bien. Hablaremos con un abogado y lo solucionaremos. Nosotros no hemos hecho nada, somos inocentes. Además, tu padre está muerto; él fue el culpable, no nosotros. No hemos hecho nada...

Laura volvió a dedicarle una mirada de incredulidad y el labio inferior comenzó a temblarle.

—Estamos acabados...

Miró en derredor con los ojos empañados. Apretó el documento que llevaba en la mano, lo dejó caer sin fuerza y salió de la habitación.

Lunes, 31 de octubre

Diez días habían pasado desde la última vez que Beatriz tomase alguna bebida que contuviera alcohol. No se sentía especialmente orgullosa o animada por ello; más bien se sentía extraña. No había tenido la necesidad de mezclar los antidepresivos con el alcohol para buscar esa sensación relajante e ilusoria que la alejara de la realidad. El afecto que le procuraba Alberto parecía el mejor sustituto a cualquier sensación alucinógena. Sin embargo, esa sensación era un arma de doble filo que mostraba en su otra cara la culpa y el remordimiento, y lo que más temía y esperaba en el fondo: que todo formase parte de una conjura ilusoria, que al desvanecerse la empujase de nuevo al pozo de la locura.

Había pasado casi dos días sin verlo, hasta la noche del domingo que, sedienta de cariño, fue a su casa ya bien entrada la madrugada. Si no hubiera abierto la puerta, Beatriz se habría perdido irremediabilmente en la noche. Pero allí estaba él, con su camiseta azul desgastada y los pantalones de chándal gris, con el cabello despeinado y su sonrisa comprensiva, y aquellos largos brazos que la acogieron sin preguntar. No estaba enfadado, ni exigió explicaciones de ningún tipo. Beatriz se las habría dado, pero no era el momento: solo quería sentirse amada por él. Quería cerrar los ojos y dejar que Alberto la besara despacio, le acariciara y le susurrara palabras apaciguadoras al oído. Quería engañarse una vez más y quedarse dormida en el refugio de sus brazos.

A la mañana siguiente, cuando despertó, Alberto se estaba preparando para marcharse al trabajo.

—Te puedo preparar el desayuno —murmuró Beatriz desde la cama, todavía adormilada—. Déjame que lo haga.

Alberto sonrió mientras terminaba de abotonarse una camisa azul oscuro, que le quedaba muy bien y le daba un aspecto entre melancólico y formal que le encantaba.

—Ya he desayunado, pero gracias.

—Jo, me apetecía.

Se sentó en el borde de la cama y la miró con aquellos ojos verdes, de esa forma de la que no podía evitar sentirse culpable, aunque no fuera su intención.

—¿Quedamos para comer? —preguntó él.

—No voy a poder hoy —dijo demasiado deprisa.

La decepción se asomó tras su mirada.

—No pasa nada. Otro día será.

Alberto se incorporó. Beatriz lo observó con un nudo en la garganta y carraspeó.

—Pero si puedo te llamo, ¿vale? —propuso ella.

—No es necesario que lo hagas si no te apetece. Somos adultos y no tenemos por qué andar dándonos explicaciones continuamente. Y tampoco deseo que te sientas culpable. No pasa nada.

Ella quiso replicar, pero sabía que sus palabras sonarían a excusa.

Alberto clavó su brillante e intensa mirada sobre ella de nuevo y sonrió. Deseaba perderse en aquellos ojos más que nada en el mundo, pero al mismo tiempo quería escapar muy lejos de su hechizo.

—Te quiero —susurró él.

Sin esperar respuesta, Alberto salió del dormitorio y segundos después del piso. Beatriz se quedó mirando el vacío que había dejado y cerró los ojos. Una punzada de remordimiento se instaló en su corazón y negó para sí misma con amargura. Quería corresponder a su amor, pero su corazón endurecido por viejas heridas se negaba a concederle un mínimo de tregua. No quiso seguir mortificándose y salió de la cama a toda prisa. Tenía que salir de aquella casa y volver a la calle sin pérdida de tiempo.

Se subió a su coche y se quedó durante unos minutos sin hacer nada. Luego encendió el móvil. Un par de mensajes la alertaban de dos llamadas perdidas del día anterior. Los números correspondían a teléfonos de la comandancia de la Guardia Civil de Albacete. Intuía el motivo de aquellas llamadas y que Carmona estaba, cómo no, detrás de ellas. De momento aquello tendría que esperar.

Veinte minutos más tarde llegó a la calle Santa Lucía, en el extremo oriental del barrio de La Estrella, más conocido como «El Cerrico», y detuvo su vehículo al lado de una vivienda de dos alturas, situada en medio de dos solares vacíos. La fachada era de color naranja y rojo y los laterales de color amarillo. Tenía un balcón con una ostentosa balaustrada blanca de escayola con dos águilas, también de escayola, a cada lado. Unos niños gitanos jugaban en la calle. Dos hombres también gitanos realizaban alguna actividad en el solar colindante. Examinaron a Beatriz desde que aparcó. Uno de los hombres señalaba el vehículo y le decía algo al otro que se limitaba a asentir. Bajó de su coche y miró de derecha a izquierda. Hacía frío y el cielo se presentaba gris y cubierto. Uno de los hombres del solar se acercó a ella; el otro no se movió de donde estaba, pero observó la escena a la expectativa.

—¿Qué buscas, paya? —dijo el gitano. Era un hombre de unos treinta y pocos años, con el cabello largo al estilo calé, barba cuidada y tez muy morena. Vestía una sudadera de color rojo que le marcaba su incipiente estómago. Un crucifijo enorme de oro le colgaba por fuera.

—Busco a Reyes, ¿está en casa? —contestó Beatriz señalando la vivienda multicolor.

El gitano la miró de arriba abajo y sonrió.

—¿Le vas a hacer una mamada?

—¿Qué tal si se la chupa tu puta madre?

El gitano abrió mucho los ojos e hizo amago de coger algo del bolsillo trasero de sus pantalones. En ese momento la puerta de la vivienda se abrió y apareció un hombre joven también gitano. Alto, con una larguísima melena negra que le caía en cascada por los hombros. Vestía un chándal blanco con capucha y pantalones azules, y sujetaba una manzana y un cuchillo en una mano.

—¿Qué pasa, Pepe Luis? ¿Crees que esa es forma de tratar a la señorita? —masculló al tiempo que trataba de masticar un trozo de manzana.

Pepe Luis, todo indignado, bufaba con los ojos desorbitados. Beatriz no se había movido ni un milímetro de su sitio. Observó al gitano joven de la puerta, que en ese momento se llevó un trozo de manzana a la boca. Examinó a Beatriz con una sonrisa torcida y con un gesto la invitó a entrar en su casa.

El suntuoso salón estaba presidido por un enorme televisor LED que estaba encendido, emitiendo anuncios sin parar. Los muebles eran ostentosos, de color oscuro, grandes y recargados. Las cortinas eran de terciopelo granate y proliferaban las estatuas de cristal de animales y otras formas indeterminadas. En un sofá de piel rojo bermellón con detalles de cristal Swarovski estaba tumbada una niña de unos trece o catorce años cuyo cabello, negro como el fondo de un pozo, le llegaba hasta la cintura, y escribía a velocidad de vértigo en su móvil. El gitano se acercó a la niña y le propinó un cachete. Gritando, la instó a que se marchara inmediatamente del salón e hiciera algo útil. La niña se marchó arrastrando los pies sin apartar sus ojos del móvil y sin dejar de teclear. El gitano invitó a Beatriz a sentarse.

—Bueno, esto sí que es una sorpresa.

Beatriz estuvo de acuerdo. Miró a su alrededor.

—Parece que no te van del todo mal los negocios, Reyes.

Él se había sentado en un sillón de similares características al sofá frente a Beatriz, repantigado, en una postura indolente y con una pierna encima del reposabrazos que agitaba hacia delante y atrás despacio.

—Esa pregunta va con segundas —dijo Reyes sonriendo.

—No he venido en ese plan.

—Ya sé que estás de baja y que habías regresado a Albacete.

Beatriz agitó la cabeza con aquiescencia.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez?

—Mucho. Aún eras una picoleta con gorrita y uniforme, pero que apuntaba maneras. —Miró a Beatriz de arriba abajo—. Has cambiado mucho y, por lo que se ve, para bien.

Beatriz sonrió.

—A ti tampoco se te ve mal.

Reyes era un hombre muy guapo, moreno, con los ojos grandes y expresivos, el rostro con las líneas proporcionadas y un físico delgado y algo atlético que le recordaba al de Alberto. Sonreía con cierta insolencia, lo cual remarcaba su atractivo.

—No sabes cuánto.

Vociferó un nombre de mujer y la niña del móvil, que al parecer se llamaba Cayetana, entró en el salón. Reyes le preguntó a Beatriz si quería tomar algo y aceptó

un café solo. Reyes pidió un Red Bull.

—Anda que vaya la que han liado tus compañeros con el Sanromán.

—Tiene todas las papeletas.

El gitano hizo un gesto de desacuerdo.

—¿No crees que sea culpable?

Se encogió de hombros.

—No te voy a mentir, es un cabronazo hijo de puta y un psicópata al que tarde o temprano se le irá la mano con alguien. Aunque si me preguntas si ha sido él... —Negó lentamente con la cabeza y el ceño fruncido—. No lo veo. Pero, claro, las pruebas son las pruebas, como decís vosotros.

—Precisamente a eso he venido.

—Normal, ya me imaginaba que no te dejarías caer por aquí para ver la colección de figuras de mi mama, que en gloria esté.

Con el café y un vaso de tubo largo con Red Bull apareció Cayetana, arrastrando los pies y con su enorme móvil sobresaliendo del bolsillo trasero de sus ceñidos vaqueros. Dejó las bebidas encima de una aparatosa mesa baja con tapa de cristal y pesada estructura de hierro forjado en forma de delfín.

—Sé que conoces a mucha gente.

—Uno no llega a donde estoy sin contactos.

—Quisiera que me hablaras de Anabel. Sé que la conocías de su época en Albacete, antes de que se marchara.

Reyes se rio y se cruzó de brazos, cogió el mando a distancia y bajó apenas un número el volumen del televisor que seguía bombardeando publicidad.

—Pides tú mucho.

—No acudiría a ti si no fuera necesario. Ya sabes que Anabel y yo éramos amigas.

El gitano cogió el vaso y bebió un largo trago, su nuez de Adán se movió de arriba abajo.

—¿Y por qué debería ayudarte? ¿Qué gano yo a cambio? Dime.

—¿Qué quieres?

Observó atentamente a Beatriz sin perder esa expresión osada. La pierna que colgaba del reposabrazos se había detenido. Comenzó a sobarse un enorme anillo de oro que llevaba en el dedo anular, al tiempo que se le ensombrecía el rostro.

—Hace dos meses que cogieron a mi hermana Milagros con unos gramos de cocaína. Como apenas tiene dieciocho años y no tenía ninguna condena, pensamos que el juez se portaría bien con ella, pero no tuvimos suerte y le han caído cuatro años.

—¿Está en La Torrecica?

Asintió con la cabeza. Tenía el rostro demudado y le habían aparecido sombras bajo los ojos en el momento en que se puso a hablar de su hermana.

—Es una niña y tiene mucho miedo. El abogado está preparando un recurso, pero ya nos dijo que el juez que le tocó no se casa con nadie y lo va a desestimar.

—Podría salir por buena conducta en tres años.

—¿No puede estar tres años encerrada! —gritó Reyes irguiéndose de repente—. Se

morirá ahí dentro de pena.

—Reyes, ya sabes que es imposible que salga antes.

El gitano la miró con resentimiento.

—¡Pues entonces ya te puedes ir por donde has venido! —gritó moviendo el brazo violentamente, señalando la puerta.

—No puede salir, pero la podría ayudar.

Su mirada estaba crispada por la desesperación. Los músculos del cuello, de las manos y los brazos se contraían sin parar.

—Dentro.

—Dentro.

Reyes miró al suelo, volvió a mecer la pierna que tenía sobre el reposabrazos.

—El educador de La Torrecica es amigo mío. Se llama Román y es un buen tío. Puedo hablar con él para que le eche una mano dentro: insertarla en alguna actividad o en algún programa escolar o académico.

—¿Académico? Mi hermana no necesita ir a la escuela. Tiene que salir de allí, ¿lo entiendes?

Beatriz hizo un gesto apaciguador.

—Las cosas no se hacen así y lo sabes, Reyes, pero se pueden mejorar. Es mejor que nada. Puede ocupar su tiempo, pensar lo menos posible y alejarse de malas compañías.

Reyes no dijo nada.

—Déjame que hable con mi amigo. Te prometo que todo lo que hagamos beneficiará a tu hermana. Tienes que confiar en mí.

—¿Qué quieres saber? —rumió tras varios segundos en silencio.

—Dónde estuvo Anabel y con quién cuando se marchó de Albacete. Me han dicho que estuvo viviendo en Valencia y que supuestamente allí nació Adrián. En la partida de nacimiento el niño solo lleva los apellidos de Anabel y creo que es imprescindible conocer la identidad del padre. No sería definitivo, pero podría dar una pista importante al caso.

Mientras Beatriz exponía las preguntas, Reyes bebió de su Red Bull hasta que lo apuró. Luego apoyó los dos pies sobre el suelo y los brazos sobre los muslos, ligeramente encorvado. Debido a su carácter inquieto, no dejaba de mover los pies, golpeando con la punta el suelo de gres blanco extrabrillante.

—Yo la conocí cuando trabajaba en un club de la carretera de Alicante. No tengo que decirte que era una chica muy guapa y se la rifaban todos los tíos. Y también sabes lo que es esa vida: dinero fácil, noches sin fin, hombres divertidos, alcohol, coca... En nada estaba enganchada no solo a la droga, sino a esa vida en la que no hay responsabilidades y todo parece muy fácil de conseguir. —Hizo una pausa y suspiró—. No sé el tiempo que pasaría, tal vez un año o año y medio, cuando la volví a ver. Seguía siendo guapa, pero comenzaba a notarse en su rostro el desgaste de esa vida. Su mirada ya no era tan divertida y desinhibida. Me recordaba mucho a su madre y no costaba imaginar en lo que se convertiría con el tiempo. En vez de trabajar en aquel club tan lujoso, lo hacía en uno de los que hay en la carretera de Jaén, donde la

clientela no es tan selecta... Y también trapicheaba para Sanromán con coca, con el que estuvo viviendo una temporada.

—Sí, eso fue lo que me contó él —precisó Beatriz.

—Pues ya sabrás entonces que después de eso, Anabel discutió con Sanromán y se marchó de Albacete.

—A Valencia.

—Sí. Un primo mío me llamó un día para preguntarme sobre ella. Había acudido a su local de alterne para trabajar allí, le dijo que me conocía. Según mi primo, estaba colgada y no quería yonquis en su establecimiento. Le pedí que le diera una oportunidad y lo hizo.

—¿Llegaste a verla por aquel entonces?

—Un día que estaba por Valencia me pasé por el local de mi primo, pero ya no trabajaba allí. Me dijo que había tenido un mal rollo con un cliente que quería estar con ella y Anabel se negaba.

—Estamos hablando de hace cuánto, ¿siete, ocho años?

Reyes lo pensó durante un instante, cogiéndose su larga cabellera con las dos manos.

—Sí, más o menos.

—Anabel ya estaría embarazada o a punto de estarlo —pensó Beatriz en voz alta—. ¿Y después de eso?

El gitano terminó de atusarse el cabello que le caía con generosidad por los hombros. Se arrellanó en el sillón y puso una pierna encima de la otra.

—La vi una vez en Valencia. La verdad es que fue una coincidencia. Estaba en Ruzafa por negocios y al pasar por un bar, la vi sentada en la terraza, tomando un café con una chica. Al principio pensé que me había equivocado y que no era ella. A esas alturas, la imaginaba colgada por la metanfetamina, si no muerta por sobredosis, en el trullo o algo peor. Pero allí estaba, resplandeciente. No pude evitar detenerme. Me quedé allí como un idiota mirándola. Y en un momento dado, ella me miró y se quedó durante varios segundos examinándome fijamente, pero sin rencor ni nada de eso. Como si me estuviera diciendo que la Anabel de antes había muerto.

Beatriz soltó la respiración contenida.

—¿Cuándo fue eso?

—Un año, no más.

—¿No viste al niño con ella?

Reyes sonrió de oreja a oreja y se cruzó de brazos.

—Sí, vi al niño. Sentado con Anabel y la otra chica, que casualmente era una amiga que había conocido en el club de mi primo, y que según me contó él, compartían piso y eran uña y carne.

—¿Recuerdas cómo era esa chica o su nombre?

Reyes se irguió en su cómodo sillón y apoyó los brazos a los lados, con una sonrisa de plena satisfacción.

—Me acuerdo, pero la historia de momento acaba ahí.

Beatriz era consciente de la importancia de aquella información. No tenía ni idea

de si Carmona habría llegado hasta Reyes, aunque imaginaba que no. Por tanto, y aunque le doliera tener que hacerlo, tendría que hablar y compartir con él ese valioso testimonio.

—Es justo. Te he dado mi palabra de que ayudaré a tu hermana.

—Espero que así sea, porque no me conformaré con menos. Como decís los payos: *quid pro quo*. Si veo que mi hermana está bien y que es cierto lo que me has prometido, te contaré la segunda parte de la historia y te aseguro que muy pocas personas, incluidos tus compañeros, la conocen.

Al salir, la mañana se había oscurecido y se había levantado algo de viento. Sintió un escalofrío y no pudo evitar abrazarse a sí misma. Tenía que descubrir como fuera la identidad de esa amiga, al parecer importante en la vida de Anabel durante aquellos años. Algo le decía que esa amiga era una fuente privilegiada de información. Se dirigió a su coche y con la llave desbloqueó las puertas. A su espalda escuchó un leve siseo entre el creciente ruido del viento. Se giró y vio a Pepe Luis apoyado en la pared colindante. Fumaba y la miraba con una sonrisa que remarcaba el odio en su rostro.

—Paya, yo que tú miraría a partir de ahora cuando salgas a la calle, nunca se sabe lo que puede pasar.

Beatriz le mantuvo la mirada durante varios segundos. Desgraciadamente estaba acostumbrada a las amenazas, que en su trabajo se producían todos los días. Sin hacer ningún gesto y sin mostrar la menor emoción entró en su coche y se alejó, echando un último vistazo a Pepe Luis y su mirada, que todavía podía sentir.

Miércoles, 2 de noviembre

El sol brillaba con fuerza e incluso hacía calor. Las nieves que cayeron hace unos días habían desaparecido prácticamente en Riópar. Ese repentino día primaveral empujó de nuevo a cientos de personas al nacimiento del río Mundo. Desde el asesinato de Anabel, la afluencia de curiosos y visitantes había subido considerablemente. El nacimiento siempre había atraído a multitud de visitantes, pero el crimen cometido y la desaparición de Adrián habían multiplicado por diez el interés de aquel envidiable paraje. Esos mismos visitantes se dedicaban además a deambular por el pueblo, preguntando a los parroquianos acerca de Anabel y Adrián, y en algunos casos tratando de acceder a la cabaña donde vivieron. Los bares y restaurantes de Riópar siempre estaban llenos e incluso se proyectaba abrir por lo menos un par de establecimientos más.

Cebreros acudió después de comer al lugar del crimen, como hacía cada día. Guardaba en el armario su uniforme de la Guardia Civil y, de paisano, se mezclaba con la gente. Escuchaba sus conversaciones sin querer. Algunas eran tristes y denotaban la aflicción que había causado ese crimen y la inquietud por que las fuerzas del orden no hubieran sido todavía capaces de localizar al niño desaparecido. La mayoría opinaba que jamás lo encontrarían. Otras pocas afirmaban que, de hacerlo, hallarían el cuerpo de aquel desdichado enterrado en algún lugar del bosque o soterrado en el fondo de alguna cueva del nacimiento, que los cuerpos especialistas en espeleología de la Guardia Civil habían rastreado milimétricamente. Cebreros no quería admitir que él también pensaba de forma parecida, aunque su condición de suboficial le impidiera mostrarlo abiertamente. Miraba a todas esas personas pensando que el asesino siempre regresa a la escena del crimen, en ese caso a un lugar que se había convertido en santuario de peregrinación, además de atracción turística natural.

Observaba sobre todo a hombres de mediana edad. Como por ejemplo aquel hombre de unos cuarenta años, que no había apartado los ojos del pequeño santuario que improvisaron algunos devotos en el lugar donde encontraron el cuerpo de Anabel y que el propio Cebreros clausuró aludiendo motivos de seguridad, pero también de respeto. Había algo que no le gustaba de ese tipo. Su forma de mirar y comportarse. Se fijó con mayor atención en él: era alto, con el cabello corto, ojos negros y rostro anodino. Vestía un chaquetón deportivo oscuro y pantalones de chándal, también oscuros. Calzado deportivo de montaña: el típico individuo que pasaría desapercibido

en cualquier lugar.

Hizo un gesto extraño, como si fuera a echarse a llorar. Una alarma se encendió en su interior y pensó a toda prisa. Buscó en el bolsillo de su chaquetón el teléfono móvil. Con las manos temblorosas por la premura accedió a la cámara de fotos. Se aproximó al individuo como si estuviera admirando la cascada que fluía generosa haciendo un ruido ensordecedor. Algunos niños se habían acercado demasiado y el agua les salpicaba. Ellos estaban encantados, sus madres no tanto. El individuo permanecía inmóvil, temblando, diría Cebreros. Parecía que tenía intención de marcharse de un momento a otro. Tenía solo una oportunidad. Se colocó todo lo cerca que pudo de él sin llamar su atención y con la cámara enfocando la cascada en un ángulo en el que individuo también aparecía.

El sistema automático dirigió el enfoque a la cascada, dejando al individuo fuera de foco. Cebreros masculló una palabrota y a toda prisa accedió al menú de la cámara, que apenas recordaba dónde se encontraba. Finalmente pudo cambiar a toda prisa y con el corazón latiendo de la emoción el modo de automático a manual. Volvió a la cámara. El individuo se giró repentinamente para marcharse, se alejaba. Cebreros retrocedió dos pasos con el móvil temblándole entre las manos e hizo dos instantáneas justo antes de que el individuo saliera del encuadre.

Cebreros bajó el móvil y resopló. Notó que estaba sudando. Miró de reojo al tipo que, encorvado, se alejaba con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Miró las fotos y sonrió al descubrir que su rostro había salido completamente nítido en las dos imágenes.

La mayoría del personal funcional de La Torrecica comenzó a abandonar el centro penitenciario cuando el reloj marcaba las tres de la tarde. Como en su anterior visita, Beatriz eligió esa hora de desbandada general para evitar posibles problemas; aunque intuyó que en esa ocasión las cosas serían diferentes.

No se encontró con ninguna dificultad hasta que solicitó al funcionario de recepción una entrevista con Sanromán. Si la primera vez el funcionario no dudó, debido a las credenciales de la teniente, en esa ocasión le dijo que debía hacer antes una llamada. Después de hablar en voz baja durante menos de un minuto, le pidió amablemente que esperara. Al cabo de dos minutos, el que Beatriz dedujo que era el director del centro cruzó un grupo de puertas de cristal custodiadas y salió a su encuentro.

—Buenas tardes, teniente —dijo con una sonrisa nerviosa, extendiendo la mano derecha—. Soy Tomás Alarcón, director del centro penitenciario.

—Buenas tardes —respondió Beatriz agitando la mano blanda y sin ganas del director. Un hombre de mediana estatura con aspecto de burócrata de los pies a la cabeza. Fondón, vestido con traje oscuro y corbata, cabello canoso y gafas de montura al aire.

—¿Le importa que pasemos a este despacho?

El director le indicó a Beatriz que entrara en una habitación, a camino entre una

sala de espera y una habitación multiuso. Encendió la luz y unos fluorescentes a los que les quedaba poca vida útil repiquetearon varias veces. El director se sentó en una silla e invitó a Beatriz a hacer lo propio en otra.

—Esto es un poco violento para mí —musitó el director con otra sonrisa que mostraba una fila de dientes pequeños y apretados.

—Entiendo.

—Siento decirle que no tiene permiso para ver al interno Pedro Landete. El capitán Carmona, de la UCO de Madrid, que es quien actualmente está a cargo de la investigación, me llamó el otro día... bastante molesto, por cierto, porque se enteró de que usted se entrevistó con el interno sin el debido permiso.

Beatriz miró fijamente al director sin abrir la boca, con los brazos cruzados. El director carraspeó incómodo y miró para otro lado.

—No tenía constancia de que usted se encontraba de baja en el servicio activo y que, por tanto, estaba al margen del caso.

—Siento de veras lo ocurrido, señor Alarcón —puntualizó Beatriz haciendo una mueca relajada—. Ha sido una torpeza por mi parte... Quería ayudar, ya que la mujer que fue asesinada era amiga mía.

—No tenía ni idea.

—Y sumado a esa desgracia, la añadida por la desaparición de su hijo Adrián.

—Es una auténtica tragedia —murmuró el director consternado.

Beatriz se irguió en la silla, que balanceó ligeramente su cuerpo. El director no pudo evitar una mirada a sus pechos, para acto seguido mirar a la pared y de nuevo a los ojos de Beatriz.

—Comprendo su postura, señor Alarcón...

—Tomás para usted. —Sonrió y se ruborizó. Beatriz pensó que le venía grande el papel de seductor.

—Sí... —Le devolvió la sonrisa. El rubor de Alarcón adquirió un tono carmesí—. Y entiendo que se encuentre en una situación delicada, pero le pediría que me dejase hablar con él solo cinco minutos. —El director abrió los ojos contrariado y quiso intervenir, pero Beatriz continuó—. Sé lo que va a decirme, pero tengo datos fundados para pensar que podríamos hallar una pista muy importante sobre el paradero de Adrián. Quedaría entre nosotros.

—Eso es del todo imposible, teniente —resolvió con un movimiento de la mano derecha. De nuevo sonrió con nerviosismo—. Además, si tiene información relevante sobre el caso debería ponerla en conocimiento del capitán Carmona.

—Precisamente por eso debo ser yo quien hable con él. Carmona lo intentó y Sanromán se cerró en banda...

—¿Quiere decir que la última vez que habló con el sospechoso le confesó algo que el capitán Carmona desconoce?

—No —respondió de inmediato—. Pero si me da la oportunidad, tal vez obtenga algo que podría ser determinante.

Alarcón se masajeó el puente de la nariz a la vez que suspiraba incómodo. Era el momento de no seguir insistiendo. Beatriz se levantó y el director la miró con

sorpresa.

—En fin —dijo, y le ofreció la mano que el director miró desconcertado—. No se preocupe y olvide esta conversación. Creo que estoy demasiado afectada y debo dejar que el capitán Carmona se ocupe de todo.

El director asintió conforme. También se levantó.

Cuando Beatriz se dirigía a la puerta, se giró.

—Se me olvidaba algo..., Tomás.

El director la miró con interés.

—Me gustaría poder entrevistarme con una interna que actualmente está cumpliendo condena en el centro, si es posible.

El director se quedó sin palabras por un instante. Frunció el ceño y se acarició la frente en un gesto de contrariedad.

—¿Una interna, dice?

—Sí. Se llama Milagros, pero no recuerdo en estos momentos sus apellidos. Es de etnia gitana, tiene dieciocho años y, según tengo entendido, está cumpliendo condena por tenencia y tráfico de estupefacientes. Creo que tres años.

—Milagros Plantón, sí. Cuatro años —musitó el director entre dientes.

—¿Podría verla? Es un asunto de índole personal.

—No veo por qué no —dijo, pensando si la teniente estaba intentando de algún modo darle la vuelta a la situación.

—Es hermana de...

—Sé de quién es hermana —dijo el director mirándola por encima de las gafas—. De acuerdo.

Apenas una veintena de mujeres cumplían prisión en La Torrecica, por algo más de trescientos hombres. En realidad el centro penitenciario de Albacete era una cárcel de reducidas dimensiones y de seguridad media, donde la mayoría de los internos cumplían condena por delitos menores y casi ninguno por sangre. De nuevo Beatriz esperó en la misma sala de comunicación que la vez anterior cuando visitó a Sanromán. Estaba vacía, ya que no era hora de visita.

Dos funcionarias entraron llevando a Milagros, que era bastante más alta que las dos mujeres. Beatriz calculó que su estatura rondaría el metro ochenta. Milagros era una joven de impresionante belleza y anatomía espectacular. Tenía una cabellera negra, densa y rizada. Los ojos oscuros y enormes y los labios carnosos como los de una mujer negra. Llevaba un camiseta de tirantes blanca y ajustada sobre unos pechos que serían la envidia de cualquier mujer. Unas mallas azules ceñidas hacían resaltar unas piernas largas y estilizadas. Cuando llegó hasta la cabina donde la esperaba Beatriz, se detuvo y meneó la cabeza sin comprender.

—¿Quién eres? No te conozco. ¿Qué quieres? —preguntó irritada. Su voz se oía como en sordina a través del cristal arañado de seguridad. Una de las funcionarias le advirtió que se relajara.

—Soy una amiga de tu hermano Reyes.

—¿Una amiga? —contestó con desdén y haciendo aspavientos con los brazos morenos y desnudos, a pesar de que no hacía ningún calor allí dentro.

—Por favor, siéntate. Te lo explicaré todo si me dejas.

Finalmente se sentó de mala gana. Beatriz constató que Milagros no era consciente de su realidad. De algún modo, esperaba que su hermano la sacara de allí para seguir viviendo a su manera, libre, sin horarios ni complicaciones.

Beatriz le indicó con un gesto a las funcionarias que podían dejarlas a solas. Cogió el teléfono. Milagros cogió el suyo con una mirada entre la súplica y la arrogancia.

—¿Por qué no ha venido mi hermano? Hace días que no viene.

—No quiere que sufras más de lo debido.

Milagros sonrió sin ganas.

—Tiene que sacarme de aquí. Están todas colgadas y las funcionarias me odian.

—Eso no va a poder ser.

Milagros miró con dureza a Beatriz, imaginando que ella representaba a la gente que la había metido allí. La gente a la que odiaba y que la odiaba.

—Mi hermano me sacará de aquí. Me lo ha prometido —insistió con terquedad—. ¿Y tú quién coño eres?

—Me llamo Beatriz Manubens y soy teniente de la UCO.

La joven gitana hizo un amago de levantarse, negando y con una sonrisa amarga, como si esa tardía presentación fuera el motivo que necesitaba para dar por concluida esa entrevista.

—Milagros, estoy aquí para ayudarte. Acabo de hablar con tu hermano y él está de acuerdo. Pero tienes que escucharme. Cinco minutos. Por favor.

La adolescente se llevó de nuevo el auricular a la oreja. Tenía los ojos humedecidos por la desesperación y la angustia. Se puso la mano en los ojos, tratando de ocultarlos. Su densa cabellera le caía por sus desnudos hombros morenos.

—No te voy a contar lo que ya sabes respecto a tu nueva situación. Solo quiero explicarte lo que vamos a hacer a partir de ahora. Quiero que me veas como alguien que va a ayudarte, que quiere ayudarte. Pero para eso tú también tienes que poner de tu parte, ¿me has entendido?

Se quitó la mano de los ojos y se limpió las lágrimas que habían brotado. Se sorbió los mocos. Asintió levemente.

—Seguro que ya conoces a Román García, es el educador del centro y es amigo mío. Aunque no lo creas, él y su equipo de tratamiento pueden hacer por ti mucho más de lo que imaginas.

—¿Quieres que vaya a la escuela? Ya sé leer.

—No se trata solo de leer. Se trata de la actitud que tengas aquí dentro.

Milagros la miró con ojos lánguidos.

—Te han caído cuatro años, ¿no?

Bajó la mirada. El pesimismo y la angustia de Milagros se translucían con cada movimiento que realizaba.

—Con buen comportamiento podrías salir en tres, pero para eso tienes que demostrar que tienes intención de cambiar. En cierto modo has tenido suerte, porque este centro es pequeño y no tiene los problemas de los grandes, que serían una pesadilla para alguien como tú, pero insisto: tienes que poner de tu parte.

Asintió sin convicción y entonces se puso a llorar. Se llevó las manos a los ojos. Sus hombros temblaron. Beatriz miró hacia la puerta por donde habían traído a Milagros y a la ventana unidireccional con cristales ahumados.

—Milagros, Milagros —murmuró Beatriz al auricular.

—¿Qué? —farfulló con la voz ahogada por el llanto.

—¿Tienes novio?

Milagros levantó la cara y miró a Beatriz con interés y cierta desconfianza.

—¿Por qué?

—¿Cuánto tiempo hace que no lo ves?

Se sorprendió por la pregunta.

—Mi hermano no lo sabe. Le dije que lo habíamos dejado. Me mataría si se enterara.

—Desde los dos meses que estás aquí, ¿no?

Milagros asintió por primera vez mostrando algo de ilusión. Beatriz miró de nuevo hacia la ventana de cristales ahumados, se tapó la boca con el auricular todo lo que pudo y bajó levemente el tono de voz.

—Puedo hacer que veas a...

—Lolo.

—A Lolo. Sin que se entere tu hermano, y digamos que de manera extraoficial. Por supuesto, esto quedaría entre tú y yo.

Todavía tenía restos de lágrimas en las mejillas y los ojos enrojecidos, pero su mirada era brillante.

—¿Podría ser un vis a vis?

Beatriz sonrió.

—En eso estaba pensando —dijo—, pero tienes que prometerme que harás caso a Román y seguirás las actividades que programe, ¿de acuerdo?

Milagros asintió más animada. Beatriz avisó a las funcionarias, que se llevaron a Milagros. Antes de que la puerta se cerrase, la joven la miró esperanzada.

Cuando Beatriz salió y cruzó la explanada en dirección a la puerta de salida del centro penitenciario, seguía todavía pensando en Milagros. Apenas había echado a andar en la vida y ya estaba entre rejas, todavía con esa mirada osada propia de los jóvenes que no son conscientes de que la vida no es un juego, y de que elegir mal las cartas te puede llevar al abismo sin remedio. Hablaría con su amigo Román. No confiaba excesivamente en las posibilidades de Milagros, pero tenía derecho a una nueva oportunidad. El tiempo diría si la aprovechaba.

Recordó que había dejado estacionado su coche a la vuelta del centro penitenciario. Nada más girar la esquina vio a un hombre alto y apuesto, con las manos en los bolsillos y una pose entre despreocupada y engreída, apoyado en la puerta del conductor. Se le detuvo el corazón cuando se quitó las gafas de sol y la miró.

—Cuánto tiempo, teniente Manubens —dijo Carmona. Sacó un paquete de Marlboro, cogió un cigarrillo y le ofreció uno a Beatriz, que no hizo el menor movimiento para cogerlo.

—Alarcón —murmuró Beatriz. No había tenido en cuenta que el director de La

Torrecica llamaría a Carmona para informarle de su visita. Grave error.

El capitán encendió el cigarrillo con parsimonia y sonrió tras expulsar el humo de la primera calada.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir jugando a la poli buena de película?

—No tengo por qué darte explicaciones de lo que hago en mi tiempo libre.

Sonrió de nuevo y le dio una profunda calada al cigarrillo.

—Estoy a esto —juntó casi tocando los dedos índice y pulgar— de abrirte un expediente disciplinario y ponerlo en conocimiento del teniente coronel. Dime por qué no he de hacerlo.

Beatriz hizo una mueca de disgusto.

—La chica asesinada era amiga mía, y aunque no...

—Me importa una mierda —la interrumpió—. Has hablado con el sospechoso de un crimen sin mi permiso y sin comunicarme después de qué has hablado con él, saltándote todo el procedimiento y manejando información privilegiada, que no sé quién te ha pasado, pero me enteraré.

Arrojó el cigarrillo lejos y se golpeó con el pulgar el pecho.

—Soy el oficial que está a cargo de esta investigación. Yo, teniente Manubens, y te recuerdo que estás de baja y que recibes tratamiento psicológico, que por lo que veo no está dando los resultados esperados. Se ve que aquí también tienes privilegios y todo el mundo hace la vista gorda, pero se olvidan de que tus días de gloria pasaron.

Beatriz respiró entrecortadamente por la rabia que sentía. Carmona abrió los ojos fingiendo sorpresa.

—¿Qué esperabas? ¿Que te diera una palmadita en la espalda como hacen todos?

—Esperaba algo de comprensión por tu parte, pero sé que eso es del todo imposible viniendo de alguien que solo piensa en sí mismo. No te importo una mierda, nunca te he importado.

Hizo un gesto de desprecio con la mano y sonrió.

—¿Ahora vas de víctima? Podrás engañarlos a todos pero no a mí. Te conozco muy bien.

Beatriz soltó un gemido de rabia y las lágrimas acudieron a sus ojos con furia, miró hacia otro lado y con un gesto rápido se limpió las lágrimas. Le temblaba todo el cuerpo.

—Apártate de mi coche —balbuceó con la voz quebrada.

Avanzó decidida hacia el vehículo. Carmona apenas se movió de donde estaba. Abrió la puerta todavía temblando de la cabeza a los pies.

—Mi capitán para ti, teniente. No olvides tu puto lugar, y recuerda que las cosas siempre pueden empeorar.

Beatriz cerró la puerta, sin entrar al coche. Al girarse vio la mirada provocativa de Carmona.

—Ábreme un expediente, si eso te hace más hombre, porque ya veo que es lo que te pone cachondo. ¿Podrías decírselo de paso también a tu polla inquieta? No creo, porque el capitán Carmona, todo apariencia, no es más que una farsa de persona y de hombre.

Abrió la puerta de nuevo y, con el corazón latiéndole a toda velocidad y las mejillas encendidas, se sentó y encendió el motor mirando al frente. Vio su figura estilizada y borrosa a su izquierda, que se acercó a la ventanilla.

—Por cierto. —Sonrió y meneó la cabeza—. Quería compartir contigo una noticia que seguro que te hace mucha ilusión: voy a ser padre. Sí, Marta está embarazada de seis meses. Un niño.

La rabia que sentía se diluyó casi al instante. Beatriz aferraba con fuerza el volante y miraba al infinito con el pensamiento saturado de imágenes del pasado que se negaba a recordar. Una racha de viento levantó algo de polvo del suelo y agitó las ramas de los árboles cercanos. Carmona se subió la cremallera de su chaquetón hasta el cuello con parsimonia y entrecerró los ojos.

—Estábamos pensando en nombres para el niño y a los dos nos gusta David, ¿qué te parece?

La noche cayó sobre la ciudad dejando un recuerdo lejano de otro día frío de otoño. Las calles se oscurecieron prematuramente y la gente apresuraba el paso. Los bares y las cafeterías estaban como de costumbre: llenos y animados. Desde que salió de la cárcel y tuvo aquella discusión con el capitán, la había estado siguiendo por toda la ciudad. Conducía sin rumbo, de aquí para allá, así durante más de dos horas. Luego detuvo su coche en las inmediaciones de la calle Arcángel San Gabriel y, con la cabeza gacha y la mirada perdida, rodeó el parque de Abelardo Sánchez por fuera. La siguió a una distancia prudencial hasta que llegó a la plaza de Gabriel Lodares. Allí se detuvo. No le hizo falta ver su rostro para sentir su angustia. Entró en el parque por la puerta principal. Los majestuosos plátanos de sombra agitaban con estruendo sus ramas produciendo un siseo ensordecedor. La teniente caminaba ahora deprisa con la vista puesta en el suelo. La observó desde fuera del parque sin atreverse a seguirla ya que no había nadie más en el paseo central. Mucho antes de llegar al templete se detuvo, como si de repente le fallaran las fuerzas. Observó con suma atención sus gestos, pero estaba demasiado lejos. Aprovechó ese instante para cruzar la entrada, avanzar en diagonal y ocultarse tras el tronco de un árbol. El sonido de las hojas enmascaró cualquier ruido que hubiera podido hacer. Ahora podía verla mejor. Estaba de espaldas, pero supo que estaba llorando. Se dejó caer en un banco. Se tapó la cara con las manos y sus hombros temblaron. Se dio cuenta de que apretaba con fuerza los puños y a punto estuvo de abrir la boca. Avanzó un paso en su dirección y entonces apareció él, de repente, entrando por la puerta principal y pasando a su lado. Ahogó un gemido y se apresuró a ocultarse de nuevo tras el tronco con el corazón desbocado. Él apretó el paso y llegó hasta donde estaba la teniente. Pudo escuchar el susurro desgarrador de su nombre a través de sus labios. Luego él la envolvió con sus brazos, le cogió la cara y la besó con mucha ternura. Le susurró palabras tranquilizadoras. Cuando parpadeó se dio cuenta de que estaba llorando y que sus lágrimas rodaban a borbotones. Él la ayudó a levantarse. La teniente se apoyó sobre su hombro y los dos caminaron juntos hasta que las sombras del parque los

engulleron.

Se limpió las lágrimas con las manos temblorosas, dejando atrás el parque. El viento helado le quemaba las mejillas. Cruzó a paso rápido la calle y subió por la calle Tesifonte Gallego sin dejar de pensar en la aflicción de la teniente Manubens. Cuando por fin llegó al pasaje y cruzó la arcada se detuvo, consciente de que no había marcha atrás y de que el tiempo era en ese momento el peor aliado que podía tener Manuela.

Jueves, 3 de noviembre

Emilia no recordaba demasiado bien cuándo fue la última vez que se ausentó de Albacete. En su mente, casi siempre embotada por el alcohol, recordaba momentos confusos de una juerga que se había corrido con un tipo al que no conocía de nada. El desconocido la invitó a cenar en un tugurio de mala muerte, para continuar una excursión de bar en bar a cuál más deprimente, por la senda del alcohol y las drogas blandas y, como esperaba, para terminar exigiendo sexo; un sexo sucio, maloliente y patético. Con un tipo —ahora lo recordaba mejor— repugnante y grosero, que tras insultarla y pegarle por no poder consumar el acto, la abandonó en una calle oscura y desolada del centro de Alicante. Sí, esa había sido su última excursión fuera de Albacete. Mientras las personas normales se iban de fin de semana a Benidorm, San Juan o a cualquier playa del Levante, ella se iba con siniestros desconocidos que solo querían aprovecharse de ella.

Aquel recuerdo se evaporó de su mente cuando el autobús procedente de Albacete la dejó en Almansa. Apenas tres o cuatro personas bajaron del autobús y un puñado similar esperaba a cogerlo. El día era desapacible, el viento agitaba las copas de unos pinos altos. El suelo estaba mojado debido a la reciente lluvia y cubierto de amarillentas hojas perennes. Encendió un cigarrillo con manos temblorosas y arrojó el paquete vacío al suelo. Se echó mano al bolsillo del pantalón del único chándal que poseía, para comprobar que toda su fortuna ascendía a cinco euros; suficiente para tomar una copa de coñac en cualquier bar abierto. Aunque la copa tendría que esperar; primero tenía que hacer aquello para lo que había ido.

Se puso en marcha atravesando calles que no le eran del todo desconocidas. No recordaba cuándo había estado en Almansa la última vez. La fecha exacta no, pero sí el motivo y el momento; eso permanecía fresco en su mente —una de las pocas cosas—, y seguro que lo haría hasta el fin de sus días. Una sensación amarga le oprimió el estómago y decidió combatirla chupando más fuerte de su cigarrillo, que, recordaba, era el último que tenía. Se cruzó con un hombre algo mayor que la miró no supo si con temor, curiosidad o lujuria. Lo detuvo y le preguntó por el camino más directo para llegar a su destino. El anciano hablaba con un fuerte acento manchego y le indicó cómo llegar. Emilia asentía sin escuchar, pensando en que tal vez le pudiera sacar algo a aquel viejo. Finalmente le pidió un cigarrillo, pero el anciano no fumaba.

Continuó su camino durante unos cuantos minutos más. Tenía el viento de cara. Maldecía a cada paso que daba y de nuevo pensó en su mala suerte al salir al paseo

de las Huertas, donde el viento aullaba y agitaba las ramas desnudas de los árboles. El símbolo más célebre de Almansa, su castillo, se erigía vigilante sobre Emilia, y la acompañó en su peregrinación hasta que giró hacia la avenida Carlos III. Al final estaba su destino: tras un largo y lóbrego paseo flanqueado por pinos altos se encontró con el cementerio.

Con el rostro helado por el frío y el viento traspasó sus puertas, exhausta por el esfuerzo de la caminata en la que había empleado casi veinte minutos. A esas horas de la mañana no había casi nadie. Despistada y sin saber adónde dirigirse, se movió al principio erráticamente. Pensó en buscar a alguien y preguntarle, sin embargo, aquel cementerio era pequeño y no creyó que le llevase demasiado tiempo encontrar la tumba que buscaba. El cielo se oscureció y un trueno bramó sobre su cabeza. Solo le faltaba que se pusiera a llover. Se apresuró y caminó con más brío por los pasillos cubiertos, fijándose en las lápidas más nuevas, de mármol negro y brillante, adornadas con flores frescas que contrastaban con los antiguos y abandonados nichos que ya nadie visitaba, cuyos búcaros estaban sin flores y sucios.

Un nuevo trueno bramó amenazante. Definitivamente iba a ponerse a llover. Emilia apresuró el paso con el corazón saliéndosele por la boca. Demasiado para un solo día, se dijo. Una vez que completó todo el perímetro mirando el nombre de las tumbas nuevas, se detuvo y se dejó caer en un banco de piedra con la lengua de fuera. Comenzó a llover.

—Sin paraguas se va a mojar —dijo alguien a sus espaldas. Emilia se giró sobresaltada y vio a un hombre de unos cuarenta y tantos años, de rostro rubicundo y con sobrepeso, que le sonreía apoyado en un rastrillo. Llevaba un mono de trabajo de color caqui, con el escudo municipal impreso en el bolsillo.

Tras el desconcierto inicial, Emilia sonrió también y pensó en el aspecto que debía ofrecer: desgredada, sudando y con aquel horrible abrigo que se había comprado en una tienda de chinos por siete euros.

—Me he confiado, sí —dijo tratando de suavizar su voz ronca y cazallera.

—Me he fijado en que estaba buscando una tumba. Si quiere, puedo ayudarla.

Emilia agitó la cabeza agradecida. No recordaba ya a ningún hombre que la tratara así.

—Por favor, si es tan amable...

El hombre asintió vigorosamente con la cabeza un par de veces y mostró una sonrisa bobalicona.

—Estoy buscando la tumba de Diego Puertas.

Asintió con la cabeza de nuevo.

—¡Ah! Claro, Puertas. Lo enterraron el otro día. Está aquí, sígame.

Emilia siguió al empleado, que caminaba a paso rápido, dejando los pasillos de los nichos para adentrarse en la zona de las tumbas situadas en el centro del cementerio. Claro, cómo no imaginarlo.

—¿Sabía que aquí está enterrado don Santiago Bernabéu?

Emilia estaba confusa. No tenía ni idea de lo que le hablaba.

—¿Quién?

—Don Santiago Bernabéu. ¿No sabe quién era? —dijo el operario como si fuera toda una ofensa—. Fue presidente del Real Madrid. El estadio donde juega lleva su nombre —proclamó lleno de orgullo.

Seguía sin saber de lo que le hablaba. Emilia odiaba el fútbol y a los hombres que, como aquel individuo, hacían de ese deporte el centro de sus vidas.

—Se lo digo porque la tumba de Puertas está pegada a la de don Santiago.

Las gotas de lluvia rebotaban en el reluciente, pesado y ostentoso mármol negro. El nombre de Diego Puertas sobresalía con grandes caracteres, en letras doradas en relieve. Varias coronas de flores que ya comenzaban a marchitarse reposaban a los pies de la tumba. El papel de celofán que las envolvían, así como las bandas con los mensajes habituales de condolencia, estaban arrugados por la lluvia. Emilia se dejó caer de rodillas y observó la tumba en silencio, mientras la lluvia mojaba su cabello y empapaba aquel abrigo barato, que le picaba y apestaba a cabra. Las lágrimas, profusas y rabiosas, acudieron a sus ojos. Apretó los dientes.

—Espero que te pudras en el infierno, hijo de puta.

—¿Ha dicho algo? —preguntó el empleado, que permanecía a pocos metros de Emilia.

—Nada.

Se limpió las lágrimas con una sonrisa triste. El empleado la observaba con la boca abierta y Emilia se fijó mejor en él: era un hombre de aspecto anodino, envejecido a pesar de su relativa juventud. Desgarbado y con una ridícula y enorme barriga. Rústico y sin el más mínimo atractivo físico, parecía sacado de una película española de los años sesenta. Suspiró y le sonrió, procurando no hacerlo demasiado para no mostrarle sus dientes sucios y deteriorados.

—Te la chupo por veinte euros.

El empleado emitió un gruñido de sorpresa como respuesta. Tras el desconcierto balbuceó:

—Llevo diez.

Emilia se incorporó con esfuerzo.

—Venga —dijo ya sin disimular su verdadera voz—. Tendrás alguna caseta a donde ir o algo así, ¿no?

Asintió con vigor y, nervioso y excitado, le indicó que lo siguiera.

Las gotas de lluvia repiqueteaban en el cristal de la ventana del dormitorio. Beatriz permanecía con los ojos cerrados y la mente embotada bajo el edredón. La sensación de desamparo que había sentido toda la noche no se había evaporado. Las lágrimas acudieron a sus ojos varias veces, despertándola en medio de la noche. Alberto había permanecido a su lado la mayor parte del tiempo, despierto y vigilante. Ella no había querido abrir los ojos ni levantarse, que era lo que hubiera deseado por no preocuparle. Rostros de muerte la persiguieron sin tregua tras los vericuetos de su mente atormentada, en pasajes oscuros, desolados y aterradores. Con personajes perversos que, ocultos, le susurraban palabras soeces. Ella pretendía escapar subiendo

por una escalera sin fin con un bebé entre sus brazos que no paraba de llorar, pero las voces susurrantes no cesaban y quería escapar de ellas arrojándose al vacío. Cuando despertaba ahogando un gemido, sentía la garganta seca y escuchaba tras las cortinas la lluvia caer, preguntándose qué había ocurrido con el bebé. Miraba a su alrededor aterrada con la idea de que lo había perdido y que jamás lo encontraría. Una voz en su interior le susurraba que nunca estaría capacitada para cuidar de su propio bebé, y cuando escuchaba aquello el corazón se le encogía de dolor y quería morir.

Abrió la boca para gritar y, sobresaltada, despertó con un gemido mudo. Alberto estaba a su lado, sujetándola por los hombros.

—Ya ha pasado todo —murmuró quedamente.

Pero Beatriz se agitaba presa de una intensa desesperación. Empujó a Alberto. Quería salir de la cama y correr, correr sin detenerse.

—Tranquila, tranquila. No pasa nada, no pasa nada...

Alberto la sujetaba con seguridad y firmeza. Poco a poco Beatriz cedió y rompió a llorar en el hombro de Alberto, que la consoló en silencio.

Miraba la calle ensimismada desde las ventanas del salón. El sonido de los neumáticos sobre el pavimento mojado llegaban en sordina, produciendo un singular efecto relajante, y con la mano acariciaba el radiador caliente. Alberto la abrazó por detrás. Ella le correspondió acariciando sus manos grandes y calientes.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres un té o un café?

Beatriz giró la cabeza y lo miró a los ojos.

—No tengo hambre y no quiero nada caliente. Tampoco quiero que llames a mi psiquiatra. Estoy bien. No hace falta que me lo preguntes cada cinco minutos. —Negó con la cabeza tras escuchar cómo habían sonado sus propias palabras—. Lo siento, no quería ser tan brusca contigo.

Alberto le puso el dedo índice en los labios.

—Entiendo por lo que estás pasando.

Miró detenidamente sus ojos escrutando más allá.

—¿Por qué haces todo esto?

—¿Necesitas una respuesta?

Beatriz bajó la mirada. Alberto acarició sus pómulos.

—Necesitas confiar en alguien y quiero ser esa persona para ti. Déjame intentarlo al menos.

Sí, debía hacerlo. La carga que arrastraba era demasiado pesada y ya no lo soportaba más. Debía hacerlo. Debía confiar en alguien.

—Me gustaría contarte algo.

Él asintió.

—No se lo he contado a nadie, ni a mi psiquiatra.

—Pues será mejor que nos sentemos.

Fueron al sofá. Alberto se sentó y Beatriz lo hizo pegada a él, como si de repente necesitara su contacto permanente. El salón estaba en penumbra a pesar de que no era

ni mediodía.

—Nunca te he hablado de Carmona, el capitán Carmona. Sabes que él es quien lleva la investigación del asesinato de Anabel y la desaparición de Adrián. Él y yo somos viejos conocidos: más que eso. No trabajábamos juntos pero pertenecíamos a la misma comandancia, la de Madrid. Nos conocimos en la academia de El Escorial cuando me preparaba para las pruebas de oficial. Me enamoré de él, aunque no tuvimos nada serio. Yo quería centrarme en conseguir el ascenso para entrar en la UCO. Ese era mi objetivo, y ni la perspectiva de un romance me iba a apartar de él. Finalmente aprobé los exámenes y comencé a prestar servicio en la comandancia de Madrid. Él también fue a parar allí, así que nos veíamos de manera regular. Los dos habíamos conseguido lo que nos habíamos propuesto y ya no existían cortapisas a una posible relación. Comenzamos a salir. Era un hombre encantador que decía que me quería. Poco después nos fuimos a vivir juntos. Enseguida hicimos planes de futuro; nos casaríamos y formaríamos una familia. Los dos estábamos de acuerdo en que queríamos tener hijos, así que no perdimos el tiempo. Yo era muy feliz; me gustaba mi trabajo y estaba con un hombre al que amaba, con el que quería casarme y tener hijos.

Beatriz se detuvo cuando la voz le tembló y los ojos se le humedecieron. Apretó la mano de Alberto y él le correspondió.

—Llevábamos viviendo juntos cerca de un año y había tenido mi primera falta, pero no le dije nada, quería asegurarme primero. Así que fui a visitar a un ginecólogo y me dio la noticia: estaba embarazada de dos meses. Yo estaba muy ilusionada. Hacía unos años que deseaba ser madre y no quería posponerlo más. Tal vez no quise darme cuenta, porque no deseaba que nada ni nadie estropeará aquel momento, pero no fui capaz de ver las señales, y era mucho decir, porque precisamente una de mis virtudes es esa: fijarme en los detalles insignificantes que otros pasarían por alto. Sin duda el amor enturbió esa capacidad. Aunque he de reconocer que tal vez nunca lo hubiera descubierto de no ser porque el azar así lo quiso.

»Una mañana, después de una visita rutinaria al ginecólogo, me sentía pletórica y no podía esperar a ver a Carmona cuando regresara a casa por la noche. Decidí ir a la comandancia porque ese día estaba de servicio. Pregunté a un compañero, pero me dijo que había cambiado ese día con otro oficial y que, por tanto, no había ido a trabajar. Esa mañana desayunamos juntos como siempre, pero no recordaba que me hubiera dicho nada al respecto, y más teniendo en cuenta que yo también tenía el día libre y podíamos haber dedicado la mañana a hacer cosas juntos. Me extrañó, pero pensé que habría alguna explicación. Aun así regresé a casa sin poder ocultar mi desazón, preguntándome dónde estaría y qué estaría haciendo. Al llegar, mi preocupación fue en aumento. Trataba de tranquilizarme pensando que habría una explicación, pero mi intuición me avisaba de que no era así, por más que intentara espantarlo de mi cabeza, e hice algo que nunca había hecho anteriormente: fisgoneé en sus cosas. Abrí sus cajones, miré en los bolsillos de su ropa esperando encontrar algo que no debería estar allí. No noté nada fuera de lugar: todo parecía muy normal, demasiado. Encendí el ordenador personal que teníamos en casa y traté de acceder a

su correo electrónico pensando en lo que representaba dar aquel paso, y en que podría tener consecuencias terribles para nuestra relación. Sabía su correo pero no la contraseña. Recordé entonces que él utilizaba dos o tres contraseñas cuando tenía que registrarse en páginas de viajes, compras por internet y cosas por el estilo. Siempre utilizaba las mismas porque decía que para cualquier gestión en internet tenía que registrarse y era un fastidio tener que apuntar o recordar todas ellas. Al segundo intento conseguí acceder a su cuenta y vi sus correos personales...

»Había muchos, tal vez cientos, en los que se había comunicado con una persona asiduamente: una sargento especialista que trabajaba en la misma comandancia apellidada Puche, a la que yo conocía, aunque apenas tenía trato con ella. Cuando leí aquellos correos creí que no podía ser verdad. Pensé que se trataba de otra persona y que el hombre que había escrito aquellos mensajes no era el mismo al que amaba, y que un día se convertiría en el padre de mi hijo. Los últimos correos que había intercambiado con ella eran demoledores: tenían un componente inequívocamente violento y amenazador, hasta el extremo de que no pude seguir leyéndolos... Para poder comprender todo aquello comencé a leer todos los correos desde el principio. Los correos se remontaban a más de un año y fui testigo en tercera persona del desarrollo del romance que Carmona había mantenido con la sargento Puche. Los primeros, como imaginaba, eran apasionados, propios del inicio de cualquier relación amorosa. Intercambiaban palabras y juramentos de amor que él jamás me hizo e incluso, y esto era lo que más me sorprendió, primeros planos de los genitales de ambos, que incomprensiblemente ninguno de los dos había borrado y que, como podía ser mi caso, podía utilizarlos para acabar con la carrera de ambos. El peso de nuestra relación, sin embargo, estaba continuamente presente y hacía tambalear la suya, porque también, y como era habitual en este tipo de historias, Carmona le prometía que muy pronto me iba a dejar, porque estaba claro que era a ella a quien amaba, pero que nunca encontraba el momento apropiado. Más promesas vacías por parte de Carmona y dudas, arrepentimiento e inseguridad por parte de la sargento Puche.

»Conforme me acercaba al final intuí cuál había sido el detonante que hizo añicos esa relación sin futuro: fue cuando Puche descubrió, no por boca de Carmona, por supuesto, que yo estaba embarazada. Al principio Carmona utilizó con ella un tono conciliador y hubo pocas o ninguna respuesta por parte de ella. Poco a poco él iba perdiendo la paciencia y alternaba los correos desesperados, en los que en tono melodramático amenazaba con “cometer alguna barbaridad”, con otros en los que profería insultos y descalificaciones personales. Carmona insistía para que volviera con él y sobre todo para que mantuvieran relaciones sexuales. Al ver que nada de lo que hacía tenía resultado pasó abiertamente a amenazarla con destruir su carrera. A esas alturas ella no contestaba a ninguno de sus correos; todo era un monólogo de odio, rencor y venganza.

»Esa noche, cuando regresó a casa, vi al hombre que él quería que viera. Al hombre ilusionado por ser padre y fundar una familia. Al hombre amante y enamorado, cariñoso y a veces un tanto incomprendido. Le seguí el juego,

tragándome el orgullo y engañándome a mí misma pensando —debo reconocer— que en el fondo lo nuestro podía salvarse de algún modo. Tuve que tranquilizarme para ver que el auténtico drama no era aquella relación rota, sino que había una víctima que era necesario proteger y salvar antes de que fuera demasiado tarde.

»Al día siguiente fui a hablar con la sargento Puche y le dije que había descubierto lo suyo con Carmona. Se echó a llorar y no lo negó. Le dije que no estaba allí para destruirla sino para ayudarla. Enseguida pude darme cuenta de que esa mujer estaba al borde del colapso. Puche, que estaba de baja por depresión, estaba decidida a dejar el cuerpo y a poner tierra de por medio, porque no podía soportarlo más. Completamente destrozada, me confesó que hacía una semana que Carmona se había presentado en su casa y la había violado cuando ella se negó a mantener relaciones sexuales con él.

»Creo que nunca tuve nada tan claro en mi vida. El dolor al descubrir que el hombre que amas te ha estado mintiendo y que todo ese amor es una farsa no me impidió ver que tenía un compromiso mucho mayor con aquella mujer que también había sido utilizada, engañada, humillada y forzada, y no dejaría que aquello quedara impune. Le pedí que confiara en mí y que me diera unos días.

»Esa misma tarde Carmona regresó a casa. Estaba especialmente juguetón, pero se sorprendió al ver las maletas con sus cosas en la entrada. Sin que pudiera replicar, le dije que había descubierto que me engañaba. Había leído los correos y había hablado con la sargento Puche, que estaba destrozada, al borde de la depresión o del suicidio, y el único responsable era él. No le dije lo que pensaba de él. Solo le pedí que se marchara en ese preciso momento y que se alejara de la sargento Puche. Si descubría que volvía a amenazarla, iría directamente a Asuntos Internos, presentaría todas esas pruebas y testificaría en su contra. Al principio no dijo nada. Incluso se permitió una sonrisa. Cogió sus cosas y se marchó, advirtiéndome que aquello no acabaría así.

Beatriz se detuvo en su relato como si de repente no pudiera continuar. Tras un largo silencio, Alberto, con la voz ronca, intervino.

—¿Qué ocurrió con la sargento Puche?

—Cambió de destino, pero no dejó el cuerpo; hubiera sido un golpe muy duro para ella tener que abandonarlo. Traté de convencerla de que debía presentar cargos contra él, que no podía dejar que Carmona se saliera con la suya, pero me suplicó que lo dejara estar. Me pidió como mujer que nunca hablara de aquello. Que entendía perfectamente lo que representaba todo eso, pero no quería tener que pasar por lo que vendría a continuación. No quería por nada del mundo que nadie la señalara como una víctima.

—Dios mío, no me lo puedo creer —murmuró Alberto, asqueado por todo lo que Beatriz estaba relatando.

—Creo que hice mal.

Alberto la miró extrañado.

—No digas eso.

Ella negó con los ojos cerrados.

—Tenía que haber ido a por él. Tenía que haberlo hecho.

—No te castigues. —Se quedó pensando durante un rato—. ¿Qué ocurrió con tu bebé?

—El estrés de aquella situación fue demasiado. Sentí que algo iba mal y tuve que abortar.

—Lo siento —dijo Alberto con un hilo de voz.

Beatriz había estado todo el tiempo evitando mirar a Alberto a los ojos, con la cabeza apoyada sobre su hombro y la mirada perdida en el infinito. Se volvió entonces y vio que tenía los ojos humedecidos y que apretaba los puños con rabia contenida. Ella le acarició su rostro, que no parpadeaba y miraba al frente.

—Tuvo que ser muy duro para ti. Confiabas en él y te traicionó.

—La traición es algo muy habitual —dijo ella con pesar.

Unas nubes oscurecieron el salón de repente y un trueno sonó lejano.

—Yo nunca te traicionaría.

Le hubiera gustado creerle, pero sabía que aquella promesa sería imposible de mantener en el tiempo. Tal y como estaban las cosas, se conformaba con tener a un amigo sincero a su lado, alguien en quien confiar. Buscó en su mirada. Sus labios encontraron los suyos y las manos de él descubrieron su espalda. Muy despacio la besó en los labios, las mejillas, en el cuello y los hombros. Su mano experta acarició sus pechos. En silencio, sin apartar la mirada el uno del otro, despacio y sin prisa, Alberto la desnudó con la habilidad propia de un amante experto.

Hacer el amor durante toda la tarde se convirtió en la mejor terapia para superar la aflicción con la que se despertó esa mañana. Alberto llamó al trabajo aduciendo que se encontraba mal y que no acudiría, lo que propició una pequeña discusión con su jefe, que atajó a las primeras de cambio. Beatriz no deseaba que tuviera problemas laborales por su culpa. Alberto simplemente se encogió de hombros con una sonrisa ladina y se acurrucó junto a Beatriz dentro de la cama. Además, odiaba aquel trabajo, y le confesó bajo el comfortable edredón que soñaba con convertirse algún día en escritor de novelas policiacas. Beatriz no conocía esa faceta suya e insistió en que le enseñara algo que hubiera escrito. Alberto se hizo de rogar y le prometió que le mostraría algunas páginas de una novela que proyectaba escribir. Sin saber por qué, aquella revelación encendió una llama de deseo en su interior, que provocó una nueva, larga y placentera sesión de sexo. Beatriz se dejó amar por él despacio, escuchando a Adele, Amy Winehouse, The Cardigans y Pretenders, que llenaron el silencio de la casa, roto por los gemidos de placer de la pareja cuando alcanzaban sus respectivos orgasmos. Bajo el edredón se mantuvieron abrazados en silencio mientras «Back to Black», «Hello», «Brass in pocket», «Live and learn», «Communication», «You know I'm no good» o «Set fire to the rain» volvían a sonar una y otra vez, la lluvia seguía cayendo y la luz se hacía cada vez más tenue.

Avanzada la tarde el móvil de Beatriz sonó. Se incorporó en la cama con un gemido largo y quejumbroso y vio que Cebreros la estaba llamando.

—Juan —musitó, e inconscientemente se cubrió su desnudez con el edredón, como si de algún modo el brigada pudiera verla desde el otro lado de la línea.

—Buenas tardes, mi teniente. No sé si interrumpo algo que estuviera haciendo...

—No, no —se apresuró a añadir mientras Alberto, con el pelo revuelto, sonreía, meneaba la cabeza y hacía gestos de fingida desaprobación—. Estaba aburrida y sin nada que hacer. Menos mal que ha llamado.

Beatriz sonrió siguiendo con la broma y Alberto hizo intención de salir de la cama. Beatriz trató de retenerlo, pero él consiguió escabullirse. Carraspeó y se concentró en la llamada.

—Perdone, Juan, me estaba diciendo...

—Verá —parecía entusiasmado—, estos días atrás me he dedicado a observar a la gente que acudía al lugar del crimen, que por desgracia son legión. Al parecer se ha convertido en un lugar de culto. Y lo digo tanto en el aspecto religioso como en el pagano; son muchas personas las que no dejan de hacer fotos y publicarlas en las redes sociales.

—Sí, algo he oído. —Tenía hambre, así que cogió una galleta con pepitas de chocolate del envase que estaba encima de la mesita y la mordisqueó mientras hablaba.

—Un acto, si quiere que le dé mi opinión, reprochable cuando menos... Pero no quiero desviarme del tema. La cuestión es que me estuve fijando en las personas que acudían y me vino a la memoria aquella teoría, o tal vez leyenda urbana, no sabría decirlo con exactitud, sobre que el asesino suele regresar a la escena del crimen, bien movido por un afán puramente morboso o bien por una simple cuestión práctica, ya sabe, para asegurarse o detectar que no haya nada que lo pueda incriminar, y más en este caso, que puede pasar fácilmente desapercibido al haberse convertido la escena en un lugar de peregrinación.

Beatriz estaba de acuerdo con su apreciación.

—Cuando alguien comete un asesinato y consigue escapar, su mayor obsesión se centra en saber si ha dejado alguna prueba en la escena que lo pueda involucrar. Esa obsesión puede ser tan intensa que el asesino, a riesgo de ser descubierto, vuelve a la escena del crimen para, en caso positivo, poder borrar o hacer desaparecer las supuestas pruebas incriminatorias. ¿Quiere decir que alguien le ha resultado sospechoso?

—Más o menos. Un tipo que, por su actitud, me llamó la atención y decidí hacerle algunas fotos con mi móvil sin que se diera cuenta.

—Es una buena iniciativa, Juan.

—Gracias, mi teniente. Pero no me detuve ahí; ese mismo día regresé a casa y cogí mi Nikon. Volví de nuevo al nacimiento y alrededores y de manera furtiva tomé más fotografías de otras tantas personas: así durante varios días. En algunos casos incluso he conseguido fotografiar los vehículos y sus correspondientes matrículas, para que en caso de que fuera necesario hubiera menos problemas para conseguir una identificación positiva.

Beatriz asintió impresionada.

—¿De cuántos individuos o fotografías estaríamos hablando, Juan?

Alberto regresó ya vestido con unos vaqueros y una camisa a rayas y se sentó en la cama. Cogió una galleta y la devoró de un solo bocado.

—Bueno, fotografías tengo alrededor de doscientas..., aunque tengo intención de hacer más. —Hizo una pausa—. En cuanto a los individuos «sospechosos» a tener en cuenta, son alrededor de doce.

Beatriz trató de asimilar esa información y, antes de que pudiera intervenir, Cebreros continuó.

—Pero puede que todo esto no sirva para nada... Pensaba enviárselo al capitán Carmona, pero antes quería hablar con usted para saber qué opina al respecto.

Intuía que Cebreros se sentía intimidado por la arrogancia de Carmona, y más sabiendo que había dejado claro que Sanromán era el sospechoso número uno —y casi único— y tenía órdenes estrictas de encontrar pistas sobre el paradero de Adrián. Podía imaginar lo que pensaba Cebreros, que dejándose llevar por su recién descubierto olfato detectivesco no deseaba que Carmona pusiera en tela de juicio sus actos, al margen de su principal obligación.

—¿Puede hacer una selección de esos... individuos y enviarme las fotos por correo electrónico?

—Ya tengo la selección, mi teniente —dijo Cebreros más animado.

Beatriz se puso el móvil en el pecho y se giró hacia Alberto, que se había comido el resto de las galletas en apenas un par de minutos.

—¿Puedes pasarme una dirección de correo electrónico para que me envíen unas fotos?

Alberto le dio su dirección y Beatriz se la repitió a Cebreros.

—Envíemelas a esta dirección, le llamaré en cuanto les eche un vistazo.

Colgó y le pidió a Alberto que accediera a su cuenta de correo electrónico. De repente Beatriz se sentía entusiasmada y de buen humor. Pensó brevemente en la pasada noche e incluso en esa misma mañana, cuando no tenía la más mínima energía ni para mover un dedo y deseaba con todas sus fuerzas desaparecer. Alberto trajo su portátil y, sobre la cama, accedió a través de Mail a su cuenta.

—No hay nada —dijo Beatriz, impaciente—. Oye, ¿quién es esa Sara? —Se acercó más a la pantalla y señaló un correo que, desde la previsualización, mostraba un «¡Hola, Alberto!» acompañado de varios emoticonos, entre los que destacaban corazones y besos.

—¿Espías mi correo? —murmuró Alberto sin ocultar el orgullo que le producía que Beatriz se sintiera celosa.

Con un gesto decidido, ella lo cogió de la barbilla y lo obligó a que la mirara a los ojos.

—No quiero más mujeriegos en mi vida.

Cuando Alberto iba a responder, el portátil emitió el sonido de un nuevo correo. Los dos miraron al unísono a la pantalla. En el remitente aparecía Juan Cebreros y no había texto alguno. En el asunto simplemente aparecía la palabra «Fotos». Una vez que se descargaron todas las imágenes, veintinueve en total, Alberto pulsó en ellas para que se pudieran ver a pantalla completa.

La primera imagen correspondía al hombre que Cebreros fotografió en primer lugar. Había dos imágenes, una algo borrosa y la otra más nítida. Miró al individuo a

los ojos y estudió su rostro y el gesto que había quedado congelado; era un hombre como otro cualquiera, sin ningún rasgo distintivo a primera vista. Quizá se apreciaba algo de crispación en su mirada.

Pasaron a la imagen siguiente. Otro hombre, de mediana edad, rondando los cincuenta. Grueso, con barba blanca y calvo. Había dos imágenes de él.

—Pasa a la siguiente, quiero verlas todas seguidas y luego estudiar una a una.

Alberto siguió pasando. Todos eran hombres cuya edad oscilaba entre los treinta y los sesenta años, y tenían algo en común que no podía describirse con palabras. Beatriz meditó en el potencial de Cebreros, que era capaz de percibir anomalías donde cualquier otro vería todo normal y correcto. La siguiente imagen que apareció dejó a Beatriz sin respiración. La miró detenidamente y los ojos de Alberto y los suyos se encontraron, exhibiendo el mismo gesto de desconcierto mutuo. En la fotografía aparecía Javier. Llevaba un plumífero verde y una gorra negra calada. Con las manos en los bolsillos, miraba como ensimismado el pequeño santuario que, desde que se abrió el nacimiento al público, los eventuales visitantes devotos habían llenado con velas, cirios y hachones acompañados de sentidos mensajes de condolencia, y que se había convertido en el lugar más frecuentado desde entonces.

Alberto negó en silencio y pasó a la siguiente fotografía como si buscara una respuesta lógica que se escapaba a su entendimiento; era otra fotografía de Javier, con la mirada puesta en el infinito. Beatriz se acercó más a la pantalla y, sin que dijera nada, Alberto entendió lo que pretendía y amplió el rostro de Javier hasta que llenó la pantalla. Totalmente ensimismada miró sus ojos, que se distinguían borrosos, intentando vislumbrar qué pensamientos se ocultaban tras ellos.

Todavía con la misma sensación de desasosiego que cuando descubrió a Javier en la galería de imágenes que Cebreros había catalogado como «individuos a tener en cuenta», Beatriz se bajó del coche de Alberto y observó la fachada negra del hotel Blu de Almansa, que retroiluminada ofrecía una visión extraordinaria con sus ventanas de colores, y con el fondo de un cielo azul cobalto despejado y en degradado de primeras horas de la noche. Beatriz no pudo esperar hasta el día siguiente y llamó a Javier varias veces hasta que consiguió que contestara. Cuando lo hizo, respondió con la jovialidad tan propia de él. Beatriz le preguntó si podían verse esa misma noche. En un principio y como esperaba, Javier quiso escurrir el bulto, pero Beatriz insistió en que debía tratar un tema urgente que no admitía espera. Gruñendo y a regañadientes, Javier accedió y se citaron en la cafetería del hotel. Durante casi todo el trayecto Beatriz estuvo pensativa, tratando de organizar en su mente esa revelación, moviendo mentalmente las piezas de un puzzle que a cada paso que daba se iba convirtiendo en algo cada vez más incierto. Tuvieron que esperar más de veinte minutos a que Javier apareciera, y cuando lo hizo, todavía tardó unos cuantos minutos más en llegar hasta ellos, que se encontraban en la barra, porque no dejaba de saludar y hablar con todo el mundo. Pacientemente Beatriz observó todo ese despliegue de cordialidad.

—Perdonad. Siento mucho haber llegado tarde... —se excusó a la vez que besaba a Beatriz, abrazándola tanto a ella como a Alberto con excesiva efusión. Se sacó del bolsillo de un llamativo plumífero azul un manojito de llaves y su flamante móvil, que dejó sobre la barra al mismo tiempo que cogía un taburete disponible y se sentaba entre Beatriz y Alberto.

—¿Qué tal va todo, Javier? —preguntó Beatriz a modo de introducción.

Se agitó sobre el taburete. Oportunamente apareció el camarero: saludo de rigor entre dos hombretones. Pidió un café solo, se hundió de hombros e hizo una mueca irónica.

—Mejor no puede ir: se ha muerto mi suegro, la empresa está patas arriba y ahora nos enteramos de que el muy hijo de puta era un estafador de guante blanco. Parece ser que estamos arruinados y no solo eso —señaló a Beatriz con el mentón—, tus compañeros nos están investigando, sobre todo a Laura, porque ahora creen que no está diciendo la verdad y que estaba al tanto de las actividades fraudulentas de mi suegro. Como te decía: todo va de puta madre.

—Ayer lo publicamos en el diario para el que trabajo —intervino Alberto.

—Pues mira por dónde, ya tienes una exclusiva o como coño se llame eso...

Javier negó con la cabeza lentamente; en sus ojos se apreciaba el hartazgo de la situación por la que estaba pasando.

—Pero lo peor de todo es que Laura adoraba a su padre. Confiaba en él. —Negó apesadumbrado—. Descubrir que tu propio padre te la ha jugado es muy duro. La verdad, no tengo ni idea de cómo va a terminar todo esto.

Beatriz observó su lenguaje corporal. Su angustia y su desesperación parecían genuinas.

—Mi suegro tenía un modo muy particular de hacer las cosas; a su manera y sin dejar que nadie le ayudase o interfiriera en sus asuntos. Todo el mundo lo alababa y lo temía a la vez: era como un puto dios al que nadie osaba contradecir.

Apareció el camarero con el café, que Javier se bebió de un sorbo.

—En fin, no quiero aburriros con mis problemas. ¿Qué era eso tan importante de lo que querías hablarme? —se dirigió a Beatriz.

—Cuando nos vimos en Riópar me dijiste que te llamara si había novedades.

—¿Respecto a Adrián? ¿Sabéis algo?

—De momento no, aunque mis compañeros hacen todo lo que pueden.

Javier se masajeó los ojos cansados.

—¿Crees que lo encontraréis con vida?

—Eso esperamos todos.

Arrugó las cejas y esbozó una mueca entre provocativa y sorprendente.

—Perdona, pero creo recordar que dijiste que estabas de baja.

—Anabel era mi amiga e intento ayudar en lo que puedo.

Javier se cruzó de brazos y esbozó una mueca desganada.

—Te agradecería que fueras al grano, Bea.

—Estoy investigando la vida pasada de Anabel, concretamente cuando se marchó a Valencia y nació Adrián. Existe un vacío importante que a mis compañeros les está

resultando difícil de indagar, porque no hay muchos datos y hasta el momento no se ha encontrado a nadie que la conociera de entonces. Es solo una posibilidad, pero sería interesante saber qué estuvo haciendo, con quién se relacionaba. Y lo más importante: quién es el padre de Adrián.

—¿No estarás insinuando que yo soy el padre de Adrián? Porque es lo más estúpido que he oído en toda mi vida.

Exasperado, Javier levantó las manos y el tono de voz. Algunas personas que había en la cafetería giraron la cabeza hacia ellos.

—No era eso lo que te quería preguntar.

—¿Entonces? No tengo ni idea de lo que Anabel hizo, ni con quién estuvo durante ese tiempo.

—Ya. Cuando nos vimos en Riópar recuerdo que comentaste de pasada que la habías visto hace unos años.

Las miradas de Beatriz y Javier se encontraron.

—Recuerdo que dijiste que te tropezaste con ella un día en Valencia, algo fortuito. También contaste algo así como que ya no era la misma, que estaba diferente; ¿a qué te referías exactamente?

Examinó los ojos de Beatriz nerviosamente. Luego sonrió.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

—Solo intento recabar información, es así como trabajamos.

Alberto observó a Beatriz y a Javier alternativamente, como en un partido de tenis. Sin duda la situación se había vuelto demasiado tensa en apenas unos minutos.

—¿Tú recuerdas lo que hiciste hace cinco o seis años? —respondió a la defensiva —, ¿lo recuerdas?

—No te pongas así conmigo. Solo te he hecho una pregunta. Soy policía y Anabel era mi amiga; nuestra amiga. Me pediste que buscara al responsable de su asesinato, y eso es precisamente lo que estoy haciendo.

—El asesino está en la cárcel. Leo los periódicos.

Beatriz resopló impaciente.

—Javier, si quieres contéstame. Si no, nos marchamos de vuelta a Albacete. Ha sido un placer volver a verte.

Puso su mirada en algún punto por encima de la cabeza de Beatriz. Luego se masajeó la nariz con los dedos y exhaló un suspiro muy despacio.

—Como dije, fue por casualidad. Yo estaba en Valencia por negocios y el encuentro duró apenas unos minutos, ni eso, fue algo fortuito. Yo tenía prisa y ella también.

—¿Iba sola?

—Sí, iba sola.

—¿Adrián no la acompañaba?

—Te he dicho que iba sola.

—¿Intercambiasteis vuestros números de móvil?

Javier miró hacia otro lado y se cruzó de brazos.

—Sí, claro. Lo hicimos.

—¿La llamaste?

—La llamé, sí. Después de unos días. Había sido un encuentro tan repentino que me supo mal no haber podido hablar más con ella. —Imaginó lo que le iba a preguntar a continuación, así que prosiguió—. Y hablamos de lo que se suele hablar: qué tal te va la vida y todas esas chorradas, yo qué sé... Luego, y como pasa siempre en estos casos, dijimos que teníamos que quedar para hablar y ponernos al día, pero ya no volvimos a hacerlo.

Beatriz agitó lentamente la cabeza, pensativa. Luego lo miró de hito en hito.

—¿No hay nada más que quieras contarme?

—No me gusta tu actitud, Beatriz. —Se encaró con ella.

Sin apartar la mirada de la de Javier, Beatriz extrajo el móvil del bolsillo de su chaqueta. Con un par de gestos con los dedos accedió a la galería de fotos. Le mostró a Javier la fotografía que Cebreros le había tomado en Riópar. Al ver la imagen empalideció. Miró a Alberto como pidiéndole una explicación y luego a Beatriz, sin ocultar la indignación que sentía.

—¿Qué coño es esto?

—Javier... —intervino Alberto.

Beatriz le hizo un gesto para que le dejara hablar.

—Dímelo tú.

—¿No puedo visitar el lugar donde murió?

—Fue asesinada —puntualizó Beatriz.

Javier cogió el manojito de llaves y el móvil que había dejado en la barra y se los guardó en el bolsillo del plumífero. Se bajó del taburete y acercó su rostro al de Beatriz apenas un par de centímetros.

—Vete a tomar por culo.

—Javier, escucha... —intervino Alberto agarrándole por el brazo.

Javier se zafó con un movimiento brusco.

—No tienes ni puta idea de lo que pasa y vienes aquí a tocarme los huevos. Pues mira por dónde, te vas a ir como has venido, porque ahora no me sale de los cojones contarte nada más.

Dio media vuelta y se dirigió a la salida.

—La viste más veces, ¿no es cierto? Tarde o temprano todo saldrá a la luz. Es cuestión de tiempo.

Sin detenerse, Javier hizo el gesto del dedo medio levantado. Empujó la puerta del establecimiento con rabia y se dirigió a su coche, que había aparcado frente a la entrada. Aceleró bruscamente haciendo resonar los neumáticos sobre el pavimento y se alejó a toda velocidad.

—¿Me puedes explicar qué coño ha pasado aquí? —preguntó Alberto todavía aturdido por la escena que acababa de presenciar.

—Saca tus propias conclusiones, Alberto —dijo Beatriz—. Las mías desde luego no son nada halagüeñas.

Viernes, 4 de noviembre

Cebreros siempre madrugaba, no importaba si tenía servicio o no. Su cuerpo llevaba demasiado tiempo haciéndolo y ya se había convertido en un hábito que formaba parte de él. Además le gustaba asomarse por la ventana y ver amanecer un nuevo día. A veces escuchaba a algunos agentes del puesto de Riópar que hablaban sobre programas de televisión que se emitían de noche y que solían terminar bien entrada la madrugada. Cuando eso ocurría, él se encontraba durmiendo ya varias horas. Por otro lado, no le interesaban para nada esos programas ni la televisión en general. Cuando Matilde vivía, especialmente en sus últimos meses de vida, el sonido del televisor llenaba la casa día y noche, tal vez como elemento persuasivo contra el mal, tal vez para evitar escuchar el sonido de la muerte que se aproximaba despacio pero sin detenerse. Después de morir Matilde, Juan no encendió el televisor en varias semanas, y cuando lo hizo se limitó a ver las noticias, algún canal temático de historia, viejas películas en blanco y negro y algún partido del Atlético de Madrid, del que era seguidor.

Quería aprovechar esa mañana que tenía libre para revisar las últimas fotografías que había hecho a los que acudían a diario y en manada al nacimiento del río Mundo —o al lugar del crimen de Anabel, que era lo mismo—. Sus parámetros de interés se habían ampliado desde un tiempo a esta parte, y ahora realizaba también fotografías a mujeres, aunque debía reconocer que en menor medida. Se encontraba enfrascado revisando las imágenes del día anterior cuando alguien llamó a la puerta.

Se sobresaltó. No esperaba a nadie.

Salió de la habitación que utilizaba como despacho al corto pasillo que daba al salón y miró hacia la puerta de la calle. A través del cristal esmerilado amarillo vio una figura alargada: era un hombre. Aguzó la vista intentando distinguir a esa persona, sin conseguirlo.

—Buenos días, Juan —dijo el capitán Carmona cuando abrió la puerta, forzando una mueca que pretendía ser de simpatía.

—Buenos días, mi capitán.

Era la última persona que esperaba. Sin querer, sintió una súbita oleada de inquietud, que sin duda Carmona tuvo que apreciar.

—Pero pase, pase...

Carmona se colocó las gafas de sol sobre la cabeza y al acceder a la vivienda de Cebreros miró en derredor con cierta curiosidad.

—Espero no haber interrumpido nada importante...

—No, no... Acababa de desayunar y me estaba preparando para ir a dar un paseo.

Sin poder evitarlo, miró en dirección al despacho donde el ordenador seguía encendido y con varias fotografías de sus «sospechosos» abiertas en Photoshop. Todavía no se había decidido a contarle a Carmona la iniciativa de las fotografías por miedo a que lo censurase. Y en eso pensó, en el miedo. Se dio cuenta de que siempre había tenido miedo de algo: miedo a la incertidumbre, miedo al qué dirán, miedo a la inseguridad, miedo a las consecuencias... No había tenido un solo momento en su vida en el que no temiera algo, y la verdad es que ya estaba cansado.

—Por cierto, ¿desea un café o algo?

Negó con un gesto estudiado y luego miró con suma atención a lo que lo rodeaba. Era impresionante la cantidad de libros y CD de música que había. Clásicos del cine en formato DVD como *¡Qué bello es vivir!*, *El apartamento*, *Un tranvía llamado deseo* o *Breve encuentro*, entre otros, llenaban las estanterías. También se fijó en algunas fotografías que colgaban de las paredes. La mayoría eran en blanco y negro; retratos de mujeres, hombres y niños de mirada honda y suplicante que se clavaban en el corazón. De la India, dedujo. Algunos también del sudeste asiático. Contrastaba con algunos retratos familiares, en color, pero revestidos de un extraño velo de melancolía.

—¿Quién es el fotógrafo? —preguntó señalando con un gesto una fotografía en la que aparecía Matilde, antes de su enfermedad, sonriendo y con la Galería Uffizi de Florencia de fondo.

—Yo mismo, mi capitán.

Carmona no contestó, pero como buen observador que era, pudo hacerse una idea más aproximada de cómo sería Cebreros en realidad: meticuloso, ordenado, culto, introvertido, inteligente, leal...

—Respecto al café, gracias, pero he desayunado antes de salir.

—Por favor, siéntese.

Carmona se sentó en un sofá de color granate, que observó con cierta reticencia, y Cebreros en una butaca orejera con el mismo color de tapizado al lado de él.

—¿Cómo va todo por aquí?

—Sin demasiadas novedades, por no decir ninguna, aunque imagino que ya lo sabe a través de los informes que le envío.

—Sí, lo sé. Estoy al corriente. Y es una pena lo de ese chaval.

—Lo es —apuntó—. ¿Se ha avanzado en la investigación en algún punto que desconozca, mi capitán?

Carmona lo miró como si aquella cuestión estuviera muy lejos de su competencia.

—No mucho —dijo con cierta reserva—. Las pruebas de ADN de la sudadera que encontraron no son concluyentes y, a decir verdad, esa prenda estorba más que ayuda en la investigación. Parece ser que ha surgido de la nada para confundirnos. Además, el hijo de puta de Sanromán, aun teniendo todas las pruebas contra él, no quiere colaborar... Bueno, al menos no con nosotros.

Lanzó una mirada suspicaz a Cebreros, que inmediatamente supo a qué se debía

esa visita. Sabía que tarde o temprano tendría que ocurrir, pero se encontraba tranquilo. Carmona cambió de postura, cruzó una pierna sobre la otra y sonrió levemente.

—Juan, ¿cuántos años tiene usted?

—Cincuenta y ocho, mi capitán.

—Eso quiere decir que este sería su último año de servicio.

—Pues —vaciló— esos eran mis planes iniciales; de hecho debería pasar a la reserva activa el próximo mes de enero.

—¿Eran? ¿Ha cambiado de opinión?

Ni él mismo entendía ese cambio. Desde que entró en el cuerpo con veintisiete años, había tratado siempre de ser un buen guardia civil, y debía reconocer que aunque había vivido de todo un poco, su paso por el cuerpo en líneas generales había sido extremadamente apacible. Su carácter metódico y disciplinado le había hecho la vida más fácil, pero no estaba seguro de que hubiera sido mejor. La carencia de emociones había sido lo que había marcado su existencia. La muerte de Matilde sin duda provocó en él una sensación de extraña ingravidez personal, pues miraba al mundo sin ver nada.

—No me gustaría dejar el cuerpo sin ayudar en todo lo que pueda en este caso, mi capitán.

Carmona lo miró con interés.

—Eso le honra, Juan.

—Es mi obligación.

Carmona cambió de nuevo de posición, sin dejar de mirar al brigada.

—Hablando de obligaciones. Tengo entendido que la teniente Manubens se ha dejado caer por Riópar últimamente.

—Sí, ha venido por aquí un par de veces.

—Y ha hablado con ella.

Cebreros asintió con cautela.

—Era amiga íntima de Anabel, y al parecer está bastante afectada por el crimen y la desaparición de su hijo. Quería saber qué tal iba todo.

—¿Usted sabe que la teniente Manubens está apartada del servicio activo?

Asintió de nuevo.

—E imagino que sabe que en una investigación en curso no se puede compartir información privilegiada con personas ajenas a dicha investigación.

—Lo sé, mi capitán, aunque la teniente solo quería conocer ciertos aspectos, en ningún momento...

—Brigada, podría abrirle un expediente disciplinario, ¿entiende lo que le digo?

—Sí, mi capitán.

—Pero no lo haré porque sé que es un buen suboficial, que sabe dónde se encuentra la línea que no hay que traspasar.

Cebreros no dijo nada. Hace solo unas semanas esas palabras le hubieran atemorizado, pero no ahora. Estaba tranquilo y sereno y sentía como algo sagrado, por encima incluso de las normas, intentar hacer todo lo posible para ayudar a

resolver aquel crimen, y no podía engañarse a sí mismo: se sentía más próximo a la teniente Manubens y a su «investigación», con todo lo que conllevaba, que al capitán Carmona.

—Le voy a ser sincero, brigada. Sé que la teniente Manubens está actuando al margen de la legalidad y eso es algo muy grave, especialmente para un oficial de la Guardia Civil. —Lo miró con cierta indulgencia—. Pero quiero darle la oportunidad de que la cosa no vaya a más, y para eso necesito que me ponga al corriente de sus descubrimientos.

Cebreros no dijo nada.

Carmona descruzó las piernas y acercó su rostro al de Cebreros, que lo miró como si tratara de leerle el pensamiento.

—La teniente Manubens no es un buen ejemplo a seguir. A primera vista, toda esa apariencia de superpoli de película americana puede llegar a impresionar, y sé de lo que hablo. Además es una mujer muy atractiva y eso puede nublar el juicio de cualquier hombre.

Aquella apreciación le dolió a Cebreros más que cualquier otra. Era cierto que era una mujer atractiva, pero sus sentimientos hacia ella no tenían nada que ver con lo sexual. Lo que sentía por ella era un profundo respeto y un extraño y difuso sentimiento paternalista que lo confundía.

Algo tuvo que ver Carmona en los ojos del brigada, pues se detuvo por un instante.

—Y no hablemos de sus métodos, que son más que discutibles. Se deja llevar por sus impulsos viscerales, los cuales han costado ya vidas de inocentes. Y todo por su afán insaciable de protagonismo.

Cebreros siguió sin mover un solo músculo de su cuerpo.

—Seguirla en su loca carrera solo conduce a una sanción en el mejor de los casos: la expulsión del cuerpo sin honores. O el peor: la cárcel.

Tras unos segundos angustiosos de silencio, Cebreros tragó saliva y cerró los ojos antes de contestar. Si antes de la aparición de Carmona había tenido dudas, todas ellas se habían difuminado por completo. Hacía mucho tiempo que no tenía algo tan claro.

—Lo siento, mi capitán, pero no he compartido con la teniente Manubens ningún tipo de información que pueda considerarse privilegiada. Ni ella me ha hecho confesión alguna sobre sus actividades.

Ya estaba bien de sentirse siempre atemorizado por todo: iría a la cárcel si era preciso, pero no traicionaría a la teniente Manubens.

Carmona lanzó una mirada furibunda a Cebreros. Sin añadir nada más, se levantó y salió de su casa dando un portazo.

Aproximadamente a las dos de la tarde, Beatriz se sentó a una mesa del Elefante de Jade, el coqueto café situado en el pasaje de Lodares. Miró a su alrededor con admiración pensando en cómo cambiaban las cosas. Cuando era una niña solía atravesar el pasaje a menudo, al realizar el recorrido de la zapatería de sus padres en la calle Mayor a su casa en Octavio Cuartero y viceversa. Siempre se había sentido

fascinada por él, y atravesarlo significaba entrar en otro momento de la historia o en una dimensión alejada de la realidad, que siempre había evocado instantes de una vida soñada. Una camarera muy joven la atendió, exhibiendo esa cercanía tan propia de los albaceteños para con los desconocidos que siempre sorprendía a estos. Beatriz miró su reloj de pulsera; eran las dos en punto, la hora en la que había quedado con Alberto. Como no sabía bien qué pedir, se inclinó por una anodina agua mineral. Catorce días llevaba sin probar el alcohol. Por ahora la única droga que se permitía era el amor de Alberto, se dijo a sí misma con ironía.

Casi al instante, él entró por la puerta enarcando una ceja y sonriendo, con esa expresión tan suya que era una mezcla entre la sorpresa, la cautela y una moderada satisfacción.

—Hola —murmuró mientras se desprendía de su plumífero y dejaba sobre una silla una cartera de nailon negro con su compañero más fiel: su portátil—. ¿Qué tal estás?

Por la forma como lo preguntó, Beatriz dedujo que se refería al accidentado encuentro con Javier de la pasada noche.

—Todavía estoy tratando de procesarlo —respondió Beatriz, que se cruzó de brazos y apoyó la espalda en el respaldo de la silla—. No debo sacar conclusiones precipitadas. Es lo primero que aprendes en este oficio, pero debo admitir que me inquieta.

—¿Crees que Javier vio a Anabel más veces?

—Estoy convencida.

Observó a Beatriz ligeramente sorprendido.

—Desde luego, si así fuera no sería muy conveniente para él airearlo públicamente; está casado, y Anabel tenía un pasado como prostituta y un hijo de padre desconocido. Ninguna esposa, por comprensiva que fuera, lo entendería —trató de justificarlo Alberto.

—Es cierto, pero Anabel está muerta y Adrián, desaparecido. Si oculta algo deberá contarlo. Así son las cosas —recapacitó por un instante—. El día de Riópar lo vi muy afectado. Era comprensible, tú, yo, todos lo estábamos, sin embargo noté que había algo más.

—Crispación. Angustia.

Pensó en el significado de esas palabras.

—Desasosiego. Inquietud.

—Su situación personal no es para tirar cohetes.

—Nada es fácil para nadie —reflexionó Beatriz.

—O tal vez ese nerviosismo se debiera a otras circunstancias.

Ella estuvo de acuerdo.

—Sea como sea, lo averiguaré. —No deseaba seguir con ese tema. Suspiró y trató de esbozar una sonrisa lo más amable que pudo—. Bueno, ¿y tú? ¿Qué tal la mañana? Alberto bufó.

—Mejor no quieras saberlo.

—No merece la pena perder el tiempo en un trabajo que odias.

—En eso mismo estaba pensando.

Bajó la mirada; una sombra cruzó su semblante. En sus ojos creyó percibir esa expresión de las personas que ven cómo sus sueños se desvanecen con el paso del tiempo y no son capaces de ir tras ellos. Acarició su mano. Sintió una profunda congoja al verlo así. Le hubiera gustado consolarlo besando sus labios y dejando que él la abrazara. Lo deseaba con toda su alma, pero no podía permitir que eso ocurriera. Todo aquello estaba sucediendo demasiado deprisa y necesitaba tiempo para procesarlo.

—¿Cuándo vas a enseñarme tu novela? Me hace ilusión leer algo escrito por ti.

—No es una novela; todavía no —dijo él tras asimilar ese cambio repentino en la conversación—. Y no estoy seguro de si voy a continuar... Cada vez que leo lo que tengo escrito pienso que no va a interesarle a nadie.

—No digas tonterías, claro que seguirás escribiendo, y por supuesto que interesará a mucha gente. Si quieres, yo puedo ayudarte a terminarla.

Alberto sonrió abiertamente y ella se alegró de que lo hiciera.

—No tenía ni idea de que ahora te dedicases al *coaching*.

—Todos los escritores os tenéis que documentar, ¿no es así?

Alberto asintió sin borrar aquella sonrisa. Le encantaba su sonrisa.

—Considérame como una colaboradora que puede ayudarte en tu investigación. Además conozco a jueces, fiscales, abogados, forenses... Con mi ayuda podrías construir una trama policiaca perfecta. Piénsatelo, es una oportunidad única que tiene fecha de caducidad.

—Lo haré.

Se quedó encandilada cuando él la miró fijamente. Carraspeó y evitó su mirada.

—Bueno, basta ya de literatura y teoría criminalística. Tengo tanta hambre que no respondo si cuando pase la camarera le doy un bocado en una pierna.

Alberto se acarició el abdomen con gesto quejumbroso.

—Creo que mis tripas se van a devorar entre sí. —Se incorporó y se puso el plumífero—. Vamos, hoy te invito a comer un arroz a banda que te vas a chupar los dedos.

—No perdamos más tiempo.

Salieron del café y se dirigieron hacia la salida de la calle del Tinte. A esas horas el pasaje estaba desierto, exceptuando una chica negra de aspecto muy sensual, que caminaba con una bolsa de plástico en la mano y la cabeza gacha y que se cruzó con la pareja. Al rebasarlos, Manuela se giró discretamente y los observó por el rabillo del ojo. En ese momento Alberto masculló algo entre dientes, Beatriz soltó una carcajada y le dio un empujón. Cuando desaparecieron de su vista, todavía se quedó mirando la salida un rato más.

A primera hora de la tarde, el cielo se oscureció sobre la ciudad y la lluvia cayó fina pero persistente. Alberto regresó a la redacción del diario digital donde trabajaba y Beatriz corrió bajo los soportales y las cornisas hasta el paseo de Simón Abril, donde

había aparcado su coche. Se refugió dentro de su vehículo mientras veía por la ventanilla a las personas que, como ella, también habían sido sorprendidas por aquella repentina lluvia.

Cogió su teléfono móvil, buscó el número en la agenda de contactos y marcó. Al quinto tono escuchó la profunda y parsimoniosa voz de Reyes *el Gitano*.

—Buenas tardes, ¿qué pasa? ¿Tan poco te gusta mi compañía que prefieres llamarme por teléfono?

No podía detectar en su tono de voz cuál era su estado de ánimo, que dependería mucho para el éxito de aquella llamada.

—Tu compañía siempre es agradable.

—¿Solo agradable? Me decepcionas.

—Digamos que prefiero evitar las tentaciones.

Reyes se rio al otro lado de la línea.

—¿Qué dirían en el cuerpo si se enterasen?

Beatriz no se sentía cómoda con aquel juego, pero no podía permitirse ser brusca con él.

—Seguro que no se extrañarían viniendo de mí. —Suspiró—. Por cierto, tu hermana Milagros es todo un bellezón.

—De casta le viene al galgo. —Hizo una pausa—. Y me tienes que decir cómo lo has hecho.

—¿Hacer qué?

—Ayer la visité... y la vi diferente. No daba saltos de alegría, pero no estaba tan triste y desesperada; ¿cómo lo hiciste?

—Le di esperanza. El amor y el apoyo por parte de la familia ya sé que lo tiene. No es más que una niña que necesita que los suyos la apoyen.

Reyes pareció pensar en las palabras de Beatriz.

—No me gusta hablar por el móvil de ciertos temas.

A ella tampoco. No le extrañaría nada que su móvil, el de Reyes *el Gitano* o el de ambos estuvieran intervenidos.

—Estoy en mi coche, en el centro. Puedo ir a donde me digas.

Quince minutos más tarde Beatriz aparcó su coche en el estacionamiento interior de un club de alterne, en la N-430, a las afueras de Albacete. A excepción de un Mercedes Sport Coupe, negro y con las lunas tintadas, el aparcamiento estaba vacío. A la izquierda había una gran terraza cubierta en parte por una lona blanca, junto a una piscina cuya agua estancada estaba llena de hojas de los árboles vecinos. A su alrededor y sobre un suelo de césped artificial se encontraban dispuestas butacas y mesas de ratán marrón que estaban tapadas a medias con plásticos azules. En la pared había un gran mural donde se representaba una playa tropical de fina arena, palmeras y cielo azul. Una mulata bailaba e incitaba con su sonrisa y un gesto con el dedo a entrar en el local. Por entre las piernas de la mulata vio una puerta camuflada por la que entró.

«Cuando zarpa el amor» de Camela sonaba con estridencia por los altavoces. Una gran barra situada en el centro presidía la sala. Por la marquesina del techo surgía una

intensa y mareante luz azul. Justo por debajo de la superficie de la barra, luz roja y taburetes a su alrededor dispuestos para que, dentro de unas horas, unas pobres desdichadas fingieran delante de hombres todavía más desdichados que, aunque hacían eso por dinero, les encantaba el sexo, y cuanto más sucio, mejor. Una mujer de mediana edad, morena y de cabello muy corto, que a punto estaba de pertenecer a la categoría de obesidad mórbida, apareció por una puerta de dentro de la barra. Examinó a Beatriz y supo a las primeras de cambio que esa mujer morena, delgada y atractiva no pertenecía a su mundo.

—¿Qué *quiereh*? —preguntó con un fuerte acento murciano.

Antes de que Beatriz pudiera responder, Reyes *el Gitano* salió por un pasillo oculto por tupidas cortinas color salmón. A un lado, un pedestal griego de mármol sostenía la figura de un querubín rechoncho de grandes rizos y mofletes como melocotones. Reyes se acercó hasta Beatriz. Vestía un chándal de color negro con capucha y adornos verde lima. La miró con los ojos entornados y agitó la cabeza.

—Vamos dentro, estaremos más cómodos.

Beatriz siguió a Reyes por el pasillo. La música se fue diluyendo poco a poco. Entraron por una puerta que conducía a otro pasillo más estrecho. Subieron unas escaleras y llegaron a un rellano donde había varias puertas. Una mujer bajita, rechoncha y muy morena, vestida con mallas y camiseta sin mangas, pasaba la aspiradora por el suelo de una de las habitaciones. Se internaron por otro pasillo con más puertas a ambos lados. El suelo enmoquetado de verde casino dejaba atravesar del piso inferior las notas más graves de «Quiero ser libre» de Los Chichos. Una chica latinoamericana de veintipocos años, vestida con una sudadera roja y mallas negras, se cruzó con ellos. Saludó a Reyes con la cabeza gacha y apenas miró a Beatriz. Seguro que no imaginaba que aquella mujer que acompañaba a Reyes era nada menos que una teniente de la UCO. Finalmente entraron en una habitación que era lo más parecido a un despacho: sin lujos y bastante desordenada. Reyes se sentó al otro lado de una mesa endeble en un sillón reclinable pasado de moda. Beatriz en la única silla disponible, que por cierto cojeaba de una pata.

—¿Quieres beber algo? —propuso Reyes cruzando las piernas.

—Estoy bien, gracias.

Reyes sonrió y se cruzó de brazos.

—Es la primera vez que mi hermana habla bien de un picoletto, o por lo menos no lo insulta.

Beatriz se encogió de hombros.

—Espero que aproveche el tiempo y las oportunidades que, como ya sabes, en la vida se presentan escasamente.

—Eso es cosa de payos. Me extraña que todavía pienses que nosotros los gitanos nos regimos por las mismas leyes que vosotros.

—La misma ley que ha condenado a tu hermana puede condenar a cualquiera, incluso a mí.

Reyes la miró con dureza.

—Es muy fácil decirlo desde fuera. Seguro que no tienes una hermana ahí dentro.

—Es duro, pero no se acaba el mundo. —Miró a su alrededor—. Y parte de la responsabilidad de lo que haga a partir de ahora también será tuya.

—No tienes ni idea de cómo es nuestro mundo.

Beatriz hizo una mueca indolente.

—Vamos, Reyes. Sabes tan bien como yo que siempre hay una salida. Eres un hombre inteligente y sé que no deseas lo mismo para tu hermana.

El gitano miró fijamente a Beatriz a los ojos como si hubiera tocado una fibra extremadamente delicada. Se movió de un lado a otro en el sillón reclinable.

—¿Sabías que tus compañeros te siguen la pista de cerca? Concretamente ese capitoste que ha venido de Madrid. El guaperas de pasarela.

—Carmona. ¿Has hablado con él?

Reyes sonrió con malicia.

—No me van los guaperas, aunque sean capitanes.

Ella no pudo evitar que el rostro se le ensombreciera. Sin querer, pensó en las últimas palabras que le dijo y una sensación de malestar le oprimió la boca del estómago.

—Ya entiendo. Vas a tu rollo.

Los pensamientos funestos se acumulaban en su mente sin poder evitarlo.

—Pero no te preocupes, a mí no me tienes que dar explicaciones de nada. —Sonrió y la señaló con el dedo—. *Quid pro quo*. Seguro que has visto esa película. Ella es una agente del FBI en ciernes y él un doctor, un psiquiatra muy culto que se come a sus pacientes. Ella lo necesita para atrapar a un asesino en serie que mata a chicas corpulentas, porque quiere hacerse un vestido con sus pieles.

Beatriz se sorprendió gratamente.

—¿Qué pasa? ¿Crees que un gitano no sabe apreciar el buen cine? ¿Crees que todos somos unos macarras descerebrados? ¿Que solo nos gusta la rumba y el flamenco? ¿Llevar oro encima como símbolo de poder?

—Haría falta algo más que un gitano cinéfilo para convencerme de lo contrario.

Reyes rio divertido.

—¿Dónde lo dejamos la última vez?

—Me contaste que tu primo dejó que Anabel trabajase en su club. Luego pasaron unos cuantos años y volviste a verla en la terraza de un bar en Ruzafa.

Movió lentamente la cabeza, levantando los ojos.

—Me acuerdo perfectamente. Con los nombres no soy bueno, pero las caras... —Se golpeó con el índice en la cabeza—. Las tengo todas aquí.

Hizo una pausa teatral y prosiguió.

—Anabel comenzó a trabajar para mi primo Rafael en el club que tenía en Valencia. Como ya te conté, le dije que aunque estaba un poco colgada en aquella época, era una chica muy guapa y muchos hombres estarían dispuestos a pagar bastante dinero por estar con ella. Mi primo Rafa me dijo que le daría una oportunidad, pero que no dudaría en echarla si surgía el menor problema. En el club conoció a una chica y se hicieron muy amigas, tanto que se fueron a vivir juntas. Según mi primo, Anabel confiaba mucho en esta otra chica y se dejaba aconsejar por

ella. Él no lo vio mal, porque a su lado parecía más estable. Fue entonces, más o menos, cuando ocurrió el incidente con un cliente con el que no quería acostarse. Aquello molestó mucho a mi primo, que no dudó en echarla.

—¿Recordaría tu primo a ese cliente?

Reyes sonrió de oreja a oreja.

—Paciencia, mi *arma*. Todo a su tiempo. Dio la casualidad de que además Anabel estaba embarazada, aunque eso era un asunto que no le interesaba, porque después del mal rollo con el cliente no quiso saber nada más de ella. Sin embargo, su amiga siguió trabajando un tiempo en el club, aunque la notaba molesta por haber echado a Anabel. Un mes después dejó el trabajo.

—Reyes, necesito saber quién era esa amiga de Anabel. Tengo que hablar con ella. No hay tiempo que perder.

Reyes señaló con el dedo índice a Beatriz como si hubiera apretado la tecla precisa y se repantigó en el sillón, que crujió como madera podrida.

—Eso es lo que no tenemos: tiempo. Tú no tienes tiempo, el capitán tampoco tiene tiempo. —Abrió mucho los ojos—. Adrián no tiene tiempo. Yo tampoco lo tengo.

Agachó la cabeza y apoyó la barbilla sobre las dos manos juntas.

—Tarde o temprano la historia de cada cual llega a su final. —Miró a Beatriz con ojos extraños—. Y el mío está próximo. Mi tiempo se acaba, Manubens.

Ella no supo qué decir.

—Sé que voy a morir pronto. Puedo percibir el mal en torno a mí, el mismo mal que he causado a los demás viene a cobrarse su venganza.

Se rio con tristeza e inmediatamente después cambió su semblante, como si hubiera cambiado de personalidad, y se calló de repente; parecía hechizado por una suerte de conjuro. Habló en susurros.

—Anabel confiaba en ella, más que en nadie. Era como la hermana que nunca tuvo e incluso como la madre que jamás cuidó de ella. Una mujer misteriosa. Bella. Negra.

Sus ojos quedaron entonces sin brillo, como si de repente no tuvieran vida.

—Se la conocía como Paola *la Dominicana*. Si alguien en este mundo conoce los secretos más profundos de Anabel, sin duda es ella.

Juan Cebreros estaba tan excitado con la nueva remesa de fotografías que había tomado esa jornada que se saltó su propia norma de marcharse temprano a la cama. Salvo los últimos meses de vida de Matilde, cuando los horarios eran caóticos, no recordaba cuándo fue la última vez que a las dos de la madrugada todavía seguía despierto y frente a su ordenador.

Ese día en especial, la afluencia de tipos raros y supuestamente sospechosos había sido fructífera —desde su punto de vista, obviamente—, y contrastaba con una drástica bajada del número de voluntarios que desde el principio habían acudido para ayudar en la búsqueda de Adrián. En esos momentos, apenas algunos hombres, jubilados en su mayoría que no tenían nada mejor que hacer, acompañaban a los profesionales de los servicios especiales de Protección Civil y la Guardia Civil, que

también habían reducido en intensidad su labor y, en algunos casos, habían sido derivados a otras actuaciones donde también se requería de su presencia.

Como todos sabían ya, los primeros días de búsqueda eran los más importantes. Después, las garantías de éxito se reducían vertiginosamente. Sin embargo, dentro de aquella lucha contrarreloj, el investigador tenía que ser paciente y reflexivo, no dejar nada al azar, tener en cuenta todos los detalles por pequeños que fueran y abrir todas las líneas de investigación que fuesen necesarias.

Esa noche recibió una llamada de la teniente Manubens para contarle que había hablado con una especie de confidente suyo y que le había dado una pista a seguir que podría tener mucho valor o, por el contrario, no significar nada. La teniente Manubens le habló de una amiga íntima de Anabel, y pensaba que todavía seguían manteniendo una estrecha relación de amistad en el momento de su muerte. Manubens le habló de esta mujer con el objeto de saber si había visto a alguien de esas características rondando por la escena del crimen, y que, gracias a la acertada idea de Cebreros de documentarla gráficamente, tal vez podrían tener entre la colección fotográfica a la mujer en cuestión.

Según la descripción de la teniente no parecía difícil encontrar a una mujer negra, joven y atractiva entre la cada vez más ingente colección privada de fotografías de Cebreros. Él no recordaba haber visto ninguna mujer negra en Riópar en los meses que supuestamente Anabel estuvo viviendo en la cabaña rural de Izquierdo, ni tampoco aparecía ninguna mujer de color en las fotografías. En Riópar no había personas negras viviendo y no era habitual ver a nadie de esta raza por los alrededores, salvo en las fiestas patronales, donde algunos vendedores se dejaban caer con sus hatillos, desapareciendo de nuevo una vez concluidos los festejos. Por si acaso, llamó a todos sus hombres preguntándoles. Ninguno había visto a nadie de esas características. La teniente además tenía un nombre al que agarrarse: Paola. Cebreros le prometió que indagaría en la base de datos de la Guardia Civil por si aparecía algo.

El pensamiento de aquella conversación se diluyó cuando Cebreros se quedó mirando la foto de un hombre que ya le había llamado la atención esa mañana, cuando tomó las fotografías. En tres instantáneas aparecía un hombre tirando a alto. Con gafas de sol y barba. Gorra de béisbol y chaquetón deportivo negro. Recordaba que esa mañana el cielo había estado cubierto por nubes bajas aunque finalmente no había llovido. Sin embargo, lo que más le llamó la atención de ese individuo era que le resultaba extrañamente familiar; como si lo conociera pero en otro contexto totalmente diferente. Lo miró y remiró desde todos los ángulos posibles sin éxito. Con Photoshop trató de ampliar, aclarar, darle más nitidez a algunas partes del rostro de ese misterioso individuo, pero nada extraordinario surgió. Se recostó en el sillón y se cruzó de brazos con el sabor amargo de la frustración en la boca. Se masajeó los ojos cansados y apagó el ordenador. Y se fue a la cama con la imagen de aquel hombre grabada en su mente.

La lluvia golpeaba con fuerza la carrocería brillante del coche. El limpiaparabrisas no daba abasto, el vapor de agua condensada en el interior había empañado los cristales de todas las ventanillas emborronando el exterior. Trató de eliminarlo limpiándolo con el dorso de la mano, pero era inútil. Aunque todavía no era mediodía, las copas tupidas de los árboles oscurecían la carretera por la que Beatriz se desplazaba; resbaladiza, cubierta de hojas amarillas y llena de curvas. Conducía deprisa, con una sensación urgente que le impedía reducir la velocidad. Y fue cuando ocurrió: alguien se cruzó en la carretera justo cuando giraba por una curva pronunciada, impactando en el parachoques delantero con un sonido sordo, seguido de otro más intenso, agudo y metálico.

Frenó y la inercia la impulsó hacia delante, y estuvo a punto de golpearse la frente con el parabrisas. Los tres primeros segundos se quedó paralizada e, inmediatamente después, algo se incorporó con urgencia y con un gemido ahogado se alejó por una inclinada pendiente poblada de delgados y gigantes pinos de corteza mohosa.

Al salir del coche, se dio cuenta de que el claxon sonaba sin interrupción y las luces de emergencia parpadeaban tiñendo con su resplandor el suelo mojado. Primero miró al frente y luego a la parte delantera del coche: nadie. Pero vio en el parachoques una mancha de sangre que tocó con los dedos. Se acercó corriendo hacia el borde de la carretera, por donde había visto a la figura alejarse ladera abajo. Un rastro sinuoso de sangre que se cuarteaba por la lluvia que pretendía borrarla. Volvió la vista al coche, que había quedado atravesado en medio de la carretera, al principio de una curva, con el claxon sonando, las luces parpadeando y la puerta del conductor abierta. Cuando volvió a mirar hacia abajo, vio la figura que se alejaba a paso vacilante y la siguió.

La vegetación se hizo más impenetrable. Allí no había largos pinos de copa alta que la protegieran de aquella lluvia torrencial. El denso sotobosque que se extendía delante de ella le dificultaba el paso. Sobre una hoja bamboleante de helecho vio una mancha de sangre que goteaba. Vadeó un riachuelo donde el agua fluía a toda velocidad, saltando por los riscos brillantes y aparentemente resbaladizos. Una vez en el otro lado miró a su alrededor sin saber dónde se encontraba. Trepó con dificultad por rocas negras cubiertas de líquenes y al llegar arriba vio sobre el suelo un rastro claro de sangre y la figura dejándose caer unos metros más allá.

Instintivamente extrajo de la cartuchera su USP y sujetándola con las dos manos apuntó al frente. Con cautela se acercó hasta donde estaba la figura que se arrastraba despacio y gimiendo por el suelo, en parte oculta por la densa vegetación. La figura se detuvo con un sonoro estertor y lentamente se giró. Adrián miró aterrorizado el arma que apuntaba a su pecho.

—No me dispaes, no me dispaes...

Beatriz negó repetidamente. Quería pronunciar las palabras tranquilizadoras que no salían de su garganta. Quería bajar el arma y guardarla de nuevo en el arnés, pero una fuerza superior a ella se lo impedía.

—No, no me dispaes, por favor...

Disparó al pecho del niño al mismo tiempo que gritaba.

Exhaló un grito ahogado y su cuerpo dio una brusca sacudida. Se tapó la boca con fuerza, conteniendo un chillido desde lo más profundo de su alma. Todo estaba a oscuras y Alberto dormía profundamente a su lado.

Algo vibró en algún lugar, solo una vez.

Prestó atención. Nada. El silencio y la lluvia de fondo que golpeaba los cristales de la ventana del dormitorio.

De nuevo algo volvió a vibrar. Una sola vez.

Despacio y tratando de hacer el menor ruido posible, se deslizó de la cama y observó a Alberto durante un rato hasta convencerse de que seguía durmiendo. Caminó a hurtadillas hasta el salón y buscó su teléfono móvil; no recordaba dónde lo había dejado antes de irse a la cama. Lo vio en una estantería a rebosar de novelas policiacas, en formato bolsillo en su mayoría. Pulsó el botón para activar la pantalla. Había dos mensajes de un remitente desconocido.

Estás buscando respuestas y yo te las puedo dar.

Te espero en el antiguo hotel Albar dentro de quince minutos. Si no vienes, no tendrás otra oportunidad.

Volvió a releer los dos mensajes despacio, y luego una vez más. Acto seguido se deslizó con mucho cuidado dentro del dormitorio y cogió su ropa.

No consiguió centrarse hasta que llegó con su coche a la calle San Antonio, donde lo estacionó cerca de la esquina con Isaac Peral. Cuando descendió del vehículo, no pudo evitar mirar bajo la luz vaporosa de una farola de sodio si había algún rastro de sangre en el parachoques. Salvo algún que otro arañazo y el agua que rebotaba, no había nada más. Caminó por el centro de la calle semipeatonal. Las farolas que flanqueaban la calzada de adoquines ofrecían con su luz gaseosa una imagen fantasmagórica de la calle bajo la lluvia. Observó la fachada del Teatro Circo, recordando la antigua de estilo art déco, con la gran puerta de rejas negras y la banderola en forma de T sobre la marquesina, propia de los cines de la época. Recordó las largas colas que se formaban rodeando la manzana cuando se ofrecían aquellas superproducciones de Hollywood, algo inusual en estos tiempos.

Llegó hasta la puerta principal del antiguo hotel Albar, frente a la parte lateral del emblemático edificio de la Diputación de Albacete, que se encontraba rodeado en todo su perímetro por rejas de hierro negras y puntiagudas, y donde todavía se conservaban las heridas producidas por la metralla durante los bombardeos de la Guerra Civil.

Según un cartel colocado de cualquier manera en la puerta del antiguo hotel, una empresa de construcciones estaba trabajando en su rehabilitación, y en un futuro próximo cualquiera que pudiera permitírsele tendría a su disposición apartamentos de lujo en la zona más privilegiada de la ciudad. Un volquete lleno de escombros y tapado a medias por una lona, que en algunas partes había formado charcos de agua. Vallas de protección amarillas apoyadas en la pared. Beatriz se acercó a la puerta y miró de derecha a izquierda. Como hacía en ese tipo de situaciones, se llevó la mano a su costado izquierdo en busca de su USP, que se dio cuenta de que no lo llevaba por

encontrarse de baja.

Todavía estaba la puerta original, de aluminio negro y cristal. Empujó la puerta, pero estaba cerrada. Volvió a mirar a la calle, que estaba tan desierta como cuando llegó. El palacio de la Diputación la observaba como un mudo vigilante de la ciudad. Miró la puerta un par de segundos y entonces le dio una patada. El cristal se quebró sonando como un graznido. Con el pie eliminó los vidrios que se habían quedado adheridos al marco y entró. Nunca había estado en ese hotel anteriormente, pero imaginaba que sería de reducidas dimensiones. Bajo la luz de la linterna de su móvil, Beatriz vio un mostrador todavía intacto aunque sucio, lleno de polvo y manchas de cemento, yeso y pintura. Varios sacos de cemento estaban amontonados, así como torres de ladrillo visto y herramientas para la construcción.

—¿Paola?

Nadie respondió. Dirigió el haz de luz hacia la izquierda en lo que fue una sala de espera, ahora llena de herramientas y más materiales para la construcción. Accedió a un pasillo, que a su vez daba a un pequeño salón comedor donde todavía perduraban algunas mesas y sillas, que estaban amontonadas en una esquina. Trató de percibir algún ruido, pero salvo la lluvia que sonaba amortiguada no escuchó nada más.

Miró el reloj de pulsera: las 3.26 de la madrugada. Había recibido el mensaje a las 3.14 horas, así que llegaba a tiempo. Suspiró y comenzó a pensar que tal vez todo fuera una broma, pero lo desestimó inmediatamente. Quizá la persona que le había enviado los mensajes se había echado atrás y no acudiría a la cita. Que la puerta no estuviera forzada le hacía pensar que podía ser algo bastante probable.

Tras cerca de cinco minutos sin hacer nada salvo esperar, decidió subir a los pisos superiores. Llegó al primer piso, donde en algunas partes las obras de rehabilitación estaban más avanzadas. Apuntó con la luz de su móvil. Antes de entrar en lo que serían unos apartamentos de lujo, preguntó sin obtener respuesta. Cada vez estaba más convencida de que la persona que le había enviado los mensajes estaba jugando con ella y no tenía intención de aparecer. Aun así, decidió subir a la siguiente planta. Subiría hasta la cuarta y última, si era preciso. Bajaría y esperaría en el vestíbulo diez o quince minutos antes de marcharse.

En la segunda planta las obras también se encontraban bastante avanzadas, no así en la tercera. Se fijó en el suelo, lleno de polvo y desperdicios de material sobrante de construcción, y observó unas huellas. Había más, muchas más, por supuesto, pero esas parecían recientes. Apuntó con la luz de la linterna y se inclinó para mirarlas con atención. Luego se fijó en que desaparecían por una de las habitaciones, que todavía conservaban la configuración del antiguo hotel. Iluminó el interior. No había rastro de la cama y del resto del mobiliario. El suelo de parquet estaba sucio y lleno de polvo y serrín. La ventana, desnuda y sin cristales: un recuadro negro por el que entraba el frío de la noche y dejaba ver el rastro plateado de las gotas de lluvia caer. Y un destello...

Se acercó hasta la ventana y lo vio de nuevo: un destello procedente de una ventana situada al otro lado.

Había alguien allí.

Sintió las gotas de lluvia mojar su rostro al acercarse más y el leve siseo producido al golpear la repisa de la ventana. Hizo un cálculo mental de dónde se encontraría esa habitación, al doblar la esquina; total, eran un puñado de habitaciones.

Se giró para salir y llegar cuanto antes a la habitación de donde provenía la luz cuando algo se deslizó con sigilo hacia su posición. Sintió su presencia antes de que pudiera tocarla. Levantó la linterna, pero entonces alguien con mucha fuerza la empujó. Beatriz trató de agarrarse a algo, pero solo encontró el vacío.

Sábado, 5 de noviembre

El sopor que sentía inundaba todo su ser y se concentraba en su cabeza: una sensación demoledora entre la más absoluta debilidad, la incapacidad y un leve eco asociado a una extraña sensación de congoja. Intentó moverse fuera de la oscuridad y cuando abrió muy despacio los ojos, su campo visual se llenó de una amalgama de luces y sombras borrosas, produciéndole un dolor parecido a pequeños alfileres pinchándose sobre sus párpados y globos oculares. Frente a ella, algo se movió. Un pitido lento y continuo a su izquierda. Un leve rumor y alguien hablando en alguna parte. Parpadeó varias veces y gimió al darse cuenta de que apenas podía moverse. La persona se acercó y se sentó frente a ella. Poco a poco la imagen del mundo exterior se enfocó.

El capitán Carmona la miraba fijamente a los ojos con una expresión imperturbable.

—Hola, Manubens. ¿Cómo te encuentras?

Durante el tiempo que duró su romance, Carmona solía llamarla Bea o Beatriz cuando estaba enfadado con ella, y amor, cariño, bellezón, reina o morenaza el resto del tiempo o cuando hacían el amor. Después de la ruptura jamás volvió a dirigirse a ella por su nombre de pila.

Alarmada, miró a su alrededor. Estaba a solas con Carmona en la habitación. No había nadie más.

—¿Dónde..., dónde...? —escupió las palabras como si estuvieran envueltas en papel de estraza y sintió una lacerante punzada en la cabeza que le obligó a cerrar los ojos de inmediato.

—No sé —dijo él inocentemente—. Cuando he venido no había nadie.

Sin embargo sus palabras estaban tintadas del rencor infinito que todavía sentía por ella.

—Alberto... Mi familia...

—¿Quién es Alberto? —Se rio—. Ya veo que no pierdes el tiempo. Aunque sabiendo cómo tratas a la gente, no me extrañaría que te hubiera dejado. No te preocupes, lo hará en cuando te conozca un poco mejor.

Hizo un esfuerzo y abrió los ojos, y comprendió por primera vez que estaba en una habitación de hospital. En el brazo derecho tenía una vía inyectada. Vio que tenía moretones, rasguños y abrasiones en ambas manos. Tenía las piernas tapadas por una sábana. Trató de moverlas, pero no lo consiguió. Intentó incorporarse al mismo

tiempo, y cuando lo hizo un nuevo pinchazo le atravesó la cabeza como si fuera una flecha.

—¿Se puede saber qué hacías en ese hotel de madrugada?

Entre el negro de su mente, vio imágenes inconexas que no tenían ningún sentido para ella. ¿Qué había ocurrido?, ¿por qué estaba allí? No recordaba nada. Era como si alguien hubiera borrado de su mente los momentos anteriores a aquel instante.

—Ella... —La palabra acudió a su boca.

—¿Sí?

Hizo un esfuerzo. Recordó el mensaje de su móvil y a ella misma dejando a hurtadillas el piso de Alberto en plena madrugada. Luego nada. Miró a su alrededor como buscando algo. Carmona se percató de inmediato.

—¿Buscas algo?

—Quiero ver a mi médico, ¿dónde está?

—Primero dime qué te traes entre manos.

—Agua. Necesito beber agua.

La miró fijamente y luego echó un vistazo a una botella de agua pequeña que reposaba sobre la mesita.

—¿Qué has averiguado?

—Agua, por favor...

Carmona se levantó y cogió la botella de agua. Se sentó de nuevo al lado de Beatriz muy despacio. Le mostró la botella, pero no se la ofreció.

—Intentas joderme, como siempre.

Beatriz miró hacia la puerta a la espera de que alguien entrara; sintió una súbita sensación de pánico que se mezclaba con el persistente dolor que le taladraba la cabeza.

—Sanromán no asesinó a Anabel.

Carmona enseñó los dientes.

—Pero tú sabes quién lo hizo y nos vas a iluminar a todos con tu perspicacia, ¿no es así?

—Solo quiero...

Carmona miró a la puerta.

—Dime lo que sabes ahora, o te juro que hundo lo poco que queda de tu puta carrera.

El dolor de cabeza se intensificó. Le costaba mantener los ojos abiertos y sentía que iba a perder la consciencia.

—Avisa a un médico, por favor...

La puerta se abrió en ese instante. Alberto se quedó paralizado bajo el dintel al ver a Carmona al lado de Beatriz, que se agitaba como presa de un dolor intenso. Carmona se incorporó en ese momento. Le dio tiempo de examinar a Alberto y esbozar una mirada de suficiencia.

—Iba a llamar al médico. Está delirando.

Alberto se acercó deprisa a Beatriz. Sin necesidad de tocarla, advirtió que tenía fiebre muy alta y sudaba a chorros.

—Está ardiendo... —susurró asustado.

Cuando volvió a buscar con la mirada a Carmona, había desaparecido. Segundos después dos enfermeras acompañadas de Carmona irrumpieron en la habitación. Les pidieron que salieran fuera. Alberto accedió todavía sintiendo el sabor agrio del miedo que le secaba la boca. Se quedó mirando la puerta varios segundos y entonces, furioso, buscó a Carmona para pedirle explicaciones, pero el pasillo estaba desierto. El capitán Carmona había vuelto a desaparecer.

Beatriz abrió los ojos. Afortunadamente el dolor intenso se había mitigado en parte, aunque sentía un pequeño eco y el sopor característico de la sedación. Paco, su padre, estaba sentado en la butaca a su derecha, con las piernas cruzadas y acariciándose la barbilla nervioso. Antes de que se diera cuenta de que Beatriz estaba despierta, ella observó la sombra triste y preocupada que acompañaba su mirada.

—Papá.

Sus ojos no perdieron el rastro de tristeza, pero se alegraron. Se levantó como un resorte.

—Dios mío, hija mía... —Sollozó y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Estoy bien —se apresuró a decir sin convicción.

—¿Quieres que llame al médico? —propuso.

Beatriz vio un brillo de miedo en la mirada de su padre al contemplarla que la estremeció. ¿Le había ocurrido algo terrible que no le habían contado? ¿Se había quedado tetraplégica? ¿Se había desfigurado el rostro? El pánico le agarró los músculos.

—Papá, ¿qué pasa?

—Pasa que todos estamos muy asustados. —Los sollozos le ahogaron la garganta—. Tu madre lleva dos días en cama sin poder levantarse por culpa de los vértigos, y ahora esto. —Negó apesadumbrado—. Te advierto que yo no puedo con todo...

Le tembló la voz en la última frase y se echó la mano a la boca para acallar un sollozo. Beatriz le acarició la otra mano y Paco hizo un gesto entre la sonrisa y el llanto. Se limpió una lágrima y carraspeó antes de volver a hablar.

—A mí no vuelvas a hacerme algo así, que me llevas a la tumba. A mí y a tu madre. A los dos.

—Papá... —murmuró con un hilo de voz—. Siento lo que ha ocurrido, pero todo ha sido un accidente...

Una punzada de culpabilidad la hizo detenerse. La confusión que sentía se mezclaba con la sensación somnolienta propia de un accidente como aquel, aunque algo le decía que no estaba siendo completamente sincera.

—¿Se puede saber qué te pasa, hija mía? ¿Qué hacías en ese hotel de madrugada?

—Yo...

Las imágenes se agolparon atropelladamente: el mensaje de texto, ella entrando de madrugada en el hotel, la luz brillando en aquella ventana, ella precipitándose al vacío e intentando agarrarse a algún lado...

Le dio un pequeño golpecito en el brazo.

—Papá, por favor, tráeme un espejo.

—¿Un qué?

—Por favor.

Paco se incorporó con la duda dibujada en su rostro. De nuevo Beatriz vio en su padre esa expresión temerosa.

—¿Qué aspecto tengo? —Se llevó las manos al rostro, pero no encontró la suavidad que esperaba encontrar. En ese momento alguien abrió la puerta: era un hombre que llevaba una bata blanca que le venía algo justa y corta de mangas. Alto y delgado como un espárrago, con una expresión entre la prudencia y la timidez. Ojos azules y el cabello prematuramente blanco casi por entero, aunque no aparentaba más de cuarenta años.

—Teniente. Buenos días, ¿cómo se encuentra? Por si no me recuerda, soy el doctor Prieto.

Antes de contestar, Beatriz examinó su expresión: no vio nada extraño en ella.

—Nadie me ha contado nada.

El doctor elevó las cejas y se miró el reloj de pulsera. Anotó algo en una carpeta que llevaba.

—Eso es porque ha estado inconsciente y sedada a partes iguales. Y respecto a la información, nosotros y unas cuantas personas más que han venido por aquí también estamos igual.

Beatriz se limitó a mirar al doctor sin decir nada.

—Supongo que no recordará demasiados detalles del accidente.

Beatriz negó. Era cierto.

—Cayó desde una altura de tres pisos, teniente —lo dijo con un tono entre el asombro y el reproche.

—¿Me podría decir qué lesiones tengo?

Tras soltarlo, esperó con el corazón agarrotado el diagnóstico.

—Ha sufrido un traumatismo intercostal, con un par de vértebras que han resultado dañadas, y que es por lo que le estamos administrando el sedante. Debido a la caída tiene los huesos metacarpianos de la mano izquierda fracturados. Algunas abrasiones y hematomas.

Beatriz asintió esperando escuchar alguna noticia terrible.

—¿Alguna lesión de gravedad, doctor?

El médico se rascó la frente e hizo una mueca parecida a una sonrisa. La miró a los ojos con algo que Beatriz no pudo identificar; podría ser timidez, preocupación, prudencia...

—De momento tiene que permanecer en reposo, si es eso lo que me está preguntando. Los dolores propiciados por el traumatismo son intensos y se exige cumplir escrupulosamente con el tratamiento. Eso quiere decir que no va a poder ir a ninguna parte durante los próximos días. También debo informarle de que han venido varios compañeros suyos para interesarse por su estado. Además de un par de agentes de la Policía Nacional para hacerle unas preguntas sobre lo sucedido.

Miró para otro lado como si no fuera con ella.

—Doctor, ¿le importaría conseguirme un espejo?

El médico levantó una ceja sorprendido.

—¿Acaso tiene pensado ir a algún sitio, teniente?

—Ya me lo ha dejado usted claro. Simplemente quería ver si se me había corrido el rímel.

Paco, que se había mantenido en silencio desde que apareció el doctor, hizo un gesto recriminatorio acompañado de un profundo suspiro.

El doctor Prieto salió de la habitación y entró unos veinte segundos después con un espejo redondo y plateado de bolsillo que le tendió. Tras observar la expresión del médico, que parecía más bien distendida, abrió el espejo y se miró en él.

Bajo los ojos tenía dos bolsas grandes y oscuras, y un corte suturado peligrosamente cerca del ojo izquierdo, que acarició con la yema del dedo y que le dejaría una pequeña cicatriz. Vio en su propia expresión la tensión y el estrés acumulado. Por lo demás, tenía un aspecto horrible, pensó.

—Creo que sigue siendo una mujer muy atractiva, no debe preocuparse.

Beatriz le devolvió el espejo.

—Un retoque no me vendría mal.

El doctor Prieto sonrió y anotó algo en su carpeta. Luego apuntó con su bolígrafo a Beatriz.

—Siga el tratamiento, teniente, y no es un consejo. Vendré a verla más tarde.

Se marchó. Beatriz miró a su padre, que se encogió de hombros.

Una hora más tarde dos agentes de la Policía Nacional hicieron acto de presencia. Al parecer el doctor Prieto los llamó para comunicarles que la teniente Manubens se encontraba consciente y en disposición de atenderlos. Eran un hombre y una mujer. La mujer de mediana edad, morena, con el cabello recogido en una coleta, de torso delgado y caderas anchas. El hombre, un poco más alto y de más edad que la mujer: calvo, con barba veteada de canas, gesto autoritario, voz profunda y abdomen prominente.

—Teniente Manubens —dijo él—, somos el subinspector Torres y la agente Picazo y venimos para hablar sobre el incidente sucedido hace dos noches. ¿Se ve con ánimo para hablar de ello?

Beatriz asintió sin ganas con la cabeza, no le quedaba otra opción.

Los policías permanecieron a los pies de la cama. Principalmente porque no había donde sentarse, salvo el sillón que Paco ocupaba, el cual observaba la escena con gesto consternado.

—Bien. ¿Nos podría explicar qué sucedió? —preguntó el subinspector Torres.

No le había dado tiempo de pensarlo todavía y, debido a la conmoción, existían lagunas en su mente que era incapaz de recordar.

—No recuerdo la hora que era. Sé que era tarde. De madrugada, pero no lo recuerdo con exactitud: podrían ser las dos o las tres. Estaba durmiendo en casa de un

amigo y no podía conciliar el sueño, así que decidí vestirme y salir a dar un paseo por el parque, fumar un cigarrillo, ya saben.

—Aun lloviendo, decidí que quería dar un paseo.

Beatriz se encogió de hombros sin darle importancia.

—Precisamente porque llovía. Me relaja pasear bajo la lluvia. Aunque en lugar de ir al parque, pensé que sería mejor caminar por las calles de la ciudad. Lo hice durante un tiempo, hasta que vi mi coche aparcado y me metí dentro. Fue cuando vi a un par de hombres que cruzaron por delante de mí y se subieron a un coche que tenían aparcado justo al lado. Arrancaron, se marcharon y los seguí.

—¿Recuerda el coche? ¿Marca? ¿Color? ¿Recuerda cómo eran los individuos a los que siguió?

Beatriz agitó despacio la cabeza, se acarició el cuello e hizo una mueca de dolor.

—No mucho. Vi a los hombres de espaldas, y el coche creo que era oscuro, pero no puedo precisar más, lo siento.

—¿Por qué decidió seguirlos? ¿Qué le llamó la atención de esos dos hombres?

—Lo que decían. Cuando pasaron al lado de mi coche hablaban de repartirse dinero; y su forma de decirlo.

—Ah, ¿un atraco?

—Eso, o tal vez habían quedado con alguien para repartirse el resultado de un robo. Desde luego no parecía que fueran agentes de la propiedad.

La agente Picazo no hablaba, pero apuntaba en un bloc que llevaba sin detenerse ni un solo instante.

—Entonces los seguí a distancia. Apenas había tráfico y no quería que supieran que iba tras ellos. Aparcaron, creo que en la calle Pablo Medina o San Antonio, no lo recuerdo.

—Hallamos su vehículo mal estacionado en la calle San Antonio, al principio de la calle Isaac Peral.

Asintió, dándole la razón. Ni se acordaba.

—¿Entonces estos individuos entraron en el antiguo hotel Albar?

—Sí. Me acerqué y vi que habían roto el cristal de la puerta. Entré y me mantuve a la expectativa.

El subinspector Torres escuchaba atentamente. La agente Picazo dejó de tomar notas y prestó toda su atención.

—Como no sabía dónde estaban ni qué estaban haciendo, subí hasta el primer piso, y luego al segundo piso, y escuché sus voces que venían del tercer piso.

—Pero usted no iba armada.

—No. Estoy de baja para el servicio en estos momentos, pero era mi obligación.

La agente hizo un gesto como dando a entender que ella no sería capaz de hacer algo semejante.

—Decidí subir al tercer piso —prosiguió—, pero ya no escuchaba las voces. Recuerdo entonces que entré en una habitación y vi una luz que provenía de una ventana, al otro lado del patio de luces.

—¿Pensó que aquellos hombres estaban en la habitación que daba a esa ventana?

—Eso creí. —Se detuvo y se quedó pensativa—. Después de aquello no sé lo que sucedió. Aunque tengo un vago recuerdo de que al tratar de asomarme por la ventana resbalé con algo.

El subinspector hizo una mueca y resopló con fuerza.

—El doctor Prieto nos ha comentado que, debido a la conmoción, es normal que el paciente olvide tanto los momentos previos al accidente como los posteriores.

Ella asintió pensativa.

—Aun así, fue un error imperdonable.

—Todos cometemos errores —masculló, e hizo un ruido continuo con la boca—. Me ha comentado también el doctor que está siguiendo un tratamiento psicológico y que la medicación puede producir alteraciones de la realidad si se mezcla con otras sustancias, como por ejemplo con bebidas alcohólicas.

—El doctor puede estar tranquilo: no bebo. Les he contado lo que recuerdo, y siento no poder ayudarles más en su investigación. Aunque lo haré gustosamente si recuerdo algo más.

El subinspector Torres se ciñó la cinturilla del pantalón y se agitó con la intención de marcharse. La agente Picazo cerró el bloc de notas y se guardó el bolígrafo en el bolsillo de su camisa.

—Muchas gracias por atendernos, teniente. Esperamos que se recupere muy pronto.

—A ustedes.

Los policías abandonaron la habitación. Beatriz cambió de posición la almohada para estar más cómoda. Paco la observaba con cierta reticencia.

—¿Qué pasa ahora, papá?

—¿Eso es todo?

—Estoy cansada y quiero dormir un poco. La medicación me deja agotada. No te enfades conmigo, por favor.

Cerró los ojos y suspiró con fingido alivio.

—¿Crees que no te conozco? Soy tu padre, ¿recuerdas? Tu madre dice que no me entero de nada, lo cual no es del todo falso, pero hay algo que no se me escapa y es que todavía sé cómo es mi hija. A otros los podrás engañar, pero no a mí.

Beatriz permanecía con los ojos cerrados, intentando hacer oídos sordos a lo que su padre decía.

—Hablemos en otro momento, por favor.

Su voz se apagó poco a poco. No abrió los ojos, pero pudo sentir la mirada entre acusadora y decepcionada de su padre, que tenía toda la razón.

Cerca de las nueve de la noche apareció Alberto. Se alegró mucho de verlo, pero intuía que estaría disgustado con ella. No se equivocó: nada más entrar en la habitación miró a Beatriz con una especie de mezcla entre la ternura y la decepción. En lugar de dirigirse directamente a ella se acercó a Paco y le dijo que si quería podía marcharse a descansar, que él se quedaba lo que restaba de noche. Hubo un tira y

afloja entre los dos que ganó finalmente Alberto. Beatriz adujo que no era necesario que nadie la velara, pero ninguno le hizo el menor caso. Paco se despidió con un sonoro beso y le pidió encarecidamente a Alberto que la vigilara. Una vez que el padre de Beatriz se marchó, Alberto se sentó en la butaca, inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas y los ojos mirando al suelo.

—Hola.

Alberto permaneció impasible. Pasaron unos largos segundos en silencio.

—Lo siento —insistió Beatriz—. Di algo, por favor.

La miró.

—No. Di algo tú. Eres la que tienes que dar alguna explicación.

Se levantó y fue hasta la ventana. Beatriz vio su reflejo en el cristal y el del resto de la habitación. Sobre el cielo negro apreció algunas nubes grises que se movían despacio.

—Recibí un mensaje de madrugada y pensé que podría ser una pista importante. Lo cierto es que me dejé llevar por el entusiasmo. Lo siento. La cagué.

—¿Y has pensado en algún momento cómo me sentí yo? —dijo Alberto encarándose a Beatriz—. Me despierto por la mañana y no te encuentro. Te llamo y no contestas. No tenía ni idea de qué había ocurrido y por qué te habías marchado de repente y sin avisar.

Bajó la mirada sintiéndose miserable.

—Y a eso del mediodía me llama tu padre para contármelo. ¿Se puede saber qué cojones pasó? Por aquí han venido unos cuantos policías y compañeros tuyos preguntándose lo mismo que yo...

—No recuerdo gran cosa de lo ocurrido. Esa tarde hablé con una especie de... confidente que conozco y me contó algo que podría ayudar a esclarecer el asesinato de Anabel.

—¿Se lo has contado a tus compañeros?

Beatriz negó con la cabeza.

—¿Y por qué no lo haces? La verdad, no te entiendo, Beatriz. ¿Qué pretendes demostrar? Carmona podría interrogar a ese confidente, si es tan importante.

—Y no le diría nada. Probablemente se cerraría en banda y desaparecería la única pista fidedigna de la que disponemos.

—Seguro que lo conseguiría con algún otro método —insistió Alberto.

—O no, y se esfumaría la única posibilidad de llegar hasta el verdadero asesino de Anabel, y de saber qué ha ocurrido con Adrián.

—¿Aunque conlleve riesgo de morir?

Las miradas de ambos se cruzaron.

—Me confié. Eso es todo.

Alberto se agitó inquieto. Se sentó en la butaca con el ceño fruncido.

—Beatriz, creo que tienes que poner fin a todo esto. No entiendo por qué haces la guerra por tu cuenta. ¿Actúas siempre de ese modo?

Sus palabras la hirieron.

—Lo siento, no quiero ser duro contigo. —Tragó saliva y se le quebró la voz—.

Tengo miedo de que te pase algo. ¿Crees que alguien pudo tenderte una trampa y empujarte por esa ventana al vacío?

Aunque había detalles en su mente que parecían haberse esfumado, sabía con una certeza casi absoluta que alguien la había empujado por aquella ventana sin cristales, con la única intención de acabar con ella.

—Lo único que recuerdo es que no había nadie..., estoy casi segura. El suelo estaba resbaladizo y es muy posible que tropezara.

Sintió que algo duro le atravesaba la garganta. No deseaba mentirle a Alberto. No a él. Si lo hacía, no podría parar y no quería bajo ningún concepto que su relación, o lo que fuera aquello, se llenara de mentiras.

—Por favor, acércate —murmuró estirando la mano hacia él.

Alberto miró su mano tendida. Estiró la suya y lentamente comenzó a acariciar cada uno de sus dedos con ternura, jugueteó con ellos despacio hasta que sus manos se entrelazaron. Se acercó hasta ella y se sentó en el borde de la cama. Beatriz no dejaba de buscar su mirada, que se mostraba huidiza y dolida. Alberto la miró y se aproximó más a ella, apenas a unos pocos centímetros.

—¿Estás bien? —susurró—. Quiero decir, si te duele. —Acarició con la yema de su dedo índice la herida recién suturada que casi le hizo perder su ojo izquierdo.

—Eso no. El resto de mi cuerpo, sí. Como si me hubiera caído desde un tercer piso.—Se rieron quedamente.

—Dime qué tengo que hacer para que seas más sensata. Dímelo, por favor, y lo haré.

Acercó su boca a la de Beatriz y ella acarició su cabello. Se besaron muy despacio.

—Quedarte a mi lado. Seguro que con el tiempo cambiaré.

—Seguro que cuando tengas sesenta años seguirás persiguiendo fantasmas en medio de la noche.

—¿Sesenta años? ¿Tanto tiempo vas a soportarme?

—Quería decir cuarenta. Me daría un infarto mucho antes.

Enterró su nariz en su cabello y aspiró el aroma que emanaba y que siempre trataba de evocar cuando se sentía triste, afligida o desanimada.

—¿Por qué no me cantas esa canción tan bonita que tarareabas el otro día?

—Pero si lo hago fatal.

—Qué va. Tienes una voz muy sensual.

Él quiso sonreír, pero no lo consiguió. Luego se puso serio.

—Beatriz, yo...

Sabía lo que iba a decir antes de pronunciarlo. Por eso le puso el dedo índice en los labios, evitando que continuara. Para asegurarse selló el silencio con sus propios labios. Aquel beso le supo a amarga traición, a culpabilidad y derrota. Repentinamente lo abrazó y se aferró a su cuerpo delgado pero fibroso. Quiso que su calor y, por qué no decirlo, su amor, entrara en su corazón y la contagiase hasta el rincón más oscuro de su alma, para liberarla de aquella tristeza que no podía dejar de sentir.

Lunes, 7 de noviembre

Laura apenas si le dirigía la palabra a Javier. Ella pasaba casi todo el tiempo en la fábrica, encerrada en el despacho que un día ocupó su padre. Manteniendo constantes reuniones con los asesores y los empleados administrativos de la empresa. Javier nunca estaba presente, pero podía ver por las persianas venecianas los rostros demudados y las expresiones poco esperanzadoras de los presentes. A pesar de que era una mujer de carácter, no solía perder los papeles como hacía su difunto padre: era legendaria su forma de tratar a sus trabajadores como esclavos y cómo aprovechaba la primera ocasión que se le presentaba para humillarlos. Él, que tenía contacto directo con los trabajadores que se encontraban a pie de fábrica, percibió que muy pocos se entristecieron cuando Puertas murió.

Sin embargo las noticias inquietantes no habían hecho más que comenzar: el presunto delito de estafa ejecutado por su propio fundador había extendido incredulidad, ira y la consiguiente frustración entre los trabajadores que, en su mayoría, habían acompañado a Puertas desde los inicios, en un mayor o menor grado de lealtad. No eran pocos los que se atrevían a preguntarle por la auténtica situación de la empresa. Javier, que siempre se había sentido cómodo estando ajeno a los puestos de responsabilidad, respondía con evasivas o con algún que otro chiste malo, que con aquel ambiente enrarecido no hacía gracia a nadie.

Volvió a mirar hacia el despacho de Laura por enésima vez y creyó ver que su mujer, sentada en el sillón del escritorio y rodeada de asesores, ordenaba cerrar las persianas para que nadie desde fuera pudiera ver lo que estaba ocurriendo allí dentro.

—Javier, me voy a ir a almorzar y cuando vuelva te termino las muestras —dijo un hombre de mediana edad. Bajo, desgarbado, con una bata que le venía grande, con las manos oscurecidas y deformadas por el intenso trabajo manual.

—No me jodas, Pascualín, ¿qué te cuesta echar cinco minutos más? Tengo que salir de viaje en cuanto estén terminadas.

—No son cinco minutos —protestó Pascualín malhumorado.

Pero Javier no le prestaba atención porque observaba a los dos hombres que acababan de entrar y que tenían la capacidad y el aspecto de ponerlo nervioso.

—Espera —murmuró él dirigiéndose hacia una pequeña recepción por donde se entraba a la fábrica.

Flora, una de las fieles trabajadoras que llevaba con Puertas desde que fundara su empresa, estaba atendiendo a aquellos dos hombres. Miró a Javier con cierto

nerviosismo.

—Estos señores preguntan por Laura.

—Yo me encargo, Flora. Gracias. Vuelva al trabajo.

Deseosa de marcharse, Flora se deslizó en silencio de vuelta al interior. Uno de los hombres era tirando a bajo, delgado, rubio, de ojos azules y mirada intensa. Barba rala y de pocos días, rostro juvenil. El otro era más alto y fornido, moreno y con una densa barba que le recordaba a un muyahidín. El rubio le enseñó un distintivo pegado a una cara de la cartera que Javier no había visto en su vida: era un escudo con una «G» y una «C» entrelazadas y una espada convertida en báscula.

—Soy el subteniente Tendero, de la policía judicial de Albacete, y él es el sargento Camacho. Quisiéramos hablar con doña Laura Puertas.

El corazón de Javier bombeaba a toda velocidad y la boca se le secó al instante.

—Está en una reunión importante.

Se miraron entre sí compartiendo un gesto de complicidad.

—Lo entiendo, aunque lo que venimos a comunicarle también es importante.

Asintió mecánicamente. El sudor se le había concentrado en las axilas y comenzaba a dibujarse en su impoluta camisa azul a rayas.

—Un momento... —musitó con un hilo de voz.

Entró de nuevo en la fábrica. Sacó su móvil del bolsillo y marcó el número de su mujer. No contestó. Insistió varias veces hasta que lo cogió.

—Javier, estoy ocupada, qué...

—Lo sé, pero dos agentes de la policía judicial quieren hablar contigo.

Varios segundos en silencio y luego un fuerte suspiro.

—Diles que pasen a mi despacho.

Javier acompañó a los agentes por entre las mesas y estanterías donde unos apáticos y derrotados trabajadores daban forma a los cada vez menos modelos de la antaño prestigiosa marca Puertas. Javier recordó la época de esplendor y abundancia, cuando había cerca de setenta personas trabajando en la fábrica, produciendo calzado sin parar, que se vendía como rosquillas por todo el mundo. Entonces la vida era fácil, feliz y sin complicaciones.

Llegaron al despacho de Laura. Los rostros angustiados de los asesores se dispersaron sujetando carpetas con apuntes que no servirían para nada. Laura estaba sentada tras el escritorio. A pesar de que quería aparentar serenidad, sus ojos enrojecidos y huidizos se encontraron con los de Javier. Podía notar como algo físico el odio que sentía hacia él. Ella no soportaba su presencia y, entristecido, Javier no recordaba ya no la última vez que la tocó, sino la última vez que se dijeron algo agradable.

—Por favor, siéntense —ofreció Laura señalando dos sillas frente a la mesa. Había al menos seis sillas más dispersas alrededor debido a la reciente reunión.

Laura se cruzó de brazos. Llevaba un blazer azul marino y una camisa blanca desabrochada un par de botones. El cabello rubio le caía en cascada por el lado derecho. A pesar de la imagen de agotamiento físico y mental que exhibía, estaba preciosa. Esa imagen desvalida y un tanto desesperada provocaba en Javier un

sentimiento contradictorio de culpa y de lujuria. El subteniente Tendero miró fijamente a Laura durante unos segundos, tal vez impresionado por su belleza. Javier sintió una repentina punzada de celos. El subteniente repitió la misma fórmula de presentación que con él unos minutos antes.

—Si no les importa ser breves, se lo agradecería. La verdad es que está siendo una semana muy dura para todos. Estaba convencida de que ya era inmune a más malas noticias, aunque imagino que la peor de las noticias siempre está por llegar —dijo Laura con amargura.

El subteniente Tendero asintió.

—¿Me podría decir qué tipo de relación, al margen de lo profesional, mantenía su padre con su abogado, el señor Pastor?

—Se podría decir que eran amigos.

—¿Cómo describiría esa relación de amistad?

Laura apoyó los codos en los reposabrazos del sillón y se balanceó hacia los lados mientras meditaba la pregunta del subteniente.

—Se conocían de hace tiempo. Al principio era una relación que no iba más allá de lo profesional, pero con el tiempo se convirtió en amistad. Cuando mi madre vivía, salían a cenar con la mujer de Pastor. También se marchaban de fin de semana a la casa de la playa y cosas por el estilo. Y era mucho decir, porque mi padre era una persona que conocía a mucha gente por su condición de hombre de negocios, pero lo que se dice intimar, eso ya era otra cuestión. Era muy difícil que dejara entrar a alguien en su círculo de confianza.

Javier sabía perfectamente a qué se refería; aunque fuera su yerno, Puertas nunca lo consideró digno de pertenecer a su dichoso círculo de confianza.

—¿Su padre confiaba en él?

—Mi padre no confiaba en nadie.

—Pero estaba al tanto de sus negocios.

—Era su abogado y solía consultar con él sus inversiones, como es lógico —gruñó irritada y subió el tono de voz repentinamente—, aunque no sé a qué viene esto. Ya les hice a sus compañeros esta misma declaración. Además de presentar toda la documentación que me exigieron, y que todavía me exigen. Por no hablar de las continuas inspecciones a mi intimidad y a la de mi familia. Mi padre hacía las cosas a su manera, y aunque no estábamos de acuerdo, lo hacía así porque era su negocio y porque le daba la gana. Confiábamos en él y pensábamos que todo lo que hacía era por el bien de la familia. En ningún momento pensamos que iba a dejarnos en la ruina...

Se detuvo cuando las lágrimas brotaron y su voz se quebró. Javier se acercó a ella y la abrazó por los hombros. Miró a los dos agentes indignado, pero sin atreverse a abrir la boca.

—No hemos venido para hostigarla, sino a comunicarle que el señor Federico Pastor ha desaparecido.

Al escuchar aquello, Laura se sorbió los mocos y abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

—El viernes por la noche su esposa denunció su desaparición. Según ella, había quedado para almorzar con un cliente a mediodía, pero le dijo que regresaría a casa a eso de las seis de la tarde para ir a jugar al tenis con ella. Su esposa había reservado una pista para esa hora, pero no se presentó. Lo llamó a su móvil sin resultados. Ella estaba convencida de que le había ocurrido algo porque siempre la llamaba a media tarde o le enviaba un mensaje. Trató de localizarlo en el bufete, pero no sabían nada. Según sus empleados, se marchó a mediodía con el supuesto cliente. Esa fue la última vez que lo vieron.

Laura y Javier escuchaban atónitos y con la boca abierta al subteniente Tendero. El sargento no había abierto la boca desde que llegaron. De hecho, Javier no sabía cómo sonaba su voz.

—¿Y eso qué significa? —murmuró Javier con un hilo de voz.

El subteniente carraspeó antes de hablar e hizo un gesto elocuente con las manos.

—Pues muchas cosas y ninguna: la primera que me viene a la cabeza es que el señor Pastor, que como saben también estaba siendo investigado por el presunto delito de estafa y al que, como medida de precaución, se le había retirado el pasaporte, podría ser la persona que supiera dónde se encuentra el dinero desaparecido. —El subteniente y el sargento intercambiaron otra mirada cómplice—. Aunque ya registramos tanto las oficinas de su bufete como su domicilio y no hallamos nada, podrían existir indicios que demostrarían esa hipótesis.

—¿De qué indicios habla? —preguntó Laura con una consternación que deformaba su rostro.

Tras varios segundos en silencio, en los que el subteniente aprovechó la ocasión para observar detenidamente la reacción de Javier y Laura, prosiguió:

—Al parecer, el abogado Pastor había contratado a un falsificador para que le hiciera un nuevo pasaporte... obviamente con una nueva identidad.

Laura se llevó las manos a la cara y apoyó los codos sobre la mesa.

—Por eso es importante, señora Puertas, recordar detalles por pequeños que sean. Tal vez el accidente y la repentina muerte de su padre hayan acelerado algún plan oculto. Es sumamente extraño que alguien que está siendo investigado desaparezca de repente, ¿no le parece?

Laura se apartó lentamente las manos de la cara. Tenía los ojos enrojecidos y el asombro todavía se dibujaba en su rostro.

—¿Creen que podría haber provocado el accidente de tráfico en el que murió mi padre?

Todos la miraron con interés. El subteniente arrugó la frente con gesto hierático.

—Ya lo hemos pensado. El accidente se investigó en su momento y nuestros compañeros de la científica aseguraron que no hubo manipulación mecánica. Como sabe, también se realizaron pruebas toxicológicas y tampoco se halló ningún componente extraño en su organismo.

—¿Y qué hay del cliente? —preguntó Laura.

—¿Perdón?

—El cliente con el que Pastor fue visto por última vez, ¿han hablado con él? Si fue

la última persona con la que fue visto, tal vez tenga algún tipo de información que les pueda ayudar.

El subteniente sonrió y meció lentamente una de sus piernas. Miró a Laura con interés.

—Preguntamos a los empleados del bufete y ninguno pudo confirmar que viera a dicho cliente. —Hizo una pausa—. Sin embargo, el portero de la finca donde se encuentran las oficinas aseguró que vio a un hombre merodeando por los alrededores que le llamó la atención.

—¿Sería el cliente que esperaba a Pastor? —apuntó Javier.

—Pues no lo sabemos, ya que el portero no llegó a verlos juntos.

—Pero usted sí que sabe cómo era ese individuo —dijo Laura.

El subteniente asintió despacio y el sargento inspiró profundamente. Laura y Javier dirigieron sus miradas hacia él.

—Se trataba de un hombre, alrededor de metro ochenta. Vestía chaqueta y pantalón oscuros. En la cabeza llevaba una gorra, también oscura. Gafas de sol y barba, pero pensamos que la barba era falsa, con el fin de ocultar su verdadera identidad.

La voz del sargento era grave y profunda, y cuando habló parecía que el suelo temblaba. El subteniente miró fijamente a Laura, y Javier inclinó su cuerpo hacia delante.

—¿Conocen a alguien con esa descripción?

Laura se quedó pensativa durante un largo instante. Javier había enmudecido.

—Creo que no, subteniente. Lo siento.

Tras mirar fijamente a Javier y a Laura, el subteniente y el sargento se levantaron y les extendieron sus respectivas manos.

—De acuerdo, señora Puertas. Gracias por atendernos. La tendremos informada de cuanto vaya sucediendo. Y llámenos si recuerda cualquier cosa, por pequeña que sea.

Salieron del despacho. Javier estaba de pie, en el mismo lugar en el que había permanecido durante toda la reunión. Laura tenía los dedos entrelazados con los codos apoyados en los reposabrazos. Tras varios segundos de tenso silencio abrió la boca:

—Sal ahora mismo de mi despacho.

Martes, 8 de noviembre

Cebreros subió los escalones hasta la cuarta planta del Hospital Universitario de Albacete sin cruzarse con nadie. Como de costumbre, los ascensores se encontraban absolutamente colapsados por los visitantes que, al parecer, eran incapaces de subir unos cuantos peldaños y preferían esperar refunfuñando, en algunos casos incluso más de diez o quince minutos. Cuando el codiciado aparato por fin aparecía, los congregados lo tomaban al asalto ofreciendo escenas verdaderamente absurdas y surrealistas, propias de una película de Berlanga. Al llegar a la habitación de la teniente Manubens vio que estaba vacía. Observó la cama deshecha y el sillón del acompañante pegado a ella, con una ajada edición de bolsillo de *Mystic River* entre una manta de viaje de color rojo y blanco. Encima de la mesita vio un móvil con la pantalla rayada y los auriculares puestos, lo que le indicó que la teniente no debía de andar muy lejos.

Salió de nuevo al pasillo. El ir y venir de médicos, enfermeras y visitantes era incesante. La gente intentaba hablar sin levantar la voz y se escuchaban toses y alguna que otra risa. Se acercó hasta el puesto de información que tenía más próximo. El teléfono no paraba de sonar y el personal entraba y salía a toda velocidad. Se apretujó junto a una señora muy gorda que se abanicaba con un folleto informativo, mientras no dejaba de repetir con su voz cantarina que hacía un calor infernal allí dentro. Intentó preguntar a la auxiliar que atendía el teléfono, y entonces vio a la teniente al final del pasillo, entre personas que salían y entraban de las habitaciones.

La teniente Manubens llevaba el cabello recogido en una coleta hecha de cualquier manera, con el peto hospitalario de color blanco que hacía resaltar su piel morena. Caminaba cojeando agarrada a un portagotero portátil cuya vía llegaba hasta su mano derecha. A cada paso que daba, Beatriz hacía un gesto de dolor al apoyar el pie izquierdo. Cebreros llegó hasta ella, quien al verlo se detuvo.

—Juan, qué alegría verle.

—¿Quiere que la ayude a sentarse, mi...? —se ofreció al ver otro gesto de dolor, acompañado de un gemido.

—No, no —se apresuró a decir, moviendo la mano libre—. Pero gracias. Si no me obligo a andar todos los días unos metros jamás saldré de aquí. Vamos a mi habitación.

Beatriz se sentó en el borde la cama y exhaló un suspiro de alivio. Cebreros constató que caminaba más deprisa de lo que había imaginado, y delante de él no se

quejó en ningún momento. Cogió la botella de agua que había en la mesita y se bebió lo que quedaba de ella de un solo trago.

—Si no le importa, Juan, me voy a tumbar un rato.

—Si necesita cualquier cosa, no tiene más que pedirlo, mi teniente.

Beatriz sonrió agradecida una vez tumbada en la cama, y se permitió cerrar los ojos un instante.

—Creo que tenía razón, Juan.

—¿Respecto a qué, mi teniente?

Con la cabeza apoyada en la almohada, abrió los ojos y miró al cielo raso.

—El asesino de Anabel. Alguien me tendió una trampa y yo, tonta de mí, caí en ella. Fue una estupidez. Me dejé llevar por un impulso; el mismo que provoca que cometa los peores errores.

Cebreros esbozó un gesto de sorpresa.

—Pero he escuchado que usted...

Beatriz le hizo callar con un gesto.

—De momento prefiero que no se sepa y que quede entre usted y yo.

Cebreros asintió no demasiado convencido; aun así afirmó:

—Puede contar con mi discreción.

Beatriz se fijó en la tableta que el brigada sujetaba entre sus manos.

—¿Qué lleva ahí, Juan?

—Mi última recopilación fotográfica.

—¿Hay algo interesante?

—Podría ser. Llevo varios días rompiéndome la cabeza con un... individuo al que le hice unas fotografías y quería compartirlo con usted en persona.

—¿Le ha hablado de esto al capitán Carmona?

—Sí. Incluso le envié las fotografías por correo junto al informe que redactó casi cada día.

—Por la cara que pone, imagino que no le ha hecho caso.

Cebreros se encogió de hombros.

—Enséñeme a ese individuo, por favor.

Cebreros quitó la funda protectora de la tableta e introdujo una cifra para desbloquearlo. Tocó el icono de la carpeta Fotos e inmediatamente aparecieron un montón de fotografías de hombres que tenían, al menos aparentemente, dos cosas en común: todos estaban en el nacimiento del río Mundo o alrededor del lugar donde se halló el cuerpo de Anabel, y todos habían sido fotografiados sin que se dieran cuenta.

—¿Solo hombres? ¿Por qué no mujeres? ¿Piensa que una mujer no podría ser capaz de asesinar a Anabel? No nos subestime.

—Y no lo hago, solo que cuando comencé a hacer fotos lo hice con la única premisa de fotografiar a aquellas personas que me llamaran la atención por algún motivo en particular que no podía describir, sin importar su sexo. También tomé fotografías de mujeres, las menos, pero luego las desestimé porque no encajaban con el perfil del supuesto asesino.

—A saber.

Cebreros se aclaró la voz antes de contestar, se cruzó de brazos y se balanceó ligeramente en el sillón del acompañante.

—Por el ángulo de las cuchilladas que acabaron con la vida de Anabel. No hay duda de que fue alguien bastante más alto que ella, que medía un metro cincuenta y siete.

—Y estas mujeres eran más bajas o de su misma estatura.

—Exacto. El asesino, o asesina, al menos tendría que medir metro ochenta, metro ochenta y algo...

—Un hombre alto.

—O una mujer excepcionalmente alta, que no pasaría desapercibida.

Beatriz tuvo que darle la razón.

—¿Puedo? —pidió, refiriéndose a la tableta.

Cebreros se la entregó y Beatriz se desplazó con el dedo anular por entre la colección de fotografías. Abrió algunas al azar; eran parecidas a las primeras que le envió. En ellas aparecían hombres de mediana edad casi siempre solos. Cebreros, que no dejaba de sorprender a Beatriz, demostró a través de sus imágenes ser un fotógrafo excelente que conseguía captar en los sujetos miradas reveladoras. Tras varios minutos observando las fotografías, Beatriz se detuvo en un individuo que llamó inmediatamente su atención: a pantalla completa aparecía un hombre delgado. Vestía chaquetón deportivo azul oscuro. Pantalones vaqueros. Por las imágenes no podía calcular su estatura, pero Beatriz juraría que estaría en torno al metro ochenta. Llevaba barba tupida, gafas de sol de pasta negra y una gorra de béisbol bien ajustada que, junto al resto de elementos, impedía su identificación. Beatriz estudió varias veces y con suma atención las tres fotografías que había del individuo. Las amplió utilizando el gesto con los dedos anular y pulgar, y después de varios minutos en silencio se permitió exhalar un largo suspiro.

—Hay algo familiar en él, pero no sé qué... —musitó más para sí misma—. Además está esa barba.

—¿Cree que es falsa?

—Por supuesto. ¿No tiene más fotos de él?

—No. Pero sí de su coche —dijo Cebreros sin ocultar la satisfacción que le producía.

Beatriz agitó la cabeza y sonrió al mismo tiempo.

—¿Por qué debería sorprenderme?

Con un sencillo desplazamiento por entre la galería, Cebreros seleccionó una imagen y la amplió. En ella se veía a varios turismos estacionados en el aparcamiento del nacimiento. La imagen tenía poca luz debido a que el día estaba nublado, pero sobre todo debido a la sombra que proyectaban los árboles sobre los vehículos.

—Es este. —Señaló el vehículo de la derecha, un Citroën C4 de color gris.

—Apenas se ve la matrícula —protestó Beatriz ampliando la imagen al máximo—. Siete, cinco, siete...

—Es inútil —musitó Cebreros—. He intentado aclararlo todo lo posible con Photoshop, pero solo he conseguido llegar hasta lo que ve.

—Si pudiéramos descifrar esa matrícula llegaríamos al propietario. —Miró a Cebreros con interés—. Ha dicho que habló con Carmona de esto, ¿no?

—Se las envié, como le dije. Luego traté de hablar con él, pero no he recibido contestación todavía.

Beatriz hizo un gesto amargo y le entregó la tableta a Cebreros. Recostó de nuevo la cabeza sobre la almohada y se quedó en silencio, mirando el techo.

—¿Cree que podría ser una pista o que debería emplear mejor mi tiempo en encontrar a ese chaval? —rumió Cebreros con cierta amargura, y Beatriz lo miró fijamente a los ojos.

—Juan, no quiero que piense de ese modo. Está siguiendo su instinto policial. Investigar un crimen es una tarea compleja y casi siempre desesperante. —Puso la mano en la que no llevaba la vía sobre el brazo de Cebreros y lo acarició con afecto—. Siga así, se lo ruego. Y me gustaría repasar con usted lo que tenemos hasta ahora.

Asintió con un gemido sordo. Beatriz se irguió en la cama, colocándose la almohada de tal modo que estuviera cómoda.

—Anabel tenía pensado viajar a París al día siguiente de su asesinato. Ese mismo día Sanromán visita a Anabel y ella le dice que tiene que marcharse, porque ha quedado con alguien.

—La persona con la que quedaría más tarde en el nacimiento del río Mundo —apuntó Cebreros.

—Veamos la situación desde el punto de vista de Anabel: ella queda con su asesino en un lugar público y no en la cabaña donde residía. ¿Por qué motivo? En la cabaña hubieran tenido más intimidad.

—Tal vez Anabel conocía a esa persona, pero no lo suficiente como para llevarla a su cabaña, lo que indicaría que era un conocido más que una persona de confianza.

Beatriz sonrió.

—O tal vez todo lo contrario.

Cebreros arrugó el entrecejo.

—Alguien con quien ha mantenido una relación sentimental, ¿tal vez furtiva?, que ha terminado ya, al menos para ella: citarle en un lugar público es su forma de decirle que todo se ha acabado definitivamente.

—¿Un hombre casado?

Beatriz asintió.

—Pero él no lo acepta e insiste en que se vean una última vez.

—Y por eso Anabel no teme por su vida, pero cuando quedan ya tiene en su mente acabar con ella.

—Y Adrián en el centro de todo.

Cebreros estuvo de acuerdo.

—El verdadero padre de Adrián, que de algún modo ha vuelto a entrar en la vida de ambos. Anabel acepta que vea al niño, que se despida, pero este individuo tiene otros planes más siniestros. Un padre que sería capaz de matar a Anabel para quedarse con el niño.

Beatriz escuchó con atención las palabras de Cebreros.

—Volvamos si le parece al lugar del crimen —dijo Beatriz—, porque hay algo a lo que no dejo de darle vueltas: Anabel está en la pasarela y el niño podría estar jugando cerca. El asesino va hasta ella, que no teme por su vida. Acuchilla a Anabel y cae o la tira al riachuelo, pero luego tendría que ir a por el niño, que tal vez tuviera una ligera ventaja para poder escapar. Pero supongamos por un momento que el asesino es más rápido y consigue atraparlo, lo inmoviliza y se lo lleva a su coche, que lo tendría estacionado en el aparcamiento.

—Pero no encontramos señales de lucha o forcejeo, ni en el aparcamiento ni en los alrededores de donde se cometió el crimen.

—Eso indica que no la hubo.

—Y que el niño consiguió escapar —añadió Cebreros esperanzado.

Beatriz hizo un gesto con la mano.

—No adelantemos acontecimientos —prosiguió—. Días después, se encuentra la sudadera de Adrián en una zona boscosa. ¿Se puede acceder a ella en coche fácilmente?

—Es totalmente impracticable para vehículos de cuatro ruedas —dijo Cebreros negando con la cabeza al mismo tiempo—. Solo se puede llegar caminando campo a través o con una moto trial, como las del SEPRONA.

—¿Y cuánto se tardaría andando desde donde se encontró el cuerpo de Anabel hasta donde se encontró la supuesta prenda de Adrián?

Cebreros hizo un cálculo mental.

—Tendría que dar un rodeo considerable... Aproximadamente treinta, treinta y cinco minutos.

—Eso conociendo el terreno.

—Sí, claro.

—Entonces, para alguien que no lo conociera sería bastante improbable que siguiera a Adrián hasta allí arriba ya anocheciendo, acabara con él, enterrara su cuerpo y dejara una prenda, ¿con qué motivo?, en lugar de hacerla desaparecer.

Cebreros meditó las palabras de Beatriz.

—Cree que alguien puso la prenda días después. Prenda en la que, por cierto, no han hallado el ADN del niño, lo cual es muy sospechoso.

—Sí, pero ¿por qué hacerlo? —dijo Beatriz—. ¿Por qué dejar una prenda que en realidad no pertenecía a Adrián?

—Para despistarnos, ¿tal vez para provocar algún tipo de reacción?

Beatriz asintió despacio.

—Eso suena interesante, pero ¿qué tipo de reacción?

—Entonces ¿cree en serio que el niño hubiera podido escapar? —preguntó Cebreros cambiando de tema—. Sin embargo, hemos rastreado la zona palmo a palmo y no hemos encontrado absolutamente nada.

—Hay algo que no encaja, pero no sé qué puede ser —murmuró ella.

Se quedaron un momento en silencio, rumiando ideas.

—¿Y si el niño en realidad estuviera oculto, escondido, y no quisiera salir porque teme algo, o mejor dicho a alguien...?

Miró fijamente a Cebreros.

—¿Sabe qué? Tenemos que encontrar a esa mujer, Paola *la Dominicana*. Ella podría ser la clave.

—He estado buscando en la base de datos a personas con antecedentes con esas características, pero no he encontrado nada hasta ahora. Tal vez utilice un nombre falso.

—Es muy probable. La mayoría de las prostitutas lo hacen. Llevan una doble vida. Es un auténtico drama cuando sus familiares descubren que sus hijas, a las que suponen con una vida normal en España, tienen que recurrir a la prostitución para ganarse la vida.

Cebreros pensó en Anabel. Recordó la fotografía sonriente de ella junto a Adrián y luego la imagen atroz cuando descubrió su cadáver.

—Seguiré insistiendo, mi teniente. —Acto seguido se levantó—. Y ahora me marcho, tiene que descansar.

Beatriz asintió con gesto distraído, se colocó la almohada, se recostó y cerró los ojos.

La mañana de soledad que imaginó se diluyó al poco de marcharse Cebreros. Sin casi tiempo a que pudiera cerrar los ojos y ordenar sus ideas, hizo acto de presencia la doctora y capitán Bosch, del cuerpo de psiquiatría de la Guardia Civil de Albacete. No había podido acudir antes, ya que casualmente se encontraba en un simposio en Hamburgo sobre las consecuencias del estrés postraumático en profesionales de las fuerzas del orden. Más allá de las preguntas de rigor, Bosch se interesó por las causas que habían provocado aquel «extraño incidente», como lo calificó, y trató de indagar en los motivos que la habían impulsado a cometer aquel «desacierto», y si el mismo sería el síntoma de una recaída, en cuyo caso debería hacer un seguimiento más exhaustivo y revisar su tratamiento. Beatriz trató de persuadir a la doctora de que había sido un suceso aislado sin consecuencias, más allá de las físicas, que por fortuna habían sido leves, y que ya se encontraba mucho mejor. No demasiado convencida, la doctora Bosch la convocó para una nueva entrevista en cuanto tuviera el alta.

Cerca de las nueve de la noche, y tras dar su paseo habitual por la planta, apareció Alberto.

—¿Qué haces fuera de la cama?

Ella estaba sentada en el sillón del acompañante, hojeando el libro que Alberto estaba leyendo mientras la velaba por las noches. Se alegró mucho de verlo, pero evitó exteriorizarlo. Intentó incorporarse y al hacerlo hizo un gesto de dolor al apoyar el pie en el suelo.

—No hagas eso.

Alberto avanzó hacia ella y la cogió por los brazos.

—Estoy bien —gruñó en tono bronco.

—Ya lo veo. Haz el favor, siéntate.

—No soy una niña.

—A veces lo pareces.

Sin rechistar, obedeció a Alberto, pero resopló exageradamente por no ser capaz de controlar la situación. Alberto sonrió, lo que no contribuyó a apaciguar su mal humor.

—¿Te divierte verme de esta forma?

—Por lo menos aquí estás bajo control.

—No será siempre así. Algún día saldré por esa puerta.

—Eso es lo que más miedo me da.

Alberto meneó la cabeza. Beatriz resopló y se dio por vencida.

—De momento tú ganas.

—Esto no es una competición, solo quiero que no te ocurra nada que tengamos que lamentar.

La imagen de la figura que la empujó por la ventana del hotel aquella madrugada se dibujó sobre su mente incluyendo texturas y sonidos. Desde que había ocurrido no dejaba de darle vueltas, tratando de ponerle rostro a aquel individuo sin conseguirlo.

—¿Has tenido hoy alguna visita relevante? —preguntó Alberto sacándola de su momentáneo mutismo.

Beatriz le habló sucintamente de la visita de la doctora Bosch, pero se explayó en la del brigada Cebreros, ensalzando el trabajo que estaba realizando. Alberto se interesó por el sospechoso de la gorra negra, barba y gafas de sol que el brigada había podido documentar en uno de sus furtivos reportajes fotográficos, pero ya no podían seguir esa pista por falta de medios y desconocimiento técnico.

—Todo suena muy misterioso —dijo Alberto.

—Lo es.

—Tal vez yo pudiera echaros una mano.

Beatriz lo miró fijamente. No tenía que haber mencionado a Alberto la investigación de Cebreros. Ahora ya era tarde.

—No será necesario. Además, no creo que fuera buena idea.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te impliqués en una investigación policial.

Alberto continuó terco.

—Y no lo hago. Llámalo una pequeña colaboración. Tal vez yo podría ayudaros. Tengo conocimientos de retoque fotográfico e informática que os vendrían bien.

La sola idea de descubrir la identidad de aquel hombre misterioso era una perspectiva más que atractiva. Sin embargo, no debía compartir más información de un crimen con Alberto, no era ético ni responsable. Había llegado demasiado lejos y no debía permitir que aquello fuera a más.

—Te lo agradezco, pero vamos a enviar las fotos al equipo que está investigando el crimen. Ellos tienen los medios apropiados.

Alberto hizo una mueca de decepción y miró para otro lado. Beatriz se arrepintió de haber compartido con él toda aquella información. Tenía que hacerle cambiar de opinión como fuera.

—En lugar de eso, ¿por qué no escribes? Tengo ganas de leer tu novela.

Él sonrió con tristeza y negó con la cabeza.

—Ya te dije que no tengo ninguna novela escrita.

—Pero sé que te haría mucha ilusión escribirla y a mí leerla. ¿Crees que podré leer algo estas navidades? Sería un buen regalo de Reyes.

Entrecerró los ojos y se mesó la barba.

—Eso es dentro de dos meses y solo tengo un borrador de unas pocas páginas. No tienes ni idea del oficio de escritor.

—Perdone usted, señor autor.

Beatriz constató que a Alberto se le ensombrecía el rostro y evitaba mirarla. No sabía si seguía decepcionado por su reacción respecto a su «colaboración en el caso» o porque tal vez se sentía frustrado con su actual situación laboral, de la que apenas hablaba. Le acarició la barba y buscó sus ojos. Una sensación súbita la hizo temblar y ahogar un suspiro. Alberto la miró a los ojos en ese preciso instante. Beatriz recompuso su rostro y sonrió como pudo.

—Me gustaría ser uno de los personajes de tu novela.

—¿Qué?

—Como la protagonista. No, preferiría ser la *femme fatale* de la que el inspector se enamora perdidamente.

Alberto sonrió.

—El protagonista no es un inspector, sino un escritor que vive amargado porque perdió al amor de su vida en un accidente de tráfico.

—Vaya —dijo Beatriz decepcionada.

—Pero conoce a una *femme fatale*, que se convierte en la sospechosa principal de un asesinato y de la que acaba enamorándose perdidamente.

—¿Cómo acaba? —preguntó intrigada.

—Tendrás que leerla cuando la termine... si eso ocurre algún día.

Beatriz esbozó un gesto escéptico.

—No sé qué es lo que más me molesta, si tener que esperar hasta que la tengas terminada o que el escritor se vuelva a enamorar de otra mujer, que seguro que es la asesina. Has dicho que era el amor de su vida, ¿no?

Se alegró de que aquella sombra oscura desapareciera de su mirada y olvidase, al menos aparentemente, el descabellado propósito de intervenir en una investigación policial. De todas formas no albergó demasiadas ilusiones, Alberto era terco y, por lo que le conocía, poco dado a abandonar al primer intento. Al filo de las once de la noche Beatriz insistió en que esa noche debía irse a dormir a casa. Había estado con ella las tres últimas noches y se le veía cansado. Alberto quiso protestar pero Beatriz fue inflexible con él.

Agotado, se subió al coche y condujo hasta su casa. Estacionó el vehículo como siempre hacía en las inmediaciones de Parque Sur. Deseaba darse una ducha caliente y reconfortante e irse a la cama a descansar, pero no dejaba de darle vueltas al asunto del misterioso hombre de la barba, gafas de sol y gorra negra que había llamado la

atención de Cebreros y también de Beatriz. En medio del salón, sin haberse desprendido de su plumífero, su cabeza daba vueltas sin parar. Sacó su portátil, lo encendió y se sentó frente a él. Una vez en marcha, entró en Mail y localizó el correo que le envió Cebreros con aquellas primeras fotos y decidió escribirle. Era un mensaje muy corto. Pulsó Enviar.

Se desprendió de su plumífero al fin y, mirando la pantalla, decidió que se daría la ducha caliente y relajante y después se comería el arroz tres delicias que le había sobrado al mediodía antes de irse a la cama. También le daría tiempo a Cebreros por si estaba despierto y, con suerte, respondía a su correo. Diez minutos más tarde, Alberto salió de la ducha dejando un rastro con sus pies mojados y con el cabello negro chorreando gotas de agua sobre el viejo parquet, y sin dilación se dirigió a su portátil. Nada más echar un vistazo vio que Cebreros había respondido, y como él deseaba, enviándole las fotografías del sospechoso que le había solicitado en nombre de la teniente Manubens.

El viento agitaba la escasa vegetación que crecía al borde de las calles del polígono industrial El Mugrón de Almansa. Las farolas diseminadas a lo largo de la calzada punteaban una porción del asfalto como gigantes luciérnagas. Javier atravesó a toda velocidad la ronda sur cuando el reloj del salpicadero marcaba las 2.14 de la madrugada y llegó hasta el callejón lateral de la fábrica donde habitualmente aparcaba su coche. Apagó el motor y retiró la llave del contacto. Todo se quedó sumido en un silencio ominoso roto por los ligeros zarandeos del viento al silbar alrededor del coche. Cerró los ojos y una apabullante sensación de angustia casi le provoca un repentino llanto. No quería pensar en todo lo que había ocurrido, pero cuanto más se obstinaba en hacerlo, más surgía del fondo de su ser para su desesperación. Le era imposible conciliar el sueño, y la llegada de la mañana se convertía en una tortura insoportable. Las lágrimas acudieron al fin a sus ojos y golpeó con rabia el volante varias veces. Se llevó las manos a los ojos y dejó que aquella aflicción que sentía se apoderase de él.

El callejón era una densa mancha negra. Una planta de salicor rodó por el cemento hasta que se empotró contra el parachoques delantero haciendo un ruido como de arañar una superficie metálica. Notó la presencia de alguien, y al girar la cabeza hacia la derecha vio los cabellos de Laura agitarse como serpientes enloquecidas. Apenas podía ver sus ojos, que estaban sumidos en una profunda oscuridad.

Sin creérselo del todo, pulsó el interruptor de la luz interior y el haz le devolvió la mirada fija de su esposa, que lo observaba en silencio e inmóvil. Se apresuró a abrir la puerta y Laura se sentó sin prisa en el asiento del acompañante. Vestía un plumífero azul marino de cuello alto con forro polar. Estaba despeinada por el viento. Tenía la piel brillante. Sus ojos refulgían, no sabía si de desesperación, odio, rabia o asco. Lo miró sin mostrar emoción, curiosa.

—¿Remordimientos, cariño?

La miró sin saber qué decir. Cualquier palabra que dijera sería insuficiente, sonaría

falsa. Aun así, no pudo evitar responder; estaba en su ADN.

—No sé de qué me hablas.

Laura se rio, pero su risa sonaba cansada.

—¿Sabes qué es lo que nunca he soportado de ti?

Javier abrió mucho los ojos, sorprendido. En todos los años que había estado con ella, habían surgido, como en cualquier matrimonio, peleas, confrontaciones y miles de reproches. Se habían gritado y tirado los trastos a la cabeza, pero de algún modo, pensando siempre que todo formaba parte de aquel juego entre hombre y mujer. Nunca que pudiera acabar con su relación.

—Que pensaras que nunca me daría cuenta. Imagino que cualquier hombre que engaña a su mujer trata de tapar el rastro de sus infidelidades. Unos supongo que son bastante hábiles, o sus circunstancias personales o profesionales les ayudan en su propósito. Otros cometen pequeños deslices que los atormentan de por vida. Y otros dejan un rastro tan grande como su propia sombra. Tal vez porque son descuidados y torpes, o tal vez porque su obsesión por el sexo se ha convertido en el único motivo de su existencia y les es imposible ocultar por más tiempo su verdadero yo. —Ladeó la cabeza buscando los ojos de Javier, que se obstinaban en mirar al frente—. Sean cuales sean, todos son descubiertos por sus mujeres tarde o temprano.

»Muchas callan y lloran en silencio, torturándose. Buscando una explicación o incluso asumiendo la culpa de sus maridos como propia. Otras rompen en mil pedazos ese falso amor y amenazan con una venganza sin fin. Yo creía que era de estas últimas y que actuaría de ese modo si alguna vez me enteraba de que me engañabas. —Negó con la cabeza—. Pero no, enmudecí. Al principio noqueada por la consternación. Luego tratando de hallar una respuesta. Muchas mujeres que conocía hablaban de que los hombres eran infieles por naturaleza. “No el mío”, argumentaba orgullosa. “Mi marido es el clásico macho alfa y soy consciente de ello, y por ese motivo haré todo lo que tenga que hacer para que no se vaya a la cama de otra”.

Laura cogió a Javier por la barbilla y lo obligó a que la mirara. Una simple ojeada le bastó para sentir su ira, que le iluminaba de forma extraña los ojos.

—¿No hice todo lo que deseabas, grandísimo hijo de puta?

—Laura, todo tiene una explicación. Verás...

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas temblorosas. Con un manotazo de rabia se las limpió.

—Callé durante años pensando que sería una crisis pasajera. Que teníamos que reinventar lo nuestro. No veía el modo. Algunas recurrían al intercambio para intentar retener a sus parejas y tener algo nuevo y excitante que ofrecer en sus relaciones. No me hubiera importado, ¿o es que crees que solo a ti te gusta el sexo? Aunque odiaba la idea de verte con otras mujeres, lo hubiera hecho si hubiera sido necesario.

Laura calló repentinamente. Javier miró su perfil. Las lágrimas le caían despacio por las mejillas y apretujaba sus manos, una contra la otra.

—No quería saber nada. No quería conocer quiénes eran. —Ladeó la cabeza y miró a Javier—. Hasta que descubrí lo tuyo con Anabel.

—No fue lo que tú crees... —se apresuró a añadir.

—Desde luego que no. Porque no pensé que podías llegar tan lejos.

Javier la miró fijamente.

—No lo niegues, porque lo sé todo. Hasta lo del niño.

—Yo solo quería ayudarla —comenzó a justificarse en tono quejumbroso—. Era amiga mía y estaba en una situación delicada, solo quería ayudarla a salir del bache. La vi una vez, fue por pura casualidad. Lo estaba pasando muy mal, yo solo quería echarle una mano, te lo juro, no hubo nada entre nosotros.

—No me mientas. Te acostaste con ella. Lo sé y tengo pruebas. ¿Vas a negarlo?

Una mirada suya bastó para que enmudeciera. Hubo un silencio y de repente Javier se echó a llorar. Laura lo miró con desprecio.

—No puedo seguir con esto —se lamentó con las manos sobre los ojos—. He aguantado por los niños, pero se acabó. Estoy al límite de mis fuerzas.

Asió la manija para salir del coche, pero Javier la retuvo.

—Perdóname, por favor. Sé que he cometido muchos errores, pero te quiero. Eres la única mujer a la que he querido, tienes que creerme. Haré todo lo que quieras, pídemelo lo que sea, haré lo que...

—¿Eso es lo que le dijiste a ella, que la querías? ¿Por eso la mataste?

—Yo no he matado a nadie, tienes que creerme, yo no la he matado...

—¿Qué has hecho con el niño? —preguntó ella cada vez más asqueada.

—¿Qué quieres decir? —gritó Javier súbitamente, irguiéndose en el asiento—. No he hecho nada. ¿Crees que yo...?

Laura lo miró con una mezcla de indignación y temor.

—Dios mío, eres un monstruo...

—Te juro que yo no he hecho nada. No la he matado, no he matado a nadie...

—La mataste porque se marchaba, porque se alejaba de ti. Porque ya no te quería... Porque no verías más a Adrián.

El nombre del niño fue como un resorte que hizo palidecer a Javier, que detuvo cualquier movimiento de su cuerpo. Afuera el viento agitaba las farolas y las vallas de tela metálica, y arrastraba polvo y suciedad, silbando con virulencia cada vez que se colaba por algún resquicio. Tras varios segundos en silencio, Laura abrió la puerta y el viento la zarandó.

—Espero que ese niño esté vivo. Y será mejor que confieses pronto o seré yo misma la que hable con la Guardia Civil.

Laura se bajó del coche, cerró la puerta y desapareció. Javier miró el asiento vacío. Buscó por entre las ventanillas su presencia sin encontrarla. Parecía que todo había sido un sueño y Laura, en realidad, un producto de su alterada imaginación.

Miércoles, 9 de noviembre

Cuando el reloj todavía no había marcado las ocho de la mañana, el doctor Prieto entró en la habitación que ocupaba la teniente Manubens. Ella estaba de pie, observando a través de la ventana el trasiego matinal. Sus miradas se cruzaron y la sensación que tuvo el doctor al contemplarla fue como si estuviera observando a un animal salvaje que no se puede mantener en cautividad durante demasiado tiempo.

—Doctor, creo que ya va siendo hora de que me dé el alta. Me encuentro mucho mejor.

El doctor Prieto, sin abrir la boca, apuntó algo en la carpeta rígida que, al parecer, siempre llevaba consigo.

—Buenos días también para usted, teniente. —Hizo un gesto con el mentón al ver cómo ella iba hacia el otro lado de la habitación, tratando de disimular su pequeña cojera—. ¿Le duele al caminar?

—En realidad, no. Aunque no podré correr la maratón de Nueva York como tenía previsto para este año, pero me las arreglaré.

Volvió a tomar notas.

—¿Qué tal su espalda? ¿Tolera bien la medicación? ¿Se ha sentido alguna vez desorientada o de algún modo ha alterado su rutina?

—No, todo bien. La doctora Bosch me ha reducido las tomas, en previsión de posibles contraindicaciones. —Hizo una pausa—. Necesito salir de aquí.

Los azules ojos del doctor la miraron fijamente. Tras las primeras palabras de cortesía volvió a ver al animal salvaje enjaulado, que sin dudarlo escaparía a la mínima ocasión que se le presentara.

—Pudo morir o quedar parapléjica.

—Cierto, pero aquí estoy; vivita y coleando.

El doctor mostró su dentadura, un tanto irregular y amarilleada por el café.

—Coleando con una ligera cojera.

Le devolvió la sonrisa, pero él percibió tras aquellos grandes ojos castaños un brillo resolutivo que intuía sería una de sus grandes virtudes.

—Un día más, teniente. Mañana volveré a ver qué tal está, ¿podrá hacerlo por mí?

Desapareció la sonrisa de su rostro.

—Por supuesto, es usted muy persuasivo.

Salió de la habitación con la sensación de que la teniente Manubens ya comenzaba a maquinarse algo en aquella cabecita suya tan bonita.

Beatriz no soportaba la idea de permanecer un día más allí dentro. Apenas tenía dolores, que lograba erradicar gracias a los analgésicos y ocasionales antiinflamatorios. Sin embargo, lo que más la enfurecía era no poder librarse de aquella leve cojera, que aunque no le impedía andar con normalidad, le provocaba alguna que otra punzada cuando trataba de forzar la marcha. Cuando se levantó esa mañana se había hecho a la idea de que el doctor Prieto le daría el alta. De algún modo, imaginaba que detrás de aquella decisión estaría la doctora Bosch o incluso Carmona, lo que la enfurecía aún más.

Salió al pasillo como el buceador que nada hacia la superficie en busca del preciado oxígeno. La actividad en aquella planta, y prácticamente en todo el hospital, ya era frenética a esas horas. La sola idea de tener que permanecer un día más allí dentro la consumía. Tenía que hacer algo. Entre el constante flujo de personal sanitario y aburridos familiares de enfermos, Beatriz vio a alguien conocido: ella lo había visto antes con el uniforme de trabajo y esa era la imagen que tenía de él en su cabeza. Sin embargo, sin el uniforme predominantemente verde, todo su aspecto, aunque fuera de paisano, recordaba lo que era en realidad.

Medina parecía intimidado por el constante trasiego que sucedía a su alrededor. Con el calor que hacía allí dentro, el chaquetón gris oscuro y pesado que llevaba era como una afrenta al sentido común. Las manos en los bolsillos. Pantalones de pana marrón y botas Quechua grises. Vio a Beatriz y se detuvo en su lento deambular. Como si Medina pudiera dar la vuelta y desaparecer por la puerta del final del pasillo, Beatriz se apresuró a acercarse a él. Quizá porque ella llevaba unas zapatillas de andar por casa y aquella liviana bata para pacientes, vio a Medina más alto y corpulento de como lo recordaba: un hombre lo bastante fuerte como para arrojarla al vacío por una ventana de un solo empujón, a pesar de que ella no fuera precisamente menuda.

—Tiene buen aspecto, teniente —rumió él sin poder evitar mirar la curvatura sugerente de sus pechos dibujándose a través de la bata.

Beatriz le extendió su mano derecha.

—¿Ha venido a ver a alguien, señor Medina?

Medina abrió los ojos ligeramente sorprendido y eso era mucho decir, porque apenas eran dos rendijas rasgadas en su rostro. Dudó en la respuesta.

—Oí en el pueblo que había tenido un accidente.

Se sacó las manos de los bolsillos y estrechó la de Beatriz. Ella sintió su mano grande, caliente y callosa.

—¿Por qué no vamos a tomar un café? Aunque tendrá que invitarme; no llevo nada encima.

Beatriz hizo un gesto elocuente. Medina echó un rápido vistazo a su anatomía e hizo una mueca, que Beatriz sospechó sería lo más parecido a una sonrisa.

Se sentaron a una mesa cuadrada y diminuta que, a pesar de parecer nueva, cojeaba de una pata. Los dos vasitos de plástico con los cafés peligraron cuando hicieron algún que otro movimiento involuntario, lo que provocó un momento distendido entre los dos. Intuía que Medina estaba allí para confesar algo que tenía guardado.

Todos los poros de su piel y los movimientos pausados y silenciosos que ejecutaba, rezumaban culpabilidad o remordimiento. Así que no dejaría que se marchara de allí sin averiguarlo. Ella tendría que llevar el peso de la conversación; auguraba que Medina sería hombre de pocas palabras.

—Menos mal que ha aparecido —dijo Beatriz cruzándose de brazos—. Pensaba que hoy me darían el alta, aunque parece ser que mi médico quiere seguir torturándome todavía un poco más...

Miró a Medina como si hubiera cometido una falta.

—Perdón, no recuerdo su nombre de pila.

—Joaquín. Me llamo Joaquín.

—Verá, el otro día cuando estuve en su casa, creo que no hice las cosas bien. Sé que no debí estar a solas con su hija.

—No, no. Al contrario. Todo fue culpa mía, no debí dejarla sola, lo único que ocurrió es que me sorprendió verla con Alba.

Beatriz le restó importancia con un guiño.

—Imagino que es normal, Riópar es un lugar pequeño y tranquilo donde la gente se siente más segura que en una ciudad grande.

Pensó en la contradicción de aquella afirmación dados los últimos acontecimientos.

—Ya nadie está seguro en ninguna parte.

La imagen del disparo que acabaría con la vida de David retumbó como un trueno dentro de su cabeza y por un instante sintió una breve sensación vertiginosa. Medina no lo apreció porque tenía los ojos puestos sobre el café, agitándolo con su cucharilla.

—¿Eran muy amigas? —preguntó levantando la mirada hacia ella.

—Lo éramos, sí. Hubo un tiempo en el que no existía mi mundo sin ella. Éramos diferentes en muchos aspectos, pero había otros muchos donde no era necesario decir nada para comprender lo que sentíamos. Ella tenía una energía increíble y unas ganas tremendas de vivir. Siempre era la primera en hacer cosas que al resto nos parecían auténticas locuras. Pero también era la que siempre se encargaba de convencernos de que para vivir plenamente la vida era necesario correr riesgos, traspasar la línea. Su concepto de lo que estaba bien y lo que estaba mal era muy difuso. Le gustaba caminar por el borde del precipicio, y siempre pensé que en el fondo deseaba caer. Había un punto de locura en ella que me inquietaba, pero que al mismo tiempo me fascinaba.

—Desde luego no parece la misma Anabel que yo conocí.

—Pero seguro que seguía atrayendo a la gente hacia su órbita. Tenía ese poder.

El agente medioambiental asintió con tristeza. Se quedaron unos segundos en silencio.

—Estaba enamorado de Anabel.

Medina se llevó a los labios el vasito de plástico con el café y lo apuró de un sorbo, ignorando aparentemente la apreciación que Beatriz había hecho. Lo dejó sobre la mesa y jugó con el envase vacío, ensimismado.

—Creo que si se hubiera quedado, ahora estaría viva.

—Eso nunca lo sabremos.

—Supongo.

Seguía jugando con el vasito.

—¿Quiere contarme su historia?

Medina se encogió de hombros. Beatriz permaneció impasible, examinando sus movimientos. De repente dejó de jugar con el vasito de plástico y miró a Beatriz fijamente a los ojos.

—Es cierto, tenía ese poder. No sé cómo explicarlo; esa sensación de melancolía, desamparo y el secretismo con el que hacía las cosas. Además, por supuesto, era una chica muy guapa. —Hizo una pausa—. No sé en qué posición me deja afirmar que estaba loco por ella.

Beatriz hizo un gesto restándole importancia.

—Todos amamos a alguien. Y a Anabel era fácil quererla, así de simple.

Pareció pensar en las palabras de Beatriz: durante unos segundos se mostró abstraído.

—Lo sé. —Volvió a mirar Beatriz a los ojos—. Yo le propuse que se quedara conmigo en Riópar. Sabía que había algo en su pasado que la angustiaba y por ese motivo quería marcharse fuera de España. Yo quería ayudarla. Le ofrecí mi casa, para ella y Adrián. Alba la adoraba, también a Adrián. Le dije que no tendría que preocuparse por el futuro estando a mi lado. Yo haría todo lo posible para que ella pudiera sentirse bien y a salvo de los problemas que la acechaban.

—Pero ya había tomado una decisión.

Agitó la cabeza ensimismado y tragó saliva antes de proseguir.

—La mañana anterior a su asesinato, Anabel vino a mi casa. Y me extrañó, ya que nunca había venido. Me alegró mucho ese gesto. Una parte de mí quería creer que estaba dando el primer paso, pero otra intuía que era por otro motivo bien diferente, y no me equivoqué: había venido para despedirse. Me dijo que al día siguiente se marchaba a París. Quería despedirse de mí y de Alba. Dijo que estaba profundamente agradecida por todo lo que había hecho por ella y que nunca lo olvidaría. —Tragó saliva—. No soportaba la idea de no volver a verla nunca más. Le dije que la amaba. Le pedí que se quedara. Ella no tendría que hacer nada, yo me encargaría de todo.

Toda la verborrea cesó como había comenzado y volvió el hombre silencioso y hermético que era en realidad. Beatriz le acarició el brazo.

—Imagino que esa fue la última vez que la vio con vida.

Le costó varios segundos reaccionar.

—Sí. Dijo que tenía que hacer un par de cosas antes. —Miró hacia el infinito y Beatriz apreció algo extraño que la inquietó—. Estaba nerviosa, alterada. Me confesó que era por el viaje, pero yo sabía que no me estaba diciendo toda la verdad. Me sentía impotente porque quería ayudarla, pero no sabía cómo.

—Esa mañana Anabel quedó con Sanromán, pero le dijo que esperaba a alguien y se marchó. ¿Vio a alguien más en Riópar que le llamara la atención?

—Sí —asintió quedamente.

—¿Hombre o mujer?

—Sabía que iba a despedirse del hombre con el que se veía, pero no llegué a verlo.

Sin embargo, en una ocasión vi a una mujer.

Beatriz no pudo evitar erguirse en la silla y echar su cuerpo hacia delante.

—Vamos por partes: ¿me está diciendo que Anabel se veía con un hombre? ¿Puede hablarme de él?

—Nunca llegué a verlo, pero en una ocasión vi un coche aparcado cerca de la cabaña. Pude escuchar las voces de este hombre, de Anabel y de Adrián.

—¿De qué marca era el coche?

—No podría asegurarlo con certeza, pero sí su color: era negro y tenía aspecto de ser caro; tal vez un Mercedes o un Audi. Solo vi una parte del vehículo.

—¿Pudo escuchar de qué hablaban?

Medina negó con la cabeza.

—No, pero Adrián parecía divertirse con él. —Una sombra de culpabilidad brilló en su mirada—. Y eso hizo que me sintiera celoso.

—Es comprensible. Hábleme de esa mujer, cómo era.

Agachó la cabeza, mirando el suelo con un gesto como consternado.

—La vi una sola vez. También desde la distancia.

Era evidente que Medina se había pasado mucho tiempo espiando a Anabel. Tomó nota mental de ese dato.

—No llegué a conocerla, pero Anabel me habló de ella varias veces. —Levantó la cara y miró a Beatriz—. Una vez me dijo que de haber tenido una hermana, hubiera deseado que fuera como aquella chica.

—¿Esa chica por casualidad era negra?

—Sí —dijo tras varios segundos.

Beatriz se irguió en su asiento e hizo un gesto que denotaba urgencia.

—Joaquín, es muy importante que hable con esa mujer. ¿Sabe dónde podría encontrarla?

Medina se reclinó en la silla, evitando mirar a Beatriz a los ojos.

—¿Cree que puede saber algo? —murmuró como si estuviera atrapado en una ensoñación.

—No lo sé, por eso tengo que hablar con ella. Es muy importante.

Se arrepintió de mostrar tanto interés por aquella mujer misteriosa a ojos de Medina.

—Me gustaría ayudarla, teniente, pero no tengo ni idea de dónde podría estar esa mujer. Lo siento.

Su intuición le decía que Medina escondía muchos más secretos en su interior. La cuestión era si esos secretos serían los propios e inocuos de un hombre como él o los de un hombre que estaba a las puertas del infierno.

Jueves, 10 de noviembre

Aproximadamente a las once de la mañana Alberto llegó a casa. En teoría debería estar cubriendo una noticia que afectaba a un grupo de personas que supuestamente habían sido engañadas por un banco y que, enardecidas, se habían congregado a las puertas de la sucursal para reclamar que les devolvieran su dinero. Como la oficina bancaria estaba a unos pocos metros de su casa, aprovechó ese tiempo de espera para subir a su piso un momento, pero antes le pidió a Silvia, una compañera, que lo avisara si surgía alguna novedad. Como era de esperar, los pobres defraudados, en su mayoría gente retirada, aguardarían en vano una respuesta, por no hablar de la restitución de su dinero, ahorrado con mucho esfuerzo y sudor en una vida llena de penurias y privaciones.

La noche anterior se la pasó frente al ordenador revisando las fotografías que le había pasado Cebreros sin conseguir gran cosa. Cuando se fue a la cama estuvo dando vueltas durante varias horas, tentado de levantarse y volver al ordenador para intentar otra opción que podría dar resultados, pero que le inquietaba demasiado para llevarla a cabo. Finalmente tomó la decisión de adentrarse en un mundo virtual al que apenas había asomado las narices un par de veces con mucha cautela. Un mundo desconocido para la gran mayoría de internautas y usuarios, que navegaban alegremente por la red y desconocían que un submundo mucho mayor que el visible se movía silencioso por internet.

Alberto respiró profundamente y lanzó el navegador Tor. Este navegador no es como la mayoría, se utiliza exclusivamente para acceder a la internet profunda o Deep Web. Se estima que su tamaño es quinientas veces superior al de la internet superficial, donde coexisten infinidad de sitios web y bases de datos que no se pueden indexar ni rastrear por los buscadores más populares. El contenido de la Deep Web es de lo más variopinto y en ella se puede encontrar prácticamente de todo; servicios financieros y comerciales fraudulentos, comercio sexual y la pornografía más aberrante que no se puede hallar en los canales habituales. Delincuentes de todo tipo ofrecen los servicios más insospechados, desde la extorsión, el chantaje, el secuestro y hasta el asesinato por encargo. Venta de armas y drogas, y por supuesto piratas informáticos dispuestos a hackear webs, ordenadores, perfiles de redes sociales o cuentas bancarias. Las opciones llegaban a ser tantas como la imaginación humana.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad por saber que estaba a punto de traspasar la línea, accedió a un foro en el que se podía conseguir casi cualquier cosa.

Se limitó a buscar aquello que necesitaba y obvió los links que le invitaban a entrar en un mundo donde la depravación no tenía límites. El sistema le exigió que se registrara y así lo hizo. Tras una breve búsqueda encontró lo que buscaba. Abrió un nuevo tema e introdujo el título y lo que necesitaba. Subió las tres imágenes del Citroën C4 y solicitó ayuda para que alguien pudiera, primero, identificar los números que no había conseguido esclarecer y, segundo, conocer al propietario de ese vehículo.

Si existía un lugar al margen de los medios que utilizaba la policía, era aquel.

Su teléfono móvil sonó con estridencia y a un volumen exagerado, o eso le pareció a él, que dio un respingo en el sillón. El móvil seguía sonando con una melodía rítmica y machacona, que cuando la activó le pareció divertida pero que cambiaría en cuanto pudiera. Miró la pantalla y vio que le llamaba Silvia, la compañera que permanecía de guardia.

—Silvia —dijo al tiempo que soltaba la respiración y comprobaba que tenía las axilas chorreando de sudor.

—Alberto, ven aquí cagando leches: ¡uno de los jubilados agraviados se ha enzarzado con el director del banco y le ha roto la pancarta en la cabeza!

—¡Joder! —exclamó y se levantó como un resorte—. Voy para allá.

Colgó. Miró la pantalla de su portátil y salió de Tor. Cuando lo hizo fue como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Apagó el ordenador y sin perder tiempo salió del piso dando un portazo. Cuando regresara por la noche vería si alguien había contestado a su petición.

A las once y media de la mañana, Beatriz ya se había cansado de esperar a que viniera el doctor Prieto, y por iniciativa propia se dio ella misma el alta médica. No quería que el doctor la pillara *in fraganti*, así que se vistió lo más rápido que pudo y salió de la habitación intentando no despertar sospechas y rezando para no cruzarse con el doctor o con algunas de las enfermeras que la habían tratado. Pero antes de eso cogió dos blísteres con comprimidos de ibuprofeno, para aliviar los dolores de la pierna derecha y de espalda que aún no habían remitido. Llegó hasta la planta baja y cruzó el vestíbulo a paso rápido. Los hematomas resultantes de la caída eran meras sombras en su piel. El único vestigio físico que perduraría era la cicatriz al lado del ojo izquierdo, que cada vez que se miraba en el espejo no podía evitar acariciar con la yema de los dedos, pensando que le daba un aspecto un tanto sombrío y que Alberto acariciaba con extraña fascinación.

Salió a la calle y fue hasta un bar. Compró un paquete de Marlboro y observó la etiqueta que amenazaba a todo aquel que fumase con una muerte lenta y dolorosa. Había dejado de fumar cuando se quedó embarazada y no tenía intención de retomar ese vicio tan inútil como dañino. Después de su aborto y de la muerte de David, volvió al tabaco exigiendo con rabia una muerte lo más rápida posible. Se llevó un cigarrillo a la boca y sacó su mechero pero no lo encendió. Volvió a guardar el cigarrillo en el paquete y la imagen de Anabel con Adrián apareció proyectada en su

mente, «tiene que estar vivo, tiene que estar vivo, tiene que estar vivo...», se repitió como un mantra. Se daría una última oportunidad, consciente de que no podría superar otra muerte más de la que se consideraría responsable.

Dejó atrás la figura del Hospital Universitario y sacó su teléfono móvil; tenía que hablar con Reyes *el Gitano* inmediatamente.

No le costó localizarlo. El gitano le aseguró que la esperaba en su casa. Beatriz se volvió loca para encontrar su coche sin tener que preguntarle a su padre. Buceó en sus recuerdos más inmediatos tratando de rescatar la conversación en la que su padre, que se había encargado de recoger el vehículo, le hablaba de dónde lo había estacionado. Tras patearse varias calles anexas al domicilio familiar lo encontró en la calle Pedro Coca. Suspiró aliviada cuando pulsó el mando a distancia y comprobó que todo iba bien, sin embargo, la alegría iba a durar muy poco.

Cuando trató de entrar, dos hombres surgieron de otro vehículo que estaba estacionado a unos metros y sin dilación se acercaron a ella. Uno le mostró un distintivo que ella conocía perfectamente.

—Buenos días, teniente. Soy el brigada Lareaga de la sección de Asuntos Internos de la Guardia Civil y él es mi compañero, el sargento Juanes. ¿Le importaría acompañarnos a la comandancia? Nos gustaría hablar de un asunto con usted.

Beatriz cerró la puerta del coche y sin decir nada entró en el vehículo de los agentes.

Al cabo de un cuarto de hora, Beatriz y los dos agentes de Asuntos Internos entraron en una sala de la tercera planta de la comandancia de Albacete. Dos ventanas daban a la avenida Ramón y Cajal y dejaban entrar un chorro generoso de luz. Aun así, dos lámparas halógenas de gran potencia bañaban la sala de luz blanca azulada. Había una mesa alargada y un total de ocho sillas a su alrededor. Al fondo, una pantalla para diapositivas estaba desplegada, y había una estantería blanca llena de cajas pequeñas, archivadores de anillas y multitud de documentación interna. El brigada Lareaga le pidió a Beatriz que se sentara y los dos agentes salieron de la sala. Se cruzó de brazos y cuando su mente viajaba al pasado, al momento en el que todo había cambiado, la puerta volvió a abrirse.

Los dos agentes entraron acompañados del capitán Carmona y de la doctora Bosch. Iba a ser entretenido, pensó Beatriz con ironía cargada de cierto pesar.

Los dos oficiales y los dos suboficiales se sentaron juntos, frente a Beatriz, que había elegido una silla de las del centro de la mesa. Bosch no se dirigió a Beatriz y en su mirada apreció algo parecido a la decepción; se limitó a revisar unas notas en un cuaderno de tapas negras Moleskine. Carmona también evitaba mirarla, apoyando los brazos sobre la superficie de la mesa y murmurando algo en voz baja con el brigada.

—Buenos días, teniente Manubens. ¿Qué tal se encuentra? —preguntó Bosch una vez que cerró su cuaderno, todavía con el gesto de frustración en su rostro.

—Bien, gracias.

—Creo que se ha adelantado al doctor y se ha tomado el alta médica por su cuenta. No contestó.

—Teniente Manubens, hemos leído el informe que la Policía Nacional redactó con

motivo del «accidente» que sufrió hace aproximadamente una semana. Los agentes que están investigando dicho suceso no han encontrado hasta el momento pruebas concluyentes sobre la existencia de los individuos que usted, supuestamente, siguió hasta el hotel abandonado —dijo el brigada Lareaga.

—Yo solo conté lo que vi.

—Teniente Manubens, ¿sigue correctamente el tratamiento médico prescrito por la doctora Bosch?

—Sí, lo hago.

—La doctora Bosch nos ha comunicado que han existido ciertas alteraciones en el seguimiento del tratamiento —comentó Lareaga de nuevo.

—¿Como por ejemplo?

Lareaga dejó unos papeles que compartía con el sargento y se retrepó en la silla, que crujió al movimiento.

—Ha combinado la ingesta de los medicamentos con alcohol, lo que es contraproducente porque aumenta el estado depresivo.

—Lo he hecho en alguna ocasión, lo reconozco. Pero no he vuelto a beber desde hace varias semanas.

Lareaga volvió a sus apuntes.

—¿Podría ser el incidente que sufrió la pasada semana una alteración de la realidad?

Carmona apoyó la barbilla sobre las manos, al tiempo que se acariciaba con los pulgares la barba. Miraba al frente con gesto altivo.

—No me he inventado nada, brigada. Como afirmé en su momento, seguí a esos individuos porque me parecieron sospechosos, pero no puedo afirmar ni desmentir lo que ocurrió en la tercera planta, porque debido a la leve lesión cerebral producida por la caída no lo recuerdo.

—Teniente Manubens, ¿el incidente que sufrió tiene algo que ver con la investigación del asesinato de Ana Isabel Ramos y la desaparición de su hijo Adrián Ramos?

—No.

—Pero somos conscientes de que, a pesar de encontrarse de baja para el servicio, ha contactado con el sospechoso principal, y según la información de la que disponemos, ha iniciado una investigación paralela al margen de la legalidad.

Beatriz permaneció en silencio durante varios segundos. Trató de mantener a raya la cólera que crecía en su interior y que sabía que echaría todo a perder si le daba rienda suelta.

—Anabel era amiga mía, y aunque conozco perfectamente mi actual situación, solo quería ser útil y colaborar. Pensé que tal vez podría ayudar en la investigación, dado que conocía a la víctima... Sin embargo, creo que me precipité, después de todo.

Lareaga enarcó la ceja.

—¿Ha compartido esos datos de los que habla con el capitán Carmona?

Beatriz respiró profundamente antes de contestar.

—Todavía no.

—¿Y cuál es el motivo por el cual no lo ha hecho, si puede saberse?

—Ya le he dicho que no los considero lo suficientemente relevantes.

—Eso no debería evaluarlo usted, teniente, sino el oficial a cargo de la investigación. Ya sabe que existen cauces reglamentarios que nadie, y menos un oficial de su rango, debe saltarse.

—Lo comprendo.

Su mirada se desvió y sus ojos se encontraron con los de Carmona, que todavía no había abierto la boca. Vio sus ojos brillar, un brillo del que conocía perfectamente su significado.

—Teniente Manubens, ¿cree que se puede librar de esto aguantando la reprimenda y prometiendo que no lo volverá a hacer? —dijo Carmona. Al decir esto, todos los asistentes se agitaron en sus asientos—. Todos sentimos profundamente su situación personal, pero eso no le da derecho a hacer lo que le dé la gana. Esto es la Guardia Civil, y un oficial, por muy valorado que esté, no puede ir haciendo la guerra por su cuenta. Hay normas de obligado cumplimiento y sanciones severas para aquellos o aquellas que las incumplan, y que con su irresponsable actitud solo consiguen dañar y perjudicar al cuerpo.

Beatriz agarró con fuerza el asiento de la silla. Miraba con ojos enfurecidos a Carmona, que la estaba provocando. Tanto Bosch como el brigada y el sargento se mostraron un tanto incómodos tras las duras palabras de Carmona.

—Lo comprendo.

—Pues yo creo que no lo comprende, teniente. La ocultación de pruebas en un caso que está siendo investigado es muy grave. Como ha dicho el brigada Lareaga, usted no es la persona que tiene que tomar la decisión sobre qué cosas pueden ser relevantes o no, así que deberá comunicar inmediatamente el resultado de su... irregular comportamiento.

—No pensaba hacerlo de otro modo.

Carmona le clavó una mirada afilada.

—Además, creo que la teniente no está en situación de continuar procediendo de ese modo. Está claro que su estado psicológico la hace altamente inestable y es un peligro para sí misma y para los demás. Sin duda, y a tenor de los hechos, está claro que no tiene ninguna intención de arrepentirse y mucho menos de cooperar, por lo que considero totalmente necesario tomar la decisión de...

—Capitán Carmona —lo interrumpió la doctora Bosch con rotundidad—, no se extralimite en sus competencias. Sin duda usted es el oficial que toma las decisiones en su investigación policial, pero en lo que concierne a la salud de mis pacientes las decisiones las tomo yo, y no toleraré ningún tipo de injerencias por su parte. Estoy convencida de que es un oficial competente, pero en cuanto a salud mental se refiere no tiene la más remota idea, así que le recomiendo que nos deje a los profesionales trabajar. La psicología es una disciplina que no se puede tomar a la ligera, y hostigar y amenazar a los pacientes que sufren cualquier alteración psicológica no es la mejor de las soluciones.

Se hizo un silencio que podía cortarse con un cuchillo. Beatriz agachó la cabeza.

Carmona abandonó la sala completamente indignado. Los dos agentes de Asuntos Internos lo siguieron sin hacer ningún comentario. Beatriz buscó con la mirada los ojos de Bosch para agradecerle su intervención, sin embargo, la doctora ni siquiera la miró. Recogió sus cosas y abandonó la sala sin abrir la boca.

Con la excusa de que tenía que recabar información para un artículo que estaba escribiendo, Alberto regresó a casa antes de lo previsto; a eso de las cinco de la tarde y ansioso por sumergirse de nuevo en la Deep Web para saber si alguien había respondido a su propuesta. Esa ansiedad contrastaba con la preocupación que le producía no tener noticias de Beatriz. La última vez que había hablado con ella había notado en su voz algo extraño que no consiguió identificar. Esperaba que se pusiera en contacto con él, y cada cinco minutos revisaba su móvil por si tenía alguna llamada o mensaje suyo. En cuanto tuviera un rato, iría al hospital.

Intentando espantar una extraña sombra funesta de su mente, accedió a través de Tor a la Deep Web y fue directamente al foro donde había insertado esa mañana el anuncio solicitando ayuda. Al acceder al post que había publicado, vio que había tenido casi cien visitas y una sola respuesta. Pulsó en el enlace. Un usuario llamado AnarchyKingdom666 y que utilizaba como avatar la archiconocida imagen de la máscara de *V for Vendetta* decía así:

Puedo hacerlo. No hay problema. Tendrás al dueño de ese vehículo en menos de tres horas. Te enviaré un mensaje privado. Precio: 300 €

AnarchyKingdom666 había adjuntado el enlace de una cuenta de Bitcoin, una moneda virtual que solo se utiliza para pagos anónimos en internet y es muy difícil de rastrear. El corazón se le aceleró y durante varios segundos se quedó mirando el enunciado. Evidentemente no existía ningún tipo de garantía en las transacciones comerciales realizadas en un lugar como la Deep Web. Podría perder trescientos euros. Si Beatriz y Cebreros se habían fijado en aquel individuo, y la única opción que tenían en ese momento para descubrir de quién se trataba era esa matrícula, tendría que arriesgarse.

Expulsó el aire de sus pulmones ruidosamente, se levantó y fue a buscar una tarjeta prepago que había adquirido para un hipotético caso como aquel.

—Vamos allá —dijo tras inspirar profundamente, e introdujo los datos de su tarjeta para realizar el pago.

Lo primero que Beatriz hizo al salir de la comandancia fue extraer la tarjeta SIM de su teléfono móvil. Su guerra particular con Carmona no había acabado. Cuando lo vio, no sintió odio ni rencor. Le había hecho mucho daño, y durante un tiempo estuvo consumida por la ira y la rabia, aunque ahora ya no sentía nada de eso. Nada que ver con lo que al parecer él sí sentía en contra de ella. No tenía tiempo que perder pensando en lo que Carmona deseaba o dejaba de desear. Nunca la ayudaría y lo

sabía, aunque era algo que obviamente no podía proclamar en voz alta.

Por segunda vez en ese día, regresó en busca de su coche. Eran cerca de las seis menos cuarto de la tarde. Había estado varias horas en la comandancia explicando medias verdades, reservándose aquello que consideró que todavía no debía revelar. Sin duda no era un procedimiento acomodado a las reglas, pero ella tenía sus razones y nadie la haría cambiar de opinión. Una opción para desenmarañar ese rompecabezas que le rondaba en su cabeza cada vez con más intensidad. No lo había compartido con nadie y no lo haría hasta resolver primero lo que creía esencial. Pensó entonces en Reyes *el Gitano*: no sabía cómo se habría tomado su desplante.

Entró en una cafetería y pidió un café solo, aunque el estómago le rugía a causa del hambre y sentía ligeros pinchazos en la cabeza. Se había negado a comer nada mientras estuvo en la comandancia, pensando que así no se entretendría y terminaría antes.

—¿Puedo utilizar el teléfono?

—No tenemos —dijo el camarero, sorprendido. Hubiera puesto la misma cara si le hubiera preguntado por un condensador de fluzo—. Pero puedes usar mi móvil.

Lo extrajo del bolsillo del pantalón y se lo ofreció con una sonrisa.

—Muchas gracias. Por cierto, ¿me puedes hacer un bocadillo? De lo que sea, algo rápido.

Tras una lista interminable de posibilidades Beatriz se decidió por uno de calamares a la romana con mayonesa y tomate. Acto seguido marcó el número de Reyes. Respondió al décimo tono con una mezcla de desconfianza e irritación. Beatriz le pidió perdón por no haber asistido a la cita. Reyes le dijo que no se preocupara. Concertaron una nueva reunión, pero esta vez sería en una gasolinera abandonada situada a la salida de Albacete, en la autovía de Alicante A-31. Seguro que Carmona había puesto a algunos de sus hombres a seguirla; daría un rodeo para intentar despistarlos.

Luego marcó el número de Alberto, aunque sabía que a esas horas estaría trabajando y el capullo de su jefe era especialmente reacio a que los empleados atendieran llamadas personales durante la jornada laboral. Alberto respondió con cierta extrañeza. Beatriz le contó que se le había estropeado el móvil y que alguien le había dejado ese para realizar la llamada. Sintió un leve pinchazo de remordimiento.

—¿Ya te han dado el alta? ¿Dónde estás? ¿Por qué no me has llamado en toda la mañana?

Demasiadas preguntas que exigían demasiadas explicaciones o mentiras.

—Te lo explico más tarde. ¿Estás trabajando?

—Sí. Podías haberme avisado. Me hubiera gustado recogerte en el hospital e ir a comer juntos.

—Te prometo que te llamaré más tarde, ahora tengo que hacer algo importante.

—Y no me puedes contar eso tan «importante», claro.

No sabía a qué se debía ese tono apremiante y con cierto retintín, que le sorprendió y que quiso creer que se debía a un exceso de celo.

—Mejor lo hablamos luego.

—Tú mandas.

—No quiero colgar sabiendo que estás enfadado.

—No lo estoy —murmuró malhumorado.

—Alberto, entiendo que quieras ayudarme, pero es mejor para ti que te mantengas al margen.

—Yo debería decir lo mismo.

Beatriz comenzó a exasperarse. Aquello no tenía ningún sentido.

—No quiero que te ocurra nada malo —continuó él, pero esta vez empleando un tono más conciliador—. Te quiero demasiado. ¿Tú me quieres a mí?

La pilló completamente desprevenida.

—No me hagas esto, por favor...

—¿Es malo que te quiera?

—No, claro que no... Pero una cosa es el amor y otra la vida profesional de las personas. No tiene nada que ver. Mi vida es...

—Complicada, lo sé. Y no me importa. Te quiero y estaré ahí siempre que me necesites.

Cerró los ojos y vio el rostro de Alberto emerger de entre la nebulosa de sus oscuros pensamientos como una luz a la que aferrarse. Negó con la cabeza al mismo tiempo que el camarero aparecía con un bocadillo de calamares más grande de lo normal y lo dejaba sobre la barra.

—Alberto, yo...

Al otro lado de la línea Alberto no se pronunció, y ella hubiera deseado que rellenara ese incómodo silencio, aunque solo fuera para incordiarla.

—Tengo que volver al trabajo —dijo al fin en tono monótono.

—Claro.

—Deberías confiar un poco más en mí. Yo lo hago. Inténtalo por lo menos. Si no por mí, hazlo por ti.

Pensó que añadiría algo más pero la línea se quedó muda: Alberto había colgado. Beatriz se quedó con el móvil pegado a la oreja, esperando en vano escuchar de nuevo su voz.

Los últimos rayos del día se reflejaban en el esqueleto de la antigua estación de servicio. Los turismos y los camiones aullaban al pasar cerca, dejando estelas fugaces y borrosas. Beatriz aparcó su coche a la espalda de lo que había sido un restaurante de carretera para evitar que alguien pudiera verlo desde la autovía. En ese mismo lugar vio aparcado el Mercedes negro de lunas tintadas de Reyes. Para llegar hasta allí, dio un rodeo gigantesco por la ciudad y el extrarradio vigilando atentamente por si alguien la seguía. Ahora más que nunca estaba en el punto de mira de Carmona, que buscaría cualquier excusa para caer sobre ella. No quería pensar en las represalias, que podrían afectar a su carrera de manera irreversible. La obsesión por resolver ese asesinato y la desaparición de Adrián se imponía sobre cualquier razonamiento.

Más allá de donde se encontraba vio lo que quedaba de la estructura de la estación

de servicio y un remolque para camión varado, que en su día sirvió de original reclamo publicitario; ahora estaba cubierto de grafitis. Varios bidones de plástico vacíos se amontonaban cerca de una montaña de escombros y basura. Miró por entre las ventanas del establecimiento y traspasó una puerta lateral que daba a una cocina desmantelada, que a su vez daba a una barra de bar. El viento que se colaba por las ventanas con rejas pero sin cristales agitó un calendario de pared del año 2004, que mostraba a una sonriente y pechugona chica que las inclemencias habían arrugado y desvirtuado. Reyes estaba sentado en la única silla que quedaba; de plástico rojo con la publicidad de un refresco. Vestía un chándal azul con capucha, con una manga de color naranja y la otra amarilla. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta; el cabello, negro, brillante y ondulado, le caía generoso por los hombros.

—Ningún picoletto me hace esperar —dijo.

Beatriz no supo si se trataba de un reproche, una advertencia o una simple ocurrencia.

—Lo siento de veras.

Reyes hizo un mohín y la miró fijamente.

—¿Estás bien? Perdona por no haber ido a visitarte al hospital.

—No tiene importancia —contestó Beatriz.

Los vehículos que circulaban por la autovía no dejaban de pasar rugiendo y agitando el aire a su paso, en una sinfonía cacofónica y enervante. Reyes se sacó las manos de los bolsillos y se incorporó. Se acercó a Beatriz, que pudo oler el perfume de alguna colonia cara y el aliento a menta.

—¿Te has dado cuenta de que todo cambia demasiado rápido? —La miró expectante, pero ella no dijo nada—. Un día estás en lo más alto y piensas que siempre será así. Crees que todo está bajo control y que tienes el poder de hacer lo que te dé la gana.

—Puede que alguien piense que está por encima de todo y de todos, pero una enfermedad, la muerte de un hijo o un simple accidente nos recuerda lo insignificantes que somos.

Reyes meditó sus palabras. Sacó un paquete de Marlboro y le ofreció un cigarrillo a Beatriz, que lo rechazó. Se encendió él uno muy despacio.

—¿Sabes qué es lo más importante para mí?

—Tu familia —respondió ella sin vacilar.

—Ellos son lo más importante que tengo en mi vida. Y todo lo que hago, lo hago por su bien.

Los últimos rayos de sol entraban por las ventanas de la parte trasera, recortando la esbelta figura del gitano.

—Pero Milagros es especial —precisó ella.

Sonrió y sacudió la cabeza emocionado.

—Cuando murió mi mamá estaba furioso con todo el mundo. Odiaba todo cuanto me rodeaba. No existía ningún motivo, pero no podía evitarlo. Personas que no tenían ninguna culpa pagaron la furia que sentía. Pasó mucho tiempo y lo único que me preocupaba era convertirme en alguien poderoso, alguien a quien todos debían temer.

Estaba tan lleno de odio que no me di cuenta de que la gente que dependía de mí me necesitaba; necesitaban de mi amor y mi cariño. Ella era solo una niña que buscaba el afecto de su hermano mayor, solo eso.

Miró a Beatriz.

—Para cuando quise reaccionar ya era demasiado tarde.

—Aún tienes una oportunidad. Nunca es tarde.

Sonrió con tristeza.

—Tal vez para ti, pero no para mí. Mi tiempo se acaba. Demasiado poder trae consigo demasiados enemigos.

Se acercó a Beatriz y le puso el cigarrillo cerca de los labios. Beatriz le dio una calada. Reyes le dio otra y, sin apartar sus ojos de los de Beatriz, arrojó la colilla al suelo.

—Tienes que prometerme que no dejarás que Milagros pueda sentir esa rabia. Ella no lo sabe todavía, por eso tienes que ayudarla.

No dijo nada.

—¿Crees en Dios, Manubens?

—Creo en el infierno y en que todos pagamos por nuestros pecados.

—¿Y qué es lo más importante para ti, por qué luchas?

—Por descubrir la verdad.

Reyes esbozó una mueca irónica.

—¿Tan vacía te encuentras que lo más importante es tu trabajo?

Sintió una punzada en el corazón que le humedeció ligeramente los ojos.

—Tengo mis razones.

Reyes acercó su rostro a apenas unos centímetros del de Beatriz.

—Crees que si salvas a ese niño, te salvarás a ti.

Una extraña sensación se apoderó de ella, era como si estuviera desnuda frente a él, más que eso; como si tuviera el don de conocer los sentimientos más profundos que habitaban en su corazón.

Reyes puso una mano sobre su vientre. Y Beatriz sintió un extraño espasmo muscular.

—No soy mujer y no puedo saber lo que se siente. Ningún hombre alcanzaría mínimamente a comprender ese terrible sentimiento de pérdida. Pero no te preocupes, pronto todo cambiará.

De repente sus ojos se llenaron de lágrimas y Reyes se apartó bruscamente, como si algo hubiera perturbado su percepción. Introdujo la mano derecha bajo la chaqueta del chándal y extrajo una Glock modelo 19 de 9 mm que le tendió.

—No puedo coger esa pistola y lo sabes.

—Debes hacerlo. No puedes ir por ahí desarmada. Tienes más enemigos de los que piensas.

Reyes cerró los dedos de Beatriz en torno al arma. Sintió la rugosidad de la culata y el frío del metal. Era un modelo más pequeño que su USP, que no había empuñado desde el incidente.

—Es un regalo de mi parte —puntualizó con una mueca—. El otro que esperas es

este.

Extrajo del bolsillo del pantalón un trozo de papel doblado que le tendió. Beatriz lo cogió. Estaba doblado solo una vez. Vio apuntado un número de teléfono móvil.

—Se llama Manuela Santana y es de la República Dominicana. Tiene dos hijos que viven allí con su abuela. Una vez un hombre la engañó y la dejó sin nada. Vino a España muy joven en busca de un futuro y volvieron a engañarla. Cuando no tenía ni veintitrés años, ya sabía más de la vida y el dolor que muchas personas que hablan sin saber y que creen sufrir, dentro de sus vidas acomodadas. La juzgaron y la condenaron sin conocer nada de lo que su corazón más anhelaba. Vive en Albacete y ese es su teléfono, o al menos lo era.

Beatriz apretó el trozo de papel dentro del puño.

—Gracias, Reyes.

Él sonrió con tristeza, acarició la cara de Beatriz y se dio la vuelta. Sacó un cigarrillo y lo encendió, luego se quedó mirando el atardecer por la ventana enrejada. La bola anaranjada del horizonte temblaba. El interior del viejo restaurante se había llenado de sombras. Los vehículos seguían atronando, dejando estelas confusas a su paso. Beatriz salió y a través de la ventana vio la figura oscura de Reyes, inmóvil. La brasa de su cigarrillo iluminó parte de su rostro. Caminó despacio y pensativa hasta su coche. Cuando volvió a mirar, el gitano había desaparecido.

De regreso a Albacete, lo primero que Beatriz hizo fue buscar una tienda de telefonía móvil donde poder adquirir una tarjeta SIM prepago. Como había temido, la gestión le llevó más de una hora de espera en una tienda abarrotada de gente. La mayoría eran personas que no tenían nada mejor que hacer esa tarde que pasarla formulando estúpidas preguntas a una saturada y desquiciada joven que parecía a punto de echarse a llorar. Al salir del establecimiento sintió un pinchazo agudo en la pierna derecha. Tuvo que apoyarse en la pared y tomarse dos comprimidos de ibuprofeno para el dolor. Apretó los dientes y aguantó las lágrimas durante varios minutos. De momento la espalda no le dolía, pero no se hizo demasiadas ilusiones. A continuación marcó el número que le había dado Reyes y nada más hacerlo, recibió la contestación que menos deseaba: el número estaba apagado o fuera de cobertura.

Veinte minutos después llegó a casa de Alberto, que la recibió con una mezcla entre alegría, frialdad y una extraña excitación. En su cabeza se arremolinaban demasiadas preguntas sin respuesta y emociones contradictorias como para entrar en un eventual juego de reproches y temores. Para intentar no llegar a ese punto, Beatriz se lanzó a los brazos de Alberto con una sonrisa.

—¿No me das un beso?

La besó mirándola a los ojos fugazmente y con la mente en otro lugar.

—Quiero enseñarte algo...

Alberto se separó del abrazo de Beatriz casi con brusquedad. Levantó las cejas sorprendida. Su intuición le avisaba de que algo inesperado estaba a punto de suceder. Alberto extendió el brazo haciendo un gesto para que lo acompañara.

Entraron en el salón. El ambiente era ideal. Una lámpara de pie de la megafactoría sueca del mobiliario proyectaba una luz tenue entre la pared y el techo. Otra lámpara, redonda y situada en una pequeña mesa auxiliar entre una estantería y el sofá, emitía una luz suave y difusa. La voz de Rozalén desgranaba quejidos con su tema «Vuelves» desde un altavoz portátil y los viejos radiadores irradiaban su calor protector. Todos aquellos elementos agradables casi la desarmaron.

Él se sentó frente a su portátil, en la mesa escritorio donde solía trabajar, al lado de la ventana.

—Antes de que lo veas, solo quiero que sepas que estoy contigo. Que quiero apoyarte en todo lo que hagas.

La determinación casi febril con la que habló disparó todas sus alarmas internas. Podía notar su corazón bombear a toda velocidad. Se acercó hasta él con cautela. Miró la pantalla de su portátil, pero solo vio el fondo de pantalla donde aparecía Alberto apoyado junto a dos hombres más en una furgoneta. Todos ellos con una expresión de felicidad infantil mezclada con cansancio extremo, en medio de una carretera que se perdía en el horizonte, rodeados del inmenso desierto de Mojave.

En tono didáctico Alberto le explicó la gestión, si podía llamarse de ese modo, que había realizado en la Deep Web, y se la describió a grandes rasgos. Ella conocía de su existencia pero no había indagado, esencialmente porque la informática no era su fuerte y como quien dice la usaba a nivel doméstico. Conforme Alberto iba explicando lo que había hecho, Beatriz sintió que su desazón estaba más que justificada. Antes de que terminara, intuyó el desenlace.

—Sabía que me estaba arriesgando, pero creo que tenía que intentarlo, por ti. Quiero ayudarte.

No tenía ni idea de cómo hacer frente a aquello.

—Alberto, esto que haces puede ser muy peligroso.

Una sombra de decepción se dibujó en el rostro de él.

—Entiendo por qué lo haces y probablemente es lo más romántico que un hombre ha hecho nunca antes por mí.

—Pero no te gusta.

Le cogió la cara y lo miró a los ojos. Alberto miró hacia el suelo.

—No se trata de eso. Solo quiero que lo veas como lo que es: tú me ves actuando como una teniente de la UCO y sé que desde fuera puede parecer excitante, pero te aseguro que no lo es. Es muy peligroso, incluso para mí. —Acercó su boca a la de Alberto, que seguía disgustado, y lo besó en los labios—. Pero está muy bien. Creo que has hecho un buen trabajo. Me has demostrado que tienes iniciativa, que tienes olfato policial y agallas, pero sobre todo me has demostrado que me quieres de verdad, y eso es de lejos lo que más me ha emocionado. Sin embargo, debes dejarlo ahí. ¿Me lo prometes?

—Pero el trabajo no ha terminado, más bien es ahora cuando comienza. La matrícula del Citroën C4 que fotografió Cebreros pertenece a una empresa de alquiler de vehículos que tiene su sede en Alicante, podríamos...

—No, Alberto —lo interrumpió Beatriz, que se levantó de repente.

Alberto la siguió con la mirada.

—Vale, yo no puedo aportar mi granito de arena, pero tú puedes investigar un caso aunque estés de baja. Además, no tengo ni idea de por qué no quieres compartir la información que vas recabando con tus compañeros del cuerpo. Puedo entender que no lo quieras hacer con el capitán Carmona por lo que te sucedió con él, pero podrías, qué sé yo, hablar con el juez instructor o con algún...

—¡Basta! —gritó Beatriz. Tenía los ojos enrojecidos y dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Alberto empalideció: fue consciente de que sus palabras la habían herido y no sabía qué decir.

—Mantente al margen. —Negó con la cabeza y la voz ahogada—. Intentaron acabar conmigo, y eso no es ningún juego.

La miró como si de repente se hubiera transformado en una extraña. Aquello había llegado demasiado lejos. Sin darse cuenta, había involucrado a Alberto en aquella absurda investigación, sin prever que él pudiera tomar parte activa con resultados desastrosos.

—El incidente en el hotel no fue tal como te lo conté. —Tragó saliva antes de proseguir—. Es cierto que debido al traumatismo existen todavía algunas lagunas en mi memoria, pero sé que alguien quiso acabar conmigo esa noche. De madrugada recibí un mensaje de texto en el que se me citaba allí. Pensé que podía ser la amiga de Anabel que andaba buscando.

El rostro de Alberto estaba completamente demudado y su cuerpo inmóvil. Sus ojos se posaron en el suelo.

—Lo siento, pero no voy a permitir que te impliques más.

Alberto la miró. Vio que algo entre los dos se había roto y sintió que un nudo se retorció en su estómago.

Sin decir nada, él cogió el plumífero que tenía sobre el respaldo del sillón giratorio y se lo puso a toda prisa.

—Alberto, por favor. Escúchame.

Trató de agarrarlo, pero se zafó con un estirón y una expresión dolida. Salió del salón y a continuación Beatriz escuchó un portazo que hizo temblar las paredes.

Beatriz se dejó caer en el sillón que hace un minuto había ocupado él. Cerró los ojos y solo vio miseria.

Incapaz de enfrentarse a la realidad, Javier desapareció durante casi dos días. Desconectó el móvil y no lo volvió a encender. Hastiado de sí mismo, condujo sin parar durante horas, llorando, gritando y golpeando el volante con rabia. Luego regresó. Sin afeitarse, casi sin dormir y apestando a sudor aparcó su coche en la calle y miró la silueta estilizada de su casa detrás de los muros blancos de hormigón. Siempre había estado muy orgulloso de su casa, de su familia y de todo lo que había conseguido. Se había dado cuenta demasiado tarde de que lo había perdido todo. Como el jugador afortunado y borracho de buena suerte, pensó que tenía que seguir

jugando a su particular ruleta rusa. Porque eso era lo que hacían los ganadores. Cegado por el optimismo y por un exceso de confianza alejado de la realidad, la suerte se agotó de un día para otro. Sin preámbulos ni concesiones. Así, de repente, desapareció como la juventud al mirarse al espejo después de los cuarenta.

Y en la quietud de la noche, observó sus manos. Las manos de un hombre que no habían trabajado lo suficiente. Las manos de un fracasado. Las manos de un cobarde.

Se echó a llorar sobre el volante de cuero de su flamante coche. La luz de su dormitorio se encendió y tras los tupidos estores vio una figura moverse. Susurró el nombre de su mujer y pensó en sus hijos, a los que había echado de menos más que a nada en el mundo durante esos dos días, donde descubrió con desaliento y profunda amargura las consecuencias de sus actos.

Salió del coche y se arrastró hasta la puerta principal. Cuando llegó, se vio a sí mismo como a un extraño que visita un lugar demasiado familiar.

Entró. La casa estaba en silencio. No se escuchaba ninguna serie de dibujos animados. Accedió al salón. No había nadie. Ni María. Ni los niños. Ni Laura. El rumor leve de los electrodomésticos de la cocina era el único sonido que lo recibió. Aquello era el preámbulo de lo que tendría a partir de ese momento: nada.

Subió hacia el piso superior, en el descansillo vio luz por debajo de la puerta de su dormitorio, pero se dirigió a las habitaciones de sus hijos. Con cuidado abrió la puerta de la habitación de Raquel. Extrañamente la encontró durmiendo a pesar de que solía irse a dormir más tarde. Se miró el reloj y vio que eran cerca de las diez y media de la noche. Cerró la puerta con cuidado y abrió la del dormitorio de su hijo pequeño. La luz de una lámpara en forma de estrella que emitía un suave destello azulado y que permanecía encendida toda la noche iluminó el rostro de María, que abrazaba a Javier dentro de la cama, cubierto con un edredón de sus héroes favoritos de televisión: Finn y Jake. Su hijo, a su vez, abrazaba con fuerza a su elefante de peluche.

Esa imagen, que hubiera sido de normalidad en cualquier hogar, era para Javier un terrorífico presentimiento de anomalía en la suya. Tal vez sus hijos, horrorizados por la situación de sus padres, no quisieran ver lo que se les venía encima y forzaban el sueño para escapar de su propia pesadilla en vida.

Abrió finalmente la puerta de su dormitorio. Lo primero que vio fue que la cama de matrimonio estaba hecha. Al verla de ese modo, le recordó que era el símbolo del nacimiento y la muerte de su amor con Laura. Entró y la vio sentada en una butaca que al principio destinaron para leer, pero que nunca tuvo esa utilidad y que siempre había servido como lugar donde se desvestían los dos antes de ir a la cama. Laura estaba vestida de calle. Llevaba un blazer gris, una sencilla camiseta blanca de algodón y vaqueros muy ajustados. Se tocaba el cabello distraídamente. En ese momento se llevó una copa de vino a los labios y bebió despacio, saboreándolo. Luego lo miró casi a través del cristal como a un animal desconocido y hostil.

—Esta mañana lo han encontrado muerto —murmuró como si tuviera dificultad para recordar—. Estaba a las afueras de Albacete, en una finca, cerca de una plantación hortofrutícola. Lo han encontrado dentro de una acequia con un tiro en la cabeza. Han dicho que se trataba de una ejecución.

Volvió a beber.

—La Guardia Civil me ha interrogado todo el día. —Miró a Javier y lo señaló con su copa—. También querían hablar contigo. Les he dicho que habías desaparecido, lo cual no les ha extrañado. Te habrán llamado así como un millón de veces.

—¿De quién hablas?

Negó con la cabeza despacio y luego cerró los ojos; emitió un débil gemido.

—Por supuesto no han encontrado el dinero. El mismo que ha llevado a la empresa a la bancarrota, y a nosotros a la ruina y, tal vez, a la cárcel.

—¿Hablas de Pastor, el abogado?

Laura se levantó tambaleándose y dejó la copa en una estantería con algunos libros gruesos de tapa dura, que ella solía leer para coger el sueño.

—Quiero que te vayas de mi casa.

—Pero Laura, no pensarás...

Javier se acercó a ella con los brazos extendidos.

—Por favor, no me toques. Los niños están durmiendo.

—Yo no he matado a nadie.

Laura se llevó las manos nerviosamente a la boca, sin saber qué hacer con ellas. Por primera vez vio el miedo surgiendo de su mirada.

—No quiero que sigas en mi casa ni un minuto más. Márchate o llamaré a la Guardia Civil.

Javier dio otro paso hacia Laura, que reaccionó levantando las palmas. En un acto instintivo cogió un cuchillo que estaba detrás de la lámpara de la mesita y lo blandió ante Javier, que miró el arma consternado.

Escuchó detrás de su espalda un gemido lastimero y una voz de niño. Intentaron abrir la puerta del dormitorio. Alguien susurró algo apremiante y la puerta volvió a cerrarse.

—Quiero que todo vuelva a ser como era antes, Laura. Eres mi mujer y te quiero. Haré cualquier cosa, lo que me pidas, pero perdóname, por favor.

Con la otra mano Laura sujetaba su móvil, y temblando trataba de marcar los números 112. Echó un rápido vistazo a Javier, pulsó el botón de llamada y se puso el móvil en la oreja mientras no dejaba de agitar el cuchillo delante de él para evitar que se acercara.

—Márchate de una vez, hijo de puta.

Javier escuchó la voz de la operadora, aunque ya muy lejana. De repente se dio cuenta de que estaba de nuevo en el descansillo, cubierto de sombras y de una capa pegajosa de sudor, y de otra todavía más densa de miedo. El miedo le provocaba escuchar con total nitidez el compás de su respiración y los latidos de su corazón.

Pensó que algo extraño ocurría con el tiempo; de repente se vio frente a la puerta del trastero que tenían en el garaje. Abrió con llave y encendió la bombilla pelada que extendió su luz cruda en forma de araña. El sonido se comprimió en ese espacio claustrofóbico lleno de cajas hasta el techo. Otro pequeño salto en el tiempo y se vio a sí mismo bajando una de las cajas que estaban en lo más alto y abriéndola; sacó un tocho de revistas de coches y motos de lujo y gran cilindrada, su gran pasión. Se fijó

en una caja rectangular de plástico duro y azul que estaba en el fondo. La abrió. Cogió una pistola. Cerró los ojos y de nuevo el tiempo se desvaneció.

Beatriz salió a la noche gritando el nombre de Alberto, que había desaparecido como si nunca hubiera existido. Lo llamó decenas de veces al móvil para disculparse, pero lo tenía desconectado. Se sentía culpable por no haber previsto que Alberto pudiera entrar en su mundo lleno de problemas. Había dejado que traspasara una línea peligrosa, inducido por su floreciente amor. La persona que había tratado de acabar con ella empujándola al vacío no dejaría que se saliera con la suya y seguiría intentándolo hasta conseguir su objetivo, porque ella representaba un problema que convenía resolver cuanto antes. Acosada por la lluvia y los pensamientos cada vez más funestos, Beatriz no podía permitir que Alberto sufriera por sus errores, y tenía que poner fin a aquello de una vez por todas.

Condujo por calles oscuras, recorriendo la ciudad de parte a parte: rodeó el parque de Abelardo Sánchez, transitó por Rosario, Blasco de Garay o Ríos Rosas. Pasó por los Jardinillos, observando el popular paseo de la Feria. Observó con nostalgia la figura imponente del recinto ferial, sin duda uno de los edificios más emblemáticos y representativos del carácter abierto y extrovertido de los albaceteños. Buscó por las calles más céntricas y animadas como Tinte o Gaona, a esas horas absolutamente vacías, algún signo que le pudiera indicar dónde demonios estaba Alberto.

Desolada, detuvo el coche nada más girar hacia la plaza del Altozano, al lado del Museo Municipal. A su izquierda observó los árboles de los jardines del Altozano agitando sus hojas al recibir la omnipresente lluvia. Y mirando al frente vio a una figura bajo un paraguas, inmóvil, al comienzo de la calle Martínez Villena. La observó fijamente pensando si sería Alberto, aunque inmediatamente desestimó esa idea porque sus formas curvadas revelaban que era una mujer. Seguía en el mismo lugar sin moverse y con el rostro oculto por el paraguas, que movió en ese preciso instante dejando ver parte de su cara y una abundante cabellera rizada. Sus ojos, negros, brillantes, grandes y bellos se encontraron con los de Beatriz.

Salió del coche y la lluvia la golpeó en la cara como en aquella pesadilla. Levantó la cara para dejar que la lluvia mojara su rostro. Parpadeó varias veces y luego miró en derredor. Todo parecía formar parte de alguna conjura onírica.

Caminó hacia la mujer. Vio unos vaqueros ajustados a sus poderosos muslos, unas botas tipo Panama por encima del bajo de los pantalones y un plumífero corto y rojo, abierto. Llegó hasta ella y en ese momento fue consciente de que tenía delante a la persona que había estado buscando durante las últimas semanas. Paradójicamente había sido ella quien la había encontrado y no al revés.

—Te he estado buscando.

La mujer negra se acercó más y con su paraguas protegió a Beatriz de la lluvia.

—Lo sé.

Beatriz condujo en silencio y se apartó del camino que llevaba al cementerio para detener su coche bajo un grupo de pinos raquíuticos a los que la noche lluviosa había conferido un aspecto inquietante. Detuvo el motor y por un momento observó las gotas de lluvia caer sobre el parabrisas y luego a Manuela, que había permanecido en silencio, observándola con una mezcla de timidez y cautela. Pero además, tras aquellos inmensos ojos negros, vio miedo y angustia: ¿por una situación al límite? Eso era lo que trataría de averiguar.

—Supongo que ya no utiliza el nombre de Paola.

—Ese nombre me trae recuerdos tristes, de una época de mi vida que me gustaría hacer desaparecer.

—Vivir el presente. Dicen que es el mejor antídoto contra aquello de nuestro pasado que deseamos dejar atrás.

Se sorprendió al escucharse a sí misma. Manuela cabeceó y sonrió con tristeza.

—Anabel me hablaba de usted a veces. Me contaba que hubo un momento de su vida en que fue la persona en la que más confiaba. Dijo que eran muy distintas, pero aun así la quería mucho, porque nunca la juzgó, siempre fue leal, y porque fue capaz de ver a la auténtica Anabel; la que se escondía tras aquella máscara de falsa seguridad y descaro —dijo, y luego buscó complicidad en los ojos de Beatriz—. ¿Sabe? Anabel era una buena chica.

—Lo era. —Beatriz estuvo de acuerdo—. Anabel eligió un camino equivocado, pero eso no quiere decir que sea reprochable, a veces es difícil saber si estás haciendo lo correcto o no.

—Ella quiso rectificar. Lo quería con toda su alma y Adrián fue el motivo que le dio las fuerzas para hacerlo.

Beatriz asintió. Giró la cabeza y miró a Manuela.

—Tiene dos hijos, ¿no?

Sonrió e inmediatamente extrajo su móvil del bolsillo de su plumífero. Con un par de gestos con los dedos, apareció una fotografía de una anciana oronda y sonriente, cuya mirada recordaba a la de Manuela. Dos niños delgados como palos posaban como forzados, pero sonrientes. La anciana llevaba un vestido estampado de flores con todos los colores de la paleta cromática. El niño era un adolescente muy guapo y su rostro era una copia exacta del de Manuela. Vestía un polo a rayas horizontales rojas y blancas. La niña, más pequeña, era una auténtica preciosidad: sus ojos eran increíblemente expresivos y llenos de vida. Lucía varias coletas anudadas con cinta roja por toda la cabeza y llevaba un bonito vestido sin mangas naranja y verde.

—Él es Israel, va a cumplir trece años en diciembre.

—Es muy guapo. Nadie podrá decir que no es hijo suyo.

Manuela asintió sonriendo, orgullosa.

—La niña se llama Elizabeth y tiene nueve años, y como dicen ustedes, los tiene bien puestos.

Beatriz observó sus sonrisas puras y sin querer acarició con la yema de su dedo índice sus rostros.

—¿Cuánto hace que no los ve?

La tristeza le ensombreció el rostro.

—Demasiado tiempo para una madre.

Beatriz le palmeó el antebrazo. Manuela se guardó el móvil de nuevo en el bolsillo aguantando las lágrimas.

—No quería que se pusiera triste.

—No pasa nada —dijo al tiempo que esbozaba una sonrisa. Sin embargo el sonido de sus palabras la conmovió—. Voy a contarle todo lo que sé. Por Anabel y por Adrián. Mi pobre niño. —Negó y esta vez no pudo reprimir las lágrimas—. ¿Sabe? Fui testigo de algo realmente hermoso, porque antes de nacer él, Anabel era una persona que se odiaba a sí misma. Era una mujer que buscaba la manera de hacerse daño, de acabar con todo de la forma más dolorosa posible. Era una mujer sin esperanza.

Un tanto ensimismada, Beatriz se preguntó si no hablaba de ella misma. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para espantar aquel pensamiento.

—Supongo que ya sabrá que Anabel y yo nos conocimos en un prostíbulo de Valencia. Anabel no era entonces la misma persona, ni yo tampoco. Como decía, nos conocimos e inmediatamente nos hicimos muy amigas. Solo nos teníamos la una a la otra. Yo vine a España huyendo de la miseria, buscando un futuro mejor para mí y para mis hijos, pero me equivoqué y me dejé arrastrar hasta el mundo de la prostitución. Era joven e ingenua, y para cuando quise rectificar ya era demasiado tarde. Los mismos tipos que me engañaron me quitaron el pasaporte y me amenazaron con matar a mis hijos si no cumplía con mi parte... Pero no quiero aburrirle con mi historia.

A esas alturas, Manuela hablaba con voz temblorosa. Las lágrimas le corrían mejilla abajo.

—Como ya sabe, Anabel no tenía hermanos, pero sí madre, aunque nunca quería hablar de ella, porque cuando lo hacía se entristecía y se pasaba varios días llorando.

Beatriz no pudo evitar recordar la visita reciente que le hizo a Emilia y su actitud desabrida ante la muerte de su hija.

—Desgraciadamente así es, sí. ¿Llegó a conocer a la madre de Anabel?

—No. No la conocí en persona. Cuando nació Adrián la llamó por teléfono para contarle que había sido abuela, pero estaba borracha y dudo que supiera de qué le estaba hablando. Anabel colgó el teléfono con lágrimas en los ojos y me preguntó si pensaba que ella sería como su madre y que su hijo sufriría como ella había sufrido. Yo le aseguré que se convertiría en la mejor madre del mundo. No importaba cuántos errores pudiera haber cometido, bueno, ¿y qué?, le dije. Yo también cometí montones de ellos, pero estoy muy orgullosa de mis hijos, daría la vida por ellos y lucharía por su bienestar hasta mi último aliento. Anabel se sentía muy mal, pero le dije que ahora tenía un bebé, su bebé, y que tenía que ser muy fuerte y luchar por su hijo; pasara lo que pasase. Eso era en aquellos momentos lo más importante. Y yo le ayudaría en todo cuanto pudiese.

—Entonces, cuando Anabel descubrió que estaba embarazada trabajaban juntas en el prostíbulo de Valencia.

—Así es. Al principio se asustó mucho, tanto que quiso abortar. Me preguntó qué debía hacer. Ella sabía que yo jamás abortaría porque soy cristiana, pero le aconsejé que si no iba a estar segura de poder darle todo su amor a aquel bebé, entonces debía hacerlo. Para mí es un crimen matar a un bebé, pero peor crimen sería no amarlo. Le dije que lo pensara bien porque, sin duda, aquel era el momento más importante de su vida y aquella decisión marcaría su futuro. Y un día, tras varios en los que anduvo de aquí para allá, me explicó que se lo había pensado bien y que estaba dispuesta a tener a su bebé. Me alegré mucho por ella. Le dije que era la mejor decisión y que no se arrepentiría de ello. Y no lo hizo, porque Adrián cambió su vida... —La última palabra se quebró entre sus labios y las lágrimas brotaron, haciendo brillar sus ojos—. Lo siento... Es que pienso en lo injusto que es todo esto... —Se llevó las manos a los ojos y durante varios segundos purgó su dolor.

Beatriz no pudo evitar que las lágrimas acudieran también a sus ojos. Se limpió las lágrimas con los dedos, y cuando Manuela vio que Beatriz también había llorado forzó una sonrisa triste.

—¿Está bien? —se interesó Beatriz a pesar de que todavía tenía los ojos enrojecidos. Sonrió.

—Estoy mejor, gracias.

—De acuerdo, Manuela. Hay algo que pienso que podría ser importante para la investigación y es el padre de Adrián. ¿Lo conoce?

—Sí. —No dudó en la respuesta—. Lo conocía.

—¿Era un antiguo novio?

Negó con vehemencia y se le ensombreció el rostro.

—No. Era un cliente. Una mala persona. Un hombre despreciable. De esos que hasta parecen buenas personas, ¿me entiende?

—¿Se acordaría de él? Quiero decir, físicamente.

—Sí. Él venía a menudo. Conocía al dueño. Era muy popular y decía que se había enamorado de ella. Lo peor es que Anabel se lo creyó. Era un cerdo que le prometió que la sacaría de aquel lugar. Algo muy común, y que tiene como único fin ablandar el corazón de las chicas para que «se porten mejor con ellos»: una patraña despreciable.

—¿Descubrió que Anabel estaba embarazada?

—Sí, y entonces todo cambió. Resulta que estaba casado y, por lo visto, económicamente muy bien situado. Se puso muy nervioso y le exigió a Anabel que abortara, pero ella se negó. Él la amenazó, pero ella le respondió que si algo le pasaba, alguien se encargaría de contarle a su esposa todo lo que había estado haciendo. —Sonrió, seguramente al recordar aquella escena—. Desapareció y nunca más supo de él.

Beatriz meditó aquella historia.

—Quiero pedirle un favor, Manuela.

—Usted dirá.

—¿Tiene cuenta de Facebook y la aplicación en su móvil?

Manuela asintió, extrajo el móvil del bolsillo y se lo ofreció a Beatriz, pero esta

negó con la mano.

—No, no. Quiero que entre en su perfil y haga una búsqueda. Necesito comprobar algo.

Hizo lo que Beatriz le pedía. A continuación Beatriz recitó el nombre completo de Javier. La búsqueda arrojó varias personas. Javier aparecía al principio de la lista. Beatriz le pidió que pinchara en el enlace correspondiente. Como foto de perfil aparecía un Javier sonriente, atractivo y seguro de sí mismo, una imagen que Beatriz asociaba a los buenos momentos y muy alejada de lo que había visto de él las últimas veces.

—¿Este es el hombre del que me ha hablado?

Manuela lo miró apenas un instante. Respondió sin dudar.

—No, no es él. Pero lo conozco.

—¿Quiere decir que lo vio con Anabel?

Manuela asintió con la cabeza.

—¿Varias veces?

—Sí.

—¿Eran amantes?

Manuela compuso un gesto extraño.

—En realidad, no. Era un amigo del que hacía mucho tiempo que no sabía nada. Según me contó Anabel, se encontraron por casualidad un día por la calle, en Valencia. Se intercambiaron los números de teléfono y luego volvieron a verse.

—Entonces ¿no hubo entre ellos ningún tipo de relación amorosa o sexual?

—Bueno, sí. Se acostaron una vez, pero Anabel se dio cuenta de inmediato de que había sido un error y le dijo que aquello no podía volver a suceder.

—¿Él insistió?

La miró fijamente.

—Sí. Varias veces, pero creo que en algún momento se dio cuenta de que estaba cometiendo un error y desistió —dijo—. Creo que él la apreciaba de verdad. De hecho la ayudó económicamente. Anabel quiso rechazarlo pero él insistió, aduciendo que era lo menos que podía hacer por ella.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos años más o menos, y ahí nuestros caminos se separaron. Anabel había encontrado un empleo como camarera en un restaurante en Dénia y yo encontré el empleo que tengo ahora, cuidando de la señora Celia. Nos llamábamos casi a diario. Estaba feliz y yo me alegraba mucho por ella.

—Pero quería comenzar una nueva vida fuera de España.

—Sí. Estaba bien, pero afirmaba que cuando estaba en el restaurante o en cualquier lugar siempre veía a algún hombre que la miraba con desprecio. Algunos incluso le hicieron insinuaciones de tipo sexual. Ella estaba convencida de que la reconocían. Se obsesionó tanto que pensó que la única forma de romper con el pasado era empezando de cero en un país extranjero. Lejos de España.

—Fue cuando Izquierdo, su jefe del restaurante y dueño de la cabaña en Riópar, le ayudó a encontrar un trabajo en París.

—Así fue. El verano pasado habló con Izquierdo, y él le buscó un empleo en un hotel de París, y fue cuando ella decidió regresar a Albacete, para que su madre conociera a Adrián antes de marcharse.

—¿Sabe qué ocurrió?

Manuela se encogió de hombros.

—Que su madre, como imaginaba, no quiso saber nada de ella ni de Adrián.

Beatriz se inclinó hacia Manuela. La miró de hito en hito.

—Pero tuvo que pasar algo más, Manuela. Tiene que contarme todo lo que sepa. No encontraremos al asesino de Anabel ni a Adrián si no me cuenta toda la verdad.

Manuela agachó la cabeza y se quedó mirando una pulsera con cuentas de colores que llevaba y que manoseaba sin parar.

—No quiso contármelo. Yo tampoco podía verla y hablábamos por teléfono o WhatsApp.

Beatriz asintió quedamente. No dejaba de pensar en todo lo que Manuela le estaba diciendo.

—De acuerdo. Hábleme de la última vez que se vieron en Riópar.

Manuela miró a Beatriz un tanto extrañada, y tras varios segundos en silencio habló con voz queda.

—Fue tres días antes de que encontraran su cuerpo. Fui hasta Riópar para despedirme de ella y Adrián.

—Y para llevarle los billetes de avión a París, que previamente había impreso usted.

—Sí —murmuró sorprendida por la perspicacia de la teniente—, ella no tenía modo de hacerlo.

—¿Habló con ella después de aquel día?

—Sí, la mañana que murió. Intercambiamos unos wasaps.

—Ese día alguien, además de Sanromán, fue a visitarla. ¿Sabe de quién se trataba?

No pensaba contentarse con una negativa. Beatriz comenzó a sospechar que Manuela en realidad no estaba contando todo lo que sabía. ¿Por qué? Eso era lo que trataba de adivinar.

—Era un hombre —dijo lacónicamente.

—¿Conocía a ese hombre?

—Personalmente, no.

—Pero le dijo de quién se trataba.

Manuela miró fijamente a Beatriz.

—Sí, ese hombre era su padre.

Beatriz se quedó sin palabras.

—No me pregunte cómo, pues Anabel nunca llegó a contarme los detalles. Sin embargo ella y su padre se reencontraron después de muchos años, aunque no sé si «reencuentro» es la palabra adecuada...

Beatriz se trasladó al pasado en un viaje vertiginoso. El padre de Anabel siempre había sido un misterio y el tema tabú por excelencia para ella. En los años que la conoció jamás hablaba de su padre, y con la vida tan promiscua que había llevado

Emilia, cualquier hombre con el que se hubiera acostado podría ser su padre. Sin embargo, ahora no pensaba de ese modo y Emilia pasó a jugar un papel determinante en aquella historia.

—Imagino que Anabel no le dijo su nombre.

—No —murmuró con la voz ahogada. De nuevo las lágrimas acudieron a sus ojos—. Lo único que me explicó fue, por decirlo de algún modo, que su padre era una mala persona y no se había portado bien con ella cuando era una niña. Pero había cambiado, y estaba muy arrepentido de todo lo que había hecho.

Manuela rompió a llorar y Beatriz apenas pudo consolarla. En sus pensamientos, Emilia se erigió como la figura crucial de aquel rompecabezas. Estaba convencida de que conocía la verdad y pensaba sacársela aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Condujeron de vuelta a la ciudad. Había dejado de llover. El pavimento mojado y los coches estacionados y salpicados de agua ofrecían una imagen de extraño sosiego bajo la luz de las farolas de sodio. Beatriz detuvo el coche en la calle del Tinte, a la entrada del pasaje de Lodares.

—Me gustaría pedirle algo, Manuela.

—Usted dirá.

—No quiero que comente con nadie lo que hemos hablado esta noche.

—No lo haré, descuide.

—Si alguien se pone en contacto con usted, aunque sea de manera fortuita, en la calle, en el supermercado, llámeme al número que le he dado. Hágalo de igual modo si ve que alguien la sigue, si alguien la mira demasiado. —Pensó en lo último que había dicho tras echarle un vistazo—. Aunque imagino que los hombres en general la mirarán mucho.

Asintió con un gesto cansado y abrió la puerta del vehículo.

—Por cierto, ¿no se habrá fijado últimamente en un hombre con barba, gafas de sol y gorra de béisbol?

Manuela pensó durante un instante, entrecerró los ojos. Quiso decir algo, pero se contuvo.

—No. No recuerdo a nadie así. Lo siento.

—No pasa nada —contestó Beatriz tras unos segundos en silencio—. Avíseme si ve a alguien merodeando que coincida con esa descripción. Llámeme. No importa la hora que sea, ¿de acuerdo?

—Lo haré, no se preocupe.

Manuela se bajó del vehículo. El frío se coló dentro, haciendo bajar drásticamente la temperatura interior. Una repentina ráfaga de viento helado agitó su exuberante cabellera.

—Manuela. —Ella se giró y la miró expectante—. Quiero que sepa que puede confiar en mí.

Los ojos de ambas se intercambiaron un mensaje oculto, privado, íntimo. Manuela se debatía, quería decir algo pero al mismo tiempo una fuerza interior le impedía hacerlo.

—Buenas noches.

—Buenas noches también para usted. —Cerró la puerta y corrió hacia el interior del pasaje.

Las tenues lámparas colgadas del techo de aquella majestuosa edificación proyectaban círculos difusos en el suelo. Beatriz esperó hasta que Manuela abrió la puerta del portal y desapareció dentro. Aceleró hasta el final de la calle y los neumáticos chirriaron cuando tomó la curva por la calle del Rosario.

Una vez que su coche desapareció, un vehículo negro que se encontraba estacionado cerca de la esquina de la calle del Tinte encendió el motor, las luces y se alejó en dirección contraria.

Viernes, 11 de noviembre

Tras dejar a Manuela en el pasaje de Lodaes bien entrada la madrugada se dirigió a casa de Alberto con la esperanza de encontrarlo en casa. Aunque insistió en dejarle un juego de llaves de su piso, Beatriz nunca las había usado antes. Al entrar se encontró el piso vacío, silencioso y frío, y ella percibió esas señales como inquietantes presagios. Tras llamarlo varias veces al móvil sin resultado, se quedó durmiendo en el sofá con la ropa puesta y con la sensación de que algo hermoso que había surgido en su vida moría de nuevo. La luz de primera hora de la mañana entraba por entre el hueco de las cortinas del salón, proyectando un haz blanquecino donde las motas de polvo se agitaban perezosas. No se atrevía a abrir los ojos, por miedo a que el nuevo día trajera noticias terribles. La idea de que hubiera podido ocurrirle algo a Alberto era insoportable; ¿dónde estaba y por qué no la había llamado? Sin duda tenía que haberle ocurrido algo. Él no le haría algo así. Había puesto la tarjeta SIM antigua a su móvil por si Alberto la llamaba, ya que él no sabía que había adquirido una nueva SIM prepago. Dentro de su pensamiento abotargado escuchó un débil rumor, que se repitió de nuevo. Abrió los ojos y la luz la golpeó violentamente. Su móvil estaba sonando al tiempo que vibraba encima de la mesa baja.

—Buenos días, mi teniente. Perdone que la moleste tan temprano —surgió la voz sosegada y en tono de disculpa de Cebreros tras el primer tono.

—Imagino que me llama por algo importante.

Todavía trataba de recomponer en su cabeza el resultado de la entrevista con Manuela. Echó de menos un café solo y muy cargado, que sin duda le ayudaría a poner las cosas en su sitio.

—Y lo es. —Oyó nítidamente cómo Cebreros tragaba saliva antes de continuar—. Anoche de madrugada encontraron el cadáver de un traficante conocido como Reyes *el Gitano*.

La imagen de Reyes con el cabello sobre sus hombros mientras le entregaba la pistola se proyectó delante de sus ojos. Instintivamente se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta y sacó el arma despacio, que miró como si pudiera explicarle qué había ocurrido.

—Me ha llegado la información esta mañana en el parte oficial, y no la habría llamado de no ser porque su nombre ha salido a relucir en el mismo.

Beatriz se había quedado sin palabras. Su mente retrocedió hasta el momento en el

que se despidió de él y sus últimas palabras, que sonaron inequívocamente a amarga despedida.

—Han encontrado su cuerpo en una estación abandonada a la salida de Albacete, en la A-31, dirección Alicante.

Cebreros se quedó mudo por la sorpresa.

—Entonces es cierto que estuvo con él.

—Así es, él fue el que me dio la información sobre la amiga de Anabel, a la que finalmente conocí anoche.

El brigada manifestó de nuevo su sorpresa con un elocuente silencio.

—Un día ajetreado.

Beatriz se incorporó y un pinchazo laceró su espalda. Apretó los dientes para ahogar un gemido de protesta.

—¿Sabe cómo ha muerto?

—Le dispararon en la cara. A bocajarro.

Beatriz cerró los ojos imaginándose lo peor.

—La mala noticia, mi teniente, es que un par de camioneros aseguran que vieron salir de la gasolinera abandonada a una mujer joven. De cabello largo y moreno, con una chaqueta de cuero negra, poco antes de la hora en la que el forense estima se produjo el crimen. La descripción física encaja con la suya y con la de su coche.

Se imaginó a sí misma acariciando la culata del arma para, acto seguido, disparar a Reyes mientras él esperaba la muerte cerrando los ojos, dócil, tranquilo, preparado para el largo viaje. ¿Era su imaginación o el reflejo de la dolorosa verdad?

—Usted no lo ha hecho, ¿verdad? —preguntó temeroso.

Durante varios segundos la línea se quedó muda.

—Creo que está en un grave aprieto, mi teniente.

«Desde hace tiempo», pensó ella con amargura.

Cuando Alberto vio las últimas llamadas perdidas de Beatriz, estuvo tentado de llamarla. Deseaba escuchar su voz más que cualquier otra cosa en el mundo y se arrepentía del modo en el que se había marchado. Pero antes se había empeñado en que quería hacer algo para demostrarle su amor. Sabía que era una locura. Él se tenía por un hombre juicioso, que rara vez se dejaba arrastrar por sus emociones hasta ese punto, pero no podía evitar sentir aquel amor tan intenso hacia ella. Se miró al espejo del hotel en el que había pasado la noche y sonrió con una extraña carga de melancolía. Estaba enamorado de Beatriz hasta el tuétano, y su amor por ella era como un chute de adrenalina que lo impulsaba a una velocidad superior a la del sonido. El amor le hacía a uno cometer locuras. Lo había oído miles de veces, pero jamás lo había experimentado porque nunca había sentido nada parecido por una mujer. Era cierto que había tenido unas cuantas relaciones con chicas en los últimos años, y todas con el mismo denominador común: habían comenzado con mucha ilusión y ardor, pero pronto se habían convertido en una lucha constante de poder y provocaciones por parte de sus compañeras, que no dejaban de «puntuar» todas sus

acciones. Él no quería que nadie lo puntuara, aquello no era ningún concurso ni tenía que luchar para conseguir el premio máximo. Él solo deseaba encontrar a una persona que lo amara tal como era.

El conocimiento de que la pista del Citroën C4 de las fotos de Cebreros comenzaba allí, concretamente en el aeropuerto de Alicante, en el Altet, le hicieron tomar la decisión de conducir al filo de la noche. Sin embargo, cuando llegó, la empresa de alquiler de vehículos había cerrado ya sus puertas. Desestimó la opción de volver a Albacete con las manos vacías, pensando que no regresaría hasta que descubriera adónde llegaba todo aquello. Debía reconocer que se sentía eufórico; primero por hacer algo que muchas veces había deseado secretamente: investigar un crimen, seguir una pista y todo eso. Y la segunda y más importante, impresionar a Beatriz.

Después de desayunar, llamó a su jefe para comunicarle que había tenido que dejar la ciudad por un asunto personal. En el momento que aquel capullo comenzó a proferir reproches, Alberto cortó la llamada con una sonrisa de satisfacción. Estaba harto de aquel imbécil presuntuoso y de aquel trabajo, que cada día le costaba más realizar. La vida era demasiado corta y estaba decidido a no seguir malgastando la suya en aquel trabajo de mierda. Inmediatamente después se dirigió al aeropuerto. La mañana era fresca y el cielo se presentaba despejado y luminoso. Entró en la nueva terminal de techos abovedados y fue directo a la oficina de la empresa de alquiler de vehículos. Tras un mostrador escueto se parapetaba una joven de cabello oxigenado y rostro angelical. Cuando se aclaró la voz y apoyó el brazo en el mostrador, fue consciente de la pequeña locura que estaba cometiendo, y al contrario de lo que imaginaba, sintió una sensación increíblemente gratificante al saber que estaba haciendo algo contrario a las normas.

—Buenos días.

—Hola, buenos días —respondió la recepcionista con simpatía.

—Me llamo Juan José Cutillas y soy perito judicial. —Sacó la cartera y entonces constató que estaba temblando. Le tendió una tarjeta de visita que él mismo había impreso cuando se le ocurrió toda esa locura. La recepcionista la miró con curiosidad y luego a Alberto con cierta desazón—. Estoy investigando un caso para la compañía de seguros para la que trabajo, en el que un cliente de dicha compañía podría haber incurrido en un delito de robo, apropiación indebida y estafa continuada. Este señor podría haber alquilado uno de sus vehículos y me gustaría saber si podrían ofrecerme la información que necesito.

La chica se había quedado con la boca abierta y la mano en el pecho.

—Será mejor que llame al señor Valls.

Se incorporó y desapareció por una puerta de cristal esmerilado con el sigilo de una serpiente. Alberto soltó el aire de sus pulmones. Un pensamiento juicioso se cruzó por su cabeza instándole a detener esa insensatez, dar media vuelta y regresar a Albacete.

—Buenos días, soy Vicente Valls. Encargado de zona —dijo un hombre trajeado de mediana edad, bajo, corpulento y con el cabello exageradamente engominado que apareció acompañado de la joven recepcionista. Miró a Alberto con recelo y después

le pidió que le contara lo mismo que le había contado a ella.

Alberto repitió la historia inventada casi punto por punto. Valls permanecía de brazos cruzados, asintiendo y frunciendo el ceño, balanceando el peso de su fornido cuerpo de un pie a otro. Cogió la tarjeta y la miró un par de veces. Preguntó por la compañía aseguradora para la que trabajaba, pero Alberto contestó que de momento no podía compartir esa información porque era confidencial.

—Nuestros archivos también son confidenciales, señor Cutillas.

El recelo justificado de aquel hombre iba a dar al traste con todo aquel plan descabellado, pero una leve sonrisa abrió una puerta a la esperanza.

—Por otro lado, no queremos tener ningún problema con las compañías de seguros. —Intercambió una mirada cómplice con la recepcionista. Alberto intuyó que algún tipo de suceso relacionado con alguna compañía había sucedido recientemente—. Estamos dispuestos a colaborar, no faltaría más. Siempre y cuando quede reflejado en su informe.

—Por supuesto —dijo Alberto esbozando una sonrisa. El sudor se había concentrado en sus axilas y sintió un leve cosquilleo en el estómago—. Se agradece encontrar profesionales tan colaborativos. Facilita enormemente nuestra labor.

Valls abrió la puerta de cristal que permitía la entrada a las dependencias. Alberto no podía creérselo.

El interior era más grande de lo que aparentaba a primera vista. En una sala alargada había cuatro personas trabajando frente a sus ordenadores. La sala era nueva y estaba bien iluminada y se escuchaba el murmullo continuo de los ordenadores. Al fondo de la sala vio a través de una puerta entreabierta a un hombre dentro de otra habitación, más pequeña pero con unas cuantas pantallas de circuito cerrado. El hombre discutía sobre trabajo con alguien que Alberto no alcanzaba a ver.

Valls le indicó que se acercara hasta un terminal donde un hombre de mediana edad tecleaba algo con gesto solemne. Le indicó que atendiera a Alberto. El hombre apoyó los brazos sobre la mesa.

—Necesitaría saber quién alquiló un vehículo propiedad de su compañía un día determinado, ¿es posible?

—Si me dice el modelo y la matrícula, sí.

Alberto abrió su portátil y consultó un documento ficticio para hacer más verosímil su puesta en escena. Lo cierto es que no había comprobado si lo que AnarchyKingdom666, su misterioso proveedor de la Deep Web, le había vendido era información fidedigna. Lo sabría en ese momento.

El hombre del ordenador, que gemía sin parar y que, como advirtió Alberto, tenía un gesto permanente de fastidio, abrió y cerró varios documentos de lo que Alberto imaginaba sería la base de datos de los registros de la empresa.

—Bien —dijo al fin sin demasiado entusiasmo—, ¿qué quiere saber?

Alberto resopló de alivio y revisó el documento, donde había apuntado la fecha en la que encontraron el cuerpo de Anabel en el nacimiento del río Mundo, así como la fecha en la que Cebreros había tomado las instantáneas del misterioso hombre con barba, gafas de sol y gorra de béisbol, aproximadamente tres semanas después. Le

dijo el modelo en cuestión, la matrícula y la fecha.

El operario volvió a sumergirse en la base de datos y al cabo de un par de minutos se detuvo y señaló con el índice un dato en la pantalla.

—El 4 de noviembre un cliente alquiló el citado vehículo. La hora de retirada fue a las 9.20 de la mañana. El vehículo fue devuelto el mismo día a las 17.35 horas.

Hubiera estado bien saber a qué hora aproximada tomó Cebreros las fotografías del coche del sospechoso.

—¿Podría decirme quién alquiló ese vehículo?

—Según el registro, Juan Gómez García. Pagó en metálico.

No le decía nada ese nombre, pero tomó nota. Alberto le pidió que le diera también el resto de datos, como DNI y dirección.

—Gracias. ¿Podría comprobar si esta misma persona alquiló más vehículos de la empresa en otras fechas?

El operario asintió resignado, como si tuviera que realizar un gran esfuerzo.

—Me aparecen dos entradas más —rumió—, una el 17 de octubre y otra el 23 de octubre.

—Bien, dígame si es tan amable a qué hora retiró y entregó el vehículo el 17 de octubre.

Tecléo un par de órdenes.

—Ese día retiró un turismo modelo Opel Astra a las 13.15, e hizo entrega del vehículo al día siguiente a las 9.20 de la mañana.

Ese era el día en el que Anabel fue asesinada. El asesino podría haber alquilado el Opel Astra y viajado a Riópar para después entregarlo a la empresa el día después. Con el corazón latiéndole a toda velocidad debido a la emoción, revisó las pocas líneas que había apuntado en el documento y se fijó en que aparecía la fecha del 23 de octubre: el día en el que habían encontrado la supuesta sudadera de Adrián en algún lugar del parque natural. Un sudor frío recorrió la espalda de Alberto.

—¿Es ese el individuo que buscan? —preguntó Valls de repente, que se había acercado sigilosamente y permanecía detrás de Alberto con las manos en los bolsillos.

—Podría ser... —improvisó Alberto fingiendo concentración. Luego señaló con el mentón hacia la habitación del final de la sala—. He visto que tienen un sistema de circuito cerrado. Me imagino que para vigilar los movimientos en el aparcamiento.

Valls se hinchó de orgullo.

—Nosotros también tenemos la obligación de hacer bien nuestro trabajo, señor Cutillas. En este negocio toda precaución es poca. Muchas veces las personas que parecen más respetables son las que peor se comportan cuando creen que no las observan.

No tenían que recordárselo, era uno de sus lemas favoritos.

—Eso suelen decir, sí.

Doce pantallas LED estaban gobernadas por un hombre joven extremadamente delgado, encorvado y con acné en el rostro que saludó a Alberto con una mano blanda y sudorosa. Valls expuso durante tres o cuatro minutos las características

técnicas de aquel sistema, del que se sentía especialmente orgulloso.

—Todas las grabaciones que realizamos se almacenan durante un mes en unos discos duros de gran capacidad, pero después las borramos, así que creo que ha tenido suerte. ¿Qué fecha es la que necesita?

—Vamos a ir primero a por las imágenes del 17 de octubre.

—Jesús, mira a ver.

El operario asintió complacido. Unos dedos extrafinos que se doblaban como si fueran de goma se desplazaron por el teclado con rapidez.

—¿Hora?

—Aproximadamente a las 13.15.

Un monitor se quedó en negro, súbitamente apareció una imagen general del aparcamiento desde un ángulo elevado. Informó que esas imágenes correspondían al día 17 de octubre. La imagen se mostraba sobreexpuesta, imaginó que debido a un día despejado y con un poderoso sol situado en lo más alto. La fecha y la hora aparecían en la parte superior sobreimpresos en rojo. Jesús dio unas cuantas órdenes y la imagen se pasó a una velocidad de ocho veces la normal. Se detuvo cuando el reloj marcaba las 13.13 horas. Los tres miraron el monitor en silencio durante casi cuatro minutos, expectantes. A las 13.16 apareció una figura por un extremo de la pantalla que se acercó hasta un Opel Astra color gris. Abrió y subió al interior del vehículo.

—Apenas se ve quién es —se quejó Alberto—, ¿sería posible ver a ese individuo desde otro ángulo?

Jesús se concentró en la pantalla del ordenador. Entró en varias carpetas. Seleccionó la que deseaba y la lanzó al monitor principal. Esta estaba mucho más cerca y en la parte opuesta a la anterior. La vista que ofrecía era más bien lateral. Por la derecha apareció el individuo en dirección al Opel Astra. Los tres se concentraron en la figura que se veía mejor: un hombre con barba, gafas de sol y gorra de béisbol.

—¿Podríamos ver las imágenes del 4 de noviembre?

El operario y Valls miraron a Alberto al unísono, que no apartaba su mirada de aquella última imagen. Valls hizo un gesto afirmativo y Jesús accedió a los archivos.

—Las 9.20. Es la hora en la que presuntamente retiró el coche.

Jesús introdujo unas cuantas órdenes y una nueva imagen, con el mismo ángulo que la anterior, apareció en el monitor principal. Al contrario que el día 17 de octubre, el 4 de noviembre estaba nublado y el viento agitaba las hojas de las palmeras próximas al aparcamiento. La hora que aparecía sobreimpresa marcaba las 9.16. En esa ocasión tuvieron que esperar hasta las 9.24 hasta que una figura apareció en el otro extremo del aparcamiento; era apenas un punto negro en la pantalla.

—Necesitaría la vista de las cámaras del otro extremo —susurró al tiempo que apoyaba la punta de su dedo índice sobre la pantalla en el mismo lugar donde se veía al supuesto sospechoso, hecho que pareció molestar a Jesús. Retiró el dedo inmediatamente.

Un par de órdenes más y apareció una vista más cercana, sin duda la mejor de cuantas había visto Alberto, ya que la cámara estaba colocada por debajo del tejado

de chapa que cubría los vehículos en esa parte y el Citroën C4 aparecía justo debajo de la cámara. Jesús retrocedió unos cuantos segundos en la línea del tiempo y volvió a reproducir cuando el sospechoso llegaba al coche y lo abría. Convenientemente, congeló la imagen en el instante en el que se disponía a entrar. Alberto le dedicó una sonrisa.

—Por desgracia no se puede ampliar la imagen, como en las películas —se disculpó Jesús.

Alberto constató que llevaba la misma vestimenta que aparecía en las fotos tomadas por Cebreros. No podía creérselo. Aquello era importante. Aquel individuo podía ser el asesino de Anabel y prácticamente él solo había llegado hasta él.

—¿Y qué ha hecho este fulano, si puede saberse?

Alberto salió de sus ensoñaciones tras un largo suspiro y, lo más convincente que pudo, dijo:

—Entre otros delitos, atraco. Atraco a mano armada. Alquila vehículos, lógicamente usando una identidad falsa. Da el golpe en una ciudad lo más alejada posible y los entrega de nuevo como si tal cosa. Suele poner una pegatina con otro número de matrícula para entorpecer todavía más nuestra labor, la de la policía y la de la Guardia Civil, pero esta vez o se le olvidó o, lo que yo pienso, la pegatina se desprendió dejando a la vista la matrícula original.

—¿Sí? ¡No joda! —exclamó Valls con una risita, completamente fascinado.

Alberto asintió con la cabeza, metido de lleno en su papel y pensando en lo que se podía conseguir con una simple tarjeta comercial, imaginación y atrevimiento.

Una profunda preocupación que casi se podía palpar reinaba en la comandancia de la Guardia Civil de Albacete. Todo el mundo hablaba de la muerte de Reyes *el Gitano*, el conocido jefecillo de la mafia local que nadie de por allí echaría de menos. Los murmullos crecieron en intensidad cuando José Luis Fernández, alias el Rubio y lugarteniente de Reyes *el Gitano*, llegó a las oficinas en compañía de dos agentes para ser interrogado por el capitán Carmona. Al descender del vehículo los murmullos cesaron de inmediato. El Rubio sintió los ojos de los agentes, que como un organismo común y hostil lo observaban en silencio con evidente animadversión. El Rubio inspiró hondo cuando atravesó el patio descubierto y accedió al interior de las dependencias de su enemigo natural. Un pensamiento fugaz preñado de un pánico irracional casi le ordena salir corriendo de allí. Él no estaba siendo investigado y solo actuaba como testigo de un homicidio, se recordaba una y otra vez. Tragó saliva y volvió a repasar mentalmente todo lo que tenía que declarar.

—Pase ahí adentro y espere —dijo el sargento que lo había acompañado. Lo miró fijamente durante unos segundos.

José Luis, *el Rubio*, se hizo el desentendido y obedeció sin rechistar. Una vez que el sargento cerró la puerta, exhaló un largo suspiro. Estaba sudando y cagado de miedo.

El capitán Carmona no se hizo esperar; entró en la habitación, espartana, sin

ventanas, cuadrada. Con las paredes grises, el suelo de hormigón, una mesa y tres sillas, y un espejo alargado en una pared que serviría para observar desde el otro lado el interrogatorio. Carmona llegó acompañado del capitán Mora. Los dos iban vestidos de paisano. Pepe Luis permanecía de pie, apoyado en el canto de la mesa. Carmona le indicó con un gesto que tomara asiento al otro lado.

—Gracias por acudir voluntariamente a este interrogatorio, señor Fernández.

El Rubio no recordaba que nadie, nunca jamás, se dirigiera a él de ese modo. Se sintió extraño, pero le gustó.

—Todo lo que sea por ayudar... —balbuceó con un intenso acento calé.

—Como le ha informado esta mañana el subteniente Marín, quería repasar con usted lo sucedido en la jornada de ayer.

—Claro. ¿Por dónde empiezo?

—Por el principio.

El Rubio se arrellanó en la silla. Carmona lo observaba con una mirada neutra, sin embargo, Mora no podía ocultar la antipatía que sentía por él. Estaba seguro de que si pudiera, lo agarraría del cuello hasta que no dejara de moverse. Tragó saliva e intentó no pensar en esas cosas.

—Ayer por la tarde estuve todo el tiempo con el Reyes. Todo iba bien, aunque últimamente lo notaba un poco raro. Estaba como descentrado, no hacía una a derechas...

—¿Sabría decirnos el motivo de ese comportamiento?

El Rubio asintió sin pensarlo.

—Era desde que apareció la paya teniente. La morena de los ojos grandes.

—¿Se está refiriendo a la teniente Manubens? —preguntó Carmona. Acto seguido sacó un documento institucional donde aparecían los datos de Beatriz, así como una foto suya de frente, con el cabello recogido en una coleta y con el uniforme de la Benemérita. Se lo mostró al Rubio.

Entornó los ojos al no reconocerla de buenas a primeras. Luego sonrió y asintió con la cabeza.

—Esa es, sí.

Su mirada se topó con la del capitán Mora, que no había abierto la boca, y movía los ojos del documento al Rubio y a Carmona. Parecía como si no estuviera muy conforme con todo aquello.

—¿Qué podría decirnos de la relación entre el señor Reyes y la teniente Manubens?

—Pues que era muy sospechosa.

—¿Podría concretar un poco más?

—La teniente —dijo como si le costara pronunciarlo—, le tenía sorbido el seso a mi jefe. Lo estaba utilizando y se estaba aprovechando de él.

—¿Quiere decir que la teniente estaba consiguiendo información del señor Reyes?

—Sí.

—¿Qué tipo de información?

El Rubio se encogió de hombros.

—Mi jefe sabía mucho de todo lo que se meneaba en la ciudad. No se le escapaba ni una. ¡Menudo era!

—¿Cree que esa información tenía que ver con el reciente asesinato de Ana Isabel Ramos y la desaparición de su hijo Adrián Ramos?

El Rubio se había perdido al principio de la pregunta, pero se apresuró a asentir.

—Eso era lo que buscaba la paya...

—Teniente Manubens —corrigió Mora con evidente fastidio.

—Por la teniente, sí...

—¿Podría concretar un poco más, señor Fernández?

Tuvo que recordarse que el «señor Fernández» era él. Sonrió orgulloso para sus adentros.

—Como le he dicho, mi jefe sabía mucho, y la teniente sabía también que él lo sabía, así que le sacó lo que quiso.

—¿A cambio de qué?

Abrió mucho los ojos y luego se rio. Ni Carmona ni Mora sonreían. Dejó de reírse.

—A cambio de qué cree, capitán. Una paya como esa, sea teniente o no, le saca lo que quiera a un hombre, ¿entiende?

—¡No me creo una puta palabra! —escupió Mora dando un puñetazo en la mesa.

El Rubio se sobresaltó y levantó las manos de la sorpresa. Los ojos del capitán Mora refulgían por la indignación. Carmona intentó apaciguarlo sujetándolo del brazo.

—Tranquilo.

Mora lo miró irritado.

—No entiendo a qué coño viene todo esto, la verdad...

—Solo intento —explicó en tono didáctico— establecer las causas de lo que ocurrió. Después, si te parece, tomaremos en cuenta o no el testimonio del señor Fernández.

—Oigan, si no quieren que hable, me levanto y me voy.

—Vamos a terminar primero con el interrogatorio. Será breve. Limítese a contarnos qué vio el día de autos.

No tenía ni idea de qué significaba eso de los autos, aunque imaginó que se refería al homicidio. Miró de reojo a Mora, que miraba hacia otro lado de la sala, apretándose los puños el uno contra el otro.

—Por la tarde dijo que tenía que salir a ver a alguien. No dijo a quién, pero me imaginaba que era para ir a ver a la teniente. Le pregunté si lo acompañaba yo o alguno de los hombres, pero contestó que era algo que tenía que hacer solo. No era normal que quisiera salir solo, porque Reyes tenía muchos enemigos y no convenía que fuera por ahí sin compañía, ¿sabe lo que quiero decirle? Intenté convencerlo, pero se negó, así que se marchó y me ordenó que no lo siguiera.

—¿Usted obedeció?

—Claro, era mi jefe, y más valía no llevarle la contraria, porque tenía muy mala leche. Pasó toda la tarde. Lo llamé a su móvil, pero lo tenía apagado. Así que cogí el coche y salí a buscarlo.

—¿Cómo sabía que estaba en la estación de servicio abandonada?

—Reyes tenía algunos lugares donde le gustaba reunirse con... —carraspeó— gente con la que trataba sus negocios, y uno de ellos era esa gasolinera.

—¿A qué hora llegó aproximadamente?

Se rascó la cabeza y frunció el ceño, pensativo.

—Las nueve, más o menos. Cuando llegué a la altura de la gasolinera vi su coche aparcado detrás de lo que era la cafetería, pero también vi otro coche más. Entré por el carril y apagué las luces. Había luna llena y se veía todo muy bien. Como al entrar se llega primero donde está la gasolinera, paré el coche de tal modo que podía ver si alguien salía y entraba de la cafetería, pero ellos no verían mi coche, ¿entiende?

Carmona tenía los codos apoyados sobre la mesa y las manos bajo la barbilla, y asintió como para que continuara. Por su gesto permanente de incredulidad, Mora no creía una sola palabra.

—Estuve así como unos diez minutos esperando. Aquello no me olía nada bien, pero no quería entrar. Entonces escuché un disparo y vi por entre las ventanas como un relámpago..., pero como no dejan de pasar camiones y coches por la autovía, casi no se escuchó. Después de eso vi salir a la pa..., teniente. Miró a su alrededor como para comprobar que no había nadie observándola, se subió a su coche deprisa y se marchó a toda velocidad.

—¿Qué hizo usted después?

—Entré en la cafetería y me lo encontré tirado en el suelo, muerto. Le había disparado en toda la cara...

—¿De verdad vas a creerte esta sarta de mentiras?

Mora no lo soportó más y estalló. Se levantó de golpe, furioso. Carmona permanecía en la misma postura, relajado y tranquilo.

—¡Este cabronazo, miente como un bellaco!

—Oiga, un respeto...

Carmona se giró y miró fijamente a Mora.

—Sé que no es agradable que uno de los nuestros esté involucrado en algo tan feo, pero es nuestra obligación investigarlo. Además del señor Fernández, existen dos testigos más que vieron a la teniente en el lugar del crimen y no creo que se trate de una coincidencia.

Mora no dijo nada. Carmona aprovechó ese instante de indecisión para proseguir.

—Te recuerdo que no soy yo quien va haciendo la guerra por su cuenta. Además, no ha compartido ningún tipo de información con sus compañeros y superiores. Información que podría ayudar a resolver la desaparición del niño. Ya solo por eso habría motivos más que suficientes para imponerle una sanción. Pero no, aquí parece que unos pueden hacer lo que les dé la gana, sin rendir cuentas y sin dar explicaciones, y otros ceñirnos a las normas, como está mandado.

—Si tienes algo contra la teniente, detenla e investigala, pero no trates de colgarle el muerto.

Dicho eso, miró al Rubio con encono. A esas alturas su piel transpiraba como la de un corredor de maratón.

—Eso es lo que pienso hacer. Dejé pasar una oportunidad la última vez, pero se acabó. En cuanto abandone esta sala convocaré una reunión de urgencia. Se acabaron los tratos de favor.

Mora golpeó con la palma de la mano la superficie de la mesa. El Rubio se sobresaltó. Observaba entre asustado y fascinado la discusión entre los dos oficiales.

—Conmigo no cuentas.

Carmona lo miró con suficiencia y se levantó lentamente de la silla.

—Eso ya me lo imaginaba.

—Oiga, ¿hemos terminado? —preguntó el Rubio.

Mora y Carmona lo miraron como si de repente hubiera surgido de la nada.

Carmona abandonó la sala sin mirar atrás. Mora se quedó mirando a Pepe Luis que, sin querer, echó el cuerpo para atrás hasta que tocó el respaldo con la espalda. La notó completamente empapada de sudor. El capitán lo señaló con el dedo índice.

—No pienses que te has salido con la tuya. No te voy a quitar el ojo de encima ni un puto minuto, ¿me has oído bien, Rubio? En cuanto des un paso en falso, caeré sobre ti y descubriré tu juego, ¿me he explicado con claridad?

El Rubio se arrugó sin decir nada. Mora salió también de la sala y el gitano sintió náuseas al pensar que tenía que atravesar de nuevo toda la comandancia para salir de allí.

El capitán Mora irrumpió en el despacho provisional asignado a Carmona. La puerta estaba abierta y desde el pasillo podían escucharse con toda claridad sus palabras. Al entrar, los hombres de Carmona se incorporaron y se pusieron firmes. Carmona evitó mirar a Mora, cuya rabia se concentraba en sus ojos.

—¿Qué cojones ha pasado ahí dentro?

La voz de Mora retumbó en la habitación. Los hombres de Carmona permanecían inmóviles, mirando al frente. En el pasillo, dos agentes se sobresaltaron; no era habitual ver al capitán Mora hablar de ese modo.

Carmona dejó la carpeta que tenía en las manos, se apoyó en el canto de la mesa y se cruzó de brazos.

—Salgan un momento.

Los hombres obedecieron en silencio. Parecía que al otro lado la actividad de la comandancia se había paralizado por completo y no se escuchaba ni el vuelo de una mosca. El último hombre cerró la puerta al salir.

—No es a mí a quien debes pedir explicaciones —dijo Carmona.

—¿Crees en la palabra de ese mentiroso?

—Es un testigo.

Mora resopló incrédulo.

—O te haces el tonto o piensas que los tontos somos nosotros.

Carmona lo miró con dureza. No soportaba que nadie le llamara estúpido.

—Yo soy quien dirige esta investigación, y no soy yo quien ha sido visto con un traficante poco antes de que fuera asesinado. La teniente Manubens está incurriendo

una y otra vez en faltas graves, y nadie, absolutamente nadie, está haciendo nada. Todos la protegéis como si fuera intocable, pero ¡esto es la Guardia Civil! No importa los tratos de favor que le dispenséis, por la razón más retorcida que tengáis, porque una vez que acabe esto me encargaré personalmente de que seáis debidamente sancionados.

—Nadie la protege, aunque viendo tu actitud hacia ella alguien debería hacerlo.

El rostro de Carmona se volvió carmesí.

Mora levantó la palma de la mano frente a Carmona.

—Puede que seamos una ciudad pequeña de provincias que no esté a la altura. Y seguro que piensas que aquí no nos enteramos de nada y que no sabemos hacer bien nuestro trabajo.

Carmona lo observó con interés.

—Yo también tengo mis informantes, y aunque se trate de un asunto extraoficial, estoy enterado de lo que pasó entre la teniente Manubens y tú.

Carmona hizo un gesto de cansancio.

—Habladurías sin fundamento.

—Sargento Puche: ¿te dice algo ese nombre?

Sonrió con suficiencia.

—Claro. Estuvo de servicio bajo mi mando.

—¿Nada más?

—Nada más. Bueno, sí: que era una suboficial demasiado emotiva e ineficiente.

—Es. Todavía está en el cuerpo.

Agitó la cabeza dándole la razón y echó un vistazo a uno de los informes que había en la mesa como si ya estuviera cansado de escucharle.

—¿Tienes algo contra las mujeres?

Lo miró fijamente a los ojos.

—¿Debería decir que sí?

—Pues no sé, porque hay algunas oficiales del cuerpo que han demostrado tener más valor y agallas que algunos oficiales, que tienen por costumbre maltratar, acosar y abusar de mujeres en situaciones de inferioridad.

—Rumores —murmuró con los dientes apretados—. Rumores y cotilleos malintencionados. ¿Tienes pruebas de eso que hablas? Porque para eso se inventaron; para probar un hecho.

Mora se acercó tanto a Carmona que este lo miró inquieto.

—Me pregunto qué tuvo que pasar para que la teniente Manubens se echara atrás.

—¿Has terminado? —dijo Carmona tras un tenso silencio.

El capitán Mora retrocedió lentamente sin apartar la mirada de la de Carmona.

—En cuanto salga por esa puerta, voy a ir a hablar con el teniente coronel para pedirle que te aparte de la investigación de Reyes *el Gitano*. Tú ya tienes demasiado trabajo con el asesinato de esa chica y la desaparición de su hijo. Por eso y porque haré todo lo que esté en mi mano para impedir que sigas perjudicando la carrera de la teniente Manubens.

Se volvió antes de salir.

—Un último asunto: si tienes algún problema conmigo y quieres resolver nuestras divergencias, te espero al terminar el servicio. Sin subterfugios ni amenazas. De hombre a hombre, porque así es como solucionamos las cosas por aquí. Veremos si eres tan valiente.

Sin esperar respuesta, Mora salió de la habitación. Carmona se quedó durante unos instantes inmóvil y temblando. Al cabo de unos segundos tiró al suelo con un manotazo de rabia todo lo que había sobre su mesa.

Beatriz no se había movido desde que Cebreros la llamó para darle la noticia de la muerte de Reyes *el Gitano*. Se había postrado en el sofá en posición fetal, incapaz de moverse, dejándose envolver por el silencio de la casa. Cuando cerraba los ojos podía oler la fragancia personal de Alberto, una mezcla entre gel de baño y algo que le recordaba al almizcle. En la negrura de sus pensamientos trataba de recordar los momentos íntimos vividos con él durante esas pocas semanas de amor e incertidumbre. Sin embargo, tras aquellas imágenes que utilizaba a modo de salvavidas, surgía la de David muriendo desangrado o la de su pequeño ataúd cubierto de gotas de agua introduciéndose en el nicho. El lejano recuerdo de su corta experiencia como futura madre lo había relegado al lugar más profundo de su alma, con una sensación de honda amargura. Anabel la sonreía desde el pasado, junto a Adrián, que le tendía la mano. Beatriz se acercaba a él, pero el niño se alejaba más y más. Quería coger su mano y ponerlo a salvo, pero el niño corría por entre los árboles. Beatriz gritaba su nombre. Adrián corría cada vez más deprisa...

Abrir los ojos solo le procuró un mayor aturdimiento y una tristeza que se posó sobre sus hombros como una pesada carga llena de muerte.

Se incorporó, pero al hacerlo recibió una descarga en la espalda. Tuvo que volver a recostarse de nuevo: el efecto del ibuprofeno había remitido hacía horas y apenas podía moverse, pero tenía que salir de allí. Notó la pistola que le había dado Reyes antes de que fuera asesinado, preguntándose si su muerte tenía que ver con ella o tal vez se tratara de un ajuste de cuentas, tan habitual entre la gente como Reyes. No sabía qué hacer con el arma, puede que se hubiera utilizado para cometer algún crimen. De momento se la llevaría y vería más adelante el modo de deshacerse de ella.

Del bolsillo trasero de sus pantalones sacó el blíster y se tragó dos comprimidos. La ingesta reiterada de medicamentos para el dolor y la escasa alimentación de las últimas horas le había provocado una acidez permanente.

Encendió el móvil, que había desconectado tras la llamada de Cebreros. No tenía ninguna llamada perdida ni mensajes, lo que la hundió aún más en su preocupación por no saber dónde estaría Alberto. Sin poder esperar más, marcó su número e inmediatamente saltó el mensaje automático de que ese número estaba apagado o fuera de cobertura. Lo intentó otras tres veces, con idéntico resultado. Fue entonces consciente de que el reloj marcaba las 13.42 horas. Se incorporó y de mala gana buscó entre los armarios de la cocina algo que llenase su estómago vacío.

Una vez al volante de su coche, intentó recordar lo que le contó Manuela la pasada noche. Había algo que no encajaba. De hecho, había varias cosas. Algo que no estaba mirando de manera adecuada, pero no sabía qué. Se frotó la frente y de un bocado se comió una magdalena rellena de chocolate pasada que había encontrado en la despensa. Se llevó a la boca otra más antes de digerir la anterior pensando en las lentejas con arroz, chorizo y oreja que su madre preparaba y que sabían de fábula. Abrió la guantera y sacó una caja casi vacía de Lorazepam. Cogió un comprimido y lo miró antes de tragárselo. Si la doctora Bosch se enterase de que llevaba varios días saltándose las tomas, ordenaría su detención inmediata. Todo el mundo quería retenerla, se dijo, pero tendrían que esperar un poquito más.

Estacionó su vehículo en la calle Hellín y cruzó la mediana que la separaba en unas pocas zancadas, llegando hasta el barrio Hermanos Falcó. Recordó su última visita a Emilia y volvió a repetirse que después iría a la comandancia, si antes no la detenían.

La puerta del portal estaba entreabierta y no había nadie por los alrededores. Se coló en el interior y subió hasta la segunda planta. Todo parecía relativamente tranquilo.

Tocó con los nudillos la puerta marrón de la vivienda de Emilia. Insistió, pero nadie contestó al otro lado. No deseaba irse de allí con las manos vacías. Tenía que hablar con ella. Tocó en la puerta contigua y a los pocos segundos apareció un hombre bajo, gordo y desaseado, que no tendría más de cuarenta años y vestía un roñoso chándal verde y amarillo. Observó a Beatriz como si fuera una bendita aparición.

—La Emilia tiene que estar borracha, por eso no abre la puerta. —Soltó una risita ahogada y mostró los pocos dientes podridos que le quedaban. La papada y la enorme barriga le temblaron al reír.

—Está en casa, entonces.

—¿Y adónde va a ir esa desgraciada? ¿A trabajar?

Soltó otra risita que sonó como un coche viejo intentando arrancar.

—Necesito hablar con ella.

—Y yo un cuerpo nuevo.

Beatriz extrajo del bolsillo de sus pantalones su cartera y sacó un billete de cinco euros.

—¿No tendrás una llave de su casa por casualidad?

—Tengo algo mejor. Dame diez y estamos en paz.

Sacó un billete de diez y se lo tendió al hombre, que lo cogió con su mano regordeta. Pasó a su lado arrastrando los pies y gimiendo por el esfuerzo. Cogió el pomo y apoyó la otra mano contra la puerta. Le dio un ligero golpe y la puerta cedió unos centímetros. Se apartó y sonrió a Beatriz.

—¿Algo más, bombón? Te puedo hacer un favor que no olvidarás. Tengo la polla como la de un caballo.

—Suenan tentador, pero voy a pasar esta vez.

Beatriz empujó la puerta y cerró tras de sí. De pronto la golpeó el olor agrio a vómito descompuesto. Sintió náuseas que controló tras taparse la boca y la nariz.

La casa estaba a oscuras y en silencio. Echó un vistazo al interior de la cocina; un amasijo de sombras y podredumbre que despedía un olor nauseabundo. Entró en el comedor. Las persianas, antiguas, de madera cuarteada y combadas, estaban echadas, y las ventanas cerradas. Las abrió. Salió del comedor y se dirigió al único dormitorio de la vivienda. También estaba a oscuras. Palpó la pared buscando el interruptor; cuando lo encendió vio a Emilia tirada en el suelo entre un charco de vómitos secos a un lado de la cama. Parecía que se había caído en un intento de llegar a la cama y no se había movido del sitio. Se acercó a ella, y además del olor insoportable a vómitos le llegó el de pis. Tenía una mancha redonda en la entrepierna. Trató de respirar, pero antes se tapó la boca y la nariz con la mano.

La cogió por debajo de los hombros y la llevó hasta el cuarto de baño, que era minúsculo y estaba iluminado por una bombilla de poco voltaje. El plato de ducha estaba lleno de cacharros inservibles. Los sacó al pasillo y desnudó a Emilia, que seguía sin dar señales de vida. La metió bajo la ducha y abrió el grifo del agua fría.

—¡Hija de puta! ¡Cierra el puto grifo, zorra!

Eso estaba mejor, pensó Beatriz.

Emilia agitó sus brazos fofos y atrofiados sin dejar de gritar y maldecir.

La sacó de la ducha temblando. Incapaz de encontrar una toalla de baño, le puso una manta sobre un cuerpo totalmente arruinado por toda clase de excesos y no pudo evitar pensar en aquella mujer guapa y pizpireta, siempre embutida en vestidos cortos y estrechos, siempre rodeada de moscones, siempre riendo, siempre divertida.

La sentó en el sofá.

—Cierra las ventanas. Tengo frío.

Aunque apenas se había ventilado la casa, accedió a su petición. Se sentó a su lado, sacó su billetera y le dejó un billete de cincuenta euros sobre la mesa baja.

—Sé que se lo va a gastar en bebida, pero quiero que compre algo para comer que no sea la porquería habitual.

Emilia rio con un brillo malicioso en la mirada. Los mundos de ambas mujeres se encontraban en las antípodas. Jamás habría entendimiento posible. Bajo la manta que la cubría, sacó la mano y cogió el billete con un rápido tirón para esconder la mano de nuevo. Miró fijamente a Beatriz con dureza.

Luego Beatriz sacó el paquete de cigarrillos que compró la jornada anterior, aún intacto. Lo abrió despacio y le ofreció un cigarrillo. Emilia se lo puso en la boca. Beatriz se lo encendió y dejó la cajetilla sobre la mesa. Emilia la miró desconfiada.

—¿No fumas?

—Lo he dejado. —Levantó la cara y la miró fijamente—. Ya sabe a qué he venido.

Emilia dio una larga chupada al cigarrillo. La brasa se encendió fugazmente emitiendo un brillo anaranjado.

—No me vas a dejar en paz.

—Dígame quién es el padre de Anabel y me marcharé. No volverá a verme nunca más.

Emilia sopesó las palabras con un gesto teatral, dando chupadas compulsivas y expulsando el humo por la nariz al mismo tiempo.

—¿Y qué gano yo?

La miró de hito en hito. Había personas que jamás harían nada desinteresadamente por nadie, no importaba si sus vidas se habían convertido en un callejón sin salida.

—Hágalo por Adrián. Tal vez todavía tenga una oportunidad.

Emilia mostró al sonreír sus dientes podridos, mal colocados y ennegrecidos, y un gesto de absurda suficiencia.

—A saber qué habrán hecho con él...

Apagó el cigarrillo en el mismo recipiente que servía como cenicero y que Beatriz vio en su última visita. Si antes estaba a rebosar, ahora las colillas formaban una pequeña montaña. Cogió el paquete que le había dado Beatriz y extrajo otro cigarrillo, se lo puso en los labios a la espera de que Beatriz le diera fuego, pero vio algo en sus ojos que la detuvo.

—Pues entonces lo tendrá que hacer por usted. Cuénteme la verdad o le retuerzo el cuello en este instante.

La expresión relajada y burlona desapareció de su rostro. El cabello todavía mojado y enredado le daba un aspecto entre el ridículo y el desamparo. Lo pensó mejor y guardó el cigarrillo en la cajetilla. Bajó la mirada y así estuvo durante un largo minuto.

—Cuando Anabel vino a finales del verano era otra persona. Lo supe nada más verla. El chiquillo le había dado fuerzas y esperanza. Se notaba que lo quería mucho y el chiquillo a ella. Yo nunca he sentido nada parecido, y verlos así me puso furiosa. Sentí celos y no soporté verlos de ese modo. Le dije a Anabel que si buscaba dinero o ayuda ya podía marcharse, porque no tenía nada que ofrecerle. «Imaginaba que dirías algo así, pero no te preocupes, no he venido a pedirte nada. Me marché fuera de España a comenzar una nueva vida. Quiero luchar para darle a mi hijo todo lo que no me diste porque estabas borracha o en la cama con algún hombre del que no sabías ni su nombre. Solo he venido para que conozcas a tu nieto. Aunque sé que odias a los niños, me sentía en la obligación de hacerlo y por eso aquí estoy», me dijo.

»Fue entonces cuando se me ocurrió una idea. Le dije que le agradecía ese gesto, y que ya que se iba a marchar fuera y tal vez no volveríamos a vernos, debía contarle quién era su padre. Cuando era una niña preguntaba y preguntaba sin parar sobre él, y yo me la quitaba de encima explicándole que su padre había huido y no sabía nada de aquel cabrón, ni él quería saber de nosotras. Ella siempre decía que cuando fuera mayor lo buscaría hasta dar con él. Entonces le dije que su padre vivía más cerca de lo que imaginaba y que incluso sabía dónde encontrarlo. Y ella no pudo resistirse.

Emilia se levantó de repente y encorvada se dirigió hacia una mesa de comedor, que se encontraba arrinconada, detrás de la puerta. Estaba llena de ropa sucia, revistas del corazón atrasadas, botes y bolsas de dudoso contenido. Cogió unas pocas fotografías y recortes de prensa arrugados y amarillentos de entre la inmundicia, y sin que sus manos dejaran de temblar, se los tendió a Beatriz. La fotografía era antigua, estaba doblada y tenía manchas oscuras en algunas partes. Una joven de cabello rubio y sonrisa radiante, embutida en un estrecho vestido que remarcaba una bonita figura, miraba a la cámara. La joven no era otra que Emilia, con al menos treinta y tantos

años menos. Estaba colgada del brazo de un hombre moreno, alto y guapo, que por su mirada no parecía muy conforme.

—Yo tenía veinticinco años y era una mujer preciosa. Tenía a cualquier hombre a mis pies. Pero elegí al hombre equivocado. Me enamoré de él y le entregué mi cuerpo y mi alma, que él aceptó encantado. Él era muy apuesto y, como se dice ahora, un emprendedor. Era empresario de una fábrica de calzado de Almansa que estaba empezando. No tenía un chavo, pero a mí eso no me importaba: yo lo quería tal como era. Él lo sabía y por eso se aprovechó de mí.

—Puertas. Diego Puertas, el suegro de Javier —dijo Beatriz sin apartar la mirada del hombre de la fotografía.

Emilia asintió con una sonrisa triste.

—El muy hijo de puta estaba prometido. Se iba a casar con una chica de una familia pudiente de Almansa, pero le gustaban los chochitos cosa mala. Venía a verme dos veces por semana. Follábamos hasta cansarnos y luego se marchaba. Jamás salí a la calle con él: «Entiéndelo, me conoce mucha gente», decía. Pero yo estaba empeñada en retenerlo y no se me ocurrió mejor idea que quedarme embarazada de él. Cuando se enteró, me amenazó con matarme si le contaba a alguien lo nuestro. Me propuso abortar, pero yo no acepté; estaba cegada por el amor e iba a ir a por todas.

Miró a su alrededor y rio con tristeza. Extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—¡Y esto es lo que conseguí!

Beatriz exhaló un largo suspiro. Dejó la fotografía a un lado y cogió un recorte de un diario local. En él aparecía de nuevo Puertas, sujetando un zapato que mostraba sonriente a la cámara. El titular de la noticia hablaba del fulgurante éxito del empresario almanseño Diego Puertas en el mercado internacional. Al mirar por encima constató que el resto lo componían recortes de prensa parecidos a aquel.

—Me imagino que el plan del que me ha hablado consistía en extorsionar a Puertas.

Emilia abrió mucho los ojos totalmente indignada y se golpeó el pecho desnudo con la palma abierta, sus pechos caídos y arrugados se agitaron con el movimiento, y su voz se quebró por el esfuerzo.

—¡Ese cabronazo intentó comprarme dándome cuatro chavos! ¡Perdí mi juventud por ese hijo de puta! ¿Lo entiendes? ¡Quería que me pagara por todo el daño que me hizo!

Rompió a llorar y se dejó caer del lado derecho. Se llevó las manos al rostro para acallar el llanto. Tras unos minutos sollozando, se incorporó de nuevo y sacó un cigarrillo de la cajetilla. Beatriz se lo encendió.

—Supongo que Anabel no estuvo de acuerdo con el plan, pero quiso conocer de todos modos a su padre. Por eso la llamó varias veces cuando estaba en Riópar.

—Le dije que él era rico y podía hacer mucho por nosotras y por el niño, pero se negó en redondo. Dijo que no volvería a hacer nada indigno.

—Y usted se puso en contacto con Puertas y le contó lo de Anabel y Adrián.

—Me dijo que le daba igual y que no lo molestase más, pero algo me decía lo contrario. Aun así, le dije dónde encontrarla. Dos días después Anabel me llamó para contarme que había conocido por fin a su padre. Él había ido hasta Riópar para conocerla a ella y a su nieto y pensé que no estaba todo perdido... —Enmudeció por unos instantes.

—¿Cuántas veces se vieron?

—No sé. Tres, cuatro... Las suficientes para que esa desgraciada sacara provecho sin contármelo.

Beatriz no pudo evitar una mirada de desprecio. Emilia se hizo la ofendida.

—¿Qué? ¡Es cierto! ¡Ese cabronazo me dejó en la puta estacada! ¿Lo entiendes? Y después mi propia hija me la estaba jugando.

—Acláreme eso.

Emilia se irguió y se agitó dentro de la manta. Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas.

—A ese cabrón se le había ablandado el corazón. Lo noté cuando Anabel me contó que estaba encantado con el niño, si no ¿por qué iría a verlo tantas veces? Ella misma lo admitió, me dijo que había sucedido algo que lo había hecho cambiar y estaba dispuesto a ayudarla, pero ella rechazó su ayuda.

—¿Insinúa que Puertas le dio dinero?

—Y mucho, pero esa zorra codiciosa lo quería todo para ella, y lo negaba, por supuesto. Pero a mí no me engañaba.

—¿Le contó qué le había pasado a Puertas para que cambiara?

Emilia se calló repentinamente y miró a Beatriz con aquella mirada lánguida suya. Pudo ver en sus ojos toda la amargura y desesperación de una vida malgastada.

—Le habían diagnosticado cáncer y apenas le quedaban unos meses de vida. Anabel me dijo que estaba harto de la gente que solo estaba a su lado por su dinero, incluida su propia familia. También había hecho mucho daño a mucha gente y quería hacer algo bueno y honesto por una vez en su vida.

Posó su mirada en la fotografía donde ella se sujetaba del brazo de Puertas, en la que probablemente sería la única instantánea tomada de ambos juntos. Una imagen robada y único testigo de aquel amor furtivo y amargo.

—La última vez que hablé con Anabel me dijo que lo había visto hundido y parecía capaz de cometer alguna barbaridad. Al día siguiente tuvo el accidente en el que se dejó la vida. Apropiado, ¿no?

Al salir de la casa de Emilia, vio que caía una tromba de agua. El cielo plomizo había oscurecido la tarde que ya no volvería. En el interior del portal cerró los ojos y mentalmente intentó colocar las piezas del puzle, que estaban situadas de manera precaria, pero con un extraño sentido. Movía las piezas de un lugar a otro para tratar de esclarecer el misterio que acariciaba con la punta de sus dedos, buscando la opción adecuada que le permitiera cerrar el círculo y en la que, de cualquier modo, Manuela tenía un peso específico.

Abrió los ojos de nuevo y de pronto el rostro de Alberto surgió del mundo de las sombras. Su prolongado silencio le preocupaba sobremanera. Aun a riesgo de ser interceptada, porque estaba claro que eso sería lo que tanto la Guardia Civil como la Policía Nacional estarían haciendo, colocó la tarjeta SIM antigua en su móvil y reinició el dispositivo. Unas cuantas llamadas perdidas de Alberto de esa jornada destensaron el nudo que tenía en el estómago. Apenas miró unas cuantas más que había también sin entretenerse. Pulsó rellamada. Tras el tercer tono escuchó su voz. Exhaló un suspiro de alivio y no pudo evitar sonreír.

—Alberto...

—Te he llamado como un millón de veces... ¿Por qué...?

—¿Todo va bien? —lo interrumpió hablando rápido—. ¿Dónde estás?

Beatriz apretaba tanto el móvil contra su oreja que le dolía. Quería detectar si todo iba bien. Parecía que el corazón se le fuese a salir por la boca.

—Muy bien. Estoy bien, ¿y tú? ¿Cómo estás? Te noto alterada.

—¿Dónde estás? —quiso saber con urgencia.

—Estoy en Alicante, mejor dicho en el aeropuerto del Altet, y no te vas a creer lo que he encontrado. —Hablaba deprisa, entusiasmado—. ¿Recuerdas al misterioso hombre de barba, gafas de sol y gorra de béisbol de la fotografía de Cebreros? Alquiló un Opel Astra el día que asesinaron a Anabel. Al día siguiente entregó el vehículo y varios días después volvió a alquilar el Citroën C4 gris de las fotos. ¿No te parece que...?

—Sí, Alberto, me lo parece. Es el asesino de Anabel y creo saber quién es, pero ahora tienes que regresar a Albacete lo antes posible.

—Eso iba a hacer, pero primero...

—No, no. Por favor, Alberto, regresa ahora mismo. Por favor.

Alberto resopló al otro lado de la línea.

—Beatriz, estoy bien. Sé que no debí marcharme como lo hice, lo siento, yo solo...

—Alberto, ¿tú me quieres?

—Sabes que más que a nada en este mundo.

—Pues regresa junto a mí. No podría perdonarme que te sucediera algo.

—No me va a suceder nada.

—Por favor.

—Ya estoy en camino —respondió Alberto tras unos segundos en silencio.

Beatriz cerró los ojos y exhaló un callado suspiro de alivio.

—Gracias. Avísame cuando llegues.

Después de colgar, Beatriz extrajo la tarjeta SIM y la sustituyó por la de prepago. Reinició de nuevo el móvil. No tenía ninguna llamada de Manuela. Abrió la puerta del portal y miró hacia el cielo. Apenas quedaban unos pocos visos de luz. Esperaba que la lluvia y la llegada de la noche la ayudaran en su último cometido.

Cruzó la barriada a saltos hasta que llegó a la calle Hellín. Bajo un precario alero observó su coche, que estaba donde lo había dejado. La intensa lluvia había desalojado de las calles a los viandantes. Los vehículos colapsaban aquel tramo y se movían al ritmo de tortugas en la playa. Puso especial atención a lo que sucedía

alrededor de su coche. Si esta vez la detenían, no la dejarían marchar tan fácilmente. Observó los vehículos estacionados cerca, uno a uno. La lluvia y la creciente oscuridad dificultaban esa tarea. También se fijó en las personas. No vio nada extraño. Dirigió su mirada hacia una estación de servicio que tenía a su derecha y entonces vio a un hombre que le llamó la atención y al cual conocía.

Era un hombre de Carmona.

Bajo la marquesina y con las manos en los bolsillos de su chaquetón, parecía esperar a alguien. Ahora sabía que habría más, muchos más esperando que diera la cara para detenerla. Las cosas habían cambiado y no podía permitir que eso sucediera. Primero tenía que llegar hasta Manuela, porque ahora ya sabía que ella era el final del recorrido, y tenía que hacerlo antes que el asesino de Anabel. Retrocedió y volvió a internarse entre las calles del barrio Hermanos Falcó. Daría un amplio rodeo, pero antes haría un par de llamadas.

A pesar del aguacero no eran pocos los vecinos de «El Cerrico» que se habían congregado en las inmediaciones de la calle Santa Lucía. Cuando el capitán Mora llegó, pudo ver a través del parabrisas las caras de expectación asomadas por las ventanas y balcones de las paupérrimas viviendas. Algunos vecinos apoyados en la pared o guarecidos bajo los escasos soportales observaban con fingida indolencia o incluso risas nerviosas el curso de los acontecimientos. Los niños, completamente calados, correteaban, gritaban y jugaban como si tal cosa, ajenos al drama que se estaba viviendo en el interior de la ostentosa casa del que había sido hasta hace dos días el dueño y señor de la droga en la ciudad. Sin duda estaba siendo un día bastante ajetreado: el teniente coronel Ansoain, jefe de la comandancia de Albacete, había apartado al capitán Carmona del caso Reyes, al considerar que esa muerte no tenía ningún tipo de relación con el caso de Anabel Ramos y su hijo Adrián, recayendo dicha responsabilidad en el capitán Mora, que además conocía mejor toda la idiosincrasia que rodeaba al mundo de la droga a nivel local.

Al salir del vehículo, Mora echó un vistazo a su alrededor. Dos coches de la Policía Nacional cortaban en ambos sentidos el acceso a la calle. El amplio solar de enfrente era el lugar donde se concentraban al menos diez efectivos de la Policía Nacional más otros tantos de la Guardia Civil, que era quien dirigía aquella operación. Seis agentes más de la Unidad de Intervención Especial se hacían señas desde diferentes puntos. Mora observó la puerta de entrada, abierta de par en par, aunque la cortina de cuentas ocultaba el interior.

Uno de los agentes se acercó hasta Mora. Era un hombre inmenso que ostentaba el rango de sargento. El agua había oscurecido su vestimenta hasta casi hacerla de color negro. Se levantó la visera de su casco protector.

—¿Cómo está la situación, Giménez?

—No ha variado, mi capitán. Todo sigue igual.

Lo dijo con cierto pesar e impotencia.

—Voy a entrar —dijo Mora casi sin pensar, o al menos eso era lo que parecía,

aunque lo había estado meditando durante el corto trayecto.

No hacía ni media hora que había recibido el aviso de tiroteo. Por una vecina sabían que habían escuchado tres o cuatro disparos en el interior de la vivienda del joven y recién fallecido patriarca de la familia Plantón. Reyes vivía en esa casa con sus dos hermanos pequeños, Cayetana y Omar. Al parecer, una tía de los niños se estaba desplazando en esos momentos desde Barcelona para hacerse cargo de ellos. Según la misma vecina, que parecía muy enterada de todo, poco antes del tiroteo había visto al antiguo lugarteniente de Reyes rondando por los alrededores, con una actitud un tanto intimidatoria y proclamando que a partir de ese momento todos le debían respeto y obediencia.

—Pero mi capitán, debemos esperar a que llegue el negociador. Nos ha informado de que en breve estará aquí.

—No hay tiempo, si como creemos hay dos niños ahí dentro.

—Al menos deje que le pongamos un chaleco.

Giménez hizo un gesto imperativo y en menos de dos segundos un agente apareció con un chaleco antibalas, que Mora accedió a ponerse.

Al entrar en la vivienda se detuvo para limpiarse el agua de la cara. Estaba completamente empapado y con el peso del chaleco se había echado encima unos cuantos kilos de más. Vio pisadas de barro sobre el brillante suelo blanco, que iban hacia dentro para luego regresar y perderse escaleras arriba. Todo estaba en silencio. Siguió la senda de las pisadas y lo condujeron al mismo salón donde Beatriz se entrevistó con Reyes. Las cortinas estaban echadas y apenas dejaban entrar luz, restando brillo a todo aquel lujo extravagante. Salió del salón y entró en la cocina. La mancha de sangre en el suelo y las huellas de manos también ensangrentadas en el frente de algunos cajones y la encimera provocó que todos sus músculos se tensaran. No pudo evitar pensar en sus dos hijos pequeños y en cómo actuaría si eso mismo ocurriera en su propio hogar. Nunca le contó a nadie, ni a Isabel, su mujer, que había estado al borde de la depresión cuando no podía apartar de su mente la sensación de amenaza constante sobre los suyos y su incapacidad por protegerlos.

Suspiró y tragó saliva con dificultad. Respiró varias veces y al girar alrededor de una mesa vio que el rastro de sangre desaparecía tras una puerta de cristal que daba a un pequeño patio interior. La puerta estaba entreabierta y una pequeña corriente la golpeaba contra el marco. También vio algunas huellas de sangre impresas en el pomo.

Extrajo su USP y salió al patio interior. El suelo de gres negro brillaba y el agua de la lluvia se concentraba en un sumidero que no daba abasto. No había ningún rastro de sangre, el agua se la habría llevado hace tiempo. Miró con atención. Era un habitáculo no demasiado grande y despejado. No había nada, salvo algunos utensilios de limpieza, macetas con geranios empapados, un tendedero vacío y un canario que, cubierto, cantaba alegre y ajeno a los problemas de los humanos dentro de su jaula dorada. Entonces se dio cuenta de que había una pequeña portezuela camuflada en una esquina, tras los utensilios de limpieza. Se acercó y observó una pequeña mancha de sangre en la superficie. Se guardó el arma y quitó los objetos que la bloqueaban.

Abrió la portezuela despacio e inmediatamente vio una mirada huidiza y un lamento infantil.

—No tengas miedo, he venido a sacarte de aquí.

Mora compuso un gesto para tranquilizar al niño, que no tendría más de siete años y que temblaba sin parar.

—Mi hermana...

—¿Dónde está?

—No lo sé... —gimió al tiempo que se limpiaba las lágrimas de la cara.

—¿Estás herido?

El niño negó, aunque Mora pudo ver algunas manchas de sangre resacas en el dorso de sus manos.

—¿Quién os atacó? ¿El Rubio?

El niño tembló al escuchar ese nombre, y luego asintió.

Mora tendió sus dos manos hacia él.

—Te llevaré fuera. Estarás a salvo.

El sargento Giménez cogió al niño y se alejó con él, y sin mediar palabra Mora subió al piso superior dejando al sargento con una advertencia en la boca. Las huellas de barro conducían inequívocamente hacia uno de los dormitorios, el que se presumía más grande. De nuevo todo estaba sumido en un silencio absoluto y pesado, bajo una atmósfera lúgubre. Al contrario que el resto de las puertas, la de esta habitación estaba cerrada. Algo en su interior le advertía que no debía abrir esa puerta. Había visto a muchas personas adultas muertas, de forma natural y violenta, pero jamás a un niño. No podría volver a su casa con su familia como si tal cosa si al abrir la puerta se encontraba el cadáver de una niña. Pero no tenía alternativa.

Giró el pomo. Las bisagras se quejaron y él aguantó la respiración.

El cuerpo del Rubio había caído encima de la cama: tenía los brazos abiertos, en forma de cruz, y la boca manchada de sangre coagulada. Mora apreció a primera vista al menos tres impactos de bala en el pecho, y por el tamaño, realizados a bocajarro. La colcha bordada a mano había absorbido gran parte de la sangre derramada. Mora apuntaba al cuerpo sin vida del Rubio y rodeó despacio la cama. No recordaba el nombre de la niña. Lo había escuchado solo una vez, mientras recibía los detalles del tiroteo. Hubiera querido llamarla por su nombre.

—Soy de la policía. No tienes nada que temer.

Descorrió la puerta de un enorme armario, lleno hasta los topes de ropa colorida y estridente, y con un extraño olor a rancio. El olor a muerte pesaba en aquella habitación como una losa. Observó la puerta del cuarto de baño. Una huella palmar de sangre entera e inquietantemente nítida estaba impresa en la superficie de la puerta cerrada: más puertas cerradas. Resopló angustiado preparándose para lo peor. La abrió una vez que se armó de valor.

La niña estaba tumbada en posición fetal e inmóvil. Más huellas de sangre en el suelo blanco y en el borde de una suntuosa bañera redonda de hidromasaje. Al lado de la niña, una pistola manchada de sangre, enredándose entre su larga cabellera. Recordó en ese instante su nombre.

—Cayetana.

Lo pronunció como una súplica, y entonces el cuerpo de la niña se estremeció.

Mora se agachó y le retiró el cabello del rostro, que lo tenía pegado por el sudor, las lágrimas y los restos de sangre. Cayetana tenía los ojos cerrados, estaba temblando y lloraba en silencio.

—¿Estás herida?

La niña temblaba de los pies a la cabeza. Mora repitió la pregunta y, tras varios segundos, Cayetana negó con la cabeza.

—Todo ha terminado.

Sin abrir los ojos, Cayetana se limpió las lágrimas y se sorbió los mocos.

—Dijo que nos mataría, a mí y a mi hermano, como había matado a Reyes si no le decía dónde estaba el dinero. Dijo que ahora era él el que mandaba. —Se le apagó la voz por un instante—. Reyes lo quería como si fuera su propio hermano: le pagó el entierro de su padre y le prometió que nunca le faltaría de nada a su familia mientras él viviera.

Cayetana abrió los ojos, estaban hinchados y enrojecidos, cubiertos por el velo de la confusión y el miedo. Susurró con voz temblorosa:

—Fue mi padrino el día de mi comunión. Yo también lo quería como si fuera de la familia. Antes de disparar vi en sus ojos algo que me dio mucho miedo. Me dijo que le gustaba mucho... Y que ya era hora de que supiera lo que era estar con un hombre de verdad...

La voz se le ahogó, se tapó la cara y volvió a sumergirse en el llanto. Mora cerró los ojos al tiempo que acariciaba el cabello de Cayetana sin poder quitarse de la cabeza la imagen de sus hijos.

Las palmeras del paseo agitaban sus grandes y brillantes hojas bajo un precioso cielo azul cobalto completamente despejado. La Osa Mayor brillaba con nitidez en el firmamento. Una suave brisa procedente de Levante acariciaba el rostro de Alberto, que se había desprendido de su aparatoso plumífero y llevaba las mangas de la camisa subidas más allá de los codos, por el calor que todavía hacía a esas horas. En Albacete en esos momentos, y según la aplicación de su móvil, sufrían una fría e intensa lluvia otoñal. Satisfecho, caminó por el paseo bajo la luz de las farolas, que se alternaban con las frondosas palmeras, que conducía hasta el aparcamiento. La llamada de Beatriz en lugar de preocuparle le había alegrado. Sonreía como un idiota al recordar la conversación. Lo quería. Estaba claro. No sabía cómo lo había hecho, pero había conseguido que Beatriz lo quisiera, y eso lo hacía inmensamente feliz.

Tan absorto estaba pensando en cómo una mujer tan atractiva le imploraba que volviera a sus brazos que no se dio cuenta de que no recordaba dónde había estacionado su coche. Se detuvo y miró a su alrededor. El aparcamiento estaba situado a su izquierda, separado por una mediana que tras mirar a ambos lados cruzó en varias zancadas. Miró las filas de vehículos; ¿dónde estaba su coche? Era toda una incógnita, y más para alguien tan despistado como él. Un avión despegó y surcó el

cielo con sus luces intermitentes. Al contemplar su figura sinuosa se dio cuenta de que se había pasado prácticamente todo el día allí para esclarecer aquella pista. Meneó la cabeza y entonces recordó la letra «C» por encima de otras. Claro, era el pasillo donde había dejado su coche. Vio que se encontraba en la dirección correcta, y caminó más deprisa. Le había prometido a Beatriz que volvería lo antes posible y tenía algo menos de dos horas de trayecto de vuelta a Albacete.

Por fin vio la figura de su querido Peugeot 308 en una fila apretada de coches. Pulsó el mando a distancia. Las luces intermitentes brillaron dos veces y las puertas se desbloquearon. Ya tenía ganas de volver a verla. Esperaba que esa noche la pudieran pasar juntos: la euforia del descubrimiento le había excitado extrañamente. Con un poco de suerte ella querría reconciliarse tras la última pelea. Aunque estaba exhausto, guardaría un poco de energía para cuando la viera. Estaba deseando tenerla entre sus brazos.

Cuando iba a abrir la puerta del utilitario, una figura emergió de detrás del vehículo contiguo. La luz de un foco que estaba situado a unos cuantos metros sobre sus cabezas reveló la mitad de su rostro.

Alberto se detuvo de repente, inquieto.

—¿Javier? —Sonrió.

Alberto vio brillar una fina película de sudor sobre su frente y, al mirarle a los ojos, comprendió que algo inesperado estaba a punto de suceder. Después vio la pistola que lo apuntaba a él.

—Hola, Alberto. ¿Qué tal si damos un paseo?

Dentro del coche, el capitán Carmona escuchaba por la radio de frecuencia todas las noticias acerca del desenlace del tiroteo que había acabado con la vida del Rubio. Esa noche los niños la pasarían al cuidado de una unidad de los servicios sociales hasta que un juez decidiera cuál sería su destino. En ningún momento intervino en las conversaciones en las que el capitán Mora se había convertido en héroe y protagonista absoluto. Escuchó con mucha atención todos los detalles, en silencio e inmóvil, sorprendiéndose de que la oscuridad fuera ya tan intensa. Después de asimilar los últimos acontecimientos, pensó en que todos habían tratado de provocar su fracaso desde que llegó a aquella insignificante ciudad de provincias. Los había menospreciado pensando que eran un hatajo de incompetentes, y no debería haberlo hecho porque ahora se encontraba solo, acorralado y, lo que era peor, en entredicho. Estaba muy claro: todos se habían aliado a favor de aquella zorra y se habían puesto en su contra, sin importarles las consecuencias.

Su nombre rompió la barrera de la estática y lo golpeó en el pecho como un puñetazo: Manubens. Escuchar su apellido encendía todo su odio al recordar lo que esa puta le hizo. No importaba el tiempo que pasara, nunca lo olvidaría y jamás la perdonaría. Su nombre volvió a sonar. Era uno de sus hombres, que un tanto azorado le informaba de que había perdido de vista a la teniente Manubens. No se lo podía creer. Estaba visto que lo tenía que hacer todo personalmente. Arrancó el motor de su

coche rumiando que la suerte de la teniente tenía las horas contadas.

Calada hasta los huesos, Beatriz se detuvo cuando vio un vado cubierto. No sabía en qué calle se encontraba, aunque desde su posición pudo ver parte de las gradas vacías y silenciosas del estadio Carlos Belmonte por encima de algunos tejados y una maraña indescrptible de antenas de televisión. A la caída de la noche, la lluvia no había hecho sino arreciar y no parecía que fuese a parar, y probablemente debido a la ingesta sin control de varios medicamentos, al abrir y cerrar los ojos el mundo se le presentaba como empañado, y los movimientos que ejecutaba, ralentizados. No podía detenerse en ese momento. Si como ella suponía la vida de Adrián corría peligro, no quería imaginar qué ocurriría si aquello no salía bien y tuviera que cargar con otra muerte sobre sus espaldas. Sacó su teléfono móvil con las manos ateridas por el frío. Marcó el número de Manuela. Al tercer tono sonó su voz melodiosa, aunque algo nerviosa.

—Manuela, soy la teniente Beatriz Manubens.

—Lo sé. Guardé su número en mi móvil como me dijo.

—Escúcheme atentamente: quiero que se mantenga oculta y que no salga a la calle bajo ningún concepto. ¿Está en el trabajo?

—Sí, estoy acá. Descuide, no saldré.

—Tampoco hable con nadie, salvo conmigo.

—De acuerdo —musitó más nerviosa.

—No se preocupe, todo saldrá bien. Más tarde la llamaré para ir a recogerla, así que esté preparada. Tampoco conteste ninguna llamada si no es la mía.

Manuela no dijo nada.

—¿Manuela? ¿Está ahí?

—Sí —se apresuró a contestar—, estoy acá.

—Entiendo su preocupación, pero puede confiar en mí.

No contestó, pero Beatriz pudo percibir el miedo de Manuela a través del altavoz.

—No la decepcionaré, Manuela. Solo tenemos que aguantar unas pocas horas y todo habrá acabado. —Hizo una pausa larga—. ¿Él está bien?

Silencio.

—Sí.

Tras dar por concluida la llamada, Beatriz buscó en la agenda del móvil el teléfono que Javier le proporcionó cuando se vieron en Riópar. Pulsó sobre el número. Como temía, le respondió el contestador automático con el mensaje habitual. Cerró los ojos y trató de pensar. Los abrió casi al instante. Regresó al contacto de Javier y vio otro número que él mismo le dio además del móvil: el de su residencia en Almansa. Pulsó ese número. Tras más de doce interminables tonos de espera una voz femenina contestó.

—¿Laura? —preguntó Beatriz, saltándose las frases protocolarias.

—No. Soy María. Trabajo en casa de la señora Laura y el señor Javier.

Su voz sonaba lastimera, parecía que sollozaba.

—Hola, María, perdone por no haberme presentado debidamente: soy la teniente Manubens de la UCO de la Guardia Civil y necesitaría localizar a Javier. ¿Está en casa?

Al escuchar «Guardia Civil» María se asustó.

—Sus compañeros vinieron esta mañana y me estuvieron interrogando así como dos horas. ¡Virgencita mía, esto es como para volverse loca! ¿Cuándo acabará?

—¿Por qué ha ido la Guardia Civil?

María comenzó a sollozar. Beatriz tuvo que esperar varios segundos antes de que María pudiera continuar.

—Bueno, todo fue horrible, ¡horrible! El señor Javier...

Su voz se entrecortaba por el llanto.

—María, quiero que se tranquilice y me cuente desde el principio qué ha ocurrido. Tómese su tiempo, ¿de acuerdo?

Tras varios segundos, María pareció dispuesta a continuar.

—Bueno, anoche regresó el señor Javier después de andar dos días fuera de casa. La señora Laura no sabía dónde estaba y andaba muy preocupada. Desde que murió el señor Puertas todo ha ido de mal en peor en esta casa. No dejaban de discutir a todas horas, la señora Laura se pasaba todo el día en la fábrica y cuando regresaba se iba directamente sin cenar ni nada a la cama. Allá dentro lloraba y a mí se me retorció el alma de escucharla. El señor Javier parecía un fantasma y las pocas veces que coincidían era para discutir.

—¿El motivo de las discusiones era debido a la mujer que encontraron muerta en Riópar hace unas semanas?

—Pues no sabría decirle... —Se detuvo, como si de repente fuera consciente de que tal vez estaba hablando demasiado.

—María, debe confiar en mí. No se preocupe. Es muy importante que me cuente lo que ha ocurrido, por el bien de todos, incluidos los niños.

Tras pensárselo unos segundos, continuó:

—El señor Javier es un buen padre, ¿sabe? —murmuró al tiempo que volvía a sollozar—. Y siempre ha sido muy bueno conmigo, pero es un hombre al que le gustan demasiado las mujeres, ¿entiende lo que quiero decirle?

—Perfectamente.

—La señora no es tonta, para nada. Es bien lista y al parecer descubrió algo de sus líos de mujeriego. —Tragó saliva y se sorbió los mocos—. Pero para mí que ella sabía mucho y muy bien de lo que el señor Javier andaba haciendo por ahí.

—¿Y dice que eso ocurrió anoche?

—Sí. Él llegó como a eso de las once de la noche, y la señora Laura y el señor Javier hablaron en su dormitorio. Yo estaba con el niño en su cama, haciéndome la dormida y temblando de miedo, pero pude escuchar que ella le decía que tenía que entregarse o la señora Laura se encargaría de llamar a la policía. ¡No podía creer que pudiera hacerle daño a alguien!

—¿Qué ocurrió después, María?

—Bueno, él salió del dormitorio y bajó hasta el garaje. Yo pensaba que iba a

marcharse, pero no. Subió de nuevo y cuando lo hizo llevaba una pistola.

—¿Disparó a Laura?

—No pudo hacerlo porque cuando regresó, la señora ya no estaba en el dormitorio.

—¿Se había marchado?

—Eso es. La señora Laura se marchó aprovechando que el señor había bajado. Ya le dije que la señora Laura es muy lista y no ha nacido hombre que la engañe... Ya me entiende.

Beatriz se detuvo un instante a pensar.

—Luego el señor también se marchó... —prosiguió María y se interrumpió. Volvió a sollozar—. La verdad es que no creía al señor Javier capaz de hacer tal barbaridad. Una cosa es que le gustasen mucho las mujeres, la mayoría de los hombres son así, pero otra...

—María, escúcheme. Necesito que compruebe algo por mí, ¿querrá hacerlo? Se trata de algo muy sencillo.

—Vale —susurró completamente apenada.

—Quiero que suba al dormitorio y me diga si echa en falta algo que la señora valorase mucho, no tienen que ser joyas. Podría ser algo de lo que ella no quisiera desprenderse... Algo así como un amuleto, algo que le diera suerte. Algo que valorase mucho al margen del precio. Vaya, la espero.

—Bueno —dijo no demasiado convencida.

Durante varios minutos en los que María portaba un teléfono inalámbrico mientras realizaba la búsqueda, Beatriz pudo escuchar sus pasos apagados, el abrir y cerrar de puertas, cajones y armarios. El frufurú continuo de su ropa. Volvió a ponerse al teléfono.

—No encuentro la cadenita de oro de su mamá. Debería estar en una cajita de latón que hay en el cajón de su ropa interior, pero no está.

—Explíquese, María.

—Es una cadenita de oro muy sencilla que le regaló su mamá cuando ella acabó de estudiar la carrera. No siempre la llevaba encima, porque temía perderla, pero nunca olvidaba ponérsela cuando tenía alguna reunión o un acto que ella consideraba importante. Siempre repetía que le traía suerte. En una ocasión, hace varios años, creyó que la había perdido y se puso como loca buscando por toda la casa y revolviéndolo todo; nunca la había visto igual.

—Y dice que no la encuentra.

—No está en la cajita de latón.

—¿Recuerda la última vez que habló con ella?

María hizo memoria.

—Fue antes de que los niños se fueran a la cama...

—¿Qué le dijo?

—Pues fue un poco extraño, ahora que lo pienso —titubeó—. Algo así como que los niños me querían más a mí que a ella, pero no lo dijo con tristeza, sino más bien como una constatación, ¿comprende?

Pensó en esa afirmación, que era hartamente reveladora.

—Una última pregunta, María. ¿Recuerda el accidente que tuvo el señor Puertas, el padre de Laura?

María se sorprendió por ese extraño cambio en la conversación. Calló un instante.

—Claro, cómo olvidarlo. ¡Fue el principio del fin!

—¿Qué día fue?

—Sí, fue el 16 de octubre. Lo recuerdo porque fue un día después del cumpleaños de mi mamita.

Un día antes del asesinato de Anabel. Cerró los ojos y en la negrura de sus pensamientos la última pieza encajó en su lugar.

—Muchas gracias por todo, María. Ha sido de gran ayuda.

—¿Cree que encontrarán a la señora Laura con vida?

—No debe preocuparse por eso ahora. Cuide de esos niños.

Una vez concluida la llamada, comenzó a pensar en los pasos que debía dar. De repente pensó en Alberto. Le prometió que la llamaría cuando estuviera de vuelta, y tenía que haber regresado ya. Pulsó su número de móvil y escuchó el maldito mensaje automático. Salió de debajo de su eventual cobijo a la noche, corriendo sin parar.

Regresó sobre sus pasos hasta donde había dejado estacionado su coche. La lluvia caía con intensidad. El reloj había traspasado el umbral de la medianoche y las calles exhibían un silencio estremecedor, roto por los eventuales truenos. La estación de servicio estaba cerrada y el hombre de Carmona que estuvo apostado allí había desaparecido. Su coche permanecía solitario, y se le antojó como una trampa grande para ratas. Las luces de los semáforos que cambiaban invariablemente haciendo un leve chasquido se reflejaban en su carrocería negra y brillante. Carmona no habría ordenado que sus hombres abandonaran la vigilancia así como así. Estarían apostados en algún lugar a la espera de que ella reapareciera para detenerla. Poseía un grupo excelente y sabían cómo hacer su trabajo a la perfección. Era bastante probable que incluso ya la hubieran localizado. Necesitaba un coche para ir a por Manuela antes de que fuera demasiado tarde. No podía compartir con nadie lo que sabía por miedo a un desenlace inesperado, pero tampoco podía exponerse a que la detuvieran en ese momento.

Regresó hacia el interior del barrio Hermanos Falcó y echó una ojeada a los coches que tenía a su alrededor. Lo que más abundaba eran furgonetas blancas, tantas que parecían formar parte de algún propósito desconocido. Se detuvo cuando vio un viejo Renault Megane verde oscuro.

Volvió a mirar a su alrededor. Aparentemente todo estaba tranquilo: lo averiguaría en escasos minutos. Rompió el cristal de la puerta trasera y desbloqueó las puertas. Se sentó en el asiento del conductor. El coche apestaba a sudor rancio y a tabaco, y la mugre cubría cada centímetro del interior. Con un golpe seco rompió el plástico protector que rodeaba el volante y buscó casi a tientas los cables correspondientes. El viejo Renault emitió un gruñido de protesta al intentar ser arrancado. Beatriz insistió un par de veces más. El motor dejó escapar un estridente bramido. Aceleró y una

nube negra salió disparada del tubo de escape. Nadie a la vista. Exhaló el aire de sus pulmones y sacó su móvil. Marcó el número de Manuela. Contestó al instante.

—Manuela, voy a por usted ahora mismo. ¿Está preparada?

—Sí —susurró en voz baja.

—La volveré a llamar cuando esté en el pasaje.

—De acuerdo.

Colgó pensando que en ese momento aparecería alguien de repente y le pondría una pistola en la cabeza. Resopló, dio marcha atrás, salió y rodeó la barriada por la parte trasera.

En pocos minutos alcanzó la avenida de España. Cruzó la glorieta y avanzó a toda velocidad. Las escobillas, gastadas e ineficaces, apenas quitaban el agua del parabrisas. No dejaba de mirar por los espejos retrovisores por si alguien la seguía. Dudaba bastante que los hubiera podido despistar, pero lo importante era llegar a su objetivo y ponerlos a salvo.

Dejó atrás el primer tramo de la avenida, rebasó la segunda glorieta y continuó mientras la oscura figura del parque de Abelardo Sánchez se cernía sobre ella. Miró de nuevo por el espejo retrovisor. Nadie la seguía. Estaba a punto de saltarse el semáforo en rojo situado en la esquina con la calle de Teodoro Camino cuando un coche con las luces apagadas surgió por la derecha.

Beatriz iba demasiado deprisa, los frenos del viejo Renault chirriaron y apenas eran ya de utilidad. Se empotró contra el lateral del coche haciendo un ruido bronco y metálico. Inmediatamente después las luces de emergencia del coche siniestrado parpadearon nerviosas.

Debido al impacto, Beatriz se había golpeado el pecho contra el volante, y se quejó apretando los dientes y gimiendo. Todo le daba vueltas. El cristal del parabrisas se había agrietado. Trató de ver más allá del mismo: el lateral del coche que se había cruzado estaba destrozado y no vio a nadie al volante. Alguien apartó entonces la puerta del conductor, que se había deformado por el accidente.

—Sal del coche —le ordenó Carmona apuntándole con su USP. Llevaba el cabello revuelto y empapado de agua. Tenía una brecha en la mejilla de la que manaba sangre, que le caía por el cuello y le ensuciaba el chaquetón, de esos tan elegantes que le gustaba lucir—. Sal del puto coche.

Se separó unos centímetros de la puerta. Beatriz se tocaba el pecho, todavía dolorida. Le costaba respirar y sintió un leve mareo. Despacio, hizo lo que le ordenaba.

—Germán, el niño está vivo, pero tienes que dejar...

—¡Cállate o te meto una bala en la cabeza! —gritó—. ¡Contra el capó! ¡Ahora!

—Por favor, no lo hagas. Ven conmigo si no me crees...

—¡He dicho que te calles, joder!

La empujó con fuerza. Beatriz cayó de espaldas en el capó abollado. El impacto debió de despertar el dolor de alguna herida que le hizo soltar un grito desgarrador. Sin ningún tipo de consideración, la cogió y la obligó a darse la vuelta. Se golpeó la nariz con la superficie del capó, lo que le produjo una hemorragia. Carmona sacó

unas esposas de abrazadera y se las puso.

—Estás acabada, ¿me oyes? Estoy hasta los cojones de ti. Se acabaron tus putas tonterías.

Al zarandearla, advirtió que llevaba un arma en el bolsillo de su chaqueta: la pistola que le había dado Reyes. Soltó una risa triunfal.

—Además eres tan tonta como para llevar una pistola no reglamentaria encima. De esta no te libra ni la Macarena. —Cogió el arma y se la guardó. Le estiró de los brazos hacia atrás, una vez que comprobó que estaba bien sujeta—. Date la vuelta.

—Sanromán no asesinó a Anabel. El verdadero asesino está libre y puede que al acecho de la única persona que sabe todo lo que ocurrió. Por favor, solo te pido que me acompañes para que...

Carmona soltó una carcajada.

—¿Acompañarte? Eres increíble. Siempre tienes que ser la protagonista. No puedes evitarlo. Esto acabará de una vez por todas contigo y, ya de paso, con toda esa caterva de seguidores tuyos a los que se les va a caer el pelo; ya lo creo que se les va a caer...

Sacó su teléfono móvil y marcó un número. Al instante se escuchó una voz. En ese momento Beatriz le dio una fuerte patada en la entrepierna y Carmona cayó al suelo de rodillas soltando un gemido de dolor entre palabrotas. Dejó caer la pistola y el móvil, cuyo interlocutor al otro lado de la línea preguntaba nervioso qué ocurría.

Beatriz se puso de cuclillas, se tumbó sobre el asfalto bajo la lluvia y flexionó las piernas todo lo que pudo. Sintió un dolor lacerante en la ingle cuando forzó demasiado esa parte y dejó escapar un gemido de dolor. Carmona mientras tanto se incorporaba y estiraba su mano hacia ella, sujetándose la entrepierna con una mueca de dolor. Sintió una nueva punzada cuando quiso pasar el pie derecho por entre las manos esposadas. Si lo conseguía, podría repetirlo con el otro pie y pasar las manos delante. Rozándose con la suela de sus deportivas en la muñeca consiguió liberar el pie derecho. El pie izquierdo fue mucho más fácil.

Con las manos ya delante, se levantó. La lluvia le nublaba la vista. Se limpió con las mangas de su chaqueta.

—Te voy a matar, hija de puta...

Carmona consiguió incorporarse a duras penas y la cogió del brazo. Beatriz le propinó un codazo que impactó de lleno en su mentón. Cayó noqueado.

La cabeza le daba vueltas y la adrenalina circulaba a toda velocidad por sus venas. Carmona estaba tendido en el suelo. Ya no se escuchaba a nadie a través del móvil. Se agachó y cogió su pistola. Se la metió entre la cinturilla del pantalón y echó a correr con la respiración quemándole los pulmones por la calle de Teodoro Camino.

A los pocos minutos alcanzó la entrada al pasaje de Lodaes; estaba empapada, la cabeza le daba vueltas, el dolor de la pierna derecha no dejaba de torturarle y un intenso y lacerante pinchazo en la espalda la hizo detenerse a mitad de camino, incapaz de continuar. Cuando se recuperó un poco se miró las manos todavía

esposadas con la abrazadera de plástico, que le había producido rozaduras y pequeños cortes en las muñecas. Antes de penetrar en el interior del pasaje, Beatriz se cogió con los dientes el extremo de la abrazadera y colocó el cerrojo entre las dos manos. Como era natural, en el cuerpo le habían enseñado a liberarse de una manera rápida y efectiva de ese tipo de esposas. Colocó las manos en posición. Con un solo golpe certero en el estómago consiguió hacer saltar el cerrojo de seguridad. Una vez liberada, se permitió escuchar alguna alteración de sonido dentro del pasaje al tiempo que comprobaba que la pistola estaba cargada y lista para ser usada en caso de necesidad.

Entró muy despacio. Todas las luces que pendían del techo estaban apagadas. El débil fulgor de un relámpago atravesó el inmenso tragaluz iluminando por un instante los contornos de los balcones adornados, las columnas renacentistas, el suelo desgastado y los escaparates de los establecimientos comerciales. El silencio imperante resultaba estremecedor, roto por el ruido de la lluvia al caer. Sacó su teléfono móvil y marcó el número de Manuela: la voz de la respuesta automática informando de que aquel número no estaba disponible reverberó un instante antes de extinguirse para siempre. Cerró los ojos, había llegado demasiado tarde.

—Manuela, ¿está ahí?

Su voz sonó amplificada.

Levantó la pistola y apuntó al frente. Aproximadamente a unos diez metros de su posición escuchó un gemido apagado. Enfocó su mirada hacia el punto de donde provenía aquel sonido y percibió un leve movimiento y una sombra detrás de una columna. Algo brilló tenuemente.

—No des un paso más.

Se detuvo y apretó la pistola con las dos manos.

Otro nuevo gemido y a continuación dos figuras se desplazaron torpemente, saliendo del cobijo de las sombras. Aunque no veía sus rostros, Beatriz reconoció a Manuela por su frondosa cabellera. La otra persona la sujetaba por el cuello y apuntaba a su cabeza con una pistola.

—Quítale el cargador a tu arma y arrójalos por separado lejos.

Bajó lentamente la pistola e hizo lo que le ordenaba.

—Acércate. Vamos.

Beatriz se detuvo a tres metros, lo suficiente para ver, ahora sí, el rostro cubierto por la barba, las gafas de sol y la gorra de béisbol. El hombre al que había buscado con ahínco durante aquellas últimas semanas no era tal, porque era una mujer. Los había despistado a todos con un disfraz genial, que había complementado con los movimientos propios del hombre al que se suponía representaba. Beatriz había visto a Laura una sola vez; durante el entierro de Puertas en Almansa. Laura era una mujer imponente, que con tacones era casi igual de alta que Javier, que estaría por el metro ochenta, y recordó que aquel día llevaba unos elegantes zapatos de tacón negro. Miró sus pies y se fijó en que calzaba un modelo de caballero, probablemente con alzas, lo que añadía al menos seis o siete centímetros más.

—Puedes soltarla, Laura. Ya me tienes a mí.

Laura soltó una risa y tras la tupida barba falsa pudo ver una perfecta dentadura.

—No me tomes por idiota, Manubens. Eres una mujer inteligente, pero tienes que reconocer que yo lo soy más. Sabes perfectamente que estoy aquí por ella. —Apretó un poco más el cañón de la pistola contra la nuca de Manuela—. Y he venido a por lo que me pertenece. Así que si obedecéis, nadie tiene por qué morir.

Obviamente mentía, pero no le interesaba desvelar sus planes porque, a decir verdad, todavía no tenía lo que había venido a buscar.

—Pero yo no sé nada... —gimoteó Manuela.

—No me vengas con esas, zorra. —Zarandeó a Manuela, furiosa—. Dime dónde está el niño si no quieres que os mate a las dos aquí mismo. Piénsalo bien; si tú mueres, él también morirá. Porque sé que lo tienes escondido en algún lugar que nadie más conoce. Él confía plenamente en ti, ¿no es así?

Manuela miró a Beatriz bajo una cortina de lágrimas implorantes.

—Tiene razón.

Manuela tragó saliva y se sorbió los mocos ruidosamente. Asintió y señaló con un movimiento de la cabeza la entrada de la vieja mercería que durante tantos años regentó con orgullo doña Celia.

—Está aquí.

Beatriz y Laura observaron al unísono la vetusta entrada, que permanecía como un símbolo de otros tiempos y se resistía a entrar en el nuevo siglo.

—No hay tiempo que perder. Vamos dentro. —Empujó a Manuela hacia la tienda sin separar la pistola de su cabeza ni un instante. Luego señaló a Beatriz—. No te vayas muy lejos, guapa. Tú entrarás primero.

Con las manos temblorosas, Manuela abrió la puerta. Sus cansadas bisagras se quejaron con un largo quejido. Un relámpago centelleó brevemente. Laura movió la cabeza con rapidez instando a Beatriz a entrar. Una vez en el interior, Laura se desprendió con alivio de la barba, las gafas y la gorra, que se guardó a toda prisa dentro de los bolsillos del chaquetón.

—Cientos de personas buscándolo por bosques, cuevas, ríos y caminos y resulta que ha estado todo el tiempo aquí. —Laura meneó la cabeza y señaló con el mentón a Beatriz—. No lo hubiera conseguido sin ti. Sabía que si alguien podía llegar hasta él serías tú, y no me equivoqué.

Con un gesto imperativo las instó a que se colocaran juntas, frente a ella. Se dirigió a Manuela.

—Por eso la Guardia Civil no encontró el móvil de Anabel; porque lo tenía el niño, que te llamó o te envió un mensaje para contarte lo que había sucedido, ¿no es así? Después de acabar con su madre, pensé que estaba jodida. El niño me había visto y había conseguido escapar. Él conocía aquellos parajes y yo no. Sabía que cuando saliera de su escondite confesaría y estaría acabada. —Sonrió—. Sin embargo al día siguiente, cuando encontraron el cuerpo de Anabel, no hallaron ni rastro del niño. Pasaron un par de días más y supe que algo inusual estaba sucediendo... Y no me extraña, teniendo en cuenta todo lo que estaba en juego.

Laura se dirigió a Beatriz, apuntándola con la pistola.

—Tengo curiosidad. ¿Cómo llegaste a la conclusión de que ella sabía dónde se encontraba el niño?

Antes de contestar, Beatriz miró de reojo a Manuela.

—La sudadera encontrada me hizo replantearme algunas cuestiones: había sido hallada en un lugar demasiado alejado de donde se encontró el cuerpo de Anabel y de muy difícil acceso de noche. Costaba creer que Adrián hubiese escapado hasta allí arriba y el asesino lo hubiese perseguido llegando tan lejos. Tampoco me encajaba que hubiera acabado con el niño y enterrado su cuerpo, pero que olvidara la sudadera, que por otro lado no tenía restos claros del ADN de Adrián. Así que pensé que alguien había dejado esa sudadera, que en realidad no pertenecía al niño, por algún motivo que desconocía, pero que era importante. —Clavó los ojos en Laura, que escuchaba fascinada—. Fue la primera vez que pensé que tal vez Adrián había conseguido escapar y estaba escondido en algún lugar. Era solo una posibilidad, remota pero factible. Así que pensé que si hubiera escapado y tenía el móvil de su madre, trataría de ponerse en contacto con la persona en quien más confiaba. Conforme iba conociendo más detalles de la vida de Anabel, descubrí que Manuela se había convertido en un referente muy importante tanto para ella como para Adrián.

»Eso me llevó a pensar que era prioritario encontrarla. No tenía ni idea de si Manuela conocía o no el paradero de Adrián, pero tenía que intentarlo. Cuando la conocí, hablamos casi todo el tiempo de Anabel, pero ni una sola vez me preguntó por la búsqueda de Adrián. Entonces pensé que o bien era la mentirosa más grande de la historia, o bien no se preocupaba por Adrián porque en realidad sabía dónde estaba.

Beatriz no supo interpretar si la actitud de Manuela durante aquella conversación se debía a que su subconsciente la había traicionado o lo había hecho a propósito, a modo de mensaje silencioso y desesperado.

—Visto en perspectiva, creo que no me salió mal del todo la jugada de la sudadera: me sirvió para que despertaras y salieras de tu letargo. Necesitaba que te implicases, y vaya si lo hiciste —dijo Laura.

—No lo suficiente —replicó Beatriz con amargura.

—No te quites el mérito, mujer. Piensa que yo también hice bien mi trabajo. —Arqueó las cejas—. Conocí a un pobre diablo en un foro de internet con aspiraciones a detective privado que te siguió. Cuando por fin la encontraste —señaló a Manuela—, me dijo que podía piratear las llamadas de su móvil... ¡y solo me costó un polvo! Rapidísimo, debo añadir; el pobre casi se corre en los calzoncillos cuando me vio desnuda. —Suspiró con fingida pena—. Lástima que ahora esté muerto, tal vez me hubiera hecho falta para algún que otro asuntillo: tengo que reconocer que no lo hacía del todo mal.

—Te olvidas de Javier. Supongo que fue él quien me empujó por la ventana del hotel abandonado.

Laura esbozó una sonrisa malévola al evocar el recuerdo de su marido.

—Después de haberme engañado con decenas de mujeres, vio que todo se acababa y de repente quiso que lo perdonara como si nada hubiera ocurrido. De algún modo

averiguó que yo estaba detrás de la muerte de Anabel y del abogado de mi padre, pero calló como el cobarde que siempre ha sido. Pensó que si me allanaba el camino, lo perdonaría y dejaría que volviera a mi lado. Lo cierto es que me ha ayudado más de lo que imaginaba, teniendo en cuenta que es un inútil. —Hizo un mohín—. Bueno, en la cama no; era un amante extraordinario, echaré de menos el sexo con él.

Beatriz no pudo evitar pensar en Alberto y en qué le habría ocurrido. No se lo perdonaría mientras viviera si le había sucedido algo por su culpa. Como si le hubiera leído el pensamiento, Laura apuntó con fingida inocencia:

—Por cierto, según el último mensaje que me envió, estaba en el aeropuerto de Alicante con un viejo amigo que se había encontrado. Al parecer estuvo siguiendo a tu pichoncito, que también quería su momento de gloria. —Chasqueó la lengua y meneó la cabeza—. Seguro que el bueno de Javier me ha hecho el trabajo sucio.

El rostro de Beatriz se contrajo por el dolor, no pudo evitar dejar escapar un gemido ahogado.

Con los dientes apretados, Laura acercó la pistola al rostro de Manuela.

—Bueno, satisfecha ya toda nuestra curiosidad, señoritas, vamos a pasar al siguiente asunto del día. Te toca ahora a ti, preciosidad. ¿Dónde está esa ricura de niño? Creo que tiene algo que me pertenece; algo así como seis millones de euros. Y no me digas que no sabes de qué te hablo porque te aseguro que no seré tan compasiva. ¡Habla!

—Es por aquí... —murmuró Manuela señalando un recodo en el que aparentemente no había nada más que un rincón pelado.

Laura le indicó con un gesto que procediera. Manuela se acercó hasta el rincón, se agachó y presionó un panel decorativo de escayola, que se abrió con un ruido parecido al de descorchar una botella de cava. Dejó a la vista un cuadrado oscuro de aproximadamente un metro de altura por cincuenta centímetros de anchura.

—Es una especie de almacén —aclaró Manuela entre temblores.

Con la pistola, Laura le hizo un gesto a Beatriz para que entrara primero.

—No hay luz allá abajo. Hay que iluminarse con una linterna o algo parecido —volvió a precisar Manuela.

Laura sacó el móvil que le había quitado previamente a Manuela. Comprobó que no funcionaba y le ordenó que encendiera la linterna del dispositivo y se lo entregara a Beatriz.

—Te estoy vigilando, Manubens. A la mínima tontería que hagas, ella será la primera en caer.

Beatriz se limitó a traspasar el umbral y a iluminar con la linterna lo que a primera vista era una estrecha y húmeda escalera de caracol con unos pocos peldaños de madera carcomida. Comenzó a descender poniendo a trabajar su mente a toda velocidad. En el momento que Laura tuviera el dinero las mataría a ellas y también al niño. Seguro que Laura había llegado a la misma conclusión que ella, pensando que aquel lugar ofrecía interesantes posibilidades para sus planes, y en que pasaría mucho tiempo hasta que encontrasen sus cadáveres allí abajo.

Llegó hasta una reducida antesala con las paredes desconchadas por la humedad.

Movió la linterna frenéticamente y vio un estrecho y corto pasadizo de apenas dos metros de extensión que daba a una sala mayor, aunque de techo bajo y abovedado con las paredes de ladrillo visto, donde apreció cajas de cartón amontonadas y estanterías oxidadas y llenas de telarañas. En el centro, entre las estanterías, Beatriz vio parte de un colchón y unos pies que súbitamente desaparecieron, y sintió una sensación contradictoria entre la alegría desmesurada y el pánico. La imagen de David muriendo desangrado surgió de la nada.

—Dile que salga de su escondite —ordenó Laura a Beatriz.

Manuela comenzó a sollozar y se llevó las manos a la cara.

David muriendo entre sus brazos; todo era tan real que Beatriz se vio incapaz de reaccionar, incluso se miró los brazos vacíos con los que un día sostuvo a aquel niño moribundo.

—¡Haz lo que te digo!

—Manuela, ¿qué pasa? ¿Quién está contigo? —La voz asustada de un niño surgió tras las estanterías.

—Dile que venga —ordenó a Manuela, apretando la pistola contra su sien. La empujó—. ¡Vamos!

—No temas nada, mi amor. Todo saldrá bien.

—Dile que salga con la mochila. ¡Díselo!

Manuela se acercó hasta donde estaba el niño arrastrando los pies, derramando lágrimas sin parar. Le tendió las dos manos y forzó una sonrisa.

—Ya has oído a la señora: sal, mi niño.

La cabeza de Adrián asomó tímidamente. Beatriz pudo ver el pánico reflejado en su mirada. Por un instante, vio el rostro de Anabel en el de su hijo. Titubeó y salió despacio al centro del pasillo. Beatriz no pudo evitar exhalar un gemido y se contuvo para no acercarse al niño y protegerlo. Adrián sollozaba y temblaba de la cabeza a los pies, pero su aspecto era bueno a pesar de haber pasado allí dentro las últimas semanas. Llevaba el cabello revuelto, sucio y despeinado, y vestía la misma ropa de cuando desapareció. Sujetaba una mochila gris abultada. Miró con temor a Laura y a Manuela a continuación. Laura clavó con avidez sus ojos en la mochila. Extendió su mano libre hacia Adrián.

—Dame la mochila, niño —forzó en tono amable.

—No le hagas daño, por favor —murmuró Adrián con los ojos enrojecidos.

—Nadie sufrirá ningún daño si me das la mochila. Os dejaré encerrados aquí hasta que vengan a por vosotros. Te lo prometo.

Aquella mentira no convenció a Adrián, que cerró los ojos y las lágrimas arrasaron su rostro. Sin dejar de apuntar a Manuela a la cabeza y sin separarse de ella, extendió el brazo y agarró la mochila de un tirón.

—Ponte allí —empujó a Manuela junto a Adrián y Beatriz.

Abrió la cremallera de la mochila hasta que pudo mirar en el interior. Metió la mano y sacó un fajo abultado de billetes de quinientos euros. Movié la mano entre los fajos de billetes idénticos y sacó otro más, y luego otro más.

—¿Está todo?

—Ella no quería ese dinero —contestó Beatriz exhibiendo cierta indignación—. El día antes de que la asesinaras, tu padre fue a verlos y en algún momento le dio la mochila a Adrián sin que Anabel lo supiera. Ella le dijo que no quería ese dinero y que se lo llevara, pero tu padre tenía otros planes: matarse con su coche cuando regresaba de Riópar antes que dejar que el cáncer acabara con él.

Laura soltó un fajo dentro de la mochila, la cerró y miró a Beatriz sorprendida. La apuntó con la pistola.

—¿Ves? No me dejas otra opción que matarte; eres demasiado perspicaz para dejar que andes por ahí metiendo las narices en mis asuntos.

Adrián comenzó a llorar y Beatriz se puso delante de él.

Laura soltó una risa ahogada.

Temblando, Beatriz estiró los brazos hacia atrás y sujetó el cuerpo trémulo de Adrián, que se pegaba al suyo con desesperación. Tenía que ganar tiempo, ganar tiempo, ganar tiempo...

—Imagino que verías un SMS, un wasap, y supiste lo que estaba ocurriendo...

Especuló, temblando, con la cabeza dándole vueltas y sintiendo que las fuerzas le fallaban.

—Sí. —Laura le dio la razón y chasqueó la lengua—. Dichoso WhatsApp. Cuando lo trajeron al hospital en coma me preguntaba dónde estaría el dinero. Una noche que creía estar a solas en la fábrica vi cómo mi padre guardaba esta mochila en un escondite y cuando se marchó, eché un vistazo y descubrí lo que el viejo cabrón escondía tan celosamente. Pero después del accidente la mochila había desaparecido y no tenía ni idea de qué habría hecho con ella. Desesperada, cogí su móvil, que apenas había sufrido daños, y revisé los correos, mensajes y wasaps, y mira tú por dónde, descubrí los mensajes entre él y Anabel, y supe todo lo que estaba ocurriendo. En el último de ellos, por cierto, Anabel le exigía que fuese a recoger una mochila con un dinero que no quería tener. Increíble, ¿no?

—Entonces le contestaste haciéndote pasar por tu padre y quedaste con ella en el nacimiento del río Mundo. ¿Qué ocurrió cuando te vio llegar? Porque ella no te conocía.

Laura esbozó una mueca siniestra al recordar aquel momento y habló despacio, casi en susurros.

—Me presenté como su hija. Al principio me miraba desconfiada, pero entonces le dije que él no había podido acudir a la cita porque había tenido un accidente, y a pesar de ello, había insistido en que debía reunirme con ella. Anabel estaba consternada, preguntando si estaba bien y toda esa mierda... Entonces apareció el niño con la mochila.

Adrián se asomó tímidamente por detrás de Beatriz y miró a Laura con temor.

Ella miró a Adrián fijamente a los ojos y el niño se ocultó detrás del cuerpo de Beatriz.

—Tu amiga se dio cuenta en ese momento de por qué estaba yo allí en realidad. Gritó a su hijo que escapara. —Se detuvo por un instante—. Antes de que terminara la frase ya había recibido una cuchillada en el cuello.

Adrián derramó unas lágrimas al recordar aquel trágico momento.

Laura exhaló un largo suspiro y estaba a punto de decir algo, pero Beatriz la interrumpió.

—¿En serio vas a dejar a tus hijos y vas a desaparecer?

Aquella apreciación la irritó.

—Eso no te importa, pero ya que insistes te diré que estaba harta de mi vida. Harta de mendigar dinero al hijo de puta de mi padre, que decidió al final de su asquerosa vida dárselo todo a una desgraciada en lugar de a su hija. Harta de las continuas infidelidades del cabrón de mi marido, harta de unos hijos consentidos que nunca me quisieron: en realidad yo nunca quise tener hijos, pero Javier se empeñó porque quería tener su familia de postal. Él es un buen padre y yo, la verdad, no tengo madera de madre sufridora. Toda la vida he soñado con vivir a lo grande, y por fin ha llegado mi momento. Ya tengo vista una casita cerca de una playa paradisíaca, tan lejos como te puedas imaginar, sin marido ni hijos, y donde nadie podrá encontrarme jamás.

Vio un brillo de locura en sus ojos y apretó con fuerza la pistola, decidida...

Sigilosamente una sombra surgió del final del pasadizo. Los ojos de Beatriz y Manuela enfocaron más allá de Laura, que aunque no se giró compuso un gesto de extrañeza.

—Ya veo que también tienes planes para mí, cariño.

La voz grave de Javier se proyectó hacia el frente. Laura no tuvo más remedio que volverse. Javier se adelantó unos centímetros. Su aspecto era horrible: empapado de la cabeza a los pies, con el rostro demudado por la desesperación y la mirada vacía. Sujetaba una pistola con la que apuntaba a Laura, que se quedó con la boca abierta y tan conmocionada como todos los demás.

—Pensaba que me había ganado tu perdón. He hecho cosas horribles por ti. — Miró a Beatriz de reojo.

—Y lo sé, cariño... —tartamudeó Laura tratando de recuperar el control de la situación—. ¿No creerás que me iba a marchar sin ti?

—Puedo comprender que me dejaras, tienes razón: he sido un marido pésimo que merece un castigo ejemplar. —Negó con la cabeza con un gesto de incredulidad—. Pero dejar a tus hijos, tus propios hijos...

Miró a Laura a los ojos. Ella apretaba la mochila con fuerza y aunque Javier la apuntaba con su pistola, Laura apuntaba hacia Manuela y Beatriz.

—Amor, escúchame. Tenemos que marcharnos ahora mismo de aquí. —Golpeó la mochila y forzó una sonrisa nerviosa. Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas—. ¡Y esto nos ayudará a comenzar de nuevo! ¡Donde quieras! Con los niños, por supuesto. Nos marcharemos todos juntos de este valle de lágrimas. Comenzaremos de nuevo; tú y yo. Todos juntos, como al principio.

Javier negó con la cabeza y comenzó a sollozar, y en un momento dado bajó la guardia. Laura aprovechó ese pequeño descuido y disparó a Javier a quemarropa en la cara. Javier profirió un grito ahogado que se mezcló con un horrible gorjeo agudo, que no le impidió disparar dos veces su arma. Las detonaciones sonaron con gran

estruendo. Manuela emitió un grito desgarrador y el claustrofóbico espacio se llenó de polvo en cuestión de segundos.

La linterna que iluminaba el viejo almacén y que sujetaba Laura cayó al suelo y dejó de funcionar.

Tras varios segundos en que todo quedó en silencio, Beatriz tosió débilmente. Se dio cuenta de que se había llevado las manos al estómago y apretaba con fuerza. La herida sangraba profusamente por entre sus dedos, aun así estiró el brazo y palpó el suelo y lo que había a su alrededor. No podía encontrar a Adrián. Trató de pronunciar su nombre en vano. Escuchó un largo gemido y un llanto desgarrador. Alguien ahogó un lamento. El dolor le quemaba las tripas. Se llevó de nuevo las manos al estómago y apretó con todas sus fuerzas. La sangre viscosa y caliente brotaba por entre los dedos. Sentía frío y el dolor se atenuaba. Las lágrimas le quemaban debajo de los párpados. Abrió la boca, pero antes de pronunciar palabra alguna se sumergió en una profunda oscuridad.

Reptaba hacia ella lentamente, extendiendo sus pegajosos tentáculos. Ella estaba sola en la habitación. Ni el infame padre, ni la angustiada esposa, ni el aterrorizado niño, ni ninguno de sus compañeros. Nadie. Con temor abrió la puerta del armario y entre los vestidos de ella y los trajes de él, más que verlo, sintió su presencia. Estaba recostado de lado como si se hubiera quedado dormido. Acercó sus manos hacia él y acarició despacio su rostro. Y al mirarlo más detenidamente se dio cuenta de que era Adrián. Dos lágrimas resbalaron por sus enrojecidas mejillas. Se sentó pegada a él, apoyando la cabeza del niño sobre su hombro derecho. Todo estaba revestido de un denso silencio preñado del olor dulzón a la muerte. Se llevó las dos manos temblorosas a su vientre esperando sentir vida creciendo en su interior. Ahogando un grito desesperado. Agitó sus manos buscando una vida que no existía. El charco de sangre se hizo cada vez más grande, rodeándola por todas partes. Era pegajoso y a su contacto, frío. Cerró los ojos e inspiró despacio un par de veces. Apretó con fuerza la culata de su pistola. Se la llevó a la boca y disparó.

Un pinchazo agudo la hizo reaccionar. No pudo abrir los ojos porque sintió un inmenso agotamiento. Volvió a sentir otro aguijónazo que le arrancó un gemido. Una amalgama de sonidos inidentificables y aromas metálicos la hizo despertar. Abrió los ojos despacio, pero volvió a cerrarlos por el dolor que le producía. Al otro lado todo era extremadamente brillante, hiriente. Volvió a intentarlo de nuevo. Despacio, dejando pasar una pequeñísima porción de luz a su córnea. El blanco lo invadía todo. Sin matices. Sin sombras. Excepcionalmente blanco. Abrió un poco más los ojos y una punzada taladró su cabeza. Los cerró emitiendo un quejido de protesta.

Sintió que alguien se aproximaba y luego escuchó el repentino ruido de descorder una cortina.

—¿Teniente? ¿Puede oírme, teniente Manubens?

Abrió la boca para hablar y notó la lengua seca como el cartón. No podía respirar por la nariz y escuchó su propia respiración desacompasada. Su cabeza estaba embotada y los latidos de su corazón martilleaban pesadamente. Sintió una mano suave y segura de sí misma que apretó la suya.

—Abra los ojos, despacio.

Era la voz de un hombre, cercana, melodiosa.

Trató de apretar la mano del hombre, lo intentó, pero las fuerzas desaparecieron de repente como si algo en su interior tuviera el poder de hacerlo sin más.

Y de nuevo se precipitó a la más absoluta oscuridad.

Sábado, 19 de noviembre

No había dejado de nevar desde hacía dos días. Los meteorólogos pronosticaban que las nevadas durarían al menos dos o tres días más. Beatriz observaba ensimismada la nieve caer desde la ventana de su habitación del hospital y cómo cubría las copas de los árboles, así como los tejados de las viviendas colindantes. La nieve siempre le había provocado una sensación de nostalgia que la retraía a su pasado, cuando, siendo una niña, jugaba entusiasmada con otros niños en el parque de Abelardo Sánchez a policías y ladrones. Lo curioso de todo era que siempre prefirió pertenecer al bando de los ladrones, porque a su juicio era más divertido. Supuso que todos teníamos un lado oscuro, incluso la teniente de la Guardia Civil más laureada del momento. Alguien carraspeó a su espalda y sus recuerdos se disolvieron. Trató de hacer girar la silla en la que llevaba confinada casi diez días, sin éxito. Sin duda era toda una negada.

—Buenos días, mi teniente. ¿Da usted su permiso?

Giró el cuello y Cebreros se acercó hasta ella con esa forma entre condescendiente e indecisa tan propia de él.

—¿Me permite que la ayude?

—No, déjelo, Juan. Soy incapaz de manejarlo con este trasto. —Golpeó los reposabrazos impotente.

Cebreros sonrió y Beatriz también lo hizo al ver lo absurdo de la situación. El brigada le tendió un ramo de margaritas envuelto en papel de celofán transparente que la nieve había mojado.

—¿Y esto?

—Las he visto en una floristería por la que he pasado, ¿no le gustan?

—Mucho. —Se las acercó a la nariz y las olisqueó—. Huelen muy bien. Muchas gracias, pero no tenía por qué hacerlo.

—¿Quiere que las ponga en agua? Aunque las margaritas aguantan una barbaridad. Ya lo verá.

Cebreros improvisó un jarrón con un vaso del cuarto de baño y lo puso en la base de la ventana con el paisaje nevado de fondo. Cebreros observó el conjunto satisfecho, luego cogió un periódico atrasado y leyó en silencio la noticia que destacaba en portada y que hablaba sobre la resolución del caso de la desaparición de Adrián y del asesinato de su madre Ana Isabel Ramos.

El tabloide manifestaba que la teniente de la UCO Beatriz Manubens había

resuelto, eso sí, de una manera un tanto irregular, el intrincado caso que a punto había estado de costarle la vida. La imagen de Adrián junto a Manuela había dado la vuelta al mundo y durante las primeras horas fue *trending topic* en Twitter. El mismo periódico hablaba igualmente sobre cómo Laura Puertas y su marido Javier Espada habían sido encontrados muertos en el subsuelo de una vieja mercería abandonada en pleno centro de Albacete, a resultas de un tiroteo, donde la teniente Manubens recibió un disparo al tratar de proteger a Adrián.

Después de salir con éxito de una delicada operación, la teniente Manubens fue sometida a una investigación por su irregular forma de proceder. Sin embargo, los mandos de la Guardia Civil, tras deliberar largamente, decidieron que le aplicarían a la teniente una sanción leve por su comportamiento, instándola a que no volviera a repetirse algo similar.

Manuela, por su parte, relató al juez Lescuyer que Adrián le envió un mensaje para explicarle que una mujer había matado a su madre, pero que había conseguido escapar de ella. Manuela no lo pensó dos veces y fue en busca del niño. Reconoció que, debido a un pánico insuperable y a un exacerbado nerviosismo, decidió ocultarlo en un intento de protegerlo de la asesina de su madre. El juez Lescuyer decidió no presentar cargos contra ella, argumentando que su actuación, aunque ciertamente rechazable desde un punto de vista judicial, se debió a un estado de shock prolongado. Con un gesto de fingida irritación le dijo que sobreseía las posibles implicaciones que pudieran pesar sobre su conducta y ordenó que se marchara de su despacho antes de que pudiera arrepentirse.

Mucho se había especulado sobre el móvil real de aquellos crímenes. Algunos sostenían que el estado mental de Laura al ver a Anabel y a su hijo como una amenaza era prueba suficiente. Otros afirmaban que el verdadero móvil había sido el económico, concretamente los casi seis millones de euros que Puertas había defraudado y de los que nadie sabía nada.

El brigada posó su atención en una fotografía bastante ilustrativa de Javier y Laura; los dos sonrientes y atractivos, formando una pareja envidiable.

—Qué curioso, mi teniente.

—¿El qué?

—Laura era hija de Diego Puertas, ese empresario de Almansa que murió hace unas semanas y que estuvo envuelto en un caso de defalcación y fraude empresarial, en el que también encontraron al abogado muerto. —Meneó la cabeza, negando—. Nadie sabe dónde están los seis millones de euros. Tal vez se estén pudriendo en algún oscuro escondite y esa mujer asesinó a Anabel creyendo que los tenía.

Cebreros observó el perfil de Beatriz, que parecía esbozar una mueca de satisfacción, y siguió hojeando el periódico. Se detuvo en una noticia que apenas ocupaba espacio en la página. El escueto artículo se refería a unas cuantiosas donaciones realizadas de forma anónima y que ascendían a casi seis millones de euros. Las donaciones se habían repartido entre asociaciones sin ánimo de lucro que trabajaban a favor de la lucha de las víctimas de violencia de género y de abusos sexuales, y de la integración de mujeres víctimas de la prostitución y trata de blancas

y de sus hijos. El misterioso donante, del que nadie sabía nada, exigió como condición *sine qua non* que se hiciera público y de una manera totalmente transparente el uso del dinero donado. El único rasgo que el donante permitió mostrar fue la imagen de su avatar: la máscara de *V for Vendetta*.

Meneó la cabeza con una sonrisa y pensó que a veces, aunque muy pocas, la suerte se ponía del lado de los más indefensos. El brigada suspiró y dejó el periódico donde estaba. Beatriz lo siguió con la mirada.

—Creo que lo voy a echar de menos, Juan.

—¿A mí? ¿Y cómo es eso? —respondió fingiendo sorpresa.

—Me he enterado de que en enero pasa a la reserva.

Cebreros se irguió en su asiento.

—Pues entonces no le han informado del todo bien, mi teniente.

Beatriz ahogó una expresión de sorpresa.

—He decidido que quiero continuar en el servicio, así que todavía no se va a librar de mí —afirmó—. La verdad es que no soporto la idea de quedarme en casa de brazos cruzados.

—Me alegro mucho, Juan, y sobre todo celebro todavía aún más que su hoja de servicios no se haya visto empañada por todo lo ocurrido. Temía que fuera a afectarle negativamente.

—No me arrepiento de nada. Volvería a hacerlo.

—No lo diga cerca del capitán Carmona.

Cebreros elevó las cejas, con un gesto entre el asombro y el desconcierto.

—Mi teniente...

—No me alegro por lo que le ha sucedido, pero creo que no le vendrá mal una cura de humildad.

Mientras se terminaba de cerrar la investigación, Carmona intentó desprestigiar por todos los medios a Beatriz, aunque algunos mandos de la Guardia Civil le tuvieron que recomendar que se abstuviera de seguir con ese comportamiento, invitándole a mostrar una posición menos belicosa y más colaborativa con una oficial que había resuelto un caso muy complicado, y en el que había puesto en peligro su propia vida para salvar la de un niño. Aun así, Carmona persistió en su empeño, lo que le valió un castigo disciplinario y un nuevo destino con menos expectativas en un pequeño pueblo de Cuenca.

—Por cierto, ¿le duele todavía?

Cebreros se refería a la herida producida por el disparo perdido en el tiroteo entre Laura y Javier, que acabó recibiendo ella en el abdomen al ponerse delante de Adrián.

—La verdad es que no me enteré demasiado.

—Pero ¡qué mentirosa más grande! —profirió una enfermera menuda de unos cincuenta y tantos años, morena, de grandes ojos negros, generosa de carnes y pecho gigantesco que se había plantado delante de Beatriz y Cebreros con un gesto desafiante y los brazos en jarras—. Tenías que haberla visto berrear. No he visto a nadie quejarse tanto, y eso que llevo más de veinte años en este hospital y he visto de todo.

—Qué sabrás tú. Además, ese día no estabas de guardia. No puedes engañar a una teniente condecorada —replicó Beatriz.

La enfermera exhibió una sonrisa enorme e increíblemente cálida, de esas que transmiten optimismo a raudales, y de la que es imposible no contagiarse. Luego guiñó un ojo a Cebreros, que se sonrojó.

—Oye, oye, que yo también tengo mis contactos.

Apoyó su mano regordeta sobre el hombro de Beatriz haciendo sonar las incontables pulseras de colores que lucía en su muñeca morena.

—No sé qué voy a hacer sin ti cuando me marche, Rosita. Voy a echar de menos tus achuchones.

Soltó una carcajada a mandíbula batiente. Los pechos se menearon como enormes flanes. Cebreros parecía hechizado por ellos.

—Ya sabes que yo quiero a todo el mundo.

Al decir eso a Cebreros se le ensombreció el rostro de repente. Beatriz lo miró extrañada. Rosita chasqueó la lengua sonoramente.

—Aunque no debes hacerte ilusiones, cariño, porque tengo que guardarme un poquito de todo ese amor que tengo para alguien que ha venido como caído del cielo y que es toda una bendición.

Cebreros se sonrojó como un tomate maduro. Rosita soltó otra carcajada y Cebreros quiso emularla sin éxito.

Después Rosita se interesó por algunos aspectos de la lenta recuperación de Beatriz, intercalando en la conversación continuos comentarios jocosos y subidos de tono, que avergonzaron a Cebreros. Le preguntó si necesitaba algo y Beatriz le respondió guiñándole el ojo que un buen revolcón con su novio. Rosita estuvo de acuerdo en que era la mejor medicina contra cualquier tipo de dolencia. Cebreros, azorado, no sabía dónde meterse.

Se despidió afectuosamente, y cuando lo hizo, acarició el cuello de Cebreros al tiempo que le enviaba una mirada cargada de intención.

—Pero bueno, Juan, ¡explíqueme qué ha pasado aquí! —preguntó Beatriz sin salir de su asombro una vez que Rosita abandonó la habitación.

—¿El qué? —carraspeó apurado.

—¿El qué? Todavía le hacen los ojos chiribitas. ¿Está saliendo con Rosita?

—Bueno —farfulló al tiempo que se removía en el sillón—, hemos salido un par de veces a cenar y a tomar algo... Ya sabe. Rosita es muy buena persona y una mujer muy especial.

—Y muy atractiva.

Cebreros estuvo de acuerdo.

—Y animada. Le gusta bailar más que nada en el mundo; salsa, tango, boleros, bachata... Resulta que le gustan todos los estilos, y cuanto más moviditos, mejor.

Beatriz dejó escapar una carcajada. Tras la fingida sensación de agobio, percibió un brillo en sus ojos que nunca antes había visto y se alegró mucho por él. La soledad y el ostracismo en el que había vivido últimamente lo habían conducido a una rutina sin rumbo y sin esperanza. Sin duda ahora era otro hombre muy distinto.

—¿Quiere que le dé un consejo, Juan? No la deje escapar. Aunque tenga que aprender a bailar boleros, salsa y sevillanas, si es necesario. Las mujeres como Rosita escasean y son el mejor antídoto contra la depresión.

Cebreros sonrió como diciendo que no quedaba más remedio que adaptarse.

El móvil de Beatriz sonó. Cebreros se acercó a la mesita donde lo tenía y se lo tendió. Vio que la estaba llamando Manuela.

—Hola, Manuela.

—Teniente Manubens, ¿qué tal va todo por allá?

—Beatriz, por favor.

—Perdone, no me hago a la idea, Beatriz.

Cebreros permaneció de pie incómodo y le hizo un gesto de que se marchaba. Beatriz le correspondió en el gesto y el brigada abandonó la habitación en silencio.

—Me llama para darme envidia, lo sé.

Manuela sonrió.

—No. Bueno, es que es un lugar tan lindo y tan maravilloso que ya casi ni me acordaba, ¿se lo puede creer?

—Me lo puedo imaginar perfectamente —dijo tras un suspiro mientras observaba el cielo oscurecido de gris sucio, cubierto por los copos de nieve que no dejaban de caer—. ¿Qué tal está Adrián? Seguro que disfrutando muchísimo.

—Bien cierto, Israel y Elisabeth se han hecho muy amigos de él y son, como dicen ustedes allá, uña y carne. Estoy tratando de que olvide todo lo ocurrido, aunque será complicado.

—Seguro que jugando con sus hijos en aquel país tan maravilloso, todo será más fácil.

La línea se mantuvo unos segundos en silencio.

—Yo —se le ahogó la voz— quería darle las gracias por todo lo que ha hecho por nosotros. Ha sido muy generosa y yo...

—¿Otra vez? Lo ha hecho como quinientas veces.

Manuela rio.

—Y lo haré otras quinientas veces más si es necesario, Beatriz. Es demasiado y no sé cómo...

—Y otras quinientas veces más te contestaré que lo hice porque me dio la gana. Anabel no pudo aprovechar aquella última oportunidad. La vida a veces es cruel con quien menos lo merece. Pero sé que ella estaría muy contenta y orgullosa de saber que alguien como usted se ocuparía de Adrián, ¿no está de acuerdo conmigo?

Los ojos se le empañaron de lágrimas. Al otro lado del Atlántico escuchó el sollozo contenido de Manuela.

—Por Anabel.

—Sí, por Anabel, que Dios la acoja en su reino.

—Por cierto —se limpió apresuradamente las lágrimas—, ¿dónde está ese pequeño canalla que nos ha robado a todos el corazón? Me gustaría hablar con él.

—Ahorita se pone...

Escuchó ruido de pasos apresurados y al momento la voz entusiasmada y enérgica

de Adrián.

—¡Hola, tía Bea!

Cuando escuchó su voz sintió un nudo en la garganta que le agarrotó las cuerdas vocales.

—Hola, Adrián, cariño. ¿Qué tal te lo estás pasando?

—¡Muy bien! —dijo casi gritando—. Santo Domingo es muy bonito y la gente es muy simpática y cariñosa. Me lo estoy pasando muy bien con Israel y Elisabeth. Son geniales y mamá Manuela nos prepara unos postres deliciosos todos los días. ¡Es un lugar increíble!

—Estoy seguro de ello, cariño.

Adrián no dijo nada durante varios segundos. Beatriz no quiso interrumpir sus pensamientos.

—Quería preguntarte algo, tía Bea.

—Dispara, campeón.

Adrián titubeó.

—¿Puedo quedarme con Manuela? Quiero decir, no ahora, aquí en Santo Domingo... Bueno ¡Sí! ¡Me encanta este lugar!... Quería decir, quedarme con Manuela; quedarme con ella para que me cuidara.

—Eso estamos intentando, cielo. A ver si un juez amigo mío que me debe unos favores nos echa una mano... Aunque creo que vamos a tener suerte. Pero no se lo digas a nadie todavía. Esto que quede entre nosotros, ¿de acuerdo?

—Vale.

Beatriz se despidió de Adrián y Manuela se puso de nuevo al aparato.

—Cuide de ese niño y cuídese usted también mucho, Manuela.

—Lo haremos, Beatriz... Y por Dios, usted también tiene que hacerlo y ponerse bien muy pronto, porque es muy necesario para este mundo de locos que haya gente como usted haciendo lo que hace. Que Dios la bendiga.

El recuerdo de Anabel planeó sobre su pensamiento. Podía imaginarla junto a Adrián, adorándolo y protegiéndolo como cualquier madre devota haría. Luchando contra gigantes para darle a su pequeño todo aquello que una existencia injusta le había negado y que su cruel destino le había arrebatado. No tenía ni idea de qué tipo de madre sería ella. Ni si algún día sería capaz de traer su propio hijo a este mundo. Era un mundo de locos, pero aun así estaba convencida de que ver la sonrisa de un hijo sería como ver una luz brillar en mitad de las tinieblas. Cerró los ojos e intentó imaginar cómo sería ese momento.

Jueves, 11 de agosto

El AVE procedente de Albacete llegó a la estación de Atocha, probablemente en el que sería el día más caluroso del año. Apenas eran las doce del mediodía y el termómetro rozaba casi los cuarenta grados. Alberto bajó del vagón cargado con dos maletas y una mochila al hombro. Solícitamente trató de ayudar a Beatriz a descender por la escalerilla, que rechazó el ofrecimiento golpeando irritada su mano tendida. Aunque debía reconocer que Alberto se perfilaba como un gran padre y mejor marido, a veces era incapaz de soportar las muestras de cariño y protección que él le dispensaba a menudo. Era consciente de que toda la culpa de esos cambios continuos de humor la tenía aquel embarazo, que no estaba siendo nada fácil para ella. Que todas las madres con las que compartía experiencia afirmaran que no solo no tenían ningún tipo de problemas, sino que en algunos casos incluso estaban la mar de bien e incluso disfrutando, no hizo sino empeorar las cosas. Ocho largos meses durante los cuales había experimentado toda la colección de emociones y sensaciones propias de cualquier madre primeriza, que iban desde la felicidad más desmesurada hasta la irritación por cualquier nimiedad, pasando por interminables episodios de ansiedad y preocupación. Aun así Beatriz exhibía orgullosa su embarazo, y por una vez, sorprendiendo a propios y extraños, decidió que no dejaría pasar esa oportunidad para ser feliz y pidió a Alberto que se casara con ella; este aceptó, aunque ofreciendo más resistencia de la que esperaba. Paco y Mercedes estaban locos de contento y colmaban de atenciones a la futura madre, que no estaba acostumbrada a tales agasajos, aunque debía reconocer que le agradaban. Todo lo contrario que Maribel, la madre de Alberto, que desde el momento que entró en escena supo que la guerra con ella no había hecho más que comenzar. Alberto lidiaba como podía entre aquellas dos mujeres temperamentales y les recordaba a ambas la necesidad de limar asperezas por el bien común. Beatriz decidió quedarse en Albacete, aunque Alberto insistió en que podían vivir en Madrid si a ella le hacía feliz. Para ella todo cuanto necesitaba estaba allí; en ese momento, con él y con la hija de ambos que muy pronto nacería. Por nada del mundo tentaría al destino con un cambio, que desde luego no deseaba.

Alberto dejó aquel trabajo que tanto había odiado. Junto con un par de compañeros fundaron su propio diario digital, en el que trabajaba doce horas diarias, pero del que se sentía orgulloso y, sobre todo, satisfecho consigo mismo. Aunque su incipiente negocio le absorbía gran parte de su tiempo, Beatriz lo animó a que escribiera en sus ratos libres aquella novela policiaca que nunca conseguía terminar, antes de que la

pequeña Lucía hiciera acto de presencia y trastocara la vida de ambos, exigiendo, como solía ocurrir, todo su tiempo y amor disponibles. Con una sonrisa forzada y nerviosa, Alberto recordaba que la experiencia que vivió cuando Javier se lo llevó a punta de pistola y lo encerró en el maletero de su coche le sirvió de inspiración para crear uno de los personajes de su novela, aunque lo cierto era que no pudo conciliar el sueño durante más de un mes. Quizá el malogrado Javier pensó que Alberto también hacía todo aquello por la mujer que amaba, y que en su perturbación no entraba asesinar a sangre fría al que un día fuera su amigo.

De vez en cuando Beatriz se despertaba en medio de la noche, creyendo que Anabel todavía seguía viva, viviendo feliz y en paz consigo misma en alguna parte. Hablaba con Adrián a través de Skype, y un juez amigo suyo le concedió al fin, y como todos deseaban, la custodia del niño a Manuela. Consideró que a tenor de las circunstancias era la mejor opción para la felicidad del niño, desestimando desde el principio la alternativa de su única abuela reconocida. Manuela se sintió muy feliz de poder contribuir a su bienestar y educación, aunque siempre se encargaba de no dejar que Adrián olvidara a su madre, recordándole que lo quiso por encima de todas las cosas.

Con el sol de mediodía cayendo a plomo el taxi se detuvo a la entrada del cementerio de la Almudena. El taxista se limitó a mirar en silencio a sus pasajeros a través del espejo retrovisor mientras el aire acondicionado funcionaba a pleno rendimiento. Beatriz observó la puerta de entrada principal fijamente, recordando la última vez que la traspasó. Alberto le acarició la mano y Beatriz le correspondió acariciando su cara. Se sumergió de nuevo en aquellos ojos verdes que hasta el momento no habían perdido el brillo cuando la miraban, rogando para que no se apagara nunca.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Puedo acompañarte, si quieres.

—No. Tengo que hacer esto yo sola.

Le apretó la mano e intercambiaron una mirada de afecto. Beatriz salió del taxi llevando un sencillito ramo de crisantemos, y al hacerlo sintió cómo su bebé se removía dentro de ella: aquella niña tenía más ganas de salir que ella de que saliera.

Atravesó la puerta y caminó bajo un sol implacable que teñía de luz blanca el paseo del popular camposanto. Tuvo que detenerse en un par de ocasiones debido a las molestias que sentía últimamente y que le provocaban leves mareos acompañados de ligeros ataques de irritabilidad, que trataba de controlar sin éxito. Sonrió para sus adentros y le pidió a su bebé que esperase a quejarse al menos en un lugar tranquilo, relajado y a poder ser con aire acondicionado. Cuando llegó hasta la tumba, sudaba a mares y sentía sus pies doloridos e hinchados dentro de aquellas preciosas sandalias que le había regalado su padre, que ya ejercía de abuelo dádivo.

En una pared de pronunciada pendiente y pegada a un muro de cemento, observó el nicho donde reposaban los restos de David. Su nombre completo destacaba en relieve de la lápida de mármol blanco. Sustituyó el ramo de azaleas secas y marchitas del

búcaro de metal por el que había traído y se cobijó del calor en una estrecha sombra. Una inesperada brisa agitó los pétalos de los crisantemos. En realidad no sabía nada de David. No lo había conocido, sin embargo y de algún modo que no conseguiría explicar formaba parte de ella. A nadie le había contado que su presencia la acompañaba como un fantasma. Que a veces en medio de la noche se despertaba y podía verlo a los pies de la cama, silencioso. Hablaba con él, tal vez para expiar sus pecados, para no volverse loca y poder volver con los suyos antes de perder por completo la cordura. Para convencerse a sí misma de que lo había superado y que había conseguido dejarlo atrás. Tal vez nunca lo hiciera y lo mejor fuera que siempre permaneciera en su memoria, para recordarse que la vida era un regalo que no debía vivirse en vano. Se permitió cerrar los ojos por un instante y dejó que la brisa acariciara su rostro antes de regresar al lado de Alberto. Pensó que aquel horrible calor no sería bueno para su bebé, y acarició su vientre y le habló con voz queda. Como respuesta, la pequeña propinó fuertes patadas e intuyó que antes de que acabara ese día se verían las caras.

Agradecimientos

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a las personas que me han ayudado a lo largo de la escritura de este libro. Todas y cada una de ellas aportaron algo único e irremplazable. En primer lugar quiero dar las gracias a mi editor Gonzalo Albert, que con su sabiduría y paciencia me enseñó, de nuevo, a separar el grano de la paja y a sacar lo mejor de mí, y por extensión a toda la gente de Suma y el grupo Penguin Random House por su confianza. A Maru de Montserrat, mi querida e incombustible agente literaria, y a Aranzazu Sumalla, ambas de International Editors' co., por sus consejos y críticas constructivas, además de por ser piezas vitales en mi desarrollo como autor.

La teniente Manubens no sería lo que es sin la ayuda del capitán de la Guardia Civil de Albacete, Santiago Redondo, que guio mi mano y me aconsejó con buen criterio. A Filiberto San Ramón Primo, médico forense del Instituto de Medicina Legal de Albacete, que gustosamente atendió mis preguntas sobre ciencias forenses. A Marta Lucas, doctora en Psiquiatría del Hospital General Universitario de Albacete, por sus apuntes sobre perfiles psicológicos. A Román Gómez, querido amigo y educador del Centro Penitenciario Alicante II, que me brindó su ayuda y sus conocimientos. Por supuesto no me puedo olvidar de María José Cano que, además de gran amiga y lectora empedernida, leyó con paciencia mis primeros borradores y me aportó, además de conocimiento, otra perspectiva del proceso judicial.

Gracias a mi mujer María José por ser siempre tan paciente y comprensiva y a mi hija Rebeca, mi gran tesoro. A toda mi familia y amigos por vuestro apoyo y cariño.

Una prometedora teniente en el momento más duro de su carrera, una mujer asesinada de forma violenta, un niño desaparecido y un sinfín de secretos inconfesables...



La carrera de la teniente Beatriz Manubens es una de las más prometedoras de la UCO, sin embargo, la muerte accidental de un menor durante un tiroteo hace que se sienta incapaz de volver a empuñar un arma. Completamente abatida regresa a Albacete, su tierra natal, para esconderse del mundo.

Juan Cebreros, brigada de la Guardia Civil en Riópar encuentra el cadáver de una mujer que presenta grandes signos de violencia en el nacimiento del río Mundo. Anabel Ramos, la víctima, se perfila como una completa desconocida para los lugareños. De ella solo se sabe que vivía en una casa rural con Adrián, su hijo, un niño de seis años al que parece haberse tragado la tierra.

La desaparición de Adrián se convierte de inmediato en noticia y es portada de todos los medios de comunicación y todo el mundo coopera para encontrarlo lo antes posible. Consternada, la teniente Manubens descubre que la mujer asesinada fue una de sus mejores amigas de la adolescencia. En una carrera contrarreloj intentará hacer lo posible por encontrar al pequeño con vida, mientras lucha contra sus propios demonios.

Toni Aparicio construye un thriller trepidante, donde el horror no está reñido con la esperanza. *La mala semilla* es una novela vibrante que golpea y sacude, una muestra de la barbarie humana y a la vez de su capacidad de resiliencia capaz de recuperar la esencia de las buenas personas.

Sobre el autor

Toni Aparicio nació en Albacete y desde niño se sintió atraído por la literatura, los cómics, el cine y la música. Estudió diseño gráfico y publicidad. Tocó la guitarra en bandas de rock. Escribió en fanzines y realizó algunos cortos e incluso dirigió un largometraje, que consiguió estrenar en Hollywood. Dio el salto a la literatura de ficción con *El secreto de Elisa Leclerc* y posteriormente publicó en Suma *Buenaventura. La mala semilla* es su tercera novela.

Índice

[La mala semilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Lunes, 17 de octubre](#)

[Martes, 18 de octubre](#)

[Seis meses antes](#)

[Martes, 18 de octubre](#)

[Miércoles, 19 de octubre](#)

[Jueves, 20 de octubre](#)

[Viernes, 21 de octubre](#)

[Domingo, 23 de octubre](#)

[Lunes, 24 de octubre](#)

[Martes, 25 de octubre](#)

[Miércoles, 26 de octubre](#)

[Viernes, 28 de octubre](#)

[Sábado, 29 de octubre](#)

[Lunes, 31 de octubre](#)

[Miércoles, 2 de noviembre](#)

[Jueves, 3 de noviembre](#)

[Viernes, 4 de noviembre](#)

[Sábado, 5 de noviembre](#)

[Lunes, 7 de noviembre](#)

[Martes, 8 de noviembre](#)

[Miércoles, 9 de noviembre](#)

[Jueves, 10 de noviembre](#)

[Viernes, 11 de noviembre](#)

[Sábado, 19 de noviembre](#)

[Jueves, 11 de agosto](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)